

INTERNACIONALISMO, SINDICATOS, ORGANIZACIÓN DE CLASE

INTRODUCCIÓN	3
--------------------	---

INTERNACIONALISMO

MARSELLA JALÓN DE LA LIBERACIÓN SOCIALISTA EUROPEA	7
TRES PROCLAMAS Y UN DISCURSO	8
La de Hitler	8
La de Stalin	9
El discurso de Churchill	10
La segunda proclama de Hitler	11
LUCHA Y TRAGEDIA DEL PUEBLO ITALIANO	12
GÉNESIS DE LA UNIDAD NACIONAL	15
INDEPENDENCIA NACIONAL Y REVOLUCIÓN PROLETARIA BAJO EL TERROR NAZI EN EUROPA.....	19
LOS BOMBARDEOS DE CIUDADES	28
LA CLASE TRABAJADORA EN ACCIÓN	29
ALGUNAS IDEAS SOBRE LAS GUERRILLAS	31
GESTACIÓN DE LA REVOLUCIÓN EUROPEA	35
TRAS LA MATANZA LA PAUPERIZACIÓN	41
INSURRECCIÓN EN VARSOVIA	43
VINDICACIÓN DE LA GUERRA CIVIL Y GÉRMENES REVOLUCIONARIOS DE LA ESTRATIFICACIÓN IMPERIALISTA	44
LOS ALIADOS Y EL PUEBLO ITALIANO	54
DACA POLONIA, TOMA GRECIA	55
LA REVOLUCIÓN EUROPEA Y LOS «TRES GRANDES».....	58
OTRA VEZ SOBRE EL NACIONALISMO	61
ETA ¿DE DÓNDE VIENE Y A DÓNDE VA?	64

SINDICATOS

LOS SINDICATOS CONTRA LA REVOLUCIÓN.....	71
Prólogo	71
Los sindicatos contra la revolución	74
PARO OBRERO Y SINDICATOS EN EUROPA	95
SINDICALERÍAS O LA VOZ DE SU AMO	97
DEMAGOGIA UNITARIA Y UNIDAD DE CLASE DEL PROLETARIADO	98
SINDICATOS Y REFORMISMO	104
LÍO TEÓRICO Y NETITUD REVOLUCIONARIA (contestación al artículo anterior).....	109

ORGANIZACIÓN DE CLASE

CLASE REVOLUCIONARIA, ORGANIZACIÓN POLÍTICA, DICTADURA DEL PROLETARIADO	117
CONSCIENCIA REVOLUCIONARIA Y CLASE PARA SÍ	129
ACENDREMOS CAMARADAS	139
FUCILAZOS SOBRE EL ESTADO	142

INTRODUCCIÓN

Este tercer tomo de las Obras Completas de G. Munis, al igual que el segundo tomo del que es continuación inseparable, gira en torno al texto titulado *Pro Segundo Manifiesto Comunista*, firmado por Fomento Obrero Revolucionario. Aunque fue redactado por Munis, con notables aportaciones de Benjamin Péret, era expresión colectiva del combate revolucionario de una corriente comunista que, en 1961, efectuaba el balance de un periodo histórico que había concluido con una inmensa derrota proletaria, cuyas consecuencias sufrimos aún hoy. Derrota que no se había producido porque las condiciones materiales y objetivas fueran insuficientes o adversas para el triunfo mundial de la sociedad sin clases, sino a causa principalmente de la fuerza material, ideológica y represiva de la contrarrevolución stalinista, falazmente presentada como *comunista* (véase el primer tomo de estas Obras Completas).

En las páginas de este tercer tomo sigue pues apareciendo claramente, lejos del intelectualismo burgués, la praxis comunista enfrentada a las bases fundamentales del sistema de explotación contemporáneo, que son el trabajo asalariado y la ley del valor, auténticos cimientos de la sociedad y del Estado capitalistas. Por su propia naturaleza la praxis comunista denuncia todas las representaciones ideológicas del capital, se presenten abiertamente como capitalistas, o se enmascaren tras una fraseología *comunista*, trotsquista, izquierdista, anarquista, socialdemócrata... Aquí no hay medias tintas; al contrario, la totalidad de la tinta impresa apunta al enemigo bajo todas sus formas camaleónicas, y le lanza los dardos necesarios para aniquilarlo, no con frases falsamente radicales, sino con la fuerza de la pasión comunista, fundamentada en la crítica teórica y práctica del materialismo dialéctico, método histórico de análisis.

La praxis revolucionaria no es un dogma, no es una inamovible mole de granito, sino que tiene en cuenta y se basa en la realidad social y sus modificaciones influidas por el capital y el nivel de la lucha de clases. Por ello, cuando se estudian los procesos revolucionarios, cuando se analizan las concepciones teóricas de las vanguardias del pasado, con la *tranquilidad* que da la actual *paz social*, y con la asepsia que concede la distancia frente a los acontecimientos analizados, podemos descubrir tanto las *genialidades* como las *debilidades* de las fuerzas revolucionarias de las épocas pretéritas. Pero al fin y al cabo, lo que interesa a quienes se han propuesto cambiar el mundo radicalmente, es la afirmación misma del movimiento comunista, movimiento contradictorio, claro está, pero que merece tal calificativo precisamente porque en ningún momento olvida o abandona su meta, clara y precisa, ésta sí inamovible e inmutable: la abolición de la esclavitud asalariada, la supresión de la ley del valor, de la explotación, de las clases sociales y del Estado, la definitiva desaparición de las fronteras.

En el tomo II se publicaron, además del *Pro Segundo Manifiesto Comunista* mencionado más arriba, el texto *Llamamiento y exhorto a la nueva generación* de noviembre de 1966, el *Léxico de la truhanería política contemporánea, comparado con el léxico revolucionario* y en el último capítulo la recopilación de escritos sobre la decadencia capitalista y la crítica del economicismo.

En este tomo, totalmente vinculado al primero se publican los escritos sobre nacionalismo y guerra imperialista, los textos de crítica del sindicalismo y aquellos referentes al Partido de clase

y la conciencia revolucionaria. Para finalizar aparece *Fucilazos sobre el Estado*, un resumen/presentación del libro hasta ahora inédito sobre el origen del Estado y la necesidad de su destrucción.

Los primeros quince artículos recogidos en el primer capítulo fueron publicados en *Contra la Corriente*, órgano del grupo español en México de la IV internacional, de marzo de 1943 a diciembre de 1944. Pertenecen pues, al período de militancia trotskista de Munis, y fueron escritos durante la segunda guerra mundial, en pleno oscurecimiento de las posiciones revolucionarias, cuando la *medianoche* en el siglo se hacía más opresiva. Destaca en ellos, por encima de todo, la defensa del internacionalismo y del derrotismo revolucionario, la consigna irrenunciable de convertir la guerra imperialista en guerra civil revolucionaria, y la decidida oposición *al frente antifascista* y a la participación en las *resistencias nacionales* como elementos antitéticos a la lucha revolucionaria del proletariado contra la sociedad capitalista. Estos artículos se escribieron al mismo tiempo que el oportunismo táctico llevaba a la IV Internacional al abandono de los principios fundamentales del internacionalismo proletario. Hay que subrayar que Munis y sus camaradas no abandonaron nunca las posiciones políticas internacionalistas, aunque se reclamaban todavía del *Programa de Transición* y defendían la consigna de *defensa incondicional de la URSS*. Los acontecimientos históricos de la segunda guerra mundial y la inmediata posguerra, sumados a un nuevo análisis sobre la naturaleza del stalinismo, hicieron evidentes el carácter erróneo y retrógrado del Programa de Transición y de la concepción de la *URSS* como Estado Obrero, por muy degenerado que se le considerase.

En estos artículos de *Contra la Corriente* Munis, que todavía consideraba la economía rusa como no-capitalista y caracterizaba como progresivo el papel de Rusia, insistía en la necesidad de subordinar toda táctica regional o nacional a la estrategia de la revolución mundial y a la lucha por el comunismo. Sin embargo, ya en 1946, Munis, en *Los revolucionarios ante Rusia y el stalinismo mundial* (editado en el tomo I de estas Obras Completas), definía la economía rusa como un capitalismo de Estado y denunciaba las aberrantes consecuencias de la contrarrevolución stalinista. Al final de la segunda guerra mundial, ante la perspectiva de la derrota de las posibilidades revolucionarias que se habían abierto en el transcurso de la misma, Munis llevó a cabo una profunda crítica del viejo y caduco programa sobre el que se había fundado la IV Internacional, que provenía del partido bolchevique y de la primera oposición internacional al stalinismo. Consignas como *control obrero de la producción*, *escala móvil de salarios*, *reparto de la tierra a los campesinos* y otras propias del Programa de Transición, incluyendo la de *toma del poder político*, que aparecen en los artículos de *Contra la Corriente* reproducidos en este capítulo, fueron abandonadas como expresiones de un programa político superado por los acontecimientos históricos mundiales. Así mismo la caracterización de *organizaciones obreras* o *centristas*, atribuidas a las organizaciones políticas y sindicales de antiguo abolengo obrero, resultaban del todo inexactas dada la cada vez mayor e inequívoca imbricación de tales organizaciones en los mecanismos del Estado capitalista. Por otra parte, Munis insistió en la necesidad de entender el stalinismo como el fenómeno contrarrevolucionario de mayor incidencia en la historia del movimiento obrero. Negó al stalinismo naturaleza obrera alguna, y lo diferenció del viejo reformismo, ya desaparecido, caracterizado por la clásica concepción del colaboracionismo de clase y la afirmación que se podía llegar a la sociedad sin clases a partir de la propia evolución del sistema capitalista y de su legalidad. El stalinismo para Munis, actuaba conscientemente como una fuerza reaccionaria y anti comunista siendo sus objetivos la defensa del capitalismo de Estado donde existiera y

donde le interesara y la lucha sin tregua contra la verdadera revolución comunista en todas partes.

La crítica del sindicalismo fue otra de las piedras angulares de la teoría y de la práctica de Munis y de sus compañeros. El proletariado ha de luchar contra el sindicalismo, representante descarado a partir de un cierto nivel de desarrollo capitalista, del mundo mercantil, en detrimento del movimiento proletario que pretende representar. Los sindicatos, aunque tengan su origen en la lucha de la clase obrera, nunca fueron organizaciones revolucionarias. Su función consistía desde su origen en intervenir en los conflictos inevitables del mundo del trabajo, para obtener mejores condiciones generales. De intermediarios en la compra y venta de la fuerza de trabajo, se consolidaron como pieza indispensable del sistema capitalista, logrando además ser directamente propietarios del capital, en los países donde el capital estaba concentrado en las manos del Estado. Y ahí donde mantienen su papel tradicional, reciben subvenciones importantes del Estado (éstas, por supuesto, proceden de la explotación de la clase obrera), y están regidos como cualquier empresa capitalista. Cuando es necesario despiden a sus empleados para mantener una tasa de explotación conveniente y una buena rentabilidad.

La incompatibilidad absoluta de los sindicatos con la revolución no es producto, para Munis, de la contingencia de ventajas imposibles de obtener en el seno del capitalismo. Incluso de poder obtenerse, el carácter reaccionario de estas organizaciones es esencial, no accidental; intrínseco y no extrínseco a los sindicatos; proviene de su propia función reivindicativa. Están directamente interesados en que haya algo que reivindicar, lo cual sería imposible sin que el proletariado siga indefinidamente siendo proletariado, fuerza de trabajo asalariado. Los sindicatos representan la perennidad de la condición proletaria, vender (o comprar) la fuerza de trabajo es la condición de su existencia. Representar la perennidad de la condición proletaria equivale a aceptar y a representar también la perennidad del capital. Ambos factores antitéticos del sistema han de mantenerse para que el sindicalismo realice su función. De ahí su profunda naturaleza reaccionaria, independientemente de los vaivenes que pueden modificar la compra y la venta de la mano de obra. He ahí su carácter contrarrevolucionario, más marcado todavía cuando la única salida positiva para la humanidad es la sociedad sin clases, sin Estado, sin fronteras, sin esclavitud asalariada. Humanidad que no se logrará sino mediante la constitución del proletariado en clase revolucionaria. Es lo que impiden de forma activa y organizada fuerzas como el sindicalismo. Por ello Munis insistió tanto en la necesidad de autoorganización de los proletarios, sin caer nunca en una idealización extrema de la misma, como fue y es el caso de la corriente denominada "consejista" que se reivindica de la Izquierda Germano-holandesa sin insistir nunca, sea dicho de paso, en los textos profundamente pro partido de esta corriente en los años 20. Los "consejistas", al sacralizar a los consejos obreros mediante la llamada democracia obrera, excluían y excluyen de esta autoorganización a los revolucionarios organizados en Partido, y por ende, contradecían y contradicen de hecho su tan adulado postulado.

Esto nos lleva al tercer capítulo dedicado al Partido y a la conciencia de clase. Para Munis, la organización de los revolucionarios en partido era imprescindible para la victoria de la revolución comunista mundial. Sin embargo, una vez más recurrió al arma de la crítica. Asimismo se opuso en varios textos, y en la práctica, a la concepción bolchevique del Partido sustentada en el centralismo democrático a la vez que criticó muy crudamente a los anti-partido, sacerdotes de una mística espontaneidad obrera. Para él, la distinción entre clase históricamente revolucionaria y revolucionarios es impuesta por el capitalismo, por su propia existencia y esta

distinción se agranda en épocas de quietud. Pero negar su existencia es igual que negar la posibilidad de la revolución. Confiando el porvenir al automatismo económico-social se cae en el evolucionismo. Por ello abordó, a la luz de la experiencia histórica, el problema de la conexión entre clase y revolucionarios, entre revolución y organización, entre partido y dictadura del proletariado, no de forma abstracta, imaginando condiciones ideales, sino en concreto, a partir de la situación de hecho existente y de la experiencia, que no dependen de querer alguno.

Al simplismo de la afirmación de Lenin en *¿Qué hacer?* (basado en el texto de Kautsky *Las tres fuentes del marxismo*), donde el pensamiento revolucionario aparece como una destilación pura de las ciencias y de la filosofía, aplicable luego al movimiento obrero, Munis opone la reflexión de Rosa Luxemburgo que afirmaba que Marx no había esperado a escribir *El Capital* para convertirse en comunista, sino que lo capacitó para escribirlo el hecho de ser comunista. En efecto, la existencia de las luchas obreras y en su seno la existencia de revolucionarios es la condición primordial de la utilización de ciencias y filosofía para elaborar la teoría revolucionaria. Al simplismo de la concepción de Lenin, se suma la idea táctica de responder a la disciplina y a la centralización impuestas a la clase trabajadora en las fábricas, por una centralización y una disciplina paralelas, pero de signo contrario. Lenin pasaba por alto que la acción revolucionaria de la clase va enderezada a abatir las formas de organización y de obediencia inseparables del sistema. En tercer lugar, el trabajo político ilegal en la Rusia zarista, excluía en la mayoría de los casos discusiones y decisiones democráticas. La dirección se veía en la práctica investida de poderes aún más amplios que los que el centralismo democrático le otorgaba. Experiencia mediante, los poderes otorgados a la dirección central, siquiera fuera de congreso a congreso, se revelarían a la postre despóticos y uno de los instrumentos más hirientes de la contrarrevolución en Rusia. Ahora bien, Munis insistió siempre en que el centralismo democrático sólo favoreció el proceso contrarrevolucionario desencadenado en Rusia, nunca fue su causa directa. ¿Cómo explicar si no los diez días que estremecieron el mundo cuando el Partido Bolchevique jugó el principal papel como partido revolucionario? Fue la no extensión de la revolución a escala europea y mundial la causa primera de la derrota de la revolución en Rusia, añadiendo a ello que la revolución política en Rusia se quedó en democrática esencialmente, y no pasó sin solución de continuidad a comunista. Por ello para Munis, mientras no quede descartada la ley del valor, ninguna combinación orgánica (centralismo, federalismo, verticalismo, consejismo, autonomismo, partidismo), ni la más prístina honradez de los hombres más aptos, conseguirán alejar el peligro contrarrevolucionario.

Munis no cree en el Partido único, le repele, siendo además pura invención stalinista. Para él, el Partido histórico del proletariado nunca podrá ser otro que el proletariado mismo en acción revolucionaria. Ninguna organización conseguirá birlar esta función sin destruirla, pues lo que conlleva el movimiento de una clase, su devenir, no admite camisas de fuerza ni imposiciones partidistas, por muy sabias y quintaesenciadas que fueren. Es el movimiento de la libertad frente a la necesidad, y en consecuencia, sólo respetando y profundizando la libertad del proletariado es posible pensar la dictadura del proletariado, transición hacia la libertad de todos los humanos.

El último capítulo de este tomo es un resumen de Munis del libro que escribió antes de morir sobre el Estado. Al corresponder el tomo IV a *Jalones de Derrota, Promesa de victoria*, una obra primordial de Munis sobre el movimiento obrero revolucionario en España en los años 30, esperamos y deseamos que el tomo V reproduzca íntegro el texto sobre el origen del Estado, su historia y la necesidad contemporánea de su destrucción.

El Comité de edición de las OC de G. Munis (*Introducción realizada fundamentalmente a partir de lo ya escrito en las presentaciones del tomo I y II*)

MARSELLA, JALÓN DE LA LIBERACIÓN SOCIALISTA EUROPEA

(CONTRA LA CORRIENTE nº 2 y 3, marzo-abril 1943)

La insurrección del marsellés barrio viejo del puerto es el primer síntoma importante de la enorme ofensiva revolucionaria que gesta Europa. Ha sido un barrio obrero, abundante en refugiados políticos de todas las nacionalidades, el que se ha avanzado a una acción limitada de masas insurgiéndose contra la opresión fascista. No es el único síntoma. Semanas antes de la ocupación total de Francia, una ola de huelgas recorrió el país protestando por el reclutamiento de trabajadores por los alemanes. En conjunción con las huelgas, y por vez primera en escala considerable, el sabotaje fue practicado como auxiliar de la acción de masas. En acciones de este género está en germen el carácter de la futura revolución europea.

Tanto el gaullismo como el stalinismo ósu único sostén real en el interior de Franciaó propician y alientan el sabotaje, como arma suprema de lucha. No porque ignoren la existencia de otros medios o su eficacia mayor, sino por razones de finalidades políticas. El objeto de gaullistas y stalinistas consiste en restablecer la burguesía francesa en el estado anterior a la capitulación, con su consiguiente infeudación a Washington y Londres y su secuela de opresiones coloniales. El empleo de la lucha de masas rebasa ese objetivo, lo ignora en realidad. Por su naturaleza de clase, tiene un contenido y una mecánica propios cuyo desenvolvimiento último sería la revolución proletaria. Gaullistas y stalinistas renuncian, aterrados, a esta clase de lucha antifascista. «¡Haced sabotaje, practicad el terrorismo!», es su panacea. Sabotaje y terrorismo, independientemente de las relaciones de clase, fueron siempre atributos de la pequeña burguesía. En el caso de Francia hacen el juego del imperialismo anglo-americano, juego antialemán, si, óno antifascistaó pero mas antirrevolucionario que antialemán. Por antialemán emplea el sabotaje y el terrorismo por antirrevolucionario se opone a las acciones de masas y deja al cuidado del ejército anglo-americano la tarea de «libertar a Francia» de los alemanes... de las acciones de masas.

Los intereses de la burguesía y aún los de la pequeña burguesía pueden rendir poco en la lucha por la liberación de Francia sus métodos nada. Con frecuencia, la burguesía, más o menos integrada en la economía de guerra nazi, pena por la victoria alemana. Más independiente en este aspecto, la pequeña burguesía es patriota y simpatiza con las Naciones Unidas, pero no puede ofrecer nada placentero, capaz de arrebatarse las voluntades en la ingente lucha contra la opresión fascista. El programa de la restauración de la república no puede atraer a las masas, que la hacen justamente responsable de la situación actual. En las condiciones en las que la restauración se operaría la vida en Francia no cambiaría gran cosa. Variarían los ocupantes y el centro de subordinación, pero la opresión nacional permanecería. Europa entera afronta el problema de la liberación nacional no respecto de este o aquel imperialismo sino del capital financiero en su conjunto. El fenómeno de su ocupación por Hitler, aunque obedeciera inmediatamente a causas estratégicas, su causa mediata y más fundamental fue económica. El potencial industrial de la burguesía alemana necesita controlar Europa, el mundo, o perecer. Pero la burguesía yanki-inglesa tiene exactamente el mismo problema. Por ocupación o por delegación en sirvientes dóciles, se verá empujada a controlar Europa y el mundo, o perecer. Cegando la conciencia de las masas por la práctica exclusiva del terrorismo, impidiendo que se

organicen en busca de su propia salida, stalinistas y gaullistas preparan una nueva opresión y sacrificios mayores de las masas.

La liberación de Europa no depende de los Estados Unidos ni de Inglaterra, sino de la capacidad de las masas para organizarse contra el opresor, será libre por la Federación de repúblicas socialistas u oprimida por cualquiera de los imperialismos. El problema se plantea en términos idénticos para las masas alemanas: o libres en una Europa socialista o subyugada ya por Hitler, ya por sus rivales vencedores. Una de las tareas más importantes del proletariado francés y europeo en general, consiste en ganar para la causa común al proletariado alemán, mostrándole que sus intereses forman un todo con el de los oprimidos de Europa. El punto más débil de Hitler es su proletariado. Pero la propaganda y la acción pro-burguesía anglo-americana de stalinistas y gaullistas da por resultado dificultar su ruptura con la camarilla nazi. En cambio la fraternidad de clase es el arma más temida de Hitler, su última proclama lo prueba. A ella sólo es posible llegar por la acción de masas, bajo el programa de la Federación de repúblicas socialistas europeas. Es la verdadera acción liberadora, esa es la acción internacionalista por la que trabajan y mueren los militantes de la IV Internacional en Europa.

TRES PROCLAMAS Y UN DISCURSO

(CONTRA LA CORRIENTE nº 2 y 3, marzo-abril 1943)

La de Hitler

En el décimo aniversario de su subida al poder, Hitler ha lanzado una proclama que no dice nada y deja entender mucho.

Tres cuarta partes de la misma, están dedicadas a recuerdos. Alemania fue vencida en la guerra pasada porque reinaba en ella la división (palabra burguesa para designar la lucha de clases). Pero llegó Hitler, realizó la unidad nacional (palabra burguesa para designar la esclavitud de las masas) y Alemania llegó a la cima de su poder militar. Hasta aquí todo es verdad, puesto que cuanto más reducido y dominado está el proletariado más fuerte es la burguesía, interior y exteriormente. Sin la derrota de la revolución social en Alemania y en España, no habría guerra imperialista, sino que la burguesía se batiría en retirada contra la revolución internacional. Al fallar la solución revolucionaria la burguesía se bate por la dirección de la solución reaccionaria. Pero ¿por qué Hitler ha sentido la necesidad de dedicar a este problema pretérito la parte más considerable de su proclama? En esta añoranza tiene que haber un renacimiento del problema. Esto es, que en Alemania comienza a reproducirse la división, la lucha de clases. Hablando con mayor exactitud, comienza a hacerse visible, puesto que nunca desaparece aunque se la oprima y obligue a ocultarse bajo tierra. El poder omnímodo que hace algunos meses se otorgó a sí mismo el dictador para juzgar, destituir, mandar a prisión o condenar a muerte a quien le pluguiese, sin atenerse a ninguna ley, confirma la hipótesis. Hasta ahora todos los regímenes de la época moderna, incluso los más reaccionarios, se habían regido según las leyes elaboradas por y para sus propios intereses. El régimen nazi no resiste sus propias leyes; necesita establecer como ley suprema la arbitrariedad y el capricho del déspota. A tal grado de regresión bárbara no se llega sin que los antagonismos sociales hayan alcanzado una tensión próxima al estallido. La proclama de Hitler, sin decirlo, lo deja entender. El fascismo parece con el agua al cuello. Una sola eclosión de las contradicciones y todo el castillo de naipes «milenario», desaparecerá como el fantasma de una pesadilla.

Para evitarlo el führer hace un llamamiento supremo a la unidad nacional, y otro entre líneas a la unidad de la burguesía internacional contra la URSS. «Actualmente ódiceó sólo tenemos dos alternativas, o Alemania y sus aliados ganan o la invasión asiática central que llega del Oriente arrollará al continente civilizado más viejo del mundo. Todos los demás acontecimientos palidecen ante la grandeza de esta lucha».

¿Cuáles son los acontecimientos que palidecen? No otros que la guerra contra Inglaterra y los Estados Unidos. Ya no se trata de la «civilización alemana», del «nuevo orden», sino de salvar la civilización europea, que comprenda a Inglaterra y los gobiernos exiliados en Londres. Hitler se presenta como salvador de sus enemigos. La proposición de paz en favor de la guerra anti-comunista salta a la vista. Pero Inglaterra y Estados Unidos, aunque no las tengan todas consigo, parecen bien seguras de que las garras de león han sido convenientemente limadas por Stalin. Y en ese caso, ¿por qué no continuar la guerra contra la burguesía alemana que tan peligroso rival se ha revelado? Churchill y Roosevelt esperan que el hambre y la destrucción en la URSS les pondrán en la mano su control económico y la servidumbre política del stalinismo. Cuando menos en lo segundo puede asegurarse que apuntan bien. Pero sobre el destino de la URSS hablarán el proletariado ruso y el europeo.

La de Stalin

También éste, en el aniversario de la fundación del Ejército Rojo, dirigió una proclama a las fuerzas armadas de la URSS.

Cuando Stalin habla como jefe supremo, ya se sabe, es que las cosas no marchan mal; cuando ocurre lo contrario, acostumbra callarse y hacer hablar a segundones. Dada esta peculiaridad íntima del gran «genio», nosotros mismos, que estamos tan lejos de quererle, tenemos que alegrarnos al oír su voz. Significa que ha habido una victoria seria a la que trata de vincular su persona. Si no por su peroración, nos alegramos por los progresos en la defensa de la Unión Soviética y los golpes asestados a Hitler. Unión Soviética y China, son los únicos factores progresivos en esta guerra; su victoria puede adquirir un enorme alcance revolucionario, aunque Stalin y Chan-Kay-Chek tratarán de evitarlo por todos los medios.

Aparte lo positivo de las victorias soviéticas, la proclama de Stalin podía haber sido redactada por cualquier jefe militar burgués del mundo. Tras la enumeración de las victorias, no contiene más que consideraciones técnico-estratégicas como causas de aquellas y mentiras sobre las finalidades para que fue creado el Ejército Rojo.

«No cabe duda óscribeó que sólo la estrategia justa del mando del Ejército Rojo y la táctica elástica de nuestros jefes ejecutores pudieron conducir a un acontecimiento tan considerable como el cerco y liquidación, cerca de Stalingrado, de un enorme y selecto ejército alemán de 320.000 hombres».

Sólo la estrategia y la táctica causaron la victoria. El carácter revolucionario del Ejército Rojo, por relación al reaccionario de los ejércitos del Eje, no ha tenido parte en la victoria, según Stalin. Tampoco ha intervenido la defensa de la revolución proletaria de Octubre, contra la agresión de países imperialistas. Ha habido únicamente, para el hombre del Kremlin, dos patrias frente a frente y dos ejércitos sin caracteres políticos distintivos, sin ninguna influencia moral del uno al otro.

La mentalidad burocrática soslaya el problema fundamental, la guerra por la defensa de la revolución de Octubre, que «no es una salida hacia el estado burgués sino una salida hacia la revolución socialista mundial» (Lenin). Además soslayarlo, lo oculta a la propia población

soviética, tratando de hacerla creer que no existe más que la patria neutra, la patria sin socialismo y la victoria sin revolución mundial. La burocracia se niega a emplear el enorme potencial destructor de la reacción fascista, contenido en la fórmula de Lenin. ¿Por qué? Para comprenderlo, recuérdese una vez más que la guerra es la continuación de la política por otros medios. La forma en que el gobierno burocrático dirige la guerra es el traslado de sus propias características políticas. Stalin no ha sentido necesidad de hablar de socialismo, del carácter revolucionario de la guerra ni de la revolución mundial, porque del primero se aleja cada vez más, el segundo quiere ocultarlo tanto a la preocupación de los soldados rojos como de los alemanes y a la tercera se opone rotundamente. ¡De ahí que la burocracia se esfuerce en conducir la guerra por medios puramente militares y anodinamente patrióticos. Pero la posición de la burocracia stalinista no invalida la naturaleza revolucionaria de la guerra soviética contra el Eje. El hábito revolucionario de Octubre está presente en el corazón de los soldados rojos, contribuyendo a la resistencia y a las victorias mucho más que todas las proclamas adormideras de Stalin.

Sin embargo, el hecho de que el gobierno emplee métodos no revolucionarios en la URSS, ni trate de minar la retaguardia y los ejércitos fascistas, procurando avivar la consciencia de clase de los soldados y los obreros para oponerlos a la burguesía, es evidente que aumenta la cohesión de los enemigos de la URSS y cualquier victoria exigirá a ésta mayores esfuerzos y sacrificios. El arma más mortífera contra Hitler, la que nada puede estropear y nadie imitar, es la lucha por la revolución socialista alemana y mundial. El Ejército Rojo no fue creado ó Stalin miente deliberadamenteó «sólo para la defensa de las fronteras del país soviético», sino como vanguardia armada de «la revolución mundial, la fundación de la república mundial de los Consejos» (Lenin).

Renegando, para salvar sus intereses bastardos, la perspectiva internacional de clase, la burocracia multiplica las dificultades, hace extraordinariamente costosa la victoria y acumula mayores peligros para el porvenir. Los asaltos militares deberán ser diez veces más fuertes allí donde no se ha tratado siquiera de debilitar previamente al enemigo ó que está dividido en clases antagónicasó por el asalto político.

El discurso de Churchill

Con maneras y estilo de vieja momia reaccionaria, Churchill pronunció un discurso ante la Cámara de los Comunes, a su vuelta de Casablanca y Turquía, parecido en algunos aspectos a la proclama de Hitler.

El representante de la burguesía inglesa, aunque menos históricamente que el representante de la alemana, se preocupa también por el «orden», el orden tal como lo definió Rosa Luxemburgo respecto de Varsovia. Refiriéndose al maloliente chanchullo de Africa, el cachazudo gobernante británico aseguró a la Cámara que «lo que importa al general Eisenhower y a nuestros soldados... es, ante todo, tener un país tranquilo». En ese arte, los fascistas y sus amigos sobresalen. Es la causa porque la burguesía anglo-americana los ha armado a su servicio en África. Sólo cabe preguntarse contra quienes precisa mantener ò un país tranquiloò. Indudablemente contra los indígenas que podían tomar en serio aquello de la lucha por la libertad. Mas como Inglaterra y Estados Unidos no quieren en manera alguna socavar el poderío del Eje dando la libertad incondicional a los países coloniales (lo que centuplicaría la lucha de los pueblos oprimidos de Europa contra Hitler), porque ello socavaría su propio dominio

financiero, tienen que recurrir a procedimientos cada vez más semejantes a los del Eje y cuando la ocasión lo permite, a los mismísimos amigos de éste.

Para terminar su discurso, Churchill pidió «a todos los patriotas en ambos lados del Océano Atlántico que aplasten a los buscabullas y sembradores de discordia en donde quiera que los encuentren...»

La segunda proclama de Hitler

El partido... «tendrá que extinguir a los traidores en donde quiera que estén y sea cual fuere su disfraz, cuando éstos sigan orientaciones hostiles al pueblo». Parece que Churchill y Hitler se han pasado respectivamente la consigna. Las palabras de uno y otro están dirigidas al mismo objeto; aplastar a los revolucionarios y al proletariado, que tanto en Alemania e Inglaterra como en los países dominados por ambas, se agita, protesta, remueve en busca de una salida internacional y socialista a la horrible carnicería reaccionaria.

La segunda proclama de Hitler, es mucho más alarmante para la burguesía alemana que la de Churchill para la suya. El tono de cabo-colilla mesiánico habitual a Hitler, marcado en esta proclama con particular énfasis, descubre más que oculta la verdad. «En los próximos meses ó dijo o quizá en el próximo año, el partido tendrá que desempeñar su segunda gran tarea histórica, a saber; hacer ver a la nación la magnitud del peligro que corre, para fortalecer la fe sagrada, la de inyectar la fuerza a los caracteres débiles y destruir implacablemente a los saboteadores». Y antes de añadir la frase citada tan parecida a la de Churchill explica cual es el género de inyecciones de fe sagrada; «el partido tendrá que acabar con el terror por medio de un terror diez veces más grande».

Ya no es en los países ocupados, sino en Alemania también, donde el sabotaje cunde, se protesta y el descontento murmura por doquier, aún sin tener moldes orgánicos. Son las formas primeras, rudimentarias, de las grandes acciones revolucionarias. Las palabras de Hitler revelan que la tensión social en Alemania debe ser tremenda, a despecho de la Gestapo. ¡Magnífica, formidable y prometedora confirmación del punto de vista internacionalista! La tarea histórica del partido nazi, no está en el frente soviético o en cualquier otro actual o futuro; está en la retaguardia, en las ciudades alemanas, consiste, en última instancia, en impedir la sublevación de las masas alemanas. Los chovinistas de todas las tendencias, y particularmente los semi-internacionalistas, que cual el P.O.U.M. y Víctor Serge, sin atreverse a renunciar formalmente al internacionalismo, rechazan sus consecuencias prácticas, basan su posición en una imaginaria omnipotencia del terror nazi para aniquilar todo movimiento revolucionario. Hitler mismo se ve obligado a darles un mentís. El movimiento revolucionario alemán está ahí, renaciendo a pesar de las terribles dificultades impuestas por la inquisición fascista y por las zancadillas de los desertores del internacionalismo, la casi totalidad de los dirigentes obreros. Con él aparece clara la perspectiva de colaboración internacional del proletariado contra la guerra imperialista, el fascismo y la burguesía en general. Esa acción común de las masas revolucionarias, por encima de las fronteras, es la única fuerza capaz de poner fin a las guerras retrógradas y al capitalismo que engendra el fascismo, la explotación y la destrucción de unas naciones por otras.

No por ello, estamos seguros, cambiarán de opinión los semi-internacionalistas. En el terror «diez veces mayor» que va a desencadenar Hitler verán un motivo más de apoyo a las democracias y de imposibilidad material del internacionalismo. Para justificarse a sí mismos, agrandarán por su cuenta diez veces más el terror nazi y disminuirán a diez veces menos las proporciones del movimiento revolucionario. «Nuestro corazón es internacionalista, pero es

materialmente imposible actuar en consonancia», dirán. Y en lugar de ayudar al proletariado alemán buscando su alianza y reforzando su actividad anticapitalista con la propia en el mismo sentido, se pondrán a hablar del último papel revolucionario de la burguesía. Pero también esta vez se equivocarán porque sus apreciaciones se basan en impresiones y estados psicológicos falsos por no ser apreciados en razón de los rasgos materiales determinantes del problema. El éxito que en la destrucción del movimiento obrero tuvo el terror hitlerista, se debía principalmente a la desorganización y dispersión consecuente a toda derrota y a la desmoralización del proletariado por la traición de sus dos grandes organizaciones, la stalinista y la reformista. Actualmente ya no se trata de terror contra un movimiento obrero en retirada, se ejercerá contra un movimiento revolucionario naciente. Estará todo lo inconexo que se quiera, pero contra una ola revolucionaria en gestación no hay terror que valga. Podrá dificultar su organización, retardar su eclosión, impedirla nunca. Sus causas determinantes crecerán en proporción geométrica, mientras que la capacidad terrorista de las camarillas dominantes irá disminuyendo por aumento de las contradicciones existentes en sus propias filas. Los apoyos incondicionales o condicionados a la burguesía de cualquier bando obstruyen el cumplimiento de este proceso. Sólo la acción internacionalista, ayudándolo, acelerará la caída del fascismo.

«El proletariado debe defenderse con todo conocimiento de causa. La Internacional comunista llama al proletariado mundial a esta lucha decisiva. ¡Arma contra arma! ¡Fuerza contra fuerza! ¡Abajo la conspiración internacional del capital! ¡Viva la República internacional de lo Soviets proletarios!». (Plataforma de la Internacional Comunista aprobada en el primer congreso mundial.)

LUCHA Y TRAGEDIA DEL PUEBLO ITALIANO

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 7, septiembre 1943)

Los acontecimientos de Italia están dando al mundo proletario una suprema lección, a los revolucionarios del mundo una advertencia dolorosa por la cual deberán normar su conducta, so pena de sufrir en el período inmediato una espantosa derrota que postraría al mundo en la más abyecta servidumbre para largo tiempo. Con gritos desgarradores y muerte generalizada, la población pobre italiana está demostrando que el camino de la libertad y de la salvación no pasa por Londres, Washington ni Moscú, sino por la toma del poder político por el proletariado. La descomposición social, la decadencia cultural y el pauperismo continuamente acentuado, aguardan a Europa en la época próxima, si el proletariado no toma por asalto el timón del poder. Los partidos obreros que se oponen a esta solución, cualesquiera sean sus proyectos, deben ser combatidos como enemigos por los revolucionarios.

Lentamente recuperadas de su derrota, las masas obreras y campesinas han hecho una resistencia obstinada a la guerra de la burguesía italiana, y el fascismo, su representante político durante más de veinte años. Con la derrota militar a la vista y la amenaza interior de una gran explosión revolucionaria, la burguesía, la casa real y los militares, se veían forzados a maniobrar para disminuir las consecuencias de la derrota y ahogar en germen la revolución. Siempre que a la burguesía le fracasa una empresa, procura salvar su sistema personificando las responsabilidades en unos cuantos hombres. No conoce otro medio de defensa. A lo largo de la historia lo ha puesto en práctica millares de veces. Intentándolo una más, la clase poseyente, por

conducto de la monarquía y de militares de la categoría de Badoglio, tomó la resolución de despedir a Mussolini y algunos de sus colaboradores próximos. El mismo Gran Consejo Fascista, suprema instancia del partido, suplicó al rey nombrara sustituto al òcavallieri Mussoliniö. Desde hacía años, el Gran Consejo fascista era el único organismo autorizado por la ley para ejercer esa prerrogativa. Su devolución voluntaria al rey, muestra hasta qué punto se hacía universalmente imperiosa a la burguesía la necesidad de amortiguar la oposición de las masas personificando las responsabilidades en Mussolini y algunos más. Pero el pueblo italiano no se ha dejado engañar; ha dado muestras de comprender la maniobra y lo probará aún contundentemente, estamos seguros. En las responsabilidades por la espantosa miseria en que fue sumido, por la opresión y la barbarie fascista, están igualmente incursos la monarquía, la oficialidad del ejército y el sistema capitalista de sociedad. Mussolini fue su representante reconocido y adorado. Con el fascismo deben ser destruidos la monarquía, el ejército y la sociedad capitalista de arriba abajo. A lograrlo en el próximo período, tenderán las masas con energía creciente.

Los motines callejeros, las manifestaciones contra la guerra y el fascismo, los encuentros con la policía, empezaron en Italia, mejor dicho, se recrudecieron, semanas antes de que el òcavallieriö Mussolini fuese depuesto por sus adoradores de la víspera. Al conocerse la constitución de gobierno Badoglio, las masas se lanzaron a poner por obra lo que aquél quería impedir: liberación de los presos políticos, libertad de reunión, manifestación, prensa, la supresión de los órganos fascistas. Grandes ofensivas proletarias se produjeron en todas las ciudades importantes, con particular violencia en las del norte, abundantemente pobladas de obreros. Las cárceles fueron asaltadas, buscados y justiciados algunos encanallecidos funcionarios fascistas, y a pesar de la prohibición de Badoglio, la prensa obrera y liberal reapareció y se distribuyó sin recato. Los partidos, igualmente prohibidos por Badoglio, actuaron a la luz del día. Italia entraba de lleno en el período revolucionario e incluso insurreccional. Los soldados desobedecían las órdenes de disparar sobre la multitud, síntoma el más inequívoco de la descomposición de todo el sistema capitalista italiano.

Así estaban las cosas cuando se produjo la capitulación incondicional ante el Cuartel General de Eisenhower y Alexander. La burguesía italiana dio este paso con el doble propósito de obtener ciertas gracias del vencedor y destruir el movimiento revolucionario. Badoglio y el rey, con el asentimiento de Londres, Washington y Moscú, dejaron a Hitler el cuidado de aplastar a los obreros, dueños de la situación en el norte, mientras se aprestaban suficientes fuerzas anglo-americanas para continuar con éxito la obra de las tropas hitleristas. Dejemos a los señores centristas y neo-reformistas de òMundoö hablar, remedando a los social-imperialistas de toda laya, del òpapel progresivo y revolucionarioö de Washington y Londres. Lo cierto es que las tropas alemanas han tenido que vencer en todas las ciudades una obstinada resistencia de las masas y que Badoglio, el rey y Washington-Londres, han preferido permitir a Hitler degollarlas antes que favorecer su resistencia armándolas. Destruir el poder de Hitler y la burguesía alemana, sí, pero correr el riesgo de que el poder político caiga en manos de las masas pobres, de ninguna manera. Es preferible que Hitler gane terreno, que la guerra se prolongue, que caigan millones de víctimas. Hitler, al fin y al cabo, es la propiedad privada, el orden capitalista. De él se hereda una estructura social sin alteraciones. Pero los obreros, los obreros son la barbarie socialista. Que Hitler meta en cintura a los obreros; nosotros heredaremos a Hitler; este razonamiento guía la conducta òdemocráticaö en Italia.

El paso del Gobierno italiano del círculo de influencia de la burguesía alemana al de la burguesía anglo-yankee, es de la misma naturaleza que la capitulación ante Hitler de Petain, Laval, Darlan, etc., al principio de la guerra. En uno y otro caso se trata de cortar el paso a la revolución, recurriendo a un poder fuerte. En tratándose de incrementar sus beneficios, la burguesía exige a los obreros morir por ellos envolviéndoselos en la palabra "patria", pero no vacila en llamar a cualquier burguesía extranjera a invadir esa misma patria, cuando ella se considera impotente para detener la revolución. Lo único que ha variado en el transcurso de la guerra es el asiento geográfico de la burguesía más fuerte. Todos los propietarios del mundo lo han visto ya. La más gigantesca fuerza conservadora se ha trasladado de Berlín a Washington-Londres. Para nosotros no constituye una sorpresa lo de Italia. Ya lo anunciábamos en el número 5 de "Contra la Corriente": "Toda guerra imperialista lleva consigo, junto a las disputas por el dominio económico mundial, otra disputa por la jefatura de la contrarrevolución". Lo uno se deduce de lo otro. Es evidente que el mayor propietario del mundo es el más reaccionario y el más interesado en preservar el sistema corriendo en auxilio de los propietarios menores cuando están en peligro. Alemania no tiene ya ninguna probabilidad de convertirse en el amo capitalista del mundo, cual parecía seguro hace dos años. Seguirán siéndolo Inglaterra y Estados Unidos, mucho más total y despóticamente que en el pasado. La burguesía de todo el mundo se colocará bajo su protección. Después de Darlan, Giraud y compañía, la burguesía italiana da el segundo ejemplo del cambio de centro de gravedad de la reacción burguesa. Hitler ya no es la mejor garantía contra la revolución: al contrario, tanto el territorio alemán como el sometido a su influencia, es un barril de dinamita próximo a estallar. Toda la reacción europea seguirá el camino de la burguesía italiana. Y llegará el momento en que los propios industriales y banqueros alemanes, acudan a sus rivales extrac Continentales en busca de tropas y sostén político para someter a las masas de su país. El "espacio vital", el más vital de la burguesía alemana, su explotación de las masas, será aun defendido por la burguesía yankee-inglesa. Con las posibilidades de control económico, se desplaza el centro mundial de la contrarrevolución. Washington y Londres procurarán por todos los medios continuar la obra de Hitler. Quienes les apoyan, sea como stalinianos y socialistas, reptando ante ellos, sea como los neo-reformistas de "Mundo", que sólo ven posibilidades revolucionarias a través de las dos capitales citadas, o traicionan descaradamente al proletariado, o le ponen dificultades y gravámenes que benefician a la futura contrarrevolución yankee-inglesa.

Mientras Roosevelt anuncia que la guerra en Italia es una cruzada para liberar al Papa, éste pide auxilio a las tropas alemanas para proteger las iglesias, atacadas por las masas, que ven justamente en ellas, como en España, reductos de la reacción. Mientras los ejércitos de Hitler, desde Milán a Nápoles, sosteniendo a los funcionarios fascistas disparaban sus armas contra el proletariado, los ejércitos anglo-americanos reprimían a los campesinos de Sicilia y Calabria, con y en apoyo de los mismos funcionarios fascistas... ya arrepentidos, no hay que decirlo. En una palabra, el pueblo italiano, el pueblo que ha sufrido las espantosas consecuencias económicas y represivas de la dictadura fascista, es tratado como enemigo tanto por Hitler como por Roosevelt-Churchill. Stalin menea la cabeza aprobatoriamente y firma el armisticio cuyas cláusulas más importantes están dirigidas contra el proletariado y los campesinos. Cogidos entre dos fuegos, han tenido que hacer un alto en la lucha. Pero será provisional, fugaz incluso, puede estarse seguro de ello. Más de veinte años de ira acumulada, no se gastan en unos cuantos días, por muchos y poderosos enemigos que les ataquen. Italia ha entrado en período revolucionario. Las masas debaten luchar desde ahora por sus intereses, contra todos los enemigos. Contra Hitler y Mussolini; contra Badoglio, Victor Manuel y sus nuevos patronos. Por las libertades

democráticas, por el reparto de la tierra a los campesinos, por la destitución de todos los funcionarios fascistas, arrepentidos o no, por el control obrero de la producción, etc. Las masas italianas deben orientarse a la toma del poder político lo más pronto posible. El proletariado de Europa está ya maduro para correr en su auxilio. La contrarrevolución fascista sería destruida en su seno por los únicos que pueden verdaderamente destruirla, los explotados. Y la contrarrevolución angloamericana, encontrará en Europa una barrera infranqueable. En todas partes del mundo, los revolucionarios deben enarbolar estos gritos: ¡Abajo las armas ante la revolución italiana y europea! ¡Abajo Hitler! ¡Vivan los Estados Unidos Socialistas de Europa!

GÉNESIS DE LA UNIDAD NACIONAL

(CONTRA LA CORRIENTE, nº7, septiembre 1943)

El tema de la unidad, ya sea con la coletilla ñacionalö propuesta por el stalinismo o con cualquier otra que descubran los conciliadores, ha sido renovado por las maniobras de quienes tratan de constituir en la emigración un gobierno pelele. Por otra parte, las noticias procedentes de España anuncian una recuperación cada vez más acentuada del proletariado y los campesinos. La lucha contra Franco y Falange se extiende; la solidaridad entre ñlos rojosö aumenta; las promesas de venganza se multiplican, lanzadas a la cara de los franquistas; se anuncia la ñtercera vueltaö y se la ansía. Ante estos síntomas, que de continuar ascendiendo depararían una ofensiva revolucionaria aun más terrible que la de 1936, la mayoría de los dirigentes obreros se sienten aterrorizados, de antemano impotentes para contenerla¹. Se preparan intensas jornadas de lucha de clases mientras las organizaciones que agruparon masas en España abren los brazos para estrechar al enemigo y observan sin hacer nada positivo en contra, como abren los brazos las demás. El divorcio entre las masas y las viejas direcciones, aún las menos desprestigiadas, es hoy consciente para los líderes; de ahí su terror pequeño-burgués ante la ofensiva de masas. Pero no es del todo consciente para éstas, ni siquiera para una categoría de militantes, sanos, pero aferrados a las viejas organizaciones porque no se atreven a confesarse que la organización por la que tanto han luchado y sacrificado traiciona sus sentimientos revolucionarios y no merece su confianza. Oportuno es que volvamos a la carga, metamos la mano en la entraña de los saboteadores de la lucha de clases y pongamos boca arriba el pérfido significado de la unidad patrocinada por ellos.

Internacionalmente la unidad nacional es una vieja política bajo la cual se han ocultado invariablemente los intereses de la burguesía. En el sistema de la propiedad privada la explotación del proletariado por la burguesía no puede cesar. No hay comunidad de intereses sino oposición, y por lo tanto ininterrumpida lucha de clases. El proletariado tiene que defender lo suyo enfrentándose continuamente a la burguesía o dejarse hacer y deshacer por ella; lo sabe cualquier obrero sindicado. Ya en época normal, cuando la perspectiva del proletariado se limita a mejorar su situación dentro de la sociedad capitalista, recomendar la unidad o simplemente la contemporización entre las clases, es convertirse en abogado de los poseyentes. Quienes sostienen que existe un interés nacional superior o anterior al de las clases, no pueden defender

¹ Véase en el Boletín de la UGT, la cobarde resolución aprobada en presencia de un ñdelegado fraternalö de la CNT, a la que se refiere un editorial en este número. El estalinismo se ha expresado en términos semejantes.

sino los intereses de la burguesía, porque en el mundo actual todo obedece a la ley de su salud. Naturalmente, los explotadores nunca han reconocido serlo e invariablemente presentan al mundo sus negocios como el supremo bien de la nación. La explotación del proletariado, los campesinos y otras capas pobres de la población, es santificada como el interés general. En otras palabras, la conveniencia de los explotados consiste en seguir siendo explotados. En cambio, se les permite contemplar como benefactores a sus explotadores, y de cuando en cuando se les otorga el derecho de morir por ellos, ¡máxima expresión de la unidad nacional! Si el obrero no acepta esta situación, si se defiende, la burguesía le acusa: demagogo, disturbador del orden, enemigo de la sociedad, o bien traidor, quintacolumnista, etc., en tiempo de guerra.

La época presente, a partir de la primera guerra imperialista, marca la ruptura definitiva del equilibrio y la normalidad de la sociedad capitalista. Ya no se plantean al proletariado tareas de mejoración en el seno de ella, porque las condiciones del capitalismo en putrefacción tienden a hacer bajar continuamente el nivel de vida, el cultural y las libertades de la población pobre en su conjunto. Se hace imposible toda mejora estable sin destruir la sociedad capitalista e iniciar la organización del socialismo. La energía de clase trabajadora y su estrategia política deben proponerse esa meta. La lucha contra la burguesía es, en la época moderna, una lucha directa por la toma del poder político. Cualquier conciliación entre ambas clases refuerza las tendencias totalitarias y decadentes de la burguesía. Pero precisamente en este terreno, la unidad nacional se adentra mucho más allá que el colaboracionismo tradicional de la II Internacional. Desaparecidas las posibilidades de mejoración en el seno del capitalismo, la colaboración no ofrece a la clase trabajadora mejora efectiva alguna; se traduce, irremediamente, en una alianza de los partidos obreros y la burguesía contra las masas de la ciudad y el campo, sin excluir las afiliadas a las propias organizaciones. Si la antigua expresión reformista de la unidad nacional, a costa de la castración ideológica, ayudó a conseguir mejoras económicas y los restringidos derechos de la democracia burguesa, en la época decadente del capitalismo actúa como saboteador de las huelgas económicas, sanciona la censura de prensa, el estado de alarma o el de guerra, la clausura de los locales obreros, la supresión de sus mítines, manifestaciones, etc.; en una palabra, suprime aquellos derechos democrático-burgueses en nombre de los cuales se constituye y pretende justificarse.

El marxismo óy no es marxista sino aquél que rechaza, en todas las ocasiones sin excepción, la colaboración de clasesó ha estigmatizado siempre la unidad nacional, en cualquiera de sus grados y bajo sus múltiples disfraces. Desde los primeros escarceos colaboracionistas, con Millerand, se ha alzado vigorosamente en contra. Cuando, en 1914, la unidad nacional arrasó la II Internacional, que la había incubado potencialmente durante largo tiempo, una minoría revolucionaria la combatió como una traición a los principios del marxismo. Su lucha magnífica dio por resultado el triunfo de la revolución rusa, la primera afirmación proletaria en la historia. De ella surgió la III Internacional, destinada por sus fundadores a arrancar el proletariado a la tendencia colaboracionista y organizarlo en todos los países para la revolución mundial. Durante cinco años, de 1919 a 1924, la Internacional comunista se mantuvo fiel a los principios de su fundación. Sus trabajos, resoluciones, tesis y experiencias prácticas, constituyen la más vasta y mejor escuela revolucionaria que jamás existiera. En vano un neo-reformismo que explota todos los viejos prejuicios pequeño-burgueses contra el bolchevismo², trata de negarla o considerarla una òdesviación monstruosaó. Quitando el período inicial del movimiento obrero y algunos

² En lengua española esta tendencia se expresa en la revista òMundoó.

raros ejemplos de la II Internacional, no existe más que experiencia reformista o ultraizquierdista. La de los años revolucionarios de la III Internacional, junto con la comprensión de las causas de su degeneración, constituye la más excelsa escuela revolucionaria para las jóvenes generaciones. Se puede partir de ahí para adelante; quienes niegan o incomprenden esa experiencia, no servirán sino para poner obstáculos a la marcha revolucionaria del proletariado.

Toda la historia revolucionaria puede resumirse sin exageración en lucha continuamente renovada contra el espíritu de unidad nacional, introducido en las filas obreras por sus propios dirigentes. La fuente general es el principio colaboracionista o ruptura con los objetivos históricos del proletariado; su resultado último la conversión del movimiento obrero en un degradado apéndice izquierdista de la burguesía. Sobre esto se han publicado ya diversos artículos y resoluciones del Grupo español en México de la IV Internacional, en *Contra la Corriente* y en *19 de Julio*. Insistimos únicamente para presentar algunas características particulares a España. Nuestra guerra civil sacó a la superficie los posos reformistas contenidos en las organizaciones obreras; a las ya reformistas les descubrió sus verdaderos fundamentos burgueses. Los conciliadores de hoy lo fueron ayer, en pleno fuego contra las tropas de Franco. E igualmente, quienes, sin estar hoy declaradamente junto a la unidad nacional tampoco la combaten debidamente ni saben oponerle el principio de clase contra clase, son los mismos que ayer, de buen o mal talante, seguían la política de los conciliadores. Los trabajadores españoles que quieran orientarse bien, comprender lo que significa la unidad nacional, situar por relación a ella la actitud de cada organización y tomar una posición revolucionaria, deben seguir retrospectivamente la pista de cada organización hasta la guerra civil.

En efecto, el Frente Popular era una unidad nacional un poco a la izquierda de la que en estos días se trama. Estaban excluidos de ella muchos reaccionarios y filo-fascistas por cuya *patriótica* colaboración suspiran ahora dirigentes stalinistas y socialistas, para no hablar de los carcamales políticos republicanos. Pero la respuesta de las masas a los militares hizo saltar la unidad nacional en mil pedazos. Desgraciadamente, las masas, contrarrestada su acción de clase por la acción burguesa de sus dirigentes, no lograron mantener esa ruptura, estableciendo su gobierno y creando su Estado. Los dirigentes pudieron rehacer el aparato de dominación burgués y reconstituir la unidad nacional del Frente Popular. El gobierno Caballero desempeñó la tarea inicial de sabotaje de la obra de las masas y reconstitución de la fuerza represiva burguesa, instrumento inseparable de toda unidad nacional. Cuando el dispositivo básico estuvo creado, un movimiento de flanco presentó la cara stalino-negrinista del Frente Popular y sus propósitos conciliadores, recatados hasta entonces, salieron a la luz del día.

Desde su iniciación, la idea del Frente Popular, como la de cualquier otro bloque colaboracionista, era impedir que el proletariado llevase hasta sus últimas consecuencias la lucha contra la burguesía. La victoria de las masas sobre los militares y la guerra civil misma, eran una contrariedad, un estorbo para la gente del Frente Popular. Esa era la guerra de clases y la guerra de clases no la querían ellos, la temían, les aniquilaba; la guerra de clases, para emplear el lenguaje stalinista, es trotskismo. Contra ella dirigieron sus esfuerzos desde el 19 de Julio de 1936 hasta la victoria de Franco. La paz con los militares, designada en el lenguaje oficial con la expresión *reconciliación entre todos los españoles*, estuvo presente desde el primer día en los proyectos del gabinete Negrín-Stalin-Prieto. El presidente del mismo, interrogado por los periodistas sobre los rumores de paz corrientes en el extranjero y en España, respondía cínicamente: *Antes de hablar de paz tenemos que poner orden en la retaguardia*.

Confesión bien explícita de que el gobierno, si lograba imponer su orden a los trabajadores, estaba dispuesto a hacer borrón y cuenta nueva. Existe más de un indicio de que se hicieron gestiones de paz por conducto de Inglaterra. Quienes conocen bien la naturaleza reaccionaria del colaboracionismo, ya más concretamente, la de los partidos stalinista y socialista, sus principales bases en España, no pueden dudar un solo instante que si les fue imposible concertar la paz se debió a la hostilidad del proletariado en nuestra zona, y a la negativa de Franco, que estaba seguro de poder vencer a gentes que no sabían oponer a su programa de salvación de la propiedad privada sino otro programa de salvación de la misma propiedad, por añadidura desechado ya por la burguesía. Pero tanto la actividad gubernamental como la propaganda de sus sostenedores, siguió orientada, hasta el fin de la guerra, a la reconciliación entre españoles. El partido comunista y juventud hacía llamamientos a los católicos y a los que están más cerca de los fascistas que de nosotros (Carrillo), mientras se motejaba de quintacolumnistas a los obreros partidarios de la revolución social, cuando no se les asesinaba. El ala derecha del partido socialista seguía la misma política. El ala izquierda caballerista, más los anarquistas, contrarios a los proyectos de paz, les hacían el juego por su colaboración política con los capituladores y por su incapacidad para preparar la toma del poder político por el proletariado. La política de unión con la otra zona, destinada a borrar el 19 de Julio, no encontró una oposición verdaderamente seria por parte del anarcosindicalismo y el ala izquierda socialista. Sus protestas verbales eran seguidas de sumisión al programa burgués del Frente Popular, que favorecía esa misma paz. Los hechos contradecían a las palabras, y en política, sobre todo en política revolucionaria, lo único que tiene valor efectivo son los hechos. Así pudo llegar a imponerse íntegramente la política gubernamental, totalmente inspirada por el stalinismo. La propia dirección estrictamente militar de la guerra, se basaba en el plan de reconciliación. No se trataba para el gobierno de aniquilar militarmente al adversario, sino de resistir suficientemente o adquirir las victorias mínimas indispensables para obligarle a hacer la paz. Los famosos 13 puntos del doctor Negrín apuntaban, uno tras de otro, a ese blanco. Mientras más recortes sufrían más descaradamente aparecía la idea del Abrazo de Vergara. Pero, como es de consuno para la política conciliadora en general, la de Negrín-Stalin produjo la derrota, no la victoria, ni el empate siquiera. En nuestra zona, sin embargo, la expresión práctica de la unidad nacional gubernamental fue la supresión de las conquistas de las masas, su desarme, su aplastamiento político, y, no hay que decirlo, la famosa democracia de nuevo tipo se perfiló en su verdadero sentido por la supresión más brutal y reaccionario de los derechos democráticos.

Igual que durante la guerra civil, el stalinismo aparece hoy como el guía de los propósitos conciliadores. Es el único que ha formulado un programa más acabado de unidad nacional. Le siguen, o bien compiten con él, todos los demás renegados. Lo más que puede producirse entre ellos son rivalidades de mangoneo. Políticamente no hay desacuerdo entre el stalinismo y la tendencia socialista de Prieto. En cuanto al anarcosindicalismo y la borrosa izquierda socialista, continúan, como en España, sin adoptar una posición de clase y cayendo aquí y allí en el principio stalinista mismo, aunque tampoco ahora dejen de hablar contra el stalinismo como tendencia. En fin, los conciliadores de ayer piden hoy abrazar a requetés, generales y falangistas; los auxiliares de los conciliadores siguen auxiliándoles por su incapacidad para oponer a la colaboración el principio de frente único proletario y clase contra clase. A esta incapacidad se debe la fuerza aparente del stalinismo y en ella reside un terrible peligro para el futuro movimiento revolucionario español. La clase obrera, principalmente los anarquistas o socialistas de izquierda, deben reaccionar.

INDEPENDENCIA NACIONAL Y REVOLUCIÓN PROLETARIA BAJO EL TERROR NAZI EN EUROPA

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 11, enero 1944, y 12, febrero 1944).

I

El fenómeno de la ocupación y la opresión de las nacionalidades europeas por el imperialismo germano es uno de los fenómenos más característicos de nuestra época. En grados, con métodos y objetivos diferentes, ha despertado en todo el viejo continente una avalancha cada vez más crecida de resistencia. Principalmente armada con el lema de independencia nacional y lucha contra la opresión germana, disfruta de las simpatías y la colaboración de la mayoría de la población: proletariado, campesinos, pequeña-burguesía e incluso burguesía. Pero los métodos de lucha no son siempre los más efectivos, ni los objetivos conducentes a la solución del problema europeo. Mientras en Yugoslavia y los Balcanes, numerosos grupos guerrilleros de importancia diversa luchan a la vez contra los alemanes y entre sí mismos, en los países occidentales, Francia, Bélgica, Holanda, Noruega, el sabotaje y el atentado terrorista cunden como principal instrumento de lucha. Últimamente, se ha hablado de guerrillas francesas en la parte alpina del país. Pero nada autoriza a creer que hayan adquirido las proporciones que en los Balcanes. La resistencia parece allí confinada ósalvando la actuación de los grupos minoritarios revolucionarios al cauce nacionalista y terrorista bordeado, a la derecha, por la burguesía gaullista y darlanista, a la izquierda, por el stalinismo y la social-democracia.

De las formas adoptadas por los diversos movimientos de resistencia nacional, y de sus objetivos, se desprenden numerosas y no fácilmente soslayables dificultades para adoptar una política revolucionaria de resistencia capaz de llevar la lucha por la liberación nacional a una solución verdadera. Dadas las condiciones de Europa, la peor de todas las cuales no es precisamente la ocupación y el terror nazis, sino la traición reiterada de las dos más grandes organizaciones obreras a los intereses de la revolución socialista, es comprensible que, al encarar el problema de la liberación nacional, determinados revolucionarios de cuya lealtad no se puede dudar, hayan incurrido en errores tácticos que ofrecen base para más graves errores políticos.

Por mi parte, creo que la adopción de una línea revolucionaria justa está subordinada a dos premisas respectivamente relacionadas entre sí: 1) Una justa estimación del fenómeno de la ocupación por el imperialismo germano, 2) El trazado estratégico de toda la lucha, o solución revolucionaria al maremagnum europeo.

Sería una mentecatez propia de la añagaza propagandística anglosajona pretender que la opresión desencadenada sobre Europa es un producto particular del imperialismo germano, o bien de la camarilla nazi. Estos representan, a lo sumo, el brazo ejecutivo de una tendencia inherente al imperialismo, mundialmente considerado. La época de las nacionalidades independientes, tal como fueron creadas por el tránsito del feudalismo al capitalismo, ha pasado, en general, a la historia. Los países coloniales rezagados en etapas inferiores de desarrollo, no podrán vivir como nacionalidades independientes sino breves períodos, sólo momentos de transición. Deberán fundirse sin solución de continuidad en la federación mundial de repúblicas socialistas, o volver al yugo de cualquier colonizador o ñprotectorö extranjero. En cuanto a las

viejas nacionalidades europeas, su desaparición era, desde hace decenios, una necesidad histórica imperiosamente determinada por el desarrollo de las fuerzas productivas y de las necesidades humanas en relación con ellas. La capacidad de las fuerzas de producción sobrepasaban el marco nacional hasta el grado máximo posible dentro del sistema dado de la propiedad privada; el grado de conciencia política de las masas, con toda su vaguedad, las situaba por encima del estado nacional y de la propiedad privada. Las masas estaban óy siguen estando por la abolición de la propiedad privada y por la abolición de la nacionalidad burguesa mediante la federación de pueblos socialista de Europa. Tratábase de superar el sistema de producción y consumo característico de la burguesía, y de abrir paso al sistema de producción y consumo socialistas, así como en el terreno de las fronteras, tratábase de superar la nacionalidad burguesa, sustituyéndole la federación libre de pueblos, carentes ya de motivos de división. Pero la Segunda Internacional, la organización obrera existente al hacer su aparición esta necesidad de superación histórica, desertó al nacionalismo burgués. La Tercera Internacional, constituida para llenar el lugar desierto de la Segunda, tras algunos años de fidelidad revolucionaria, fue llevada por la camarilla de Stalin a la misma traición social-patriota. Obstaculizadas en su desenvolvimiento natural hacia el socialismo, las masas revolucionarias no pudieron dar a la situación europea su desenlace revolucionario. Cuando éste falta, viene inevitablemente un desenlace reaccionario.

El fracaso de la revolución en Europa, principalmente de su último intento, la revolución española, dejó libre campo al desenvolvimiento de la guerra imperialista. La guerra imperialista puede producir, a su vez, la revolución social; en el peor de los casos, producirá, con entera certidumbre, una ocasión de revolución. Pero al fallar la solución revolucionaria al conflicto europeo, el capitalismo tenía forzosamente que encontrar una solución reaccionaria. Para el capitalismo, no existe situación absolutamente sin salida decía Lenin. Porque la historia no es un autómatas que deba alcanzar inevitablemente la revolución proletaria y el socialismo. Sobre las condiciones objetivas favorables acumuladas por la evolución anterior, el impulso decisivo corresponde a la clase que por su posición en la red de la producción capitalista está capacitada para destruirla superándola. Cuando las organizaciones de esta clase fallan y se pasan al campo del enemigo, cual ha ocurrido con las Internacionales Segunda y Tercera, la derrota del factor revolucionario permite al viejo sistema continuar su existencia con las modificaciones que la situación le exija.

Estas modificaciones han de ser siempre una imagen invertida de las que demandan el bienestar humano y el progreso histórico. Europa con mayor premura, y el mundo en general, necesitan expropiar al capitalismo, borrar las fronteras mediante la planificación de todo el sistema económico y producir para las necesidades del consumo mundial. Son las tareas de la revolución proletaria, que deben ser iniciadas por la destrucción del Estado burgués y la toma del poder político por el proletariado. La necesidad y la posibilidad de esta revolución están dadas por el desarrollo gigantesco de las fuerzas de producción capitalistas. Traicionado sucesivamente por sus dos grandes organizaciones internacionales, el proletariado ha sido incapaz de dar al capitalismo el último empujón y precipitarlo en las sombras del pasado. La capacidad expansiva de las fuerzas de producción tiene que encontrar entonces sus propias válvulas de escape. Las soluciones revolucionarias necesarias y útiles a toda la humanidad, son substituidas por soluciones convenientes únicamente a la clase propietaria y dentro de ésta a la del país o los países más poderosos. La solución revolucionaria expropiaría a la gran burguesía, y poniendo la administración en manos del proletariado, otorgaría un alza considerable del nivel

de vida medio a todas las capas pobres de la población. La solución reaccionaria concentra la propiedad aun más en manos de la gran burguesía, expropia legalmente o por la ruina a un número cada vez más considerable de pequeño-burgueses, empeora las condiciones de vida de la gran masa trabajadora y completa su conversión en aditamento de la máquina. La solución revolucionaria, llevando al proletariado al poder, establecería inmediatamente un amplísimo sistema de democracia para los pobres, desconocido hasta ahora en la historia; la solución reaccionaria concentra todo el poder en manos de las oligarquías financieras y de sus camarillas políticas, gobierna por el terror y arrebata a las masas pobres hasta las libertades más insignificantes y formales. La solución revolucionaria planificaría la economía con el intento de asegurar un desarrollo industrial armónico y adecuado a las necesidades del consumo humano; la solución reaccionaria *dirige* la economía con el intento de asegurar los beneficios a la oligarquía capitalista. La solución revolucionaria inauguraría un gigantesco progreso industrial, rompiendo el cerco de las fronteras y la sisa de la plusvalía capitalista; la solución reaccionaria limita el desarrollo industrial muy por debajo de las posibilidades, lo mantiene estático e incluso le obliga a retroceder. Finalmente, sin hablar de la cultura, que sólo puede progresar ya mediante la revolución, la solución revolucionaria habría dado a todos los pueblos de Europa un interés económico común, llevando a los países más adelantados a participar en el desarrollo técnico y cultural de los más atrasados, lo que los conduciría espontáneamente a la supresión del problema de las nacionalidades, mediante la federación; la solución reaccionaria es la esclavitud y la explotación de los países más atrasados o débiles por la burguesía de los más poderosos e industrializados. A la federación socialista de pueblos se substituye la esclavitud de los mismos.

He ahí lo que ha hecho Alemania, mejor dicho, la burguesía alemana, en Europa. Ayudada por la idea de vengar el latrocinio perpetrado en Versalles, logró, no sin ayuda de reformistas y stalinistas, esclavizar al proletariado de su país. Conseguida la unidad nacional en su más perfecta expresión, y puesto en movimiento hacia la guerra su formidable aparato productor, aplastó a toda la burguesía europea, obligándola a rendirle tributo espontáneamente o por la fuerza. Su invasión de Europa, la explotación económica y de mano de obra practicada, así como la esclavización y el terror que mantiene sobre todo el continente, no han sido producidas por necesidades estrictas de guerra. La guerra es el choque que ha hecho emerger las necesidades del gran capital financiero e industrial. La burguesía va a ella para conseguir por las armas el sistema de organización mundial que más le conviene en tiempos de paz. Así como las revoluciones precipitan la evolución de la humanidad, las guerras imperialistas precipitan la evolución de la burguesía en particular. La esclavización de Europa, producto inmediato de las necesidades de guerra de la burguesía germana, es la forma guerrera de sus necesidades permanentes de expansión comercial y control económico. En caso de victoria, cambiaría según los países la modalidad de dominación germana; pero subsistiría la esclavización nacional y el vasallaje económico de toda la burguesía continental. La necesidad estratégica militar sirve de puente a la estrategia imperialista general.

II

Ha sido Alemania, no Inglaterra o Estados Unidos, quien inició la servidumbre de las nacionalidades europeas. Oportunistas confesos e inconfesos deducen de esa prioridad una condenación para Alemania e indulgencias para los otros dos, los òdemocráticosö. El caso es, para ellos, poder apoyar una carnicería òsantaö y señalar como principal enemigo de las armas una burguesía extranjera.

Ya Carlos Liebknecht, ante el tribunal militar de los predecesores de Hitler, señalaba la vaciedad y la indignidad de una lucha contra el imperialismo que se ejerce principalmente contra los concurrentes extranjeros de la propia burguesía. El análisis materialista confirma la actitud del gran revolucionario alemán, haciéndola extensiva a los diversos bandos imperialistas de esta guerra. Las modalidades adoptadas por la expansión germana le han sido dictadas por su propia historia, siglos atrás. Ello tanto en el dominio interior como en el exterior. Hitler es un resultado directo del fracaso de la revolución alemana; la expansión que ha presidido lo es del acaparamiento de las colonias, los mercados y las materias primas, por Inglaterra y Estados Unidos. El globo hinchado de potencialidad productiva que era la burguesía alemana, estalló abalanzándose sobre los satélites de sus adversarios. Eran las colonias más próximas al conquistador y mucho más ricas, por su grado de evolución si no por privilegio natural, que las colonias propiamente dichas. La expansión alemana presidida por Hitler es un hecho de la misma naturaleza esencial que la colonización de Asia, África, Oceanía o la penetración imperialista en China y América Latina. El gran capital financiero e industrial no puede producir nada que no contenga o no se ajuste a sus intereses. Pero acomoda sus métodos a la resistencia y las peculiaridades del medio en que se aplican.

Naciones de Europa con luengos siglos de tradición independiente, economía y cultura desarrollados tanto y más que en Alemania, y por añadidura un proletariado que sólo piensa en la revolución socialista, no podían ser dominados sino por el terror, y aun así provisionalmente. La bestialidad característica del dominio nazi, se produce por la violenta contradicción entre las enormes necesidades de absorción del imperialismo y las necesidades revolucionarias de los pueblos: paso a una economía socialista federada, mejoramiento de las condiciones de vida, libertad para las clases pobres garantizada por la supresión del monopolio del capital y los instrumentos del trabajo. Pero *esa contradicción existe igualmente refiriendo la situación del mundo al imperialismo anglosajón*. Si para dominar al proletariado de su país y a Europa entera, la burguesía alemana ha recurrido a un terror que aventaja al de la época de la decadencia del mundo greco-romano, los capitalistas de Washington y Londres seguirán su escuela. Algún defensor sórdido del ñhumanismo blancoö tratará aun de prolongar su indulgencia para con el imperialismo aliado arguyendo que no padeciendo el cerco que el imperialismo germano, le bastará con oprimir a pueblos negros, amarillos, rojos o blanqui-negros, conformándose con una penetración económica y una dominación tolerante, entre los pueblos blancos. Dejemos que los mendigos sigan extendiendo la mano, pero combatamos a los sacerdotes que predicán la caridad como solución a las miserias del mundo.

Si bien es cierto que la burguesía anglosajona, cuando triunfe, no se encontrará cercada por ningún rival (salvando la inevitable lucha, ya iniciada con caracteres de regateo, entre Inglaterra y Estados Unidos y suponiendo que Alemania y Japón sean reducidos al estado de colonias), no lo es menos que el mundo es ya pequeño para vivir bajo el imperialismo, siquiera sea con libertad restringida. Su libertad está en la destrucción del imperialismo, así como la libertad del imperialismo está en la esclavización del mundo. Las causas que llevaron a la burguesía alemana a desencadenar el terror y la esclavitud sobre toda Europa, serán substituidas por otras para la burguesía angloparlante. El nivel económico de las colonias y semi-colonias se ha elevado considerablemente durante la guerra; la conciencia y la necesidad de libertad de todos los pueblos aumenta, su rebelión contra el imperialismo será cada día más creciente. Por otra parte, la capacidad productora del imperialismo aliado, por tanto su exigencia de dominio, se ha acrecentado muy considerablemente durante la guerra. Que la indulgencia centrista hacia ñlos

democráticosö ate esa mosca por el rabo. La necesidad de esclavización y el terrorismo perfeccionados por la burguesía alemana, resultante de la evolución nacional anterior en conjunción con el fracaso de la revolución alemana y europea, se impondrá igualmente al imperialismo angloparlante, como producto de la contradicción entre su gigantesca productividad y las necesidades de independencia y libre desarrollo de las masas pobres. El choque entre el gran capital incompatible con la libertad, y las masas, es inevitable. Esforzándose en vencer la revolución, el capital acelerará su evolución natural hacia el fascismo. Lo que apareció cual fruto primerizo de la burguesía alemana, será seguido por abundante cosecha de la burguesía yanki-británica. El árbol que da los frutos de la esclavitud y el terror reaccionarios es el imperialismo, el sistema de la propiedad privada. Detenerse a considerar si el primer fruto salió de la rama alemana o de la rama inglesa, puede ser grato y útil a traidores y oportunistas. Los revolucionarios deben reflexionar en cómo arrancar el árbol de raíz.

Habiendo acelerado su marcha por necesidades de guerra, la máquina opresora del imperialismo no se detendrá ante ninguna consideración. La fuerza revolucionaria de los pueblos puede detenerla únicamente. Pero la guerra produce, también, otro orden de consecuencias. En el espíritu de las masas, mitad por conciencia, mitad empujadas por los sufrimientos multiplicados a que viven sometidos, se gestan poderosos movimientos revolucionarios. Iniciados inmediatamente contra la opresión nazi, no dejarán de prolongarse en busca de su floración, ya continúe Hitler espatarrado sobre Europa, ya le sucedan los instrumentos militares de Wall-Street y la City. En esos movimientos revolucionarios ya iniciados, se remueve la tendencia a la revolución socialista tan persistentemente apuntada y siempre vencida, de los años intermedios entre las dos guerras imperialistas. Cualquiera que sea su motivo inmediato y la explicitud con que se presente a las masas, la causa mediata, su meta histórica es la anulación de la propiedad privada, de las antiguallas fronterizas y aduaneras y la federación de pueblos socialistas. El ya seguro vencedor imperialismo anglosajón se comportará respecto de las aspiraciones revolucionarias de los pueblos aprovechando la escuela de Hitler. Su necesidad acrecentada de dominio económico le llevará a la ocupación temporal o permanente, al uso de gobiernos peleles, a continuar la supresión de libertades impuesta por el fascismo e incluso el terror organizado. En una palabra, mientras los pueblos se lanzarán a la unificación socialista por la revolución, los vencedores tratarán de imponerles la unificación imperialista bajo la servidumbre nacional, por el señorío de la contrarrevolución. La obra apuntada por la rama imperialista hitleriana se prolongará en la rama imperialista yanki-británica. Esta me parece la estimación revolucionaria del fenómeno de ocupación que padece Europa.

En ella está contenida la segunda de las dos premisas a que subordino la adopción de una política revolucionaria en Europa, a saber, el trazado estratégico de toda la lucha o solución revolucionaria al maremagnum europeo. Pero debo explayarla para no dar lugar a equívocos.

Desde un punto de vista histórico en Europa no se plantea ningún problema de independencia nacional. Se plantea la unificación económico-política del Continente sobre la base de la propiedad socialista planificada. Entendámonos, porque es materia escurridiza que se presta a dimes y diretes. El período en que el estado nacional constituía la base necesaria al desarrollo económico y de la civilización, periclitó hace tiempo. La división en estados nacionales es precisamente una de las causas de la corrupción social y de las guerras imperialistas. Su desaparición correrá pareja con la de la propiedad privada y constituye la gran

tarea histórica de nuestra era. Ahora bien, es imposible hablar propiamente de problema nacional sin resucitar la imagen del estado ceñido en sus fronteras, barricado tras las tarifas aduaneras, erizado de bayonetas. Porque en su sentido estricto, una solución nacional *abarca e interesa* a todas las *clases* comprendidas dentro de una unidad geográfica, o histórico-política. Muy lejos de eso está la realidad europea. Ni existe solución dentro de las fronteras nacionales ni pueden estar interesadas en ellas todas las clases. Por muy perogrullada que parezca, creo que lo anterior no ha sido tenido en cuenta sino formalmente para determinar la conducta de los revolucionarios.

Estos mismos han hablado excesivamente de problema nacional, desquiciando la terminología y dando lugar a desquicios políticos. Incluso se han aducido citas de Lenin intentando demostrar que él consideraba posible el renacimiento del problema nacional en Europa. Se confunde así problema nacional, que engloba al conjunto de las clases, con insurrección nacional. El ejemplo de los países coloniales, principalmente la India, nos está mostrando que la burguesía prefiere el vasallaje respecto de una burguesía extranjera, a la utilización de la fuerza revolucionaria de las masas. Antes de lanzarse a un movimiento nacional, la burguesía debe sentirse segura de poder dominar y desarmar a las masas. Sólo en contados casos ocurrirá. Pero aun así tampoco podría hablarse con propiedad de resurrección del problema nacional. Para los países coloniales, la lucha no haría más que desplazarse totalmente del enemigo imperialista a la propia burguesía. Teniendo en cuenta el enorme potencial económico del imperialismo moderno, su acaparamiento de los mercados y materias primas, resulta absolutamente imposible para ninguna burguesía colonial desprendida de él asegurar el adelanto económico y cultural de su país. Aun suponiendo lo inexistente, voluntad de lucha anti-imperialista, falta la posibilidad objetiva, las condiciones materiales que permitirán a la burguesía desempeñar un cometido nacional que interesase a la clase proletaria y al campesinado. Con mucha mayor razón es verdad lo anterior para Europa. Por una parte, el desarrollo de la economía ha alcanzado un nivel sobrado para exigir su internacionalización; por otra, el proletariado es manifiestamente socialista, la burguesía consciente de ello, manifiestamente totalitaria. La resurrección del problema nacional en Europa entrañaría forzosamente una regresión histórica imposible sin la destrucción y pérdida de los más importantes adelantos técnicos y científicos. Aunque el peligro no sea inexistente por completo, no estamos dentro de él, y antes de amenazar seriamente se librarán grandiosas batallas entre la burguesía y el proletariado. Por ahora los revolucionarios no deben preocuparse sino de alcanzar la victoria para el proletariado.

Precisamente porque la esclavización de Europa proviene de la supervivencia del capitalismo y de los estados nacionales, nunca se representará bastante al proletariado la supresión de los mismos como objetivo *inmediato* de su lucha. Ciertamente, la mayoría de los revolucionarios que han escrito sobre este mismo problema no han dejado de señalar como salida definitiva los Estados Unidos Socialistas de Europa; pero sólo como una perspectiva en lontananza, en segundo plano, concediendo el primero a la lucha por la independencia nacional. De ahí han resbalado a deducir tácticas de concesión al objetivo nacional, en disconformidad con el objetivo socialista e internacionalista.

La táctica debe depender siempre del objetivo estratégico, y es absolutamente imposible adoptar técnicas extrañas a él sin abandonarle total o parcialmente, consciente o inconscientemente. Se ha dicho que siendo la tendencia fundamental de las masas europeas la lucha contra la opresión extranjera, los revolucionarios deberían apoyarse en la lucha nacional

independientemente de las intenciones reaccionarias de algunos de sus dirigentes. En consecuencia, soporte para los grupos guerrilleros y colaboración con los representantes burgueses proaliados, tipo de Gaulle. Se ha llegado a hablar de papel revolucionario de Tito (contra su voluntad claro está), y de otros aun más reconocidamente reaccionarios. Inducción a una táctica de objetivo nacional allí no deja de proponerse un objetivo internacional. Así pues, contradicción evidente entre el objetivo manifestado y la táctica propuesta.

En el momento en que la nacionalidad burguesa, no habiendo podido ser destruida por el internacionalismo proletario, es matada por la esclavización imperialista, no tiene nada de extraño que una considerable masa pequeño-burguesa se sienta excitada en su educación patriótica, ni que una parte de la burguesía, confiante en la victoria final de los aliados, trate de bienquistárselos azuzando la lucha contra òel opresor extranjeroö. Son los últimos estertores de un mundo que se va. En cuanto al proletariado, tampoco tiene nada de extraño que ejerciera su lucha principalmente contra él. Era el camino de la menor resistencia para combatir la opresión en general, además de que la burguesía alemana, tras la ocupación, aparecía realmente como enemigo más poderoso e inmediato de la propia burguesía. Pero la tendencia fundamental de un movimiento no está determinada por el grado de conciencia que de él tengan las masas o el enemigo al que estén atacando en forma inmediata. Se determina en función de la salida permitida y exigida por las condiciones materiales dadas. Cualquier forma que las luchas de las masas europeas adopte, su tendencia fundamental es la revolución socialista. El deber de los revolucionarios es hacerlo aflorar a la conciencia y poner sus métodos de lucha en entera concordancia con la tendencia fundamental.

Pasando de lo abstracto a lo concreto, me parece completamente erróneo que los revolucionarios sostengan que el enemigo principal es el extranjero. Esta tendencia, desarrollada, conduce a la unidad nacional, en cualquier grado que se aplique, y aporta agua al molino de todos los de Gaulles europeos. Así como la opresión de Europa por Alemania debe ser presentada a las masas como resultado del fracaso de la revolución socialista europea, la òcolaboraciónö del proletariado alemán con su burguesía debe ser explicada como producto de la espantosa derrota de la revolución alemana. Y a la inversa, señalando como única salida posible la revolución europea, debe aconsejarse a las masas la búsqueda de la alianza con el proletariado alemán. El òopresor extranjeroö está dividido en clases. El proletariado es, a su vez, oprimido, y obligado a servir de instrumento a la burguesía alemana. Los revolucionarios deben enseñar a las masas de los países ocupados esa diferencia e inducirlos a buscar un aliado en el òextranjero proletarioö contra la burguesía alemana y contra la propia. La responsabilidad por la ocupación y el terror debe ser descargada sobre ambas burguesías. La lucha contra las mismas debe ser simultánea en los países ocupados y desplegada al grito de ¡fraternidad proletaria!, ¡Estados Unidos Socialistas de Europa!

En toda lucha de masas hay un objetivo revolucionario, por muy encubierto que se presente. Cualesquiera que sean los prejuicios o las desviaciones a que la confusión de la situación las induzca, su lucha favorece al advenimiento de la revolución. Los revolucionarios deben participar en ella. Pero sin hacer la más mínima concesión a la pretendida lucha de objetivos nacionales ni a los prejuicios de las masas. Por lo demás, estos últimos parecen haber disminuido considerablemente en los meses pasados. En Francia, la lucha contra los sirvientes franceses del nazismo adquiere proporciones cada vez más álgidas. La tendencia fundamental socialista se impone por encima de los prejuicios. En el futuro se impondrá con mayor violencia. Los revolucionarios que no sepan trabajar con la tendencia fundamental que se

manifestará mañana, no coincidiendo con prejuicios de hoy, quedarán inevitablemente rezagados y se condenan a la derrota. Saber estar en minoría es la garantía de poder triunfar con la mayoría.

Deducido del formalismo nacional, en casi todos los trabajos sobre el problema europeo se observa un dogmatismo pueril. Parece que la lucha ha de pasar forzosamente por estadios o casilleros absolutamente insoslayables; independencia nacional, asamblea constituyente y democracia burguesa, desengaño consecuente de las masas, formación de órganos de poder obrero y finalmente asalto del poder por el proletariado y Estados Unidos Socialistas de Europa. Dogmatismo producido, en general, por la extrema confusión de la situación europea y sobre todo por una subestimación de la educación revolucionaria del proletariado en aquel Continente. Pero la fachada mantenida por el terror burgués cambiará bruscamente y los pueblos aparecerán como súbitamente proyectados sobre una pantalla en grados diferentes de evolución revolucionaria. En la mayoría de países de Occidente, pese a los frenos socialistas y stalinistas, las masas llegaron a adquirir un considerable grado de conciencia revolucionaria. Íntimamente, su único objetivo es el socialista. Y habiendo conocido abundantes experiencias democráticas, no es disparatado suponer que pasen bruscamente del grado actual de opresión a una situación mucho más avanzada que la de cualquier asamblea constituyente. Ya en Italia, pese a la prolongadísima opresión fascista, la caída de Mussolini provocó la creación inmediata de auténticos órganos de poder dual. En Francia, en España e incluso en Alemania, la experiencia democrática de las masas no dejó nada que desear. Si al primer empujón revolucionario se quedó en el estadio burgués, será, más que por ilusiones, porque la correlación de las fuerzas organizadas les sea desfavorable. Suponiendo la existencia en la Europa ilegal de un gran partido revolucionario, no sería nada utópico considerar posible el paso directo de la opresión fascista a la revolución proletaria. Evidentemente, este partido, aunque exista (la Cuarta Internacional), no posee suficiente fuerza para aspirar inmediatamente a tal empresa. Pero las masas por sí solas tienen una larguísima experiencia y una educación nada despreciable. Los cantos de sirena de la democracia burguesa les son perfectamente conocidos. Y en poniéndose a actuar seriamente, las masas no saben hacer otra cosa que incautar las fábricas y construir comités. Es muy probable que, al primer empuje revolucionario, las masas en Francia, España e incluso Alemania, se sitúen en la dualidad de poderes. El formalismo de las consignas democráticas puede resultar extremadamente contraproducente si no se está preparado para esta probabilidad de evolución. El dogmatismo quedará aislado de la realidad. Y la dualidad de poderes en ese caso, sorprendiendo a los revolucionarios en la preparación de la asamblea constituyente, etc., se encontraría en desventaja respecto al polo del poder burgués, como ya ocurrió en la España de 1936. Razón de más para tener en cuenta como tendencia fundamental la de la revolución socialista, ajustar a ella la táctica revolucionaria y combatir todos los prejuicios de solución nacional. La evolución práctica de la historia no es un mosaico de pasos perfectamente milimetrados. Se puede retroceder o avanzar a zancadas, porque lo fundamental no es en qué punto se encuentre la situación dada, sino en qué punto debiera y pudiera encontrarse en relación con la evolución material y con las ideas de las masas. Precisa ser un traidor para sostener que las masas europeas, principalmente las de los países occidentales, son aún democráticas. En última instancia, los revolucionarios deben hacer hincapié en la salida histórica y prever la posibilidad de una evolución radical y brusca de la situación.

Rastreando la misma táctica, más concorde con el objetivo estratégico nacional que con el internacional, se ha ensalzado la labor de los guerrilleros e inducido a las masas a apoyarles.

Los guerrilleros no son lo mismo que los gobiernos exiliados etc..., son objetivamente revolucionarios. No es posible negar, aun desconociendo casos concretos, que existan guerrillas constituidas por elementos revolucionarios o que en las dirigidas por tipos cual Broz Tito y Mikhailovich se hallen pocos o muchos, atraídos por espejismos. Pero la guerrilla no debe engañar a los revolucionarios ni mucho menos conducirles a presentarla como arquetipo de la lucha revolucionaria en las condiciones dadas por la ocupación alemana. Por su naturaleza misma las guerrillas son un fenómeno esencialmente campesino, que debe contar además con complicidad geográfica. En los grandes centros industriales la lucha no se puede desplegar así. La única posible es la que tiende a adquirir caracteres de masas. La batalla al enemigo de clase en general y a la burguesía ocupante en particular no será decisiva, ni importante siquiera, hasta que se libre en los grandes centros industriales. Refiriéndola a esta necesidad, la propalación de la táctica de guerrillas como método de lucha se equipara, *prácticamente*, a la desertión. Si los mejores elementos cogen un fusil y se largan al campo, es evidente que la lucha general del proletariado resultará considerablemente debilitada. Los nazis, sin duda, prefieren tener que habérselas con unos cuantos guerrilleros, mejor que con un movimiento de masas en los grandes centros industriales. Desde el punto de vista de la más estricta conveniencia, considerando nada más el resultado cuantitativo de la lucha, la más perjudicial tanto a los nazis como a la burguesía en general, es la lucha de masas. En consecuencia, los revolucionarios deben permanecer junto a las masas y ensanchar sus luchas contra el capitalismo.

Desde el punto de vista cualitativo o político, el análisis arroja igualmente un saldo negativo para las guerrillas. Todos los grandes grupos que se conocen en el extranjero ósin exceptuar al del yugoeslavo y stalinista Tito, sino refiriéndome muy especialmente a él se proponen continuar el esfuerzo militar que la burguesía de su país fue incapaz de sostener al producirse el ataque germano. Su función en el conglomerado militar es la de peones del Estado Mayor anglosajón. Conectados o desconectados del centro imperialista, actúan fundamentalmente en función de los intereses de éste. Son, en potencia, un nuevo ejército imperialista de la burguesía de los países en que operan. Aparecerá innegablemente el día en que los ejércitos yankee y británicos alcancen las regiones en que operan guerrilleros. Su función militar quedará directamente supeditada al imperialismo. Sobre su base se reconstruirán las fuerzas coercitivas del estado burgués; con su participación se tratarán de extirpar los movimientos revolucionarios del proletariado y el campesinado. Esto debe ser puesto en evidencia desde ahora a fin de que las masas puedan organizarse y contrarrestar su forzosa actuación contra-revolucionaria. Tito, de quien se ha pretendido que, estando apoyado por el stalinismo ruso debería desempeñar un papel objetivamente revolucionario, se está revelando ya un instrumento más útil a los designios anglo-sajones que al representante del rey Pedro. Es el orden lógico necesario. Teniendo por objetivo la causa nacional, se llega a la opresión del proletariado, una de las causas nacionales de la burguesía contemporánea.

Si acaso existen guerrillas de tendencias socialistas, la tarea de los revolucionarios es convencerlas de que su lucha está al lado de las masas de sus respectivos países, no matando a la improvisada a unos cuantos obreros alemanes convertidos en soldados por Hitler. Ningún revolucionario debe pertenecer a una guerrilla a menos de serle absolutamente imposible la vida y el trabajo político en el medio social en el que se desarrolla la lucha de clases. Igualmente es posible que existan elementos revolucionarios en las guerrillas destinadas a constituir la base de un nuevo ejército burgués. El mismo consejo debe dárseles, y si se encuentran realmente imposibilitados de mezclarse a la lucha de masas, entonces su tarea debe consistir en preparar,

para el momento oportuno, el paso de los soldados a las filas proletarias, imposibilitando la función represiva del ejército en que se encuentran. Deben tener en cuenta, en general, que se hallan en un ejército burgués que sólo precisa la ausencia de los nazis para sustituirles en su lucha contra la revolución proletaria, si es que no concurre ya con ellos en el empeño. Conociendo los métodos stalinistas, puede tenerse por cierto que los amigos de la revolución proletaria serán implacablemente asesinados en el ejército de un Tito. Si, como se dice, perteneció a las Brigadas Internacionales en España, le bastará con hacer suya la conducta seguida en ellas por los jerarcas stalinistas.

Teniendo en cuenta las necesidades revolucionarias de Europa, considero mucho más peligrosos sobre-estimar que sub-estimar los matices de lucha por la independencia nacional que pueda conservar o adquirir de nuevo el movimiento revolucionario. Naturalmente, los revolucionarios deben apoyar la lucha por la independencia nacional, pero mostrando a las masas que la mejor arma de lucha es el internacionalismo proletario. Los soldados alemanes, ingleses, americanos, rusos o de cualquier otra nacionalidad, deben ser considerados como aliados posibles y hay que esforzarse en ganarlos. Acción proletaria internacional sin distinción de uniformes, contra la burguesía internacional, sin distinción de bandos. Hay que evitar a todo trance los peligros consecuentes a una sobre-estimación nacionalista de los problemas europeos. El imperialismo aliado y sus siervos de los gobiernos exilados esperan vencer los movimientos revolucionarios desviándolos de sus objetivos sociales a la caza del alemán y de algunos elementos pro Hitler. Ahí la primordialísima urgencia de señalar a las masas la salida internacional y la táctica de colaboración revolucionaria con los soldados de los ejércitos ocupantes. La propaganda revolucionaria en las filas de éstos debe ocupar atención preferente de los revolucionarios. No sirváis de matarifes a vuestra burguesía. Ya es tiempo de que los trabajadores de todas las nacionalidades actúen en común y acaben con el imperialismo. Trabajadores de los países imperialistas, no os dejéis sobornar por las migajas de pan que os arroja vuestra burguesía arrancándolas a vuestros hermanos de los demás países. El mundo debe consumir la revolución socialista o vivir aplastado bajo la bota del imperialismo. Actuemos pues en común, explotados contra explotadores. He ahí lo que me parece fundamental para la conducta de la lucha revolucionaria en Europa. Porque el peligro de derrota obrera, lo repito, proviene de una desviación nacionalista. En cuanto a las consignas democráticas intermedias, me parece innecesario referirme a ellas. Son fácilmente intercalables a condición de ponerlas en la relación debida con el objetivo estratégico internacionalista.

LOS BOMBARDEOS DE CIUDADES

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 13, marzo 1944)

La guerra es la guerra, dirán los rampantes con un gesto aprobatorio de los horribles bombardeos de ciudades que frecuentemente comunica la prensa. En efecto, la guerra es la guerra. Ahí se agota la sabiduría de los rampantes. Pero en la manera de hacer la guerra se conocen su naturaleza y sus objetivos. ¿Por qué Inglaterra y Estados Unidos, que al principio de la guerra apelaban a la sensibilidad humana con todas las energías de su prensa dirigida contra los bombardeos de Londres por la aviación alemana, recurren hoy al mismo procedimiento nazi, elevado a la enésima potencia? La respuesta cae de su peso: no teniendo nada que ofrecer a la

población inglesa, Hitler, para vencer, se veía obligado a aterrorizarla mediante el bombardeo de las zonas residenciales, principalmente las zonas de población obreras. Inglaterra y los Estados Unidos se encuentran en el mismo caso. Incapaces de ofrecer a la población alemana nada que pueda interesarla en su victoria, tienen que recurrir al terror de los bombardeos aéreos. En los grandes bombardeos de Hamburgo y Berlín los barrios de población obrera han resultado más gravemente dañados que las industrias de guerra. En Hamburgo resultó destruido todo el barrio de Altona, exclusivamente proletario y eminentemente revolucionario. El enemigo principal del fascismo en el interior de Alemania es el proletariado. ¿Por qué Inglaterra y Estados Unidos bombardean al principal enemigo del nazismo? ¿Por qué no bombardean preferentemente las zonas de residencia burguesas, donde está el sostén principal de Hitler? Primero porque no pueden ofrecer nada que interese a la población alemana en general; segundo porque la burguesía hitlerista es el futuro aliado de Inglaterra y Estados Unidos; y tercero porque la clase trabajadora alemana es ya su enemiga y lo será aún más en el porvenir.

Una guerra cuyos objetivos fueran la libertad del mundo y el bienestar para las clases pobres, lejos de recurrir al bombardeo en masa de la población lo concentraría en las industrias de guerra y en los barrios ricos, procurando aumentar y alentar la lucha de las clases pobres contra el fascismo. La actividad de las masas contra el régimen es un arma mucho más eficaz que todos los millones de toneladas de explosivos que se pueden dejar caer sobre las ciudades. Incapaces de ofrecer mayor bienestar y libertad a las masas esclavizadas por Hitler, Inglaterra y los Estados Unidos les ofrecen la muerte desde el aire. Ni más ni menos que lo que Hitler ofreció a las masas europeas, y a las inglesas en particular durante los bombardeos de Londres en 1941 y 1940. Métodos iguales son deducidos de objetivos iguales. La guerra aérea de Hitler, Churchill y Roosevelt corresponde al designio de esclavización del mundo, no de su liberación. Que los rampantes sigan alegrándose de los grandes bombardeos de la población civil; así mostrarán mejor su alma de esclavos. Los revolucionarios deben considerarlos un crimen óad majoren gloriamö de las finanzas mundiales, las alemanas incluidas.

LA CLASE TRABAJADORA EN ACCIÓN

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 13, marzo 1944)

Cuando en alguna parte de los países dominados por Hitler se produce una huelga u otra lucha revolucionaria cualquiera, los rampantes (entiéndase stalinistas y reformistas) exclaman victoriosos: ¡La clase obrera está con las Naciones Unidas! Pero cuando las huelgas se producen en Inglaterra y los Estados Unidos, se dedican a sabotearlas, con el asenso y complicidad de los millonarios, en nombre de la victoria de las mismas Naciones Unidas. Sin embargo, con el mismo derecho que ellos, los nazis podrían decir: ¡La clase obrera está con nosotros!

La verdad es que la clase obrera del bando hitlerista, como la del bando anglosajón no está sino con la causa de la clase obrera mundial: la revolución socialista. Los designios imperialistas de ambos bandos le son comúnmente ajenos y odiosos. Así lo revela su actuación de los dos lados de la línea de fuego.

A principios de este mismo mes de marzo, la prensa informaba de grandes huelgas en la zona norte e industrial de Italia. En Milán, Turín, Génova, Trieste, etc. centenares de miles de

trabajadores se lanzaron a la huelga contra el racionamiento de hambre que les ha sido impuesto por los nazis. A esta reivindicación se añadió enseguida la de libertad de algunos de los dirigentes huelguistas encarcelados por el mando alemán. Los tanques de Hitler patrullaron las calles de las ciudades norteafricanas italianas, tratando de restablecer el orden. Prueba fehaciente sí, de que el proletariado italiano está contra el fascismo; pero en el transcurso de las huelgas se probó fehacientemente también que los jerifaltes de las Naciones Unidas están contra el proletariado italiano, exactamente lo mismo que Hitler. Ya durante las grandes huelgas, que precedieron y siguieron a la caída de Mussolini, la aviación anglobritánica bombardeó a los huelguistas al mismo tiempo que los nazis enviaban tanques contra ellos. Ahora, Washington y Londres, en lugar de enviarles armas con paracaídas, lo que hubiera sido facilísimo, permanecen pasivamente en espera de que las huelgas se traduzcan únicamente en una desorganización de los transportes alemanes, pero no en una victoria de los trabajadores italianos. Antes que esto último, que siga la destrucción de Italia. Y los rampantes siguen con su euforia de esclavos: ¡La clase obrera está con las Naciones Unidas!

Simultáneamente a las noticias de Italia, la prensa ha informado de grandes huelgas en Inglaterra. El 90% de los mineros de la región de Gales, se declararon en huelga por razones de salario, es decir, por razones de capacidad de compra, igual que en Italia. ¿Significa ello que los trabajadores ingleses estén con la burguesía alemana? De ninguna manera; significa únicamente que están contra su propia burguesía, que es la única manera posible de estar contra la burguesía en general. Los trabajadores ingleses se encuentran en el mismo plano, aliados por un interés común y un enemigo común.

La acción por causas directamente económicas, es la primera de las manifestaciones de la lucha irreductible del proletariado contra la burguesía. La solución definitiva a favor del proletariado únicamente puede alcanzarse por la expropiación general de la burguesía y la implantación de la dictadura del proletariado. Tanto la acción de los huelguistas italianos como la de los huelguistas ingleses tiene esa finalidad. Sin embargo, tanto en Italia como en Inglaterra, la masa obrera no tiene, hasta ahora, conciencia del significado de su lucha ni del objetivo que deben alcanzar para eliminar a su opuesto burgués. En esa falla se basan los rampantes para presentar los movimientos huelguísticos en los países dominados por Hitler como favorables a las Naciones Unidas, y para sabotear los producidos en Inglaterra y Estados Unidos. Las huelgas de la región de Gales han estallado contra el consentimiento de los líderes sindicales socialistas y stalinistas, que hicieron todo lo posible por dar satisfacción a los burgueses.

Pero la realidad de la lucha de clases, dada por la configuración de la sociedad capitalista, es mucho más poderosa que las perfidias de la burguesía y sus lacayos titulados estalinistas y socialistas. Aún sin conciencia de su propio significado, la clase obrera practica la lucha de clases contra la burguesía. Si las huelgas estallan en los territorios ocupados por Hitler, la actitud pro-aliada de los rampantes dificulta el desarrollo de la lucha contra Hitler, puesto que no da a la clase obrera sino la posibilidad de apoyar a otra burguesía; si las huelgas se producen en territorio angloamericano, los rampantes impiden, en primer término, el mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera, mientras los capitalistas acumulan millones de millones; en segundo término ciegan al proletariado de las Naciones Unidas el camino de la toma del poder político; y finalmente, debilitan la lucha del proletariado de los países del Eje contra el fascismo, puesto que la mejor manera de acelerarla es la solidaridad internacional de las clases pobres contra el capitalismo, llámese fascismo o trate de engañar al mundo apelándose

democrático. Los rampantes stalineros y socialeros revélanse así, por repercusión su servilismo respecto de Inglaterra y los Estados Unidos, colaboradores indirectos de Hitler. Únicamente el derrotismo revolucionario en ambos bandos, la lucha por la revolución proletaria, puede abreviar la duración del fascismo y asegurar la libertad y el bienestar de las clases pobres. Apoyar un bando a favor del otro es traicionar la acción de la clase trabajadora mundial. Quienes están contra las huelgas en Inglaterra o los Estados Unidos sabotean las huelgas en Italia, Alemania, Francia, etc. Únicamente la acción internacional es revolucionaria.

ALGUNAS IDEAS SOBRE LAS GUERRILLAS

(CONTRA LA CORRIENTE, nº14, abril 1944)

La historia de las guerrillas es tan vieja como la historia militar de la humanidad. Desde los tiempos más remotos los hombres han recurrido a ellas de cuando en cuando. Ha habido guerrillas en Asia, en Europa y en América. Su aparición ha sido invariablemente un fenómeno producido por la incapacidad militar del país que lo produjo, para hacer frente a ataques o invasiones de un adversario. Tratando de cubrir el cometido de defensa nacional que fuera incapaz de desempeñar la fuerza armada regular, las guerrillas llevan en su éxito una necesidad de transformación en nueva fuerza armada nacional. Directa o indirectamente constituyen, de hecho, una *desarticulación* de la misma.

Cuando la fuerza armada de una nación es destruida y esta misma sojuzgada, si resta hábito para la lucha por la independencia y las condiciones topográficas lo permiten, aparecen partidas de guerrillas. No se conoce un solo caso en la historia, en que éstas hayan logrado por sí mismas vencer a los invasores. O han sido exterminadas en tiempo más o menos largo, o, con el auxilio de pertrechos y tropas de países enemigos de los invasores, éstos han sido finalmente vencidos. Al mismo paso, las guerrillas han ido convirtiéndose en la base de un nuevo ejército nacional, esto es, en el brazo armado de la clase propietaria.

El ejemplo más característico, por más general y positivo, es el de las guerrillas españolas contra la invasión napoleónica. A pesar de su número considerable, de la acometividad que mostraron y de su espíritu liberal, a pesar de la favorable topografía española y del escaso desarrollo de la técnica militar de la época, la expulsión de las tropas francesas, no pudo lograrse hasta que las tropas inglesas establecieron en la península un frente continuo. A medida que éste progresaba se reconstituía un nuevo ejército español en el que progresivamente fueron fundiéndose la mayoría de las guerrillas. Sin embargo, entre la monarquía derrotada y prisionera de Napoleón, y la mayoría de los guerrilleros, existía una seria oposición política. Al ser repuesta en el poder la monarquía como resultado de la acción conjunta de las guerrillas, el ejército inglés y el nuevo ejército regular español, las guerrillas, o bien quedaron incorporadas al último o fueron disueltas por la monarquía y ahorcados aquellos de sus jefes enemigos del absolutismo borbónico. La lucha por una constitución y por las libertades democráticas constituía indudablemente motor principalísimo de la acción guerrillera. Pero no habiendo podido librar la batalla contra el absolutismo en el terreno social, único en el que se pueden ganar victorias políticas, la acción guerrillera aprovechó finalmente a la monarquía feudal.

Durante la larga guerra civil siguiente a la revolución rusa de 1917, numerosas partidas guerrilleras surgieron espontáneamente en auxilio de los bolcheviques. El gobierno revolucionario las daba indicaciones, las armaba y trataba de coordinar su acción. Partidas hubo que prestaron importantes servicios en la guerra contra los ejércitos blancos. Con todo, el balance general de la acción guerrillera fue más negativo que positivo. El propio mando del Ejército Rojo ô Trotsky apoyado por Leninô hubo de pronunciarse contra las guerrillas y poner marcha a su incorporación total al Ejército Rojo. La desorganización a que daban lugar sobrepasaba con mucho los servicios que prestaban a retaguardia de las filas enemigas. Ni siquiera al servicio de un poder revolucionario, como cuerpo auxiliar de un ejército auténticamente libertador, han logrado las guerrillas cumplir con un cometido serio, no digamos ya cubrir un objetivo social. Menos que nunca pueden hacerlo en las condiciones militares y políticas actuales.

Con toda seguridad, cuanto se ha dicho sobre la acción de las guerrillas en la U.R.S.S., los Balcanes y Francia, está considerablemente exagerado por la propaganda, aún lo dicho de las que operan en territorios más fragosos. Por sí sola, la calidad de las armas modernas imposibilita a las guerrillas toda acción estrictamente militar de envergadura. Suponiendo que lograsen extenderla con ayuda de otras potencias, las guerrillas se convertirán en ejército y éste en instrumento de las potencias suministradoras (Casos Tito y Mikhailovich). Pero lo que principalmente impide a las guerrillas, por muy revolucionarias que se las suponga, una acción realmente positiva, es la contradicción entre sus métodos de lucha y los métodos necesarios a la transformación social requerida hoy. Esta contradicción expresa prácticamente otra más general y de principios: la contradicción existente entre una lucha por la reconstitución del estado nacional-burgués y la lucha por la revolución proletaria. La primera desemboca en el método de las guerrillas, sin que importe su grado de efectividad militar; la segunda desemboca en la lucha social, practica el método de clase contra clase, sin distinción de fronteras ni uniformes. Cada uno de los métodos contradice al otro y lo debilita en la medida en que se extiende. En la preponderancia del uno o del otro va la preponderancia del objetivo nacional-burgués o la del proletario-internacionalista. Este último posee métodos inconmensurablemente más numerosos y efectivos de hostilizar la retaguardia enemiga y debilitarla. Incluso la técnica militar moderna ofrece grandes posibilidades de empleo contra el enemigo, sin que el enemigo pueda emplearlas contra nosotros. Volveré sobre ello en un próximo artículo titulado «Gérmenes revolucionarios de la estrategia imperialista»³.

Las guerrillas que hemos visto surgir en Europa, lejos de estar dirigidas por un poder revolucionario, lo están en general por poderes reaccionarios. Las que se conservan independientes, lo son por causas técnicas o políticas, caerán inevitablemente bajo la férula de los mismo poderes reaccionarios que las otras, o bien serán exterminadas entre ajenos y aliados. Los elementos que se salven tendrán que integrarse a la lucha social, el punto por donde debieran haber comenzado. Generalmente están dirigidas por gente interesada en la reconstitución de la viejas nacionalidades burguesas, tanto vale decir, por gente contrarrevolucionaria. Su composición es, sin duda, mucho mejor, fundamentalmente campesinos y una minoría de obreros desesperados, fugitivos de las autoridades ocupantes o simplemente impacientes por naturaleza y equivocados en cuanto a las posibilidades y objetivos de las guerrillas. En un medio en que la opresión capitalista propia se mezcla en proporciones

³ Publicado más adelante

diversas con la opresión de un capitalismo extranjero, no puede extrañar que sectores de la burguesía nacional traten de canalizar todo el odio de las masas contra el capitalismo, hacia el opresor extranjero únicamente. El eco que encuentran en los campesinos medios y acomodados es una reacción concorde con la larga tradición individualista de esas capas sociales, pero ya en contradicción con sus intereses. En la educación retardataria del campesino se concretizan todas las taras sociales heredadas del capitalismo y aún de épocas anteriores. Sin posibilidad material de mejoramiento bajo el capitalismo, sigue aguardando recibir en propiedad un lote de tierra o, cual en Francia, mira con nostalgia hacia atrás, a los tiempos en que el cultivo de la granja le permitía dotar a sus hijas y reservar algunos taleguillos en el banco local de ahorro. El último en movilizarse contra la opresión, el campesinado, cuando lo hace, tiende a adoptar formas de lucha extremas, y antisociales, si la oportunidad se le presenta. Son esas las características que harán de él el último emancipado. Por lo demás, ninguna ocasión mejor que la actual de Europa para dar curso a las tendencias particularistas del campesino; hacen el juego de las burguesías nacionales dominadas por Hitler. Todo lo que necesita en esas condiciones es un arma cualquiera y una montaña. Ciertamente, ni los campesinos de centro Europa recibirán tierra de la burguesía, ni los franceses podrán volver a dotar a sus hijas. Cuando se den cuenta empezará la fase de fusión entre el proletariado y el campesinado, la incorporación de aquél a la revolución socialista. Para precipitar ese momento es preciso combatir el particularismo campesino, traerle de la lucha de guerrillas a la lucha social.

No se necesitarán tantos esfuerzos con el proletariado. El número de obreros incorporados a las guerrillas es seguramente insignificante, aunque ningún dato nos permita asegurarlo con precisión. Pero su posición en el mecanismo económico obliga al obrero a considerar sus problemas en conjunto con la clase a la que pertenece. No sueña con el pasado ni puede aspirar a convertirse en propietario. La lógica de su autodefensa le lleva al planteamiento de demandas en unión de sus compañeros de trabajo. Prolongado, este camino conduce a la lucha contra la propiedad privada en general y contra el gobierno que la representa en particular. Pero no está excluido que el proletariado, aún sin prestar gran apoyo activo a las guerrillas, se deje seducir por su actuación. Ello redundaría forzosamente en un aflojamiento de la propia lucha. Pero hacia allá le empujan los sectores aliadófilos de su propia burguesía y los consejos de las organizaciones stalinistas y socialistas. Ni siquiera podría extrañar, en ese ambiente de añagazas aliadófilas y de terror nazi, que grupos honradamente revolucionarios se deslumbrasen con la acción guerrillera y la presentasen, si no como panacea, sí como un importante auxiliar de la lucha revolucionaria general al que la población, por tanto, debiera otorgar toda su colaboración.

Tendencia peligrosa que se impone combatir. La bárbara opresión que ha abatido sobre Europa el imperialismo nazi-germano tenía necesariamente que suscitar en los pueblos una poderosa resistencia. Encuadrando la opresión nazi en sus verdaderos términos⁴, considerando las necesidades latentes en los pueblos de Europa y el mundo, *la acrecentada resistencia se define por sí misma como el proceso de transformación de la guerra imperialista en guerra civil*. Suponiendo que su desarrollo normal y necesario no fuese turbado por factores de dislocación, su culminación sería el triunfo de la revolución proletaria, el acabóse para el sistema capitalista de propiedad.

⁴ Véase mi artículo «Independencia nacional y revolución proletaria bajo el terror nazi en Europa» (Incluido en este volumen, p. 19).

Ahora bien, los movimientos de guerrillas en general y los centro-europeos más terminantemente, interfieren en la transformación de la guerra imperialista en guerra civil impeliendo la resistencia revolucionaria de las masas a objetivos burgueses. De esencialmente revolucionaria e internacional, transforman la resistencia en nacional, burguesa y subsidiaria del imperialismo. Así aspira la burguesía, por una parte, a reconstruir un ejército propio y grato a los aliados; por otra a canalizar el odio de las clases pobres al fascismo, hacia metas capitalistas. A la ya avanzada transformación de la guerra imperialista en guerra civil, las burguesías nacionales, auxiliadas por las guerrillas, el stalinismo y el socialismo, procuran oponer la vuelta a la guerra imperialista.

El deber de los revolucionarios en Europa consiste en favorecer cuanto lo permita la situación la culminación de la guerra civil actualmente en brote y en combatir todo lo que se oponga a ella. Tarea imposible de cumplir sino movilizándolo a las masas explotadas por sus intereses particulares. El problema de acabar con la opresión no es militar, es social; no es nacional, es internacional. Las guerrillas, sobre representar una dirección de contrapelo, tratan de sustraer a la lucha de clases los hombres más combativos. Debilitan más que refuerzan la lucha revolucionaria y preparan un pedestal a la propia burguesía. No hacen al caso las intenciones de los componentes individuales de las guerrillas. El puesto de los revolucionarios está en las fábricas, en los campos, en la deportación a Alemania, allí donde las masas han de resolver sus propias situaciones, donde se encuentra la fuerza capaz de resolver los problemas que agobian a los pueblos.

La necesidad de revolución social es tan imperiosa para Europa, que la tendencia nacionalista representada por las guerrillas perjudica al propio campesinado tanto como al proletariado. Este último lo comprenderá fácilmente; el otro con mayor dificultad. Pero a ambos deben dirigirse los revolucionarios ofreciéndoles medios de lucha adecuados a una solución socialista. Debe arrancarse el campesino a las influencias burguesas y soldar su alianza con el proletariado. Si el particularismo campesino siguiera siendo explotado por la burguesía, el proletariado europeo lo pagaría muy caro en el próximo futuro. En cambio, la revolución socialista no se haría esperar si el proletariado logra arrancar el campesino a los ideólogos burgueses, stalinistas y socialistas incluidos.

Las masas pobres se equivocan y desvían, sobre todo cuando las que se llaman sus organizaciones, que siguen monopolizando el poder de la propaganda, están vendidas al enemigo de clase. La nueva dirección revolucionaria tiene que formarse y abrirse paso luchando contra las organizaciones stalinistas y socialistas, enseñando a las masas lo contrario de lo que éstas embuten en el cerebro. El porvenir de la revolución europea depende de la capacidad de las minorías revolucionarias para oponerse actualmente al curso nacionalista marcado en común por burgueses, stalinistas y socialistas. Frente a ellos deben elevar el programa y los métodos de la revolución proletaria europea. Lucha de masas, fraternización de soldados y explotados, profundización de la guerra civil contra la burguesía en general, atracción del campesino a la órbita de la lucha proletaria, quitar toda base de masas posible a los explotadores y sus cómplices que en la emigración o en Africa aguardan su turno.

Los pueblos comprenderán; comprenderán mucho más pronto de lo que a primera vista parece. Quienes, sin temores ni influencias de las estupideces propagandísticas de hoy sepan mantener en alto el estandarte de los objetivos y los métodos de la revolución proletaria, no tardarán en arrebatar la confianza de las masas y abrir un nuevo capítulo en la historia de la humanidad.

GESTACIÓN DE LA REVOLUCIÓN EUROPEA

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 17, julio 1944)

El triunfo del fascismo y el estallido de la guerra imperialista, coronaron en Europa la derrota de los múltiples intentos revolucionarios del proletariado, desde la primera ola revolucionaria alemana, a raíz del armisticio, hasta la victoria de Franco. Por esa sucesión de éxitos en el terreno interior de la lucha de clases, la burguesía se aseguró sobre las masas el dominio indispensable para sacrificarlas en aras de sus particulares intereses de clases, esto es, en la guerra por el dominio imperialista del mundo.

En esta época de redoblada lucha de clases, de extrema tensión revolucionaria del proletariado y demás población pobre, la clase propietaria de una nación no estaría nunca en condiciones de guerrear contra la clase propietaria de otra nación, sin reducir previamente las masas, de una manera u otra, a la obediencia ciega. Lo logra en parte por la propaganda patriótica, que ennoblece falazmente los fines de guerra y exalta las peores herencias psicológicas y culturales del pasado; en parte aún mayor por medio de la coacción social y de la represión policíaca en sus diversos grados, comprendiendo el terror; pero lo que principalmente permite a la burguesía lanzarse a la guerra imperialista, es la derrota previa de las masas revolucionarias, el descorazonamiento de las mismas, la convicción consecuente de haber sido traicionadas por partidos que se llamaban comunistas y socialistas; la ausencia de perspectiva de lucha inmediata contra la respectiva burguesía, las vuelve inertes. Todos los poderes reaccionarios se han beneficiado de esa laxitud de las masas, desde Hitler hasta Stalin, pasando por las burguesías británicas y yanqui. Hitler fue, sin duda, el beneficiario primero, pero el último y mayor lo será, en definitiva, la vencedora burguesía yanqui-británica.

Si bien es cierto que la victoria de la revolución socialista fue particularmente próxima en los países de la Europa continental, no lo es menos que el proceso de radicalización de las masas británicas y estadounidenses fue disminuido y finalmente cortado por la derrota de la revolución europea. Al mismo tiempo que el fascismo derrotando a la revolución, preparaba para la guerra a la burguesía de sus países, daba ocasión de hacer lo mismo, a la burguesía yanqui-británica. En el apoyo casi decisivo que éste prestó a la victoria de aquél, había no sólo el interés grande de impedir el triunfo del socialismo en el exterior, sino también la necesidad de parar la progresión de la conciencia revolucionaria entre las masas inglesas y americanas. Haciéndose prestar ese servicio por el fascismo, corría el riesgo de dejar la preponderancia económica en manos de él; pero lo que cuenta principalmente para la burguesía, mundialmente considerada, es la salvación del sistema de la propiedad privada; la proporción que corresponda a cada burguesía nacional en la explotación de la misma, es asunto secundario e interno de la burguesía. Frente a la impulsión revolucionaria del proletariado, se comporta como un sólo hombre antes, durante y después de cada guerra.

Pero la revolución socialista es una necesidad sólidamente arraigada en el cuerpo social y en la conciencia del proletariado, particularmente en Europa. Si el triunfo de la reacción burguesa,

rechazando a la revolución, deja a las clases propietarias en libertad de desencadenar la guerra imperialista, de ésta resulta una enorme agravación de los antagonismos de clase, lo que invariablemente renueva la actividad revolucionaria de las masas pobres. Ni el monopolio burgués de la propaganda, ni el terror policíaco pueden evitarlo. Al contrario, se vuelven otros tantos motivos de actividad y radicalización revolucionaria. La guerra burguesa sólo logra segar millones de vidas, destruir fabulosas riquezas y hacer más innegable y urgente aún la necesidad de liquidar mundialmente el sistema capitalista. Sacando fuerzas de flaqueza, sobreponiéndose a la laxitud e inactividad producidas por las derrotas anteriores, las masas proletarias, campesinas e incluso pequeño-burguesas, se ven empujadas contra el gran capital y contra sus gobiernos representativos.

En ese punto, que significará indudablemente una solución de continuidad, se encuentra ya la actual guerra imperialista. Pese a la censura de los dos bandos contendientes, que no deja pasar las noticias sino minuciosamente cribadas y alteradas ó si las deja pasaró existe base innegable para considerar en marcha una nueva ola revolucionaria europea, principio de otra mundial.

La caída de Mussolini ha sido su primer triunfo parcial. Inmediatamente, la burguesía italiana, el imperialismo alemán de una parte y el yanki-británico de otra, el gobierno de Stalin, más los stalinistas y «socialistas» italianos, conglomeraron sus fuerzas para reducir al mínimo o a la nada si posible, ese primer paso de la nueva revolución europea. A pesar de sus esfuerzos, de la abierta protección concedida a los fascistas por los ocupantes militares de los dos bandos (los del Norte los mantienen en el poder, mientras los de Sur los reintroducen en el poder con otro nombre) y por la coalición gubernamental staliniano-social-realista, las masas acentúan su lucha y la revolución italiana continua su curso. El proletariado de la zona fabril norteña, tras haber sido bombardeado por la aviación yanki-británica durante las huelgas siguientes a la caída de Mussolini, ha reanudado por dos veces su lucha contra el fascismo, en huelgas que se convierten en combates callejeros contra las tropas de la Gestapo. Simultáneamente, en la zona que va siendo ocupada por las tropas aliadas, la primera medida de su Estado Mayor, en colaboración con sus compiches staliniano-socialistas, es desarmar a los obreros y poner en libertad a los fascistas, desarmados y encarcelados por aquellos. Antifascistas que ya conocieron las cárceles de Mussolini han sido devueltos a ellas por el A.M.G.O.T. y la coalición gubernamental monárquica. Para que repriman las huelgas a la manera nazi, les falta únicamente llegar a la zona proletaria, aún ocupada por Alemania.

En todos los países de Europa, el desespero de las masas se ha extendido considerablemente desde la caída de Mussolini. Ni uno sólo queda al margen de este grandioso y prometedor renuevo revolucionario. Después sigue Francia en el grado de actividad. También allí, contínuas huelgas de carácter económico y político, luchas frecuentes con las tropas nazis y con las de Vichy, anuncian un próximo e importante triunfo parcial de las masas. Donde quiera que se eche la mirada sobre el mapa de Europa, existe un movimiento revolucionario en gestación; Bélgica, Holanda, Noruega, Suecia, Finlandia, los países de Europa central, Yugoslavia, Grecia. Con mayor o menor intensidad, en todas partes se agitan las masas, protestan, ansían el fin de la guerra y enarbolan contra fascismo y burguesía demandas económicas y de libertad política. España misma, aún no reposada de su guerra civil, bulle de nuevo contra los opresores falangistas. En Alemania también, a pesar del redoblado terror de la Gestapo, el proletariado está haciendo más por derrocar a Hitler que Churchill, Roosevelt y Stalin juntos. No se trata de ninguna paradoja disparatada. Los objetivos de guerra de esos tres, y sus particulares métodos, son los más propios para prolongar la estancia de Hitler en el poder. A costa de esfuerzos

inauditos, de muertes y torturas sin fin, el proletariado alemán ha logrado levantar su cabeza abatida y reconstruir un movimiento de oposición. Las luchas contra el nazismo habidas en Munich, Brandeburgo, Berlín, sólo tienen el valor de escaramuzas de vanguardia. Pero anuncian la proximidad de un ataque general de las masas alemanas. Añádase a ello que Churchill, Roosevelt y Stalin se dan deliberadamente por meta salvar a la burguesía, creadora y sustento de Hitler; el proletariado alemán, por el contrario, verá en la caída de Hitler el comienzo de su revolución. Entonces se le enfrentarán los tres gendarmes citados, codo con codo con los nazis... «arrepentidos».

Una profunda ola revolucionaria recorrió Europa y se extendió al Asia al finalizar la primera guerra imperialista. En vísperas de terminar la segunda guerra imperialista, una ola mucho más profunda y violenta inunda el continente de parte a parte. Su nivel, por el momento, es desigual para los diversos países, pero no pasarán muchos meses antes de que adquiera un alto nivel general. La revolución europea adquirirá pronto una impetuosidad arrolladora y una homogeneidad inigualada. Ahí residirá su principal fuerza y su mejor coyuntura de triunfo. Y puede estarse seguro que las masas coloniales de Asia y Africa, las semicoloniales de América Latina, pondrán otra vez a marchar hacia adelante con decisión redoblada.

El proceso mundial de lucha por el socialismo ha empezado a reanudarse ya. Quebrado por la traición social-demócrata al apoyar la primera guerra imperialista, recomenzó como consecuencia de ésta, con un gran triunfo: la revolución bolchevique de 1917. Fracasados todos los demás intentos proletarios inmediatos, el capitalismo pareció consolidarse allá por 1926-1927. La inmadurez de los partidos de la III Internacional (entonces revolucionaria) y el sometimiento a la burguesía de los partidos filiales de la II Internacional, fueron las causas principales de aquellas derrotas. Interregno breve. En 1930 los proletariados español y alemán volvían a la carga contra la burguesía y por el socialismo. Les siguieron los obreros franceses y austriacos. Desgraciadamente, a la degeneración burguesa de la Segunda Internacional habíase añadido ya la degeneración particular de la Tercera, basada en la tendencia contrarrevolucionaria de la burocracia soviética stalinista. De diferente modo, ambas internacionales colaboraron al triunfo de Hitler, a la recuperación de la reacción clerical española y a la derrota de las insurrecciones de Viena y Asturias. En seguida, los modos oportunistas social-demócrata y staliniano, aunque de diferente origen, se unificaron. De común acuerdo provocaron el fracaso de la huelga general francesa, en 1936, haciendo declinar la ofensiva revolucionaria en ese país. El mismo año, el proletariado español, a despecho de los frenos social-demócratas y stalinistas, se lanzó a la más grandiosa embestida revolucionaria ocurrida entre las dos guerras, después de la embestida rusa. Unificadamente también, complementándose metodológicamente, stalinismo y «socialismo» destruyeron la energía del proletariado español favoreciendo directamente el triunfo de Franco. La burguesía mundial volvió nuevamente a sentirse tranquila. Con la caída de Barcelona y Madrid eran vencidas las últimas sacudidas de la ofensiva revolucionaria mundial.

Ya entre capitalistas solos, podían pensar, sin quebraderos de cabeza, en desencadenar la guerra por el dominio económico del mundo. El estallido no se hizo esperar. Apenas el frente popular hubo ahogado en España toda posibilidad de victoria obrera, los capitalistas, seguros de no encontrar oposición, lanzaron a las masas de unos países contra las de otros. Entre el molde social capitalista y los intereses del proletariado y la humanidad, existe un conflicto que solamente la revolución es capaz de resolver positivamente. Pero no puede haber situación social sin salida, mal si no es buena. Cuantas veces falle la revolución socialista, otras tantas

buscará el capitalismo su propia salida, en detrimento de los intereses humanos. Es la función, la razón íntima de la guerra imperialista. Dentro del molde capitalista, el mercado mundial es demasiado pequeño para permitir la convivencia pacífica de dos o más grandes potencias industriales. Una de ellas debe señorear sin disputa, económica y políticamente; las otras han de someterse: he ahí la solución capitalista, negativa, a la crisis mundial, cuya decisión se busca mediante la guerra.

Ha sido repetido hasta la saciedad el axioma: «La guerra es la continuación de la política por otros medios»; pero raramente es interpretado con propiedad, y más raramente aún deducen de él, los partidos obreros, todas las consecuencias prácticas. El sùmmum de la política burguesa en tiempos de paz consiste en salvaguardar el sistema de la propiedad privada de los embates socialistas de la población pobre; la guerra interburguesa lleva esa política hasta el grado máximo, poniendo a decisión qué burguesía ha de ser el primer accionista y el gendarme antisocialista del mundo. Desgraciadamente para ella, la necesidad de la revolución es tan consubstancial con el progreso de la humanidad, que de su propio esfuerzo bélico la cabeza de la revolución reaparece más amenazadora que nunca, dando veracidad al mito de la hidra indecapitable. Mientras el capitalismo no logre sumergir totalmente a la humanidad en la decadencia, el progreso mundial de lucha por el socialismo se reanudará una y otra vez. Estamos ya en presencia de la más vasta y poderosa de todas sus reanudaciones. Llevarla a término triunfal debe ser la única preocupación de las masas en general y de los revolucionarios en particular. ¡Paso a la revolución europea, tronera de la revolución mundial!

Pero los enemigos que la acechan son muchos y poderosos. La primera precaución debe ser ponerse en guardia contra ellos. En primer lugar los de la trinca consagrada como «grande» en Teherán. Teniendo ya asegurada la victoria, ellos heredarán de Hitler la jefatura de la contrarrevolución. Continuando su política por medios bélicos, la preocupación primera de su próxima paz será evitar la revolución socialista. Han combatido a Hitler y Mussolini, no por ser fascistas, sino por ser rivales. Descartados como tales, volverán a valerse de los fascistas contra la revolución. Únicamente, para guardar las apariencias, prescindirán de algunos elementos principales y rebautizarán a los demás. Y si se presentan casos graves, prescindirán incluso de estas apariencias.

Deliberadamente no hago diferencia entre los gobiernos imperialistas angloparlantes y el de Stalin. Los tres estarán plenamente acordes en combatir la revolución. Incluso puede estarse seguro que procederán del Kremlin los más cínicos y sanguinarios consejos contrarrevolucionarios. Si bien la economía soviética no puede ser calificada aún de capitalista, a ese término se esfuerza en llevarla la burocracia que la dirige. Ello da al stalinismo un motivo más para aplastar la revolución donde quiera que surja, y al proletariado le impone el deber de combatirlo, en beneficio suyo y en el de la revolución bolchevique estrangulada.

Los acuerdos de la trinca «grande» hechos públicos, coinciden en la esencial preocupación de vencer la nueva ofensiva revolucionaria. En todos ellos la «preservación del orden», cuenta entre las cláusulas principales. Desde hace siglos, la reacción designa con esas palabras sus más criminales actos contra las acciones revolucionarias de las masas. Para preservar el orden de esclavitud y opresión política, los tres grandes cuentan con muchos elementos. Sin duda, el principal de todos es el de las armas. Con sus ejércitos de ocupación, superabundantemente armados, esperan imponer a la burguesía europea sus soberanía económica, y a las masas pobres la soberanía de la burguesía. Hoy, puede decirse que esos ejércitos están principalmente destinados a combatir la revolución. Nunca será bastante recordado el ejemplo de Italia, donde

las tropas anglo-americanas, auxiliadas por la diplomacia y los hombres del Kremlin, desarman a los obreros, les impiden manifestarse e ir a la huelga, reconstituyen el viejo Partido azul, que dio el principal contingente al partido fascista, protegen e introducen en la administración a destacados miembros de éste y sostienen a la monarquía a fuerza de cañones, fusiles y ametralladoras. Lo mismo esperan realizar en todo el continente, por el Occidente la burguesía yanqui-británica y por el Oriente la burocracia rusa.

Pero cuentan, además, con otros factores de no menor importancia. Por una parte, con los gobiernos emigrados más los que formen en los países del Eje, a la imagen del de Badoglio o el de Bonomi. El imperialismo yanqui-británico se servirá de ellos ó se sirve yaó como Hitler se ha servido de sus Gauleiters. Contando con ellos, la burguesía victoriosa puede ahorrarse los gastos excesivos de una ocupación demasiado vasta. Los beneficios serán los mismos y en cambio el imperialismo no provocará odio tan directo como mediante la ocupación. Precisamente por esa razón Hitler se ha servido de los Gauleiters allí donde no era absolutamente indispensable la ocupación militar. Sin embargo, la ola revolucionaria europea continuará ganando extensión e impetuosidad. Con Gauleiters o con ocupación militar, seguirá su curso ascendente. El imperialismo yanqui-británico no podrá hacer lo que quiera, sino lo que la situación le permita. A medida que la ofensiva revolucionaria de las masas vaya ganando terreno irá cediéndolo la burguesía europea y su protector imperialista o staliniano. La categoría social de sus Gauleiters se desplazará continuamente hacia la izquierda. Primero serán los Darlan y los Badoglio, después los reaccionarios grises a la Bonomi o los realistas «democratizados» a la de Gaulle; en cuanto las masas arrecien su ofensiva los imperialistas tomarán a su servicio Gauleiters «comunistas» y «socialistas». De hecho, éstos constituyen, después de las tropas de ocupación, su principal y más sólido apoyo. Las masas no conservan ilusiones algunas respecto a los representantes políticos de la burguesía. Ni siquiera de Gaulle puede contar con que las masas obreras de Francia confíen mucho tiempo en él. Sin la colaboración de stalinistas y social-demócratas, ninguno de esos gobiernos tendría viabilidad. Constituyendo desde ahora, como en Italia, la base verdadera de los gobiernos reaccionarios, unos y otros veránse obligados a salir del segundo plano ministerial a que voluntariamente se relegan. La experiencia muestra que no existe mejor enterrador de una revolución que las organizaciones llamadas comunistas o socialistas. Millares de Negrines y Noskes ó Kerenskys triunfantesó saldrán de entre sus filas para mayor gloria de la burguesía y el imperialismo. Ellos representan la más importante y decisiva palanca antirrevolucionaria del imperialismo triunfador. Cuando algún proletariado, desbordando a su Negrín, destruya de arriba a abajo el estado burgués e instaure su propio gobierno revolucionario, los fusiles, los cañones y los aviones yanqui-británico-stalinistas tratarán de ahogar en sangre la revolución y restablecer a los Negrín futuros, en espera de que la propia reacción burguesa pueda hacerse directamente cargo del gobierno. La salvaguardia de la paz, palabras que se encuentran en todos los acuerdos de la trinca grande, refiérense precisamente a la intervención armada contra la revolución proletaria triunfante o amenazante.

Cada burguesía nacional de los países ocupados o aliados de Hitler, al unísono con el imperialismo yanqui-británico, se esforzará en desviar la atención y la energía de las masas dirigiéndolas contra «los criminales alemanes». «¡Sus al judío, responsable de todos los males!» ha sido el lema de Hitler; «¡Sus al alemán responsable de todos los males» será el lema del imperialismo yanqui-británico, las burguesías vasallas y las stalinistas y social-demócratas, vasallos de los vasallos. La lucha contra el alemán en general, caso de tener éxito, produciría un doble beneficio. Impediría que el proletariado de cada país se ocupara de su propia revolución y

dificultaría extraordinariamente la revolución alemana, a la que en Washington, Londres y Moscú se teme mucho más que a Hitler. El proletariado europeo debe precaverse contra el antigermanismo, el antigermanismo terminará aplastándole nuevamente en forma de totalitarismo yanqui-británico. Tal será el esquema de los esfuerzos imperialistas y stalinistas en contra de la creciente ola revolucionaria europea.

De todo saldrá triunfante el proletariado si sabe seguir una línea revolucionaria consecuente. Dispone en su favor de la necesidad histórica, de los intereses y la voluntad de la inmensa mayoría de la población, y de una unidad revolucionaria continental como nunca había existido. Su movimiento encontrará, además, eco en todas las partes del mundo, incluso entre las masas de que los vencedores piensan servirse para aplastar la revolución. Esas ventajas constituyen la base necesaria para el triunfo. A condición de saber emplearlas darán al proletariado la organización y las armas necesarias para lograr su revolución y hacer fracasar los bárbaros planes imperialistas y stalinianos.

El proletariado debe perseguir insistentemente sus objetivos socialistas y no dejarse desviar por las falacias de la propaganda burguesa e imperialista, que le servirán a manos llenas los traidores dirigentes de la Segunda Internacional y de la ex-Tercera. El nacionalismo antigermano, es de naturaleza burguesa, es reaccionario, es una copia invertida del nacionalismo hitlerista. El proletariado óincluyendo el alemán es el principal enemigo de Hitler. Por el contrario, quienes quieren ver un criminal en cada alemán, apoyaron antes a Hitler; sus cómplices de entonces, socialdemócratas y stalinistas, siguen siéndolo hoy. El proletariado europeo, debe tener por mira consciente impulsar la lucha contra nazismo y burguesía, aliándose con el proletariado alemán y defendiendo en común con él la revolución europea y alemana.

Tampoco contra la intervención militar yanqui-británico-rusa carece de recursos el proletariado. En primer lugar, puede contar como seguro que ninguno de los tres grandes vencedores saldrá de la guerra sin que sus masas explotadas respectivas experimenten una intensa sacudida revolucionaria. Así como en el proletariado alemán debe buscarse la principal alianza contra Hitler, en el proletariado inglés, americano y soviético, debe buscarse la principal alianza contra los designios de cada gobierno respectivo. La creciente ola revolucionaria europea ha producido ya movimientos reflejos en Inglaterra, Estados Unidos y la U.R.S.S., aunque más débiles. A los partidos revolucionarios de esos países corresponde impulsar al movimiento obrero en general a una enérgica campaña contra la intervención armada de sus imperialismos. ¡No asesinéis la revolución europea! ¡Dejad en libertad de acción al proletariado! Por lo que respecta a la U.R.S.S., los revolucionarios deben reagruparse al grito; ¡abajo la burocracia pro-capitalista! y organizar la lucha del proletariado contra la misma, sobre la base de la reconstitución de los soviets democráticos (dictadura del proletariado). Pero en el terreno europeo mismo, el proletariado ha de crear un clima que posibilite la fraternización con la revolución, de los soldados de todas las nacionalidades.

Para tareas de esta envergadura, se necesitan partidos templados en la lucha, incommovibles en su ideología revolucionaria. Las viejas organizaciones social-demócratas y stalinistas son viles instrumentos en manos de los imperialismos. Mañana recurrirán a la represión, la calumnia y el asesinato, como Kerensky, Noske y Negrín, para retener a las masas en los límites de la sociedad burguesa. No solamente no puede confiar el proletariado lo más mínimo en esas organizaciones, sino que debe disponer de otras que le permitan cumplir su grandiosa tarea emancipadora. Social-democracia y stalinismo son las organizaciones correspondientes a un período de decadencia y de derrotas obreras. La nueva ofensiva revolucionaria no reforzará a los

traidores; reforzará a la IV Internacional, cuya ideología y cuya militancia han sido templados en las más crueles persecuciones de la historia. En ella deben buscar su puesto los revolucionarios. En la medida en que la IV Internacional conquiste la confianza de las masas, la revolución europea y mundial verán asegurado su triunfo.

En resumen, los imperialistas yanqui-británicos y el gobierno del Kremlin tratan de salvar a toda costa a la burguesía europea, la nazi incluida. No retrocederán ante ninguna infamia y se valdrán principalmente de los llamados «socialistas» y «comunistas». A su programa reaccionario y nacionalista el proletariado debe enfrentar el de la revolución internacional. Ellos dicen, ¡viva el capitalismo!, y el proletariado debe responder, ¡viva la revolución social!; ellos proclamarán los estados nacionales, y el proletariado debe responder, ¡abajo las fronteras!; ellos gritan ya, ¡mueran «los criminales alemanes»!, y el proletariado debe responder, ¡viva el proletariado y la revolución alemana!; ellos quieren balcanizar políticamente y dividirse económicamente a Europa, y el proletariado debe responder, ¡vivan los Estados Unidos Socialistas de Europa!; valiéndose de sus obreros convertidos en soldados, ellos esperan a ahogar en sangre la revolución europea, y el proletariado debe responder, ¡viva la fraternización de todos los oprimidos, uniformados o no, contra los opresores!

La experiencia pasada enseña que Kerensky triunfante es Noske, es Negrín, y que detrás de ellos se oculta el fascismo; por el contrario, Kerensky derrotado por los trabajadores es la revolución proletaria. El problema decisivo, en Europa, consistirá en saber derrotar a los múltiples Negrín-Noske larvados en las filas social-demócratas y stalinianas.

TRAS LA MATANZA, LA PAUPERIZACIÓN

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 18, agosto 1944)

Aún no ha cesado la guerra imperialista, las víctimas caerán todavía por centenares de miles, cuando ya se anuncian las espantosas consecuencias de aquella. Tras de haber ensangrentado al mundo sacrificando en su holocausto millones de hombres, mujeres y niños, el capitalismo se prepara a hacerle pagar con hambre las consecuencias de su guerra. En el sistema actual no hay lugar para una distribución equitativa de las cargas, como tampoco lo hay para una distribución equitativa de los beneficios, de la riqueza y el bienestar social. Después de haber hecho recaer sobre las masas pobres durante la guerra el principal tributo de sangre y la totalidad del tributo de miseria, la burguesía mundial empieza ya a tomar medidas para hacerles cargar también con el fardo fabuloso de paro obrero y hambre que producirá la crisis económica de la post-guerra.

Apenas se entreve el triunfo de las armas anglo-yanquis cuando ya los capitalistas de ambos países empiezan a disminuir la producción y a despedir trabajadores. Con poca intensidad aún, el movimiento de despido se ha iniciado ya en todas las ciudades industriales de los Estados Unidos. La amenaza para la clase trabajadora es tan grande, que la propia Federación Americana del Trabajo, central sindical totalmente infeudada al capitalismo, se ha visto obligada a registrar la alarma general. Según sus cálculos, antes de que termine el año, sin necesidad de que termine la guerra, existirán en los Estados-Unidos cuatro millones de obreros sin trabajo. ¡Cálculése las cifras a que llegará el paro cuando la desmovilización vierta al mercado del trabajo ocho o diez millones de hombres! Sólo los Estados-Unidos contarán 25, 30

millones de parados o más. Por añadidura, siendo la mano de obra, para el capitalismo, una mercancía más sujeta a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, el paro obrero servirá a los capitalistas para disminuir el jornal de los obreros que trabajan. ¡Habrán tantos hombres dispuestos a trabajar por lo indispensable para no morir de hambre! Y así será en todo el mundo, países vencidos y países vencedores.

Radioscopia repugnante de las entrañas de la sociedad capitalista. Morid por la patria, por «la libertad» o por el «espacio vital» ógrita en todos los tonos la burguesía; y millones de hombres, medio engañados por la propaganda, forzados siempre por la coacción social del capitalismo y su estado, mueren en los campos de batallas y en las retaguardias bombardeadas, mientras los capitalistas amontonan millones sobre millones, bajo los mismos lemas. Cesa la guerra y entonces, los mismos intereses capitalistas que la produjeron lanzan a la miseria y a la degeneración física mediante el paro, a los mismos hombres a quienes pidieron e impusieron sacrificios y muerte.

¿Cuál es la razón para que millones de hombres sean lanzados al hambre? No existe más que esta: los intereses de los capitalistas. El mundo está muy lejos de tener un excedente de mercancías con su capacidad productiva actual. ¡Lejos de ello! El amasijo fantástico de riquezas destruido por la guerra, suponiendo que se hubiese aplicado a la producción para el consumo, distaría aún bastante de satisfacer las necesidades de todos los habitantes del planeta. La inmensa mayoría de ellos han vivido y viven en la más espantosa y embrutecedora miseria. Las invenciones y adelantos de la técnica moderna no son disfrutados más que por una insignificante minoría de hombres. Así como la industria ha trabajado a toda marcha para satisfacer las necesidades de la matanza imperialista, debe continuar trabajando para satisfacer las necesidades de consumo de la humanidad. No sobraría entonces ni un sólo hombre; al contrario, tendría que activarse el empleo de nuevos métodos técnicos que aumentasen la capacidad productiva del hombre. Se opone a ello el sistema de propiedad actual, que produce únicamente en cuanto la venta produce riquezas a los capitalistas. Más como la capacidad de compra de la inmensa masa explotada es mantenida constantemente a raya, en el mínimo, por la propia ley del beneficio capitalista, la humanidad vive un régimen de constante miseria agravada periódicamente por las crisis económicas del capitalismo. Ni de la miseria ni de las crisis puede librarse la humanidad sin deshacerse previamente del sistema capitalista de propiedad. Y habiendo alcanzado éste máximo desarrollo posible, el problema adquiere caracteres de vida o muerte para la humanidad y para la civilización.

¿Cómo luchar contra estas terribles amenazas? ¿Mediante sociedades de socorro mutuos? ¿Mediante un subsidio del estado burgués a los obreros parados? No, todo esto, sin dejar de reivindicarlo el proletariado, serán alivios momentáneos que no darían solución al problema. Las masas deben buscar una solución radical y no conformarse con limosnas del estado capitalista. El proletariado de todos los países debe exigir una ESCALA MOVIL DE HORAS DE TRABAJO, con un jornal mínimo que le asegure una subsistencia digna. «A menos de entregarse él mismo a la degeneración, ódice el programa de la IV Internacional, el proletariado no puede tolerar la transformación de una parte creciente de obreros en parados crónicos, en miserables que viven de las migajas de una sociedad en descomposición. El derecho al trabajo es el único derecho serio que tiene el obrero en una sociedad basada en la explotación». La clase trabajadora se defenderá así homogéneamente y no permitirá, como en el pasado, que la reacción capitalista saque provecho de los antagonismos creados por ella entre obreros con trabajo y obreros parados. Ciertamente, los capitalistas y sus gobiernos arguirán que la

escasez de ventas no les permite dividir el número de horas de trabajo existente por el número de obreros y emplearlos a todos. Ello sólo demuestra que el capitalismo es un estorbo para el bienestar y el progreso de la humanidad. Y estos deben estar por encima de los intereses miserables de los capitalistas.

La clase trabajadora, en cambio, sí puede emplear a todos los hombres existentes y asegurarles no sólo un mínimo de subsistencia, sino un crecimiento continuo de su nivel de vida, distribuyendo por el número de hombres existentes la cantidad de horas de trabajo necesarias para asegurar el consumo del mundo, y el progreso de la técnica y de la civilización. El estorbo capitalista debe ser destruido. ¡Escala móvil de horas de trabajo! ¡Producción para el consumo! ¡Expropiación de los capitalistas! ¡Administración económica y poder político proletarios! Sin ellos la humanidad será lanzada hacia atrás por los intereses capitalistas.

INSURRECCIÓN EN VARSOVIA

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 18, agosto 1944)

Al mismo tiempo que las tropas rusas llegaban a la capital polaca, estalló en ella una poderosa insurrección que se apoderó casi por completo de la ciudad. La prensa y la radio han dado una información relativamente abundante, reproduciendo algunos mensajes radiados por los insurrectos.

Todo el mundo habrá observado, por el contrario, que la prensa stalinista y stalinizante ha guardado sobre el acontecimiento completo silencio. Y por su parte, el Ejército Rojo, que días antes marchaba ininterrumpidamente, se detuvo bruscamente a las puertas de Varsovia, cuando podía esperarse que la poderosa ayuda del interior le abriese las puertas de la ciudad a poco costo. Peor aún, los informes procedentes de los propios insurrectos aseguran no haber recibido del Ejército Rojo ninguna ayuda, ni en armas, ni en ataques combinados de la aviación o de la artillería. Por causa de este abandono las tropas alemanas han recuperado el dominio de la ciudad, que parecía haberseles escapado en los primeros momentos. Ha tenido que ser la aviación inglesa la que, desde Italia fue a arrojar algunas armas sobre los barrios dominados por los insurrectos, según a última hora ha sido dicho por la radio.

Es fácil adivinar de que se trata, particularmente conociendo los objetivos políticos y los métodos stalinistas. Evidentemente, la insurrección no comulga con los credos y los proyectos del mariscal del Kremlin, aunque evidentemente no es hostil a la U.R.S.S., puesto que se produce en el momento en que el Ejército Rojo está a tiro de cañón. Stalin prefiere colaborar por pasividad en el aplastamiento de la insurrección por los alemanes, antes de admitir que su comité de Polonia Libre es una entelequia inventada para cubrir los apetitos nacionalistas de la burocracia rusa.

Por lo que se sabe, la insurrección no tiene un carácter organizadamente revolucionario. Gente del gobierno polaco de Londres parece encontrarse a la cabeza. Sin embargo, todas las informaciones en este sentido deben ponerse en cuarentena. El gobierno de Londres controla, sin duda, mucho menos de lo que pretende. La iniciativa del proletariado y de toda esa generación de revolucionarios formada en Europa bajo el terror de la Gestapo, debe constituir el motor principal de la insurrección, como lo constituyen en las ciudades italianas y en las

francesas. Tras la corteza nacionalista de estos movimientos, hay un contenido revolucionario que sólo necesita organización y conciencia para perseguir, y tal vez lograr, la toma del poder por el proletariado y los campesinos pobres. Se trata, para los revolucionarios, de eliminar de aquellos la influencia burguesa y las tendencias nacionalistas. Aún dirigido por el gobierno polaco residente en Londres, el movimiento insurreccional varsoviano podría ser fácilmente orientado hacia la revolución socialista. Bastaría con que el gobierno de Stalin enviara allí suficientes armas destinadas a las masas pobres y unos cuantos centenares de paracaidistas que las ayudaran a organizarse para acabar con el capitalismo polaco al mismo tiempo que con el dominio alemán y el terror nazi. Si las masas siguen a líderes burgueses o infeudados a la burguesía sólo puede deberse a la falta de otra perspectiva, por carencia de grandes organizaciones revolucionarias. Y Stalin no está dispuesto a darles lo único que les hace falta para separarse del gobierno de Londres y sus lacayos socialistas. Todo lo que les ofrece es otro gobierno burgués sometido a su voluntad... y si no lo aceptan, abandono al terror de la Gestapo.

Entre el gobierno polaco de Londres y el patrocinado por Stalin en Moscú, no existe ninguna diferencia de clase. El uno tiene por patrono a la burguesía británica; el otro a la burocracia contrarrevolucionaria del Kremlin. Se disputan las concesiones territoriales que hayan de hacerse a ésta, no otra cosa. Stalin empuja así las masas del costado de la burguesía, deja aplastar la insurrección con posibilidades revolucionarias, y al final se entenderá con los de Londres. Calcúlese cual será su actitud ante movimientos decididamente proletarios.

VINDICACIÓN DE LA GUERRA CIVIL Y GÉRMENES REVOLUCIONARIOS DE LA ESTRATEGIA IMPERIALISTA

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 18, agosto 1944)

El año 1940, cuando el ejército alemán llegaba a las costas del canal de la Mancha, revolviéndose enseguida sobre París, escribí un artículo con este mismo título, Recojo hoy, y amplío, las ideas de aquel, al que pertenece el siguiente párrafo:

«La sapiencia de los técnicos militares no logrará descubrir lo que hay de innovador y trascendente en la calidad y la potencia de los medios técnicos puestos en juego. Hitler mismo no lo sabe; y si al soplar más o menos conscientemente que el asno de la fábula en la flauta de la economía alemana, salieron disparadas columnas motorizadas, chaparrones de paracaidistas y remedos de quinta columna, a diferencia del asno, puede recibir una sorpresa que le aturda».

Aunque entreví, al escribir lo anterior, un rearme de las potencias aliadas capaz de rechazar la máquina militar alemana, no era ésta la aturdidora sorpresa a que alude el párrafo anterior. Se trata de algo de mucha más positiva trascendencia para la humanidad que la guerra entre dos imperialismos voraces. Tenía en la mente las facilidades que ofrece la técnica militar moderna de transformar una guerra nacional, burguesa, reaccionaria, destinada a decidir quién imperará en máximo explotador y verdugo del mundo, en una guerra de clases internacional, de proletariado contra burguesía, revolucionaria, destinada a franquear el paso de la miseria capitalista a la abundancia socialista. Volver a tratar el asunto es particularmente importante hoy, cuando nuevas columnas motorizadas asuelan Europa, caen sobre ella más chaparrones de paracaidistas, y los remedos de quinta columna desplazan el cabo de sus hilos movedores, de

Berlín, a Londres-Washington; cuando la guerra imperialista, en forma ciega, ha empezado ya a transformarse en guerra civil; cuando movimientos de resistencia y guerrillas, a horcajadas sobre el filo de su propia dualidad, han de apearse por la derecha, constituyendo nuevos elementos de opresión y represión, o por la izquierda, fundiéndose con la revolución naciente e impulsándola.

La guerra, como la lucha de clases, es manifestación y medio de dominación de unos hombres por otros. Desde los tiempos históricos, unos tipos de sociedad han sucedido a otros, diversos han coexistido simultáneamente, el mismo se ha escalonado en multitud de grados de desarrollo, entremezclándose en porciones diferentes con tipos sociales envejecidos ó caso del capitalismo, y el todo humano, con retrocesos prolongados unas veces y otras breves, ha progresado. Con el progreso de las sociedades ha progresado también la forma de guerrear, pero el objeto de la guerra continúa invariable: dominación y saqueo del vencido. Entre el hombre remoto, cuyo honor y prosperidad pendían de la cuantía robada en sus correrías a los clanes vecinos, y el hombre del espacio vital o de la rendición incondicional, hay una diferencia cuantitativa; la calidad es idéntica. Sólo las banderías revolucionarias de las guerras civiles escapan a la finalidad de robo y dominación. Incluso guerras nacionales justas, como las de la revolución francesa, y las de independencia de los pueblos coloniales, han mezclado a sus fundamentales rasgos positivos, a compás del triunfo, elementos de saqueo y opresión de otros pueblos. Oliverio Cromwell llevó sus victorias exteriores mucho más lejos que la monarquía derrocada por él, arrebató Dunkerque a los franceses y la isla de Jamaica a los españoles; Carnot, jefe de los ejércitos revolucionarios franceses, decretó, aún bajo el Comité de Salud pública robespierrista, que aquellos se sostuvieran a expensas de los territorios extranjeros ocupados; los Estados Unidos, apenas independientes, pusieron la mano encima a territorios mejicanos e iniciaron su campaña de dominación económica de la América Latina, so capa de solidaridad continental.

Por el contrario, los bandos revolucionarios de las guerras civiles, desde los griegos Agis y Cleomenes, los romanos Cayo Gracco, Catilina y Spartaco, hasta los obreros de la guerra civil española ó vencidos por una convergencia de tiros entre los fascista Franco, Hitler y Mussolini, y el «socialista» Negrín, el «comunista» Stalin, y sus colaboradores «anarquistas» ó, han perseguido como fin la nivelación de la riqueza, la igualdad material como barrera a la opresión y a la degeneración social. En todo caso, el triunfo del bando revolucionario en una guerra civil, ha producido importantes progresos sociales. Los defectos, insuficiencias, imposibilidades o incapacidades de los movimientos revolucionarios, no invalidan su tendencia general a una mayor justicia, a la desaparición de la opresión, al disfrute por todos los hombres, de bienestar y libertad.

La guerra entre las naciones, en cualquiera de sus formas, constituye un desdoblamiento de la guerra económica permanente entre las clases de cada nación. La moderna guerra imperialista, abarcando a todo el mundo en dos coaliciones antagónicas, desvelando sin pudor la doble finalidad de saqueo del adversario y afianzamiento de la opresión capitalista, extremando la técnica de matar y destruir más y mejor que la técnica de la producción para el consumo, es como una abstracción y un acabamiento de la guerra en general. Abstracción, porque tanto las bases materiales como las ideológicas que han permitido el despliegue de las guerras nacionales están ya superadas y en pleno período de desaparición; acabamiento, porque la misma amplitud del capitalismo, y de la guerra en particular, suministran los elementos de su propia destrucción, la piden a grandes voces. Ninguna de las naciones motoras de la guerra óy esto desde 1914ó

lucha por su conservación como tal. Los instrumentos de producción han desbordado torrencialmente las barreras nacionales; pero encuentran por tope, de una parte, la competencia de terceras naciones, de otra, la limitación de la capacidad adquisitiva del mundo propia del sistema capitalista. Por la guerra, los fuertes se apoderan del mercado, oprimiendo de mil maneras diferentes a las demás naciones, saqueándolas, convirtiéndolas en clientes o en intermediarios suyos. Al mismo tiempo, en su propio país, el vencedor aumenta la separación entre ricos y pobres, la tiranía de gobernantes para gobernados. Millones de hombres son lanzados a la degeneración física mediante el paro; la mercancía-trabajo desciende de precio produciendo el hambre también entre los obreros ocupados; el conflicto entre ricos y pobres, entre capital y trabajo, estalla inevitablemente. Y el mismo gobierno que llamó a morir por «la patria» y por «la libertad», restringe o suprime ésta y dispara sus ametralladoras sobre los supervivientes de la lucha por «la patria» y por la «libertad». La dominación de su propio proletariado es para las necesidades imperialistas de la burguesía lo que son los cimientos con relación al edificio. Pero todo esto, por fortuna, empieza a ser ya del dominio común. La mayoría de los combatientes, compuesta en ambos bandos de explotados, sabe o sospecha que no se bate por la patria sino por sus capitalistas, no por la libertad sino por su esclavitud y la del mundo en general. Las condiciones materiales y psicológicas de la defensa nacional, desaparecen de la sociedad y se pudren en el cerebro de cada quién. Más aún que por la propaganda revolucionaria, las masas pobres, civiles o movilizadas, son inducidas por la mecánica de la situación a localizar el puesto de sus enemigos en su respectivo país; no en las nacionalidades rivales, sino en sus capitalistas y gobernantes, expresión inmediata de todo el mundo burgués. En tiempos de guerra, más apremiantemente que en los de paz, la población explotada de todos los países es forzada a fijar su atención en el proceso interior de la lucha civil.

La humanidad ha superado ya con creces el estadio de la guerra nacional e imperialista. Sólo ha podido recaer en ella, después de la experiencia de 1914-1918, por incumplimiento de la tarea histórica del siglo; destrucción del sistema capitalista. La responsabilidad de ello no es en manera alguna impersonal. Cargan con ese oprobioso baldón, la Segunda Internacional en el período siguiente a la pasada guerra, y en colaboración con ella, la Tercera a partir de su actuación en la revolución china. Una tras la otra, traicionaron la lucha de clases cuando mejores oportunidades tenía el proletariado de vencer a la burguesía. Facilitaron así la consolidación del capitalismo, abriéndole de par en par las puertas de esta segunda degollina imperialista. Pero la prueba más irrefutable ó triste, sangrienta prueba!ó, de que las necesidades históricas rechazan la guerra imperialista y exigen la guerra civil contra el capitalismo, nos la da la propia guerra imperialista. Ni en los países que gobierna u ocupa el Eje, ni en los «democráticos» y sus satélites, pueden las clases pobres progresar lo más mínimo en el terreno económico o en el de la libertad política, sin emprender una lucha abierta con las clases poseyentes, esto es, sin entrar por el camino de la guerra civil. Aún los países triunfantes salen de la guerra con menos libertad y con mayor miseria. Y en la misma medida en que las masas reconocen la realidad del monstruoso engaño que es la guerra imperialista, a medida que palpan sus consecuencias, pierden interés en ella y desplazan su actividad hacia el terreno interior. La lucha se vuelve civil. Aunque en los primeros momentos, especialmente en los países triunfantes, no sobrepase la etapa de una lucha de clases movimentada, su prolongación y redondeamiento es la lucha de clases armada, la guerra civil.

Mucho más claro es este proceso en los países dominados por el Eje. Allí las necesidades de guerra del imperialismo germano han extremado todas aquellas contradicciones de la sociedad capitalista que empujan las clases pobres a destruirla. Agravada esta situación por la derrota, a través de toda la Europa continental la guerra imperialista está ya, de hecho, en pleno período de transformación en guerra civil. El valor histórico de esta prueba es tanto más irrecusable cuanto que, convergiendo, cómplices del eje y de las «democracias» se ha desvivido por reducir las masas a la inmovilidad o por encauzarlas contra los alemanes en un sentido puramente nacionalista. A pesar de todo la transformación de la guerra imperialista en guerra civil ha tomado vastas proporciones. El análisis revolucionario se confirma ruidosamente; nuestra época exige la transformación de la guerra reaccionaria en una guerra mundial de pobres contra ricos. Pese a todo, los serviles rastacueros de las internacionales Segunda y ex-Tercera, continuarán esforzándose en devolver la naciente guerra civil al cauce de la charca imperialista.

Para alcanzar sus finalidades, el movimiento revolucionario dispone de su propio método de clase, en concordancia con sus objetivos. Aprovechando las facilidades que la técnica militar moderna le ofrece, el método de clase, como veremos después, abreviaría y facilitaría grandemente la derrota del nazismo y burguesía. Lo que se ha dado en llamar movimientos de resistencia, más las guerrillas o «maquis», representan, por el contrario, un intento de poner la combatividad de las masas al servicio del imperialismo exterior y la burguesía nativa, dirigiéndola, al presentarse el momento, contra las masas mismas.

¿Qué es el movimiento de resistencia? ¿Qué las guerrillas? ¿Quiénes los componen? ¿Qué objetivos tienen? Sus fomentadores no podrían darnos una respuesta clara. Mejor dicho, podrían pero no quieren; les sería contraproducente. Prefieren enturbiar la cuestión, porque son pescadores en aguas revueltas. Me refiero concretamente a los de Gaulle de todas las nacionalidades, con sus respectivas caudas «socialistas» y stalinistas. Tratando de sacar del naufragio a la burguesía, repugnan términos tan inequívocos como movimiento revolucionario, armamento del proletariado, desarme de la burguesía, fraternización de explotados, transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Estos términos llevan anejos un sentido de clase y una idea de revolución social. Les es imposible adoptarlos porque son ajenos a toda idea revolucionaria. Parece, por el contrario, que la honradez les exigiría adoptar una terminología en perfecto acuerdo con sus finalidades capitalistas. Pero, ¡ay!, si lo hicieran, no podrían jactarse de disfrutar la confianza de las masas combatientes europeas. En lugar de movimiento de resistencia, tendría que decir, movimiento nacionalista; donde hablan de guerrillas, se verían obligados a propugnar un nuevo ejército reaccionario; en vez de la demagogia sobre la liberación tendrían que poner: reacomodación de la tiranía capitalista y cambio de protectores. Pero entonces no les escucharía un solo obrero y les abandonarían la mayoría de los componentes de las guerrillas.

La claridad que ellos se niegan a poner en la terminología y en el propósito debe ser puesta por los revolucionarios. Lo que llaman movimiento de resistencia los intermediarios del imperialismo no es otra cosa que el proceso de transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Común a todos los países, incluyendo Alemania, ese movimiento sólo puede ser acelerado dándole un inequívoco carácter de clase e internacionalista. Todo lo contrario, precisamente, de lo que hacen gaullistas, stalinianos y «socialistas». Su terminología tiene por objeto encubrir a las masas la naturaleza y la salida histórica de la lucha empeñada. Emponzoñando el espíritu de las masas de nacionalismo antigermano, les preparan un gigantesco cepo en el que las masas de diferentes países se destruirían entre si bajo las órdenes

de sus capitalistas. ¡Beneficio doble! Las masas de la Europa ocupada no se inquietarían de hacer su revolución y se prestarían a servir de instrumentos para impedir la revolución en Alemania y en los países que se le unieron.

Las guerrillas o «maquis» representan ya un triunfo material de los burgueses aliadófilos y sus bordones «obreros» sobre el movimiento revolucionario. Por esos medios tratan de impedir, por una parte, el armamento del proletariado, y de constituir, por otra, núcleos armados totalmente manejados por ellos y adictos a sus finalidades burguesas y nacionalista. Sin duda de ningún género, entre guerrilleros y «maquis», particularmente ente los jefes, existe una gran proporción de elementos pequeño-burgueses, campesinos sin visión revolucionaria, e incluso burgueses. Las armas de que ellos han disfrutado hubiesen sido mucho más efectivas en manos del proletariado en las zonas industriales. Pero ni los gobiernos emigrados ni sus sostenes stalinianos y «socialistas» quieren armar al proletariado: Eso conduce demasiado fácilmente a la revolución. Creando guerrillas, dan a la lucha por la liberación un aspecto nacionalista y burgués, distraen a las masas de sus propios objetivos, adquieren los cuerpos armados que necesitarán inevitablemente contra las masas y salen al encuentro de la guerra civil retrotrayendo la situación a la guerra imperialista.

Pero no les arrendamos la ganancia a los gaullistas de cualquier nacionalidad, a sus abogados del stalinismo y el reformismo, ni a sus amos, los banqueros de Wall-Street y la City. Por mucho que ellos se esfuercen en desviar hacia metas burguesas la actividad revolucionaria de las masas (el movimiento de resistencia, en su ideología castrada), las masas explotadas que participan en él no pueden dejar de poner en su acción un sentido de clase. Entre él y los lacayos del imperialismo aliado se abrirá un abismo más profundo mientras más territorio europeo quede «libertado» por las tropas anglo-yanquis. Mientras aquel continuará su camino hacia la culminación victoriosa de la guerra civil contra el capitalismo, aparecerán como defensores únicos de este último gaullistas, stalinianos y reformistas. El choque entre las masas y ellos es inevitable. En su contra continuará necesariamente lo que llaman movimiento de resistencia, si es que Europa no ha de ser tragada por la barbarie capitalista-nacionalista. Incluso entre las guerrillas y «maquis» no faltarán elementos revolucionarios que despierten al ver actuar directamente a los «libertadores». Pero habiéndose dejado atrapar en formaciones de naturaleza capitalista, su deber es, como para los soldados de los ejércitos burgueses, pasar al campo revolucionario en el momento en que traten de emplearlos contra el mismo.

En suma, el movimiento de transformación de la guerra imperialista en guerra civil tiene una potentísima ventaja sobre el de vuelta a la guerra imperialista y al capitalismo. Entre las masas pobres de la fábrica y del agro, perderán terreno los lacayos del imperialismo, no cabe duda. Aunque no se representen hoy exactamente el alcance de su propia acción, les aparecerá más conscientemente a medida que, tras los ejércitos imperialistas anglo-americanos, presenten su verdadera faz gaullista, stalinianos y «socialistas». La guerra civil contra el capitalismo tiene asegurado el éxito a condición de saber continuarse sin duelo hasta la toma del poder político por el proletariado y los campesinos pobres. Sobre los revolucionarios de Europa, especialmente sobre los cuartinternacionalistas, reposa el deber de poner en claro la tendencia socialista e internacionalista y aconsejar a las masas los métodos adecuados.

No cabe reprochar a los de Gaulle, burgueses confesos, el empleo de métodos de lucha concordes con sus fines. Al proletariado sólo le cabe combatirlos. No ocurre lo mismo con los partidos que se hacen pasar por comunistas y socialistas. Ni en los métodos ni en los objetivos se diferencian en nada de los burgueses confesos. ¿Es que no disponían de otros métodos más

efectivos? ¡Mentira! De la misma manera que el desarrollo económico de la sociedad capitalista suministra los elementos de la revolución social, así los medios técnicos de la guerra imperialista suministran los medios técnicos necesarios a su transformación en guerra civil.

Los métodos de la guerra moderna ó describí en el artículo referido de 1940 ó «sobrepasan la tradicional concepción burguesa de acción, patriotismo, defensa nacional, aportando en su carácter técnico un elemento extraño a la naturaleza capitalista de la guerra, un campo favorable a su transformación en guerra civil». Lo que con mayor violencia empuja en ese sentido a las masas pobres de los países afectados, es la siega de millones y millones de vidas, la destrucción fabulosa de riquezas, y la convicción de la absoluta inutilidad del todo, excepto para la pequeña minoría de grandes ricos. Pero ese movimiento general, expresión rudimentaria de la necesidad histórica de nuestra época, puede y debe ser auxiliado racionalmente por los medios mismos que la guerra imperialista pone a su disposición. Los elementos que han hecho aparición en esta guerra, paracaidismo, penetración profunda de cuerpos motorizados, la sedicente «quinta columna» y la ocupación de países enteros por las fuerzas vencedoras, desbordan el marco natural de la guerra capitalista, facilitando su transformación en guerra civil. No podrán ser empleados con toda la extensión posible sino en una guerra revolucionaria.

Particularmente el paracaidismo está totalmente desplazado de la guerra nacional. No en vano fue un descubrimiento de la revolución rusa. Los gobiernos burgueses no han podido emplearlo sino esporádicamente y con éxito limitado. Al principio de la guerra, uno de los factores del éxito de los paracaidistas alemanes lanzados sobre Holanda, fue la limitación territorial del país y la carencia de medios adecuados para la defensa. A pesar de todo, según explicó ante el parlamento francés Reymeaud, el entonces jefe del gobierno, la mayoría de ellos habían sido aniquilados antes de que llegaran las columnas motorizadas alemanas. Un poco más de tiempo y no hubiesen hallado a ninguno de sus paracaidistas. Repetición de lo mismo en Bélgica. Si se tiene aún en cuenta la importancia de la sorpresa, se comprenderá cuán limitados beneficios produce el paracaidismo en manos de un gobierno capitalista. La mejor operación efectuada por él durante esta guerra ha sido la captura de la isla de Creta. También en ella intervino como factor principal del éxito la limitación territorial, la ausencia de comunicaciones y la medrosidad del mando aliado, que desplazó al Africa la totalidad de su aviación mucho antes de que la suerte de la isla estuviese decidida. Tanto el mando aliado como el ajeno han sido incapaces de emplear el paracaidismo sino como elemento de desorganización de la retaguardia enemiga, allí donde se encontraba inmediatamente apoyado por columnas de ataque. Ni siquiera en Francia, donde la desorganización era total, pudo el estado mayor alemán sacar mayor partido a esa nueva arma. Igualmente impotente se mostrará el estado mayor aliado respecto a Alemania y los demás países del Eje.

Ya en Francia, en vísperas de la invasión yanki-británica o inmediatamente después, parece haberse extendido un tanto el radio de acción del paracaidismo. Según de Gaulle, varios millares de paracaidistas franceses, tomando tierra en Normandía, han constituido principalísimo elemento de la derrota alemana. Sin duda, el resultado hubiese sido mucho peor si en lugar de franceses hubiesen sido lanzados hombres americanos o ingleses. Actuando en su propio país, los franceses tenían la seguridad de contar con la simpatía o la tolerancia de una parte de la población cuando menos. Pero aún así, el paracaidismo está lejos de abarcar todas sus posibilidades. Si los paracaidistas extranjeros no pueden encontrar ningún apoyo en territorio «enemigo», los nacionales (caso de Francia) sólo lo encuentran limitado y poco ardiente; y disminuirá a medida que, con el triunfo, pasen a primer plano sus finalidades. Siendo parte del

renaciente ejército capitalista francés, operan en función de los intereses de su burguesía, vistos por el prisma de intereses yanki-británicos y mediatizados por él. Ni el estado mayor aliado ni de Gaulle, van a libertar a Francia; van a sustituir una tiranía por otra. La cosa debe aparecer muy pronto clara a la población, si no lo es ya. Puede tenerse la seguridad de que los propios paracaidistas franceses se han limitado a colaborar militarmente con los aliados, rechazando terminantemente toda iniciativa revolucionaria de la población. Mucho menos habrían de incitarla y ayudarla con armas. Antes que armar a la población y facilitar sus iniciativas, los paracaidistas de Gaulle se dirigirán en demanda de ayuda a los cuerpos armados de Vichy. El orden capitalista lo exige. De ahí a reprimir las acciones revolucionarias de las masas, no hay más que un paso; más pronto o más tarde será franqueado.

Ese es todo el partido que la guerra capitalista puede sacar del paracaidismo. No pidamos peras al olmo. Lo que es reaccionario lo es en toda latitud posible, incluso en la de la fría técnica. Pero la misma técnica puede ser inflamada por la pasión de los hombres, puesta a su servicio, y producir resultados miles de veces superiores. Europa bulle de Norte a Sur y de Este a Oeste. Las masas que han sufrido la horrible pesadilla hitleriana no necesitan para nada de la invasión yanki-británica, ni de los viejos sistemas burgueses pseudo-democráticos. Necesitan, sí, y urgentemente, acabar con el capitalismo y organizar los Estados Unidos Socialistas de Europa. Su lucha contra la tiranía nazi, es, simultáneamente, una guerra civil anti-capitalista. Sólo pueden negarse a verlo quienes se inclinan a la bandería revolucionaria. Sobre ese medio en creciente ebullición revolucionaria, la técnica militar moderna podría poner rápidamente fin (lo habría hecho ya) a la tiranía nazi. Pero sólo a condición de impulsar la lucha del proletariado y los campesinos de las masas sufrientes en general, de organizarlas y armarlas para el combate. Los ejércitos se multiplicarían como por encanto, las esperanzas de los pobres, mil veces decepcionadas y traicionadas, constantemente reprimidas, comunicarían a Europa el ardor combativo necesario para las grandes transformaciones sociales. El paracaidismo encontrará su aplicación más vasta cuando se emplee como agente y actor de lucha de clases. Los capitalistas sólo pueden lanzar soldadesca en el más peyorativo sentido de la palabra; pero el día en que una revolución victoriosa siembre sus hombres desde los vientos, obrarán como agitadores y organizadores revolucionarios los unos, como destacamentos armados los otros, todos enlazando con las masas interesadas en la revolución y enfrentándolas al capitalismo. No existirá fortaleza ni país que se les resista. Aliados de la mayoría de la población, no enemigos, su cometido consistirá, más que en actuar como ejército independiente, en ayudar a las masas revolucionarias a organizar su propio ejército. La naturaleza técnica del paracaidismo está desplazada de la guerra nacional-imperialista y vierte en el dominio de la guerra civil internacionalista. Ante sus posibilidades desaparece la noción de nacionalidad; aparece en cambio el vastísimo y luminoso horizonte de esta otra; clase contra clase, principio de la desaparición de la explotación de unos hombres por otros y de las guerras consecuentes.

Lo mismo puede decirse, aunque en menor grado, de esas columnas motorizadas que se internan velozmente en persecución de determinados objetivos adversarios, para ocupar después el territorio derramándose en todas las direcciones. Incapaces de ofrecer nada de interés efectivo a la población, sí mucho que sufrir, no pueden ser recibidas por ella sino con pasividad o con hostilidad. La eficacia de su aplicación, como en el caso del paracaidismo, se reduce al mínimo, al simple resultado aritmético de su potencia para destruir y matar. Su empleo pide también el enlace con la población pobre para objetivos sociales comunes. El desgaste en hombres y material y la devastación del territorio se reducirían al mínimo, mientras que, la acción de la

población mediante, el enemigo sería hostilizado y paralizado en todas partes, incluso en su propia retaguardia. La eficacia y el desarrollo máximo de las columnas motorizadas vierten, igualmente, en el dominio de la guerra civil.

A idéntico resultado se llega por la experiencia de la ocupación alemana de Europa. Los gérmenes de transformación de la guerra imperialista en guerra civil toman otro aspecto en este caso, pero no es en manera alguna el menos importante. La convivencia de los proletarios del país vencedor óconvertidos en instrumento de su burguesíaó con los proletarios de los países vencidos y ocupados, facilita en grado sumo la compenetración y la acción común de ambos. Más pronto o más tarde, los soldados ocupantes deben imbuirse en el espíritu de la población ocupada, convencerse de que sirven de instrumento a sus opresores y crear en el ejército y en el país vencedor una atmósfera de explosión simultánea de proletarios «vencedores» y «vencidos». Ni siquiera las tropas especiales, las empleadas por Hitler en sus más vesánicas represiones, pueden ser completamente inmunes al contagio. Por una parte la población revolucionaria ocupada actuando sobre los soldados ocupantes, por otra la propaganda de los elementos revolucionarios entre éstos, más el imperativo de sus propios intereses, todo tiende a producir la fusión internacional de los explotados, convirtiendo la ocupación en un semillero de acción internacional contra la burguesía en general. Sin duda alguna, eso se está produciendo ya en Europa, aunque en forma ciega, inorgánica y limitada, debido a la traición de los principales partidos de la clase obrera, empeñados en un nacionalismo reaccionario. A su traición debe suplir el proletariado en general y los revolucionarios en particular propagando y organizando la fraternización, esforzándose en crear una línea de demarcación y de lucha que divida a ocupantes y ocupados en clases, no en nacionalidades. Los soldados alemanes deben ser atraídos a las organizaciones revolucionarias de los países ocupados e inducidos a crear otras propias. La propaganda en alemán debe ocupar lugar importantísimo en toda actividad proletaria. La burguesía y los de Gaulle incitan la población a la lucha contra los alemanes en general. Pero el movimiento revolucionario puede pagar con su propia destrucción el no saber distinguir al proletariado alemán, de los nazis y la burguesía alemana. La ocupación nazi de Europa arranca de la derrota de la revolución europea, la alemana principalmente; una segunda derrota de la revolución europea y alemana, produciría las mismas consecuencias, cambiando sólo el imperialismo opresor. El único medio de impedirlo es la división internacional en clases y la prosecución de la guerra civil contra la burguesía, ambas facilitadas por el hecho mismo de la ocupación.

También es preciso decir algunas palabras tocante a la «quinta columna». Mucho se ha hablado de ella. En esta guerra ha sido una especie de espantapájaros destinado a amedrentar los pusilánimes y reforzar la unidad nacional en torno a la burguesía. Ha sido empleada esa designación, particularmente por los traidores stalinistas ójellos que son un aguijón de la burguesía clavado en la entraña del movimiento obrero!ó, contra los revolucionarios que han mantenido en alto la bandera del internacionalismo proletario, en primer lugar contra nosotros. No vamos a achicarnos por ello. Los revolucionarios luchan contra la burguesía mundial atacando a la propia, y buscan la alianza con el proletariado de los demás países. Lenin y Trotsky también fueron acusados durante la otra guerra de ser agentes de Alemania. Su lucha implacable contra la guerra imperialista, culminando con el triunfo de la guerra civil del proletariado ruso contra su burguesía, produjo inmediatamente la caída de la monarquía alemana y una poderosa ola revolucionaria que sus acusadores de antaño se apresuraron a extirpar. La verdad es que la burguesía no ha logrado, no logrará nunca, poner en movimiento

dentro de otro país sino escasos mercenarios, y beneficiarse de la impotencia de los demócratas burgueses, y de la traición a la revolución, de socialistas y stalinistas. Los propios generales de la guerra civil española, que se vanagloriaron de tener a su disposición una poderosa quinta columna, fueron incapaces de hacer un sólo conato de insurrección en el territorio llamado republicano. Aún después de vencida la región catalana, cuando con la Junta Casado-Miaja los fascistas salían en libertad, cuando ya se respiraba la atmósfera de la derrota, los reaccionarios no se atrevieron a sublevarse sino tras la huida de las autoridades y la desbandada de los frentes. Ninguna burguesía puede ofrecer a las masas de otro país óo del propio tratándose de guerra civiló, nada que las interese y las induzca a tomar las armas en beneficio del atacante. Salvando las excepciones de los mercenarios y la complicidad por impotencia de los demócratas burgueses (stalinistas y reformistas comprendidos), la quinta columna se ha reducido a un latiguillo de propaganda engañabobos. Por el contrario, si se le da a la expresión un sentido social ólas masas en insurrección contra sus gobiernoso, la posibilidad de practicarla constituye un privilegio exclusivo del proletariado. Ese peligro está tanto detrás de Hitler como de Churchill, Roosevelt y Stalin. Es la solidaridad, la comunidad de intereses del proletariado mundial, frente a la propia burguesía tanto como frente a la extranjera. Sólo un gobierno proletario puede poner en insurrección a las masas de otros países, interesándolas contra sus respectivos explotadores. Incluso esa «arma» carece de aplicación en manos de gobiernos imperialistas, pero la tendrá, y grande, en manos de los futuros gobiernos proletarios. Será la generalización de la guerra civil anticapitalista.

Son fáciles de prever las objeciones que harán a lo enunciado en este artículo tanto los probados traidores al movimiento obrero como los oportunistas más o menos intensos y conscientes incluyendo el centrismo. ¡Extravagancias, pedanterías! ódiránó; como en ninguna parte está el proletariado en el poder, es superfluo hablar de las posibilidades revolucionarias ofrecidas por la técnica militar moderna. No se puede contar sino con los dos ejércitos que hay frente a frente, y facilitar la victoria del menos malo, el aliado en el pensamiento manifiesto de los traidores y en el inconfeso de oportunistas y semi-internacionalistas. ¡Mentira otra vez! Si bien es verdad que ningún proletariado se encuentra en el poder y que la reacción dirige la guerra en todas partes, incluso en la U.R.S.S., es igualmente verdad que los ejércitos de todas las naciones se componen en gran mayoría de explotados sensibles a la voz revolucionaria. En ellos debe penetrar la idea del interés proletario internacional, por encima y en contra de los intereses dichos nacionales, puramente burgueses en realidad; debe penetrar la idea de que la guerra civil es la única posibilidad de terminar con las guerras de opresión. Si ningún país se encuentra en condiciones de lanzar paracaidistas y columnas motorizadas en auxilio de la revolución, nada impide a las organizaciones obreras propagar entre las masas la necesidad y el deber de una acción proletaria internacional contra la guerra, el fascismo y su raíz capitalista; nada lo impide si no es la traición de los unos, el oportunismo de los otros y el semi-internacionalismo de los de más allá.

Las posibilidades de aprovechamiento revolucionario contenidas en la moderna técnica militar subsisten en importante medida aún dentro de los ejércitos capitalistas. En grados diferentes, tanto los paracaidistas como las columnas blindadas o las tropas transportadas aéreamente, quedan alejados de sus bases, es decir, de los principales centros de disciplina reaccionaria. La coacción de los mandos disminuye; en la misma medida aumentan las posibilidades de desbordarlos y la capacidad de iniciativa propia de los individuos o grupos de individuos. Por otra parte, la acción militar exige cada día más la dispersión de la iniciativa. Los

soldados tienen hoy mucha mayor importancia que antaño; los mandos menos, especialmente los mandos inferiores, desde sargento hasta coronel, los que constituyen el armazón fundamental del ejército capitalista. En toda batalla moderna, un porcentaje mayoritario de la iniciativa tiene que ser abandonado a los hombres de línea, a los soldados rasos, a las víctimas directas de la guerra, carne de cañón de su burguesía. Las masas obreras que constituyen el grueso de los ejércitos pueden sustituir la iniciativa revolucionaria a la iniciativa capitalista. Lo que no puede esperarse de los estados mayores reaccionarios debe ser hecho por los soldados saturados de un espíritu revolucionario. Ellos tienen la posibilidad de enlazar con la población pobre de los países invadidos u ocupados, de organizar en común con ella la resistencia al capitalismo internacional, de armarla y de sumarse a ella en el momento oportuno. Esa posibilidad está facilitada por las necesidades militares de los imperialismos, particularmente por la ocupación militar prolongada. El problema revolucionario es el mismo, cualquiera que sea el ocupante. En el mismo sentido pueden actuar, en medida diferente según los momentos, los soldados paracaidistas y de las columnas motorizadas. Por todas partes, en grados diferentes, está dado el germen de la guerra civil internacional contra el capitalismo.

Desgraciadamente, la mayoría de las organizaciones dichas obreras, stalinistas «socialistas» e incluso centristas de la categoría del Independent Labour Party inglés, el Partido Obrero y Campesino Francés y el P.O.U.M. español, los unos totalmente, los otros parcialmente, respaldan a uno de los imperialismos. Sus militantes y las masas explotadas en general son empujadas por ellos a practicar la guerra de rapiña y opresión conveniente a los mandos burgueses. Los lloriqueos centristas sobre los malos métodos de conducir la guerra, sus consejos al imperialismo y sus radicalismos de última hora, tienen escaso valor. Hay que impregnar la conciencia de las masas del carácter necesariamente reaccionario de los propósitos de sus gobiernos e inducirlos a contrarrestarlos mediante su propia actividad de clase. Pero en las condiciones modernas de totalitarismo imperialista, toda iniciativa revolucionaria lleva forzosamente a la guerra civil, porque la guerra civil está siempre en estado latente en la sociedad capitalista. A la clase proletaria no le es dada otra alternativa que someterse a la burguesía y dejarse aplastar por ella o defenderse y atacarla hasta triunfar. Los centristas, que se detienen ante la necesidad de organizar y propagar la guerra civil, sin dejar de hablar de revolución y lucha de clases, cortan la mecha que conduce el fuego en el momento en que debe producir la explosión.

Si las internacionales Segunda y ex-Tercera, así como los centristas, fuesen organizaciones revolucionarias, la acción proletaria, simultánea en los países del Eje y los aliados, hace mucho tiempo que hubiese transformado en civil la guerra imperialista, si acaso hubiere estallado. Los gérmenes revolucionarios de la estrategia imperialista habrían sido aprovechados hasta el máximo. Particularmente en este momento, ya en general y potente ofensiva las masas europeas, la acción internacionalista, facilitada por los métodos de guerra, produciría una rápida fusión de todo el proletariado europeo contra la burguesía, el enemigo común. En lugar de esto, los miserables sicofantes stalinistas y reformistas empujan las masas a un nuevo cepo capitalista, mientras los blandengues centristas ponen un cuidado exquisito en no perjudicar al imperialismo aliado.

Sin embargo, aunque las grandes organizaciones obreras, pasadas al imperialismo, desaprovechan las excelentes oportunidades revolucionarias ofrecidas por la situación general de Europa y por la técnica militar, la guerra continuará su proceso de transformación en guerra civil. La paz afirmará esa tendencia. Las necesidades históricas e inmediatas presionan en su

favor con una potencia formidable. A tientas, desperdiciando la mayoría de su esfuerzo y sufriendo derrotas que podrían evitarse, las masas irrumpirán en avalancha creciente por el costado de la guerra civil. A la minoría revolucionaria de Europa corresponde la tarea de facilitarles el camino, dando conciencia al movimiento espontáneo y combatiendo sin duelo todas las desviaciones patriotas y burguesas. Al encuentro de traidores y oportunistas, ella debe pugnar por el aprovechamiento de los gérmenes revolucionarios de la estrategia imperialista, rechazando los métodos burgueses aconsejados por la burguesía y sus lazarillos del movimiento obrero. Esa es, por otra parte, la única forma de permanecer fieles a la gran divisa; clase contra clase, sendero de la emancipación de los explotados y de la humanidad en general.

Hasta el presente, historiadores, ideólogos y políticos burgueses han presentado la defensa nacional como un deber excelso de los habitantes de cada país; el sacrificio de la vida, como un honor; la victoria como el supremo bien. Sin embargo, son contadísimas las guerras justas sostenidas en todos los tiempos. En la abrumadora mayoría de los casos de guerra sólo ha servido de instrumento a las clases ricas. La barbarie de las guerras modernas imperialistas, resume y lleva al paroxismo la barbarie de todas las guerras de opresión. Por el contrario, la guerra civil, vituperada siempre como una desgracia o como un crimen, tiene en su haber los más importantes progresos de la humanidad. Ahora que el mundo vive agobiado, desgarrado, asesinado por las máquinas bélicas de los grandes imperialismos, las masas sufrientes de todas las lenguas no podrán encontrar otra salida a su situación que la guerra civil contra el capitalismo, guerra civil que debe ser organizada, conscientemente preparada. No será, ciertamente, el pacifismo impotente quien acabe con las guerras, mucho menos los planes burgueses de desarme o las sociedades de naciones. La raíz de donde germinan es la división del mundo en explotados y explotadores. Arránquesela y desaparecerán las guerras. Cima que deberá ser alcanzada por la más implacable lucha de explotados contra explotadores. La necesidad existe, urgentísima; la posibilidad material se ofrece desde todas direcciones. De la misma manera que la economía capitalista desemboca en la economía socialista, la técnica de la guerra imperialista desemboca en la técnica de la guerra civil. Al encuentro de la guerra imperialista, bárbara, cruel, destinada a asegurar la explotación de la humanidad por unos pocos, los revolucionarios y las masas en general tienen la necesidad y derecho a la guerra civil. Las guerras civiles del pasado, aún circunscritas a una nación han determinado grandes progresos cuantas veces triunfó el ejército revolucionario. La guerra civil moderna hará traspasar a la humanidad entera el lindero de la barbarie, acabando con la explotación de unos hombres por otros, origen de la opresión de unos pueblos por otros. La guerra civil es la única que merece el holocausto de la vida para las masas explotadas y para todo hombre en marcha hacia adelante.

Siendo una necesidad del progreso humano, la guerra civil es un derecho y un deber. La ley burguesa, atada a los intereses de las clases reaccionarias, no puede otorgarlo. Pero las grandes transformaciones sociales no se hacen con las leyes de los opresores; se hacen con la energía de las masas interesadas, se forjan en sus sufrimientos e intereses y culminan en la destrucción de las viejas leyes reaccionarias.

LOS ALIADOS Y EL PUEBLO ITALIANO

(CONTRA LA CORRIENTE, n° 19 y 20, septiembre, octubre 1944)

Un año de òpaternalö y òdemocráticaö ocupación de una parte de Italia por los ejércitos yanky-británicos ha enseñado ya mucho a las masas. El hambre no sólo continúa, sino que aumenta, hiriendo a las clases pobres mientras los ricos pueden surtirse a satisfacción en el mercado negro, alimentado por los envíos americanos; la libertad sigue en promesas, pero mientras tanto se desarma a los luchadores que combatieron el fascismo, se pone a los fascistas en libertad, se les reorganiza en nuevos partidos, se encarcela a los más decididos partidarios de la revolución socialista, se prohíbe o sabotea su prensa. Las masas, que empiezan a comprender que sólo obtendrán lo que alcancen mediante su propia acción organizada, se radicalizan más y más. Una escisión en el partido stalinista y en el partido socialista otra, organizadas en izquierda, testimonian la marcha de la izquierda de las masas. Los dirigentes de estos grupos, que no reflejan sino débilmente el espíritu verdadero de la población, son por lo general representantes sindicales, más cerca de la masa que los Turatti, los Nenni, los Sforza. El gobierno presidido por Bonomi y apoyado por socialistas y stalinistas, carece por completo de arraigo entre las masas y es cada día más impopular. Su sostén verdadero son los cañones del imperialismo yanky-británico; como consecuencia, el ejército ocupante yanky-británico, que fue recibido con ilusiones, se hace impopular, será pronto odioso a todos, si no lo es ya, y no podría extrañar que pronto lo viésemos disparar sus armas contra el pueblo, en defensa de la contrarrevolucionaria coalición monárquico-staliniano-socialista. Algo de eso parece haber ocurrido ya en Nápoles, aunque la censura nos haya impedido saber qué de cierto.

Las intenciones respecto a Italia de los imperialistas triunfantes fueron claramente manifestadas por Churchill a su regreso de Roma. Prometió no olvidar que el pueblo es responsable del gobierno fascista. En un mensaje público al pueblo italiano, en 1927, Churchill hacía el elogio personal de Mussolini y declaraba que de ser italiano estaría con Mussolini òdesde el principio hasta el finö. Añadía: òExteriormente, vuestro movimiento (el fascista) ha prestado un servicio al mundo enteroö. òEn adelante ninguna gran nación carecerá de un último medio de protección contra el crecimiento canceroso del bolchevismoö.

Después de haber colaborado material y moralmente con Mussolini a romper la espina dorsal del pueblo italiano, Churchill se apresta a rompérsela de nuevo, en compañía de aquellos mismos fascistas y capitalistas de cuya obra quiere hacer responsable a las masas. Una vez más, las masas italianas verán que no hay otra elección que la revolución social o la contrarrevolución burguesa. Han de llegar allá por encima de los jefes òcomunistasö y òsocialistasö que les amarran traidoramente a imperialismo y burguesía.

DACA POLONIA, TOMA GRECIA

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 21 y 22, noviembre 1944)

En Grecia se está consumando uno de los muchos crímenes de la serie que iniciaron los aliados con el pacto Darlan. La guerra òlibertadoraö, a pretexto de la cual la mayoría de los dirigentes obreros vendieron su clase al imperialismo yanki-británico y al bonapartismo stalinista, se está revelando rápidamente, como previmos los internacionalistas, una

continuación de la opresión nazi, en buena medida con la participación de los mismos elementos empleados por Hitler.

Desde el principio de la guerra hemos dicho: no sólo se trata de una lucha por la hegemonía económica del mundo, sino también por la jefatura de la contrarrevolución. En efecto, si en buena parte los éxitos de Hitler entre la burguesía mundial se debieron al pánico que a esta última inspira la revolución proletaria, los òtres grandesö, por interés propio y para facilitar su obra militar, tenían que ofrecer a la burguesía cuando menos tantas garantías como Hitler.

Los llamamientos a la liberación nacional, al sabotaje y al guerrillerismo, no contradecían el objetivo contrarrevolucionario. Eran, por otra parte, medio fácil de asegurarse la complicidad activa de los jefes traidores stalinistas y socialistas. Estos no podían confesar estar al servicio de un imperialismo contra otro. Pero la òliberación nacionalö, la organización de algunos grupos de guerrilleros y saboteadores, eso ya es un excelente disfraz. Por fortuna óno podía ser de otra maneraö las masas entendían por liberación, no un cambio de dominadores sobre el mismo fondo capitalista, sino la destrucción de este último, única forma posible de acabar definitivamente con el fascismo. En consecuencia, aunque los òtres grandesö opresores, ayudados por las organizaciones socialistas y stalinistas, procuraron no armar más que a grupos de guerrilleros controlados por ellos y desviar hacia el sabotaje la actividad de las masas, las masas han actuado contra el capitalismo y se han armado cuando han podido, recogiendo algunas armas de los òtres grandesö y quitando la mayoría a los ejércitos alemanes en plena batalla.

Mientras los países han estado ocupados por Hitler, la contradicción entre la actividad y los intereses de las masas, de una parte, de otra la actividad y los intereses de los òtres grandesö y sus lacayos, se disimulaba tras la necesidad imperiosa de la lucha contra los nazis. Pero una vez consumada esa tarea, la contradicción tenía que aparecer en toda su irreconciliable profundidad, en toda su violencia. Los òtres grandesö no pueden tolerar el armamento de las masas, ni siquiera parcial y desvirtuado por la dirección stalinista y socialista, como no pudo tolerarlo Hitler. Emplearán sus ejércitos para desarmar las masas, y los grupos mejor controlados por el stalinismo y el socialismo serán incorporados al aparato represivo capitalista. Así lo exigen los intereses de los capitalistas pro-nazis de los países òliberadosö, los intereses del imperialismo yanqui-británico y los intereses antibolcheviques de la traidora burocracia stalinista.

En Italia, una de las primeras preocupaciones de los ejércitos òlibertadoresö fue ya desarmar la población. En Francia el desarme se está efectuando parcialmente mediante el retiro de las armas conquistadas en las barricadas y parcialmente mediante la incorporación al ejército o a la policía de los grupos más derechistas, los infeudados a la política staliniana y reformistas, no hay que decirlo. Algo semejante está ocurriendo en Bélgica. Pero en Grecia la resistencia de las masas se ha precipitado, poniendo al descubierto la incompatibilidad de intereses entre las masas y los òtres grandesö. ¡Gran servicio que el proletariado presta a sus hermanos de Europa y del mundo! ¡Su sacrificio no será inútil!

Como en los demás países, en Grecia el proletariado no pudo confinar su lucha al sabotaje y a la acción guerrillera pro-aliada. Irrumpió a la calle en masa, apenas armado, arrebató más armas a los alemanes y derrotó por sí mismo a los ejércitos de Hitler, convirtiendo en un paseo militar el desembarque de las tropas inglesas. Propiamente hablando, el desembarque inglés no ha sido una acción contra los ejércitos alemanes sino contra el pueblo griego. Trata de imponer la odiosa monarquía, salvar el capitalismo y contener las masas, ya incontenibles por Hitler. Por fortuna, los explotados han reaccionado antes de dejarse desarmar y antes de que socialistas y

stalinistas lograsen encuadrar a los guerrilleros propiamente hablando, los grupos que operaban en las montañas, dentro de las formaciones del estado capitalista.

La censura cuida de que no lleguen al mundo noticias exactas de lo que ocurre en Grecia. Pero puede estarse completamente seguro de que la participación deliberada stalinista en la resistencia de las masas es insignificante o nula. No es el caso de los países occidentales, donde el stalinismo dispone de numerosos cuadros incondicionales, corrompidos hasta la médula y capaces de oponer muy poderosas dificultades al avance del movimiento obrero. Baste recordar que antes de la restauración de la monarquía los partidarios de la IV Internacional eran más numerosos que los stalinistas. Sin duda, durante la ocupación alemana, el stalinismo, que en toda Europa ha dispuesto de dinero ilimitadamente, ha visto aumentar sus fuerzas. Pero el impulso de la lucha contra el desarme no puede ser iniciativa stalinista. A cambio de la impunidad por haber abandonado la población de Varsovia a los nazis, Stalin ha abandonado Grecia a merced del imperialismo británico. Entre bandidos opresores rige la ley del toma y daca. La declaración del ministro de trabajo inglés, Bevin, es muy explícita a este respecto: ð...la Gran Bretaña tiene un acuerdo con Rusia acerca de la estabilización de Grecia, y en su conferencia de Quebec con el primer ministro Churchill, el presidente Roosevelt inició proposiciones relacionadas con Grecia. La declaración, sobre explicar la actitud traidora de Stalin hacia las masas griegas, revela la hipocresía del gobierno yanqui, que aparenta, si no simpatía por los luchadores griegos, desacuerdo con el gobierno de Londres. Sí, el asesinato de las masas griegas se está llevando a efecto comúnmente por Churchill, Roosevelt y Stalin, aunque el brazo ejecutor sean las tropas inglesas. No faltarán en el futuro ejecuciones de obreros para los generales de Roosevelt y para los mariscales de Stalin.

Como los de cualquier otro país, los jefes stalinistas griegos son simples asalariados del Kremlin. Si Moscú ha decidido vender Grecia a Inglaterra a cambio de otros territorios, los jefes stalinistas rubricarán la venta calificándola de liberación. Poco antes de iniciarse la lucha contra los ingleses declaraban: ðEl partido comunista apoyará una alianza con Inglaterra (*The Call*, 10-11-1944). Lo más probable pues, es que un movimiento espontáneo de las masas les haya obligado a aceptar el combate. Lo confirman sus propias reivindicaciones: formación de otro ministerio burgués con la participación e integración en el ejército de las fuerzas por ellos controladas. Burguesía e imperialistas se han considerado bastante fuertes para rechazar esa integración, que lleva consigo un cierto peligro de ruptura de la disciplina del ejército capitalista, sobre todo teniendo en cuenta lo inestable del control stalinista. Pero esas reivindicaciones son un rodeo para conseguir lo mismo que se proponen imperialistas y burguesía. Si los obreros armados se dejan encuadrar en el ejército capitalista, pronto el gobierno podrá servirse de ellos para reprimir a sus hermanos de clase. Si quisieran impedirlo no les quedaría otra salida que volver sus armas contra el ejército y contra el gobierno. Pero ese peligro será evitado con toda seguridad no deponiendo las armas y exigiendo el desarme y disolución del ejército y la policía burgueses. Las proposiciones stalinistas, aconsejando deponer armas ante otro gobierno burgués, son una traición en medio mismo del combate.

El principal problema de las masas europeas, repitémoslo una vez más, es el de las armas. Armarse como clase y desarmar al enemigo de clase; con esta condición triunfará la revolución; sin ella las masas serán aplastadas por un nuevo totalitarismo. Pero, precisamente a esto se oponen con todas sus fuerzas los jefes stalinistas y socialistas, en su calidad de agentes de la burguesía. Las masas deberán arrojarlos por la borda si quieren evitar el ser conducidas por ellos a otra catástrofe.

Recordemos, para terminar, el vergonzoso y traidor comportamiento de las organizaciones stalinistas y socialistas del mundo. Ni una manifestación, ni una protesta a favor de las masas griegas. En lo sucesivo, Churchill, Roosevelt y Stalin podrán emprender el asesinato de las masas en cualquier país, seguros de que esas dos organizaciones les ayudarán con su actitud.

LA REVOLUCIÓN EUROPEA Y LOS Í TRES GRANDESÍ

(CONTRA LA CORRIENTE, nº 21 y 22, noviembre, diciembre 1944)

De todas las asechanzas que amenazan el triunfo de la revolución europea óy son muchísimasó, ninguna tan grande como la que sobre ella suspenden los dos imperialismos más fuertes, vencedores una vez más, y la traidora burocracia del Kremlin. Burguesías nacionales, socialdemocracia, stalinismo, burocracia sindical, son otros tantos cepos puestos en el camino de las masas. Pero ninguno aisladamente tomado, ni todos en conjunto, son comparables en magnitud con la amenaza yanqui, la británica y la del Kremlin, que combinarán sus armas y su perfidia en una gigantesca emboscada contra las masas explotadas, vale decir contra el progreso histórico. Toda la fuerza, toda la inteligencia, toda la valentía de los explotados y de las organizaciones revolucionarias en particular, debe ser movilizada y puesta a contribución para deshacer el plan reaccionario de los tres grandes y volver contra ellos su propia emboscada.

Burguesías nacionales, reformismo y stalinismo, están subordinados en su actuación a los intereses imperialistas en primer término, a los del Kremlin en segundo. Más aún que en el aspecto ideológico, reformistas y stalinistas son subsidiarios en la práctica de los amos del mundo. En la primera etapa de su desarrollo, la revolución europea podrá ser obstruida y rechazada por ellos, aliados a la burguesía nacional, con éxito pasajero. Pero la ofensiva revolucionaria europea no se dejará vencer fácilmente. Aleccionadas las masas por la experiencia de las coaliciones burgueso-staliniano-reformistas, se desplazarán a la izquierda, prepararán rápidamente otro asalto aún más general y encarnizado al capitalismo, y encontrarán seguramente, la alianza leal, el consejo revolucionario, la conducta decidida, de la IV Internacional. Burguesías nacionales, reformistas y stalinistas, revelaránse entonces impotentes para contener la marcha torrencial de la revolución. Tanto los imperialistas yanqui-británicos como Moscú echarán mano de sus millones de hombres y de sus enormes arsenales de armamento, para ahogar la revolución en un mar de tanques, aviones y ametralladoras. La función subsidiaria de los lacayos cederá el lugar a la función directa de los amos. A la fraseología pseudo-obrerista, impotente, seguirá la metralla dirigida al pecho de los obreros, de potencia bien diferente. Los imperialistas y el Kremlin delegan sus funciones contrarrevolucionarias en las burguesías nacionales, los stalinistas y los reformistas, mientras el imperio de éstos sobre las masas se muestre capaz de satisfacer sus fines; pero cuando las promesas, las maniobras y el gobierno de sus fraseólogos no basten para mantener en un puño a las masas, los tres grandes pondrán en movimiento toda su máquina militar. Ahí está el peligro máximo que el proletariado mundial debe desbaratar. Sin los tres grandes, el triunfo de la revolución europea ódintel de la revolución mundialó, estaría asegurado de antemano en el plazo necesario para que las masas hagan su experiencia, rompan con los traidores y respalden con su confianza y su actuación la actuación de la IV Internacional.

En consecuencia, si la lucha contra stalinistas y reformistas es premisa indispensable de una ofensiva a fondo y consciente contra el capitalismo, la lucha contra los imperialismos británico y yanqui y contra la burocracia rusa es la condición clave del triunfo. Se puede cubrir

victoriosamente la primera etapa y ser pulverizados en la segunda. La atención del proletariado mundial debe ser vuelta pues hacia los tres grandes enemigos de la revolución. ¡Atención a la emboscada yanqui-británico-rusa, atrapémosles en su propio cepo! Esa debe ser la preocupación cardinal del proletariado mundial y de los revolucionarios en particular. La intervención del general Eisenhower en Bélgica, desarmando grupos de obreros, poniendo puntales de bayonetas al reaccionario Pierlot y amenazando ametrallar la población de Bruselas, igual que la lucha criminal del general Alexander contra las masas griegas, más la actitud traidora de Stalin en Varsovia y su alianza con los fascistas rumanos, son pálidas muestras de lo que sus respectivos ejércitos deparan a las masas revolucionarias de Europa o de cualquier otra parte del mundo.

A medida que la evolución de las masas profundice y clarifique la lucha de clases, mayor será la intervención violenta de los ejércitos imperialistas y del ejército de Stalin. La caída de Hitler elevará aún más la temperatura del hervidero revolucionario europeo, y dejará a los tres grandes, ya sin tapujos de ninguna clase, frente a frente con su verdadero, su principal enemigo: la revolución proletaria. En lugar de disminuir aumentará la intervención de sus ejércitos contra las masas; menos que nunca pensarán en retirarlos entonces, porque los han reclutado en número tan grande, tanto contra el rival imperialista germano como contra las masas europeas, mucho más temible enemigo. Voluntariamente no retirarán sus ejércitos antes de haber aplastado la revolución para muchos años. Con eso hay que contar, contra eso hay que luchar y a pesar de eso hay que vencer. ¿Cómo? No hay más que un camino, aunque con bastantes probabilidades de éxito: revolviendo contra sus respectivos estados mayores los ejércitos imperialistas y stalinistas, convirtiéndolos en ejércitos de la revolución europea e internacional.

Sí: la lucha decisiva se librará en Europa en torno al paso de las tropas ocupantes al lado de la revolución. Preverla, organizarla, iniciar medidas prácticas para que se produzcan con éxito, ponerla por obra siempre que sea posible, aunque sea en proporciones mínimas, he ahí el deber de los revolucionarios, al que deben arrastrar a las masas y los soldados de sus respectivos países. Si el proletariado mundial no se muestra capaz de una acción consciente en favor de la revolución mundial, tendrá que pagar por ello muchos decenios de servidumbre y esclavitud totalitaria, si no siglos. La concatenación de la evolución histórica y de las condiciones sociales ha llegado a un punto a partir del cual es imposible avanzar en la escala del desarrollo histórico sin un mínimo de conciencia. O los revolucionarios logran dársela a las masas o habrá reacción de tipo fascista para luengos años.

Los soldados que componen las tropas de los tres grandes, obreros en su gran mayoría, han de ser una de las principales palancas en la lucha contra los designios de sus respectivos opresores. Los obreros de los países que ocupan deben cercarlos por todas partes de propaganda revolucionaria, revelarles los designios criminales de sus Estados Mayores, inducirles a la lucha contra los mismos y a la fraternización con las masas explotadas. Una intensa labor de agitación y organización desplegada entre los ejércitos de los tres grandes por los revolucionarios europeos, puede revelarse decisiva en los momentos culminantes. Hay que poner enérgicamente manos a la obra, creando una atmósfera a la que los soldados no puedan escapar ni personal ni colectivamente. Sus ejércitos deben ser inundados de propaganda revolucionaria en su lengua; los soldados en permiso deben ser sitiados por los obreros revolucionarios y empujados a trabajar de acuerdo con ellos, en sus unidades militares. Hay que fomentar en éstas una vasta red de organizaciones de soldados que combinen su propaganda y su acción con la propaganda y la acción de las organizaciones revolucionarias de los países donde se encuentran. En una palabra, hay que inutilizar el aparato reaccionario que los Estados Mayores piensan abalanzar sobre las

masas insurrectas. Que el aparato se les desmorone al querer utilizarlo y caiga sobre sus propias cabezas.

En Inglaterra, los Estados Unidos y Rusia, los revolucionarios deben poner de actualidad la más implacable lucha contra los designios de sus respectivos gobiernos. ¡Viva la revolución europea y mundial! ¡Fuera las tropas anglo-yanki-rusas de los territorios que ocupan! ¡Soldados, pasad junto a las masas sublevadas!ö, he ahí las consignas fundamentales de la agitación internacionalista, de la solidaridad activa con la revolución europea y mundial. No se puede prescindir de ellas ni velarlas con formulaciones equívocas sin renunciar a la solidaridad o reblandecer sus manifestaciones prácticas.

Las organizaciones obreras, políticas y sindicales, de los países citados, tienen la obligación de emprender inmediatamente una campaña tanto en sus respectivas retaguardias como en los frentes. La retaguardia debe ser preparada para boicotear mediante protestas, huelgas y otras manifestaciones de masas, el envío de pertrechos de guerra y soldados contra las masas sublevadas. En toda reunión sindical, en todo mitin obrero deben levantarse los revolucionarios a denunciar la emboscada reaccionaria de su gobierno y hacer proposiciones concretas de lucha contra la misma. Los líderes sindicales, y los de las organizaciones políticas que se hacen pasar falsamente por socialistas deben ser implacablemente colocados entre la espada y la pared. O la acción de solidaridad con la revolución mundial o quedar definitivamente marcados al fuego como ayudantes de los verdugos imperialistas. Constituye, por ejemplo, un monstruoso crimen, que no se hayan lanzado al ataque del gobierno Churchill después de su actuación de carnicero en Grecia. Ciertamente, no se podía esperar otra cosa de miserables capataces de sus capitalistas. Pero los obreros en general y las organizaciones revolucionarias en particular, debieran ponerlos en la picota, hostigarlos en todas las reuniones obreras, reventarles los tímpanos gritándoles minuto a minuto: ¡traición!, denunciarlos con el mismo vigor que si hubiesen disparado personalmente las ametralladoras sobre la población de Atenas o contra los obreros ingleses: su responsabilidad no es menor.

Desproporción de nivel de vida, de acometividad y de nivel ideológico entre su proletariado y el de los países en crisis social, han sido invariablemente los elementos aprovechados por el imperialismo en su lucha contra la revolución mundial. La burocracia del Kremlin, palanca reaccionaria sumada al imperialismo, tratará de suplir la carencia de mejor nivel de vida de la población soviética, con la multiplicación de la G.P.U. Con eso cuentan los tres grandes para yugular la amenazante revolución europea; eso deben tener en cuenta los revolucionarios de todos los países para hacer morder el polvo a los tres grandes. La revolución no triunfaría nunca si hubiese de esperar hasta encontrar una situación material e ideológica internacionalmente semejante. A través de esas dificultades los revolucionarios han de saber abrirse paso a la movilización de las masas en defensa de la revolución europea. En la situación actual, esa es, también, la mejor defensa de la revolución en los países vencedores. Así como para los tres grandes, el aplastamiento de la revolución europea es la operación clave para asegurarse el dominio absoluto sobre sus respectivos proletariados, para éstos, la solidaridad con la revolución europea es la operación clave para dar cuenta enseguida de su propia burguesía. Imposible eludir las tareas prácticas de esa necesidad, pretextando la gradualidad del desarrollo ideológico, que no permitiría en países como Estados Unidos e Inglaterra, cuyo proletariado conoce casi exclusivamente las luchas económicas, pasar a ofensivas políticas tan abstractas como reclama la solidaridad internacional. ¡El intersticio que separa las luchas económicas del proletariado anglo-americano, de una lucha política, amenaza convertirse en pantano donde será

ahogada la revolución europea! A los revolucionarios toca llenar ese intersticio combinando las reivindicaciones inmediatas de su proletariado con la agitación internacionalista, y con *actos* cada vez más extensos en defensa de la revolución europea, hasta el paso de las tropas al lado de los insurrectos.

Este último será el factor decisivo, dada la ocupación militar de Europa. A la acción de los revolucionarios europeos sobre los soldados de los ejércitos ocupantes debe añadirse la más fecunda en resultados, por ser propia, de los revolucionarios americanos, ingleses y soviéticos. El primer deber de éstos es lanzar manifiestos, folletos y periódicos especialmente dedicados a los soldados. Las finalidades criminales de los tres grandes y su alianza con los fascistas de ayer pueden ser puestos de relieve con miles de hechos. Hay que hacerlos llegar a la masa de los soldados, sublevar su hostilidad contra ellos y la simpatía hacia la revolución europea. En segundo lugar deben esforzarse en crear organizaciones de soldados lo más amplias posible, ligadas entre sí de unidad militar a unidad militar, y que combinen su trabajo con el de las organizaciones revolucionarias de los países donde se encuentran. Ahí reposa toda posibilidad de acción práctica a favor de la revolución europea. Finalmente, deben aprovechar cuantas oportunidades se presenten, por pequeñas que sean, para poner en práctica el paso de los soldados al lado del proletariado revolucionario. ¡El ejemplo es la mejor prédica!

En fin, el proletariado mundial, principalmente el inglés, americano y soviético, tiene ante sí la necesidad de actuar coordinadamente a favor de la revolución proletaria internacional, o vivir largos decenios como esclavos impotentes bajo la dictadura todopoderosa de los multimillonarios.

OTRA VEZ SOBRE EL NACIONALISMO

(ALARMA, 2ª serie, nº28, primer trimestre 1975)

«El más elevado esfuerzo heroico de que sea capaz la vieja sociedad es todavía una guerra nacional; y ahora está demostrado que es mera mistificación gubernamental, concebida para retardar la lucha de clases y para ser puesta de lado tan pronto como la lucha de clases estalla en guerra civil. La dominación de clase no puede disfrazarse ya con un uniforme nacional, los gobiernos nacionales no hacen sino uno solo contra el proletariado».

Marx, *La Guerra civil en Francia*.

«...la guerra de los dominados contra los dominadores, única guerra justificable en la historia...»

Ibidem

Tres tesis cimientan nuestra posición sobre la lucha por la independencia nacional, sea real o embustera. Las tres están interdeterminadas y se desprenden derechamente de la historia contemporánea. Una de ellas es económica, otra política y la tercera filosófica. En ese mismo orden van aquí expuestas y comentadas.

El capitalismo de hoy constituye una unidad mundial, sin excepción de país alguno. A despecho de las diferencias de desarrollo de sus diversas zonas, ha creado instrumentos de producción, técnicas, conocimientos y necesidades más que suficientes para negarlo, es decir, para aniquilarlo y acometer la organización del comunismo en la misma escala. Trátase de una civilización capitalista desigualmente implantada en el mundo, a substituir por una civilización comunista, ninguno de cuyos puntos geográficos quede en retraso por relación a cualquier otro. La potencia del capital internacional óde hecho la de los países más industrializadosó convierte en quimera cualquier proyecto de desarrollo nacional y por consecuencia de independencia. A cada ciclo de producción se agranda el desnivel entre los países pobres y los países ricos, y por tal conducto también la dependencia de los primeros por relación a los segundos. Es esa ley inherente a la naturaleza del sistema, la misma que agrava la sujeción de los trabajadores a medida de la concentración y el agigantamiento del capital. Por lo tanto, a menos de negar que la civilización capitalista como un todo puede y debe ser superada, es obligatorio asignar a los países atrasados la misma tarea revolucionaria que a los países adelantados, igual que si se tratase de regiones de un país muy industrializado que no hubieses seguido el ritmo general. Engendradas por las relaciones de producción capitalistas, las aspiraciones nacionales pierden porvenir desde el momento en que esas relaciones, implantadas en todo el planeta, alcanzan un alto grado de centralización. Desde ese momento, la soberanía nacional se convierte en ilusoria allí donde no existe, en todos los casos en algo reaccionario, realidad o aspiración. Lo dicho es de una evidencia irrecusable después de la constitución de tan numerosas naciones formalmente soberanas.

Ahora véase nuestra tesis política reducida a su más escueta expresión.

Los movimientos nacionales no tienen base en las necesidades ni en el porvenir inmediatos de la humanidad; la tienen en la continuidad el capitalismo y en la competencia dominadora de las diversas grandes potencias. Ha sonado la hora de la revolución mundial.

Durante 20 años a partir del Octubre ruso, retumban de un país a otro un serie de movimientos revolucionarios que no pueden ser interpretados sino en calidad de componentes de una sola ofensiva del proletariado mundial. Fue condenada al fracaso por una contradicción muy singular, cuyas consecuencias padecemos todavía.

Doquiera entraban en acción, las masas miraban hacia óla URSS país del socialismoö por intermedio de sus partidos, a tiempo que la URSS, volviendo a ser Rusia, estaba convirtiéndose en la segunda potencia imperialista mundial. Y así Moscú mismo fue el que llevó a la derrota o reprimió con sus propios polizontes una tentativa revolucionaria tras otra. En ninguna parte, puede asegurarse, han sido vencidos los trabajadores por la burguesía, ni siquiera en la China de 1926, sino por la intervención política o policíaca del stalinismo. E incumbe un poco de responsabilidad indirecta a cuantos, a comenzar por Trotsky, sin dejar de combatir el stalinismo, no vieron sino con retraso cuanto él acarrea, no ya de oportunismo, sino de contrarrevolucionario, de profundamente anticomunista, sin hablar de la responsabilidad gravísima de quienes siguen considerándolo aún como un simple oportunismo burocrático.

Es que el maretazo de la victoria de 1917 arrebató el pensamiento más allá de las realizaciones. Se habló de revolución socialista, cuando era tan sólo permanente (democrático-burguesa hecha por el proletariado), y su transformación ósin solución de continuidadö en revolución socialista nunca tuvo lugar. Sin embargo, era esa su única razón de existencia, como ese fue también el impulso inicial de su desencadenamiento. Ahora bien, la expropiación de la propiedad privada por el Estado no alteró la función de los instrumentos de producción, que

fueron haciéndose cada vez más alienantes, al paso de la acumulación ampliada del capital. En suma, así como el proletariado ruso se había elevado al ápice de la acción revolucionaria mundial, la burocracia, convertida en propietaria colectiva, llevaba la centralización del capital y el despotismo político resultante, su superestructura, al grado más alto consentido por la relación capital-salariado en el mundo contemporáneo.

Simultáneamente, Rusia se situaba como una potencia capitalista más en la maraña de intereses internacionales contradictorios. Y sacó el mayor beneficio posible gracias a sus alianzas sucesivas con los imperialismos democráticos, el hitleriano, y otra vez con los primeros. Pero sigue siendo, a pesar de todo, una potencia bastante inferior a los Estados Unidos. En un futuro choque militar, sus posibilidades son mínimas, por no decir todas negativas, a menos de una modificación muy importante de la distribución de zonas de influencia, sobre todo en los viejos continentes. Con tal objeto, el apoyo a los movimientos nacionalistas, o bien su creación de pies a cabeza, ha revelado ser un arma utilísima, desde Corea hasta Vietnam y Bengala, amén de Cuba. En fin de cuentas, Rusia está poniendo a contribución, por métodos no muy diferentes, la que fue política de Estados Unidos durante un siglo, frente a los antiguos imperialismos europeos, más fuertes que Estado Unidos en aquella época. Pero Rusia lo hace en esta etapa, cuando la nación está totalmente sobrepasada como forma de organización económica y política.

En una palabra, es el aplastamiento de la revolución mundial entre guerra y guerra lo que ha consentido toda esa barahúnda nacionalista y esas guerras locales donde se mata y se muere por cuenta de los grandes amos del capitalismo... y se prepara la tercera gran matanza. Satisfecha, la independencia nacional revela ser más formal que real, mientras que en todos los casos aumenta el sojuzgamiento económico y político de los trabajadores, de las masas en general. Ni siquiera ha debilitado a las viejas metrópolis, lo que era el resultado más importante esperado de la emancipación de las colonias.

Nada tan claro al respecto como lo ocurrido en Bengala. El país está cayendo bajo la zarpa de la India, que ya practica una represión implacable en su parte occidental, y la òpresencia económica de Rusia será dominante. Es su estrategia contra China lo que ha llevado el Kremlin a la voltereta desfavorable a Pakistán que hemos presenciado. Antes de ser proclamada, la soberanía de Bengala era ya completa servidumbre.

Cerrando el comentario a esta segunda tesis, es preciso añadir que ni el aplastamiento de la revolución mundial, ni la terrible debilidad de los revolucionarios hoy, cambian lo más mínimo la necesidad histórica de revolución comunista. Por el contrario, el crecimiento del capitalismo, las exigencias inmediatas del proletariado y del Hombre, a más de la amenaza termonuclear, le confieren el mayor apremio.

En tercer lugar, desde el punto de vista dialéctico la existencia precede a la consciencia, pero también, desde el momento que esa consciencia ha hecho aparición en cualquier parte como producto de la historia humana anterior y de los factores objetivos actuales, puede reflejarse y actuar allí donde éstos últimos no están directamente presentes. Dicho de otro modo: la presencia mediata, para los países atrasados, de la condiciones creadas por el capitalismo mundial, más la presencia de la consciencia revolucionaria (siempre viva, a despecho de los hachazos stalinistas y de la degeneración que han causado en otros) producen en las países débiles, poco desarrollados, las mismas necesidades, y posibilidades de acción en igual sentido que los países de gran industrialización. Cualquier movimiento *real* de las masas es hoy, ignórenlo o no, un síntoma de la necesidad de revolución comunista. Sin elevarse en los hechos

a la consciencia de su verdadera naturaleza, se convierte en juguete de intereses reaccionarios o se anula. Ninguna habilidad táctica de apoyo a los movimientos nacionales podrá sustraerse a tal destino. Por lo demás, recurrir a semejantes õhabilidadesö es aceptar que las engañifas nacionalistas heredadas del pasado, arraigadas en el capitalismo, contienen una fuerza subversiva de que carecería la idea de revolución social. De cualquier manera que sea, el enorme desacople del factor subjetivo relativamente a los factores objetivos, de la consciencia del proletariado por relación a la existencia, es decir, a la madurez del mundo exterior para la revolución, no pueden en modo alguno revigorar las antiguas creaciones del sistema capitalista.

Las tres tesis convergen el mismo punto: *el carácter irreal v reaccionano porque innecesano de la lucha nacional.*

Así pues, no somos nosotros quienes negamos el derecho de un país cualquiera a la independencia; es el monstruoso poderío del capitalismo mundial. Por otra parte, está presente la posibilidad de pasar a una civilización comunista, en la cual la libertad individual y colectiva reduzcan a nada lo que la independencia nacional ha consentido en sus mejores momentos a un *número restringido de países*. Creemos haber dicho lo esencial al respecto en el capítulo õImperialismo e independencia nacionalö de *Pro Segundo Manifiesto Comunista*.

Apenas merece decirse que la libertad de hablar y de enseñar la propia lengua debe ser respetada siempre. No es ésa una característica nacional en el verdadero sentido. Y por lo que atañe a los negros de Estados Unidos, es inimaginable que encuentren un tronco cultural propio. ¿Dónde? ¿En África? Se sentirían allí pero establecidos en Alabama. Su cultura es la nuestra y sólo con ella se desarrollará o perecerá. Ese problema negro ha sido creado por el imbécil desprecio de los blancos y las salvajadas de que se han hecho reos. No existe en países mucho más atrasados, donde los negros han gozado de condiciones semejantes a las de los blancos, buenas o malas, a despecho de que la libertad política general fuese en ellos inferior a la de Estados Unidos.

En algún lugar, Engels expresa la idea de que, ya en su tiempo, los movimientos nacionales constituían una diversión al gran cometido revolucionario cuyo cumplimiento los hará desaparecer. Por nuestra parte, creemos que será imposible desembarazarse, siquiera lentamente, de la venalidad de las relaciones capitalistas y del Estado, si se conserva tras la revolución el revoltijo de naciones. Una nación es algo muy distinto de algunas características físicas, psíquicas o lingüísticas. Estas permanecerán después de la revolución, algunas por siempre. La nación, no, porque no tiene sentido sino como unidad de explotación.

Nota: El trabajo anterior, que reproducimos en el nº 21 de *Alarma*, fue redactado en contestación a algunos camaradas que sin apoyar los movimientos nacionalistas se preguntaban las razones de su extensión en los últimos años. No hemos añadido aquí sino las dos citas de Marx que van en exergo.

ETA, ¿DE DÓNDE VIENE Y ADÓNDE VA?

(ALARMA, nº8, primer trimestre de 1980)

Las naciones tanto como los individuos, no pueden sustraerse a los imperativos de la acumulación ampliada del capital sin suprimir el capital+

Cualquier nacionalismo es hoy despreciable y obtuso. El de estilo de ETA-Herri Batasunaó, el otra vez sobre el nacionalismo

(ALARMA, 2ª serie, nº28, primer trimestre 1975)

õEl más elevado esfuerzo heroico de que sea capaz la vieja sociedad es todavía una guerra nacional; y ahora está demostrado que es mera mistificación gubernamental, concebida para retardar la lucha de clases y para ser puesta de lado tan pronto como la lucha de clases estalla en guerra civil. La dominación de clase no puede disfrazarse ya con un uniforme nacional, los gobiernos nacionales no hacen sino uno solo contra el proletariadoõ.

Marx, *La Guerra civil en Francia*.

õ ...la guerra de los dominados contra los dominadores, única guerra justificable en la historia...õ

Ibidem

Tres tesis cimientan nuestra posición sobre la lucha por la independencia nacional, sea real o embustera. Las tres están interdeterminadas y se desprenden derechamente de la historia contemporánea. Una de ellas es económica, otra política y la tercera filosófica. En ese mismo orden van aquí expuestas y comentadas.

El capitalismo de hoy constituye una unidad mundial, sin excepción de país alguno. A despecho de las diferencias de desarrollo de sus diversas zonas, ha creado instrumentos de producción, técnicas, conocimientos y necesidades más que suficientes para negarlo, es decir, para aniquilarlo y acometer la organización del comunismo en la misma escala. Trátase de una civilización capitalista desigualmente implantada en el mundo, a substituir por una civilización comunista, ninguno de cuyos puntos geográficos quede en retraso por relación a cualquier otro. La potencia del capital internacional óde hecho la de los países más industrializadosó convierte en quimera cualquier proyecto de desarrollo nacional y por consecuencia de independencia. A cada ciclo de producción se agranda el desnivel entre los países pobres y los países ricos, y por tal conducto también la dependencia de los primeros por relación a los segundos. Es esa ley inherente a la naturaleza del sistema, la misma que agrava la sujeción de los trabajadores a medida de la concentración y el agigantamiento del capital. Por lo tanto, a menos de negar que la civilización capitalista como un todo puede y debe ser superada, es obligatorio asignar a los países atrasados la misma tarea revolucionaria que a los países adelantados, igual que si se tratase de regiones de un país muy industrializado que no hubieses seguido el ritmo general. Engendradas por las relaciones de producción capitalistas, las aspiraciones nacionales pierden porvenir desde el momento en que esas relaciones, implantadas en todo el planeta, alcanzan un alto grado de centralización. Desde ese momento, la soberanía nacional se convierte en ilusoria allí donde no existe, en todos los casos en algo reaccionario, realidad o aspiración. Lo dicho es de una evidencia irrecusable después de la constitución de tan numerosas naciones formalmente soberanas.

Ahora véase nuestra tesis política reducida a su más escueta expresión.

Los movimientos nacionales no tienen base en las necesidades ni en el porvenir inmediatos de la humanidad; la tienen en la continuidad del capitalismo y en la competencia dominadora de las diversas grandes potencias. Ha sonado la hora de la revolución mundial.

Durante 20 años a partir del Octubre ruso, retumban de un país a otro una serie de movimientos revolucionarios que no pueden ser interpretados sino en calidad de componentes de una sola ofensiva del proletariado mundial. Fue condenada al fracaso por una contradicción muy singular, cuyas consecuencias padecemos todavía.

Doquiera entraban en acción, las masas miraban hacia la URSS país del socialismo por intermedio de sus partidos, a tiempo que la URSS, volviendo a ser Rusia, estaba convirtiéndose en la segunda potencia imperialista mundial. Y así Moscú mismo fue el que llevó a la derrota o reprimió con sus propios polizontes una tentativa revolucionaria tras otra. En ninguna parte, puede asegurarse, han sido vencidos los trabajadores por la burguesía, ni siquiera en la China de 1926, sino por la intervención política o policíaca del stalinismo. E incumbe un poco de responsabilidad indirecta a cuantos, a comenzar por Trotsky, sin dejar de combatir el stalinismo, no vieron sino con retraso cuanto él acarrea, no ya de oportunismo, sino de contrarrevolucionario, de profundamente anticomunista, sin hablar de la responsabilidad gravísima de quienes siguen considerándolo aún como un simple oportunismo burocrático.

Es que el maremoto de la victoria de 1917 arrebató el pensamiento más allá de las realizaciones. Se habló de revolución socialista, cuando era tan sólo permanente (democrático-burguesa hecha por el proletariado), y su transformación sin solución de continuidad en revolución socialista nunca tuvo lugar. Sin embargo, era esa su única razón de existencia, como ese fue también el impulso inicial de su desencadenamiento. Ahora bien, la expropiación de la propiedad privada por el Estado no alteró la función de los instrumentos de producción, que fueron haciéndose cada vez más alienantes, al paso de la acumulación ampliada del capital. En suma, así como el proletariado ruso se había elevado al ápice de la acción revolucionaria mundial, la burocracia, convertida en propietaria colectiva, llevaba la centralización del capital y el despotismo político resultante, su superestructura, al grado más alto consentido por la relación capital-salariado en el mundo contemporáneo.

Simultáneamente, Rusia se situaba como una potencia capitalista más en la maraña de intereses internacionales contradictorios. Y sacó el mayor beneficio posible gracias a sus alianzas sucesivas con los imperialismos democráticos, el hitleriano, y otra vez con los primeros. Pero sigue siendo, a pesar de todo, una potencia bastante inferior a los Estados Unidos. En un futuro choque militar, sus posibilidades son mínimas, por no decir todas negativas, a menos de una modificación muy importante de la distribución de zonas de influencia, sobre todo en los viejos continentes. Con tal objeto, el apoyo a los movimientos nacionalistas, o bien su creación de pies a cabeza, ha revelado ser un arma utilísima, desde Corea hasta Vietnam y Bengala, amén de Cuba. En fin de cuentas, Rusia está poniendo a contribución, por métodos no muy diferentes, la que fue política de Estados Unidos durante un siglo, frente a los antiguos imperialismos europeos, más fuertes que Estados Unidos en aquella época. Pero Rusia lo hace en esta etapa, cuando la nación está totalmente sobrepasada como forma de organización económica y política.

En una palabra, es el aplastamiento de la revolución mundial entre guerra y guerra lo que ha consentido toda esa barahúnda nacionalista y esas guerras locales donde se mata y se muere por cuenta de los grandes amos del capitalismo... y se prepara la tercera gran matanza. Satisfecha, la independencia nacional revela ser más formal que real, mientras que en todos los casos aumenta

el sojuzgamiento económico y político de los trabajadores, de las masas en general. Ni siquiera ha debilitado a las viejas metrópolis, lo que era el resultado más importante esperado de la emancipación de las colonias.

Nada tan claro al respecto como lo ocurrido en Bengala. El país está cayendo bajo la zarpa de la India, que ya practica una represión implacable en su parte occidental, y la presencia económica de Rusia será dominante. Es su estrategia contra China lo que ha llevado al Kremlin a la voltereta desfavorable a Pakistán que hemos presenciado. Antes de ser proclamada, la soberanía de Bengala era ya completa servidumbre.

Cerrando el comentario a esta segunda tesis, es preciso añadir que ni el aplastamiento de la revolución mundial, ni la terrible debilidad de los revolucionarios hoy, cambian lo más mínimo la necesidad histórica de revolución comunista. Por el contrario, el crecimiento del capitalismo, las exigencias inmediatas del proletariado y del Hombre, a más de la amenaza termonuclear, le confieren el mayor apremio.

En tercer lugar, desde el punto de vista dialéctico la existencia precede a la consciencia, pero también, desde el momento que esa consciencia ha hecho aparición en cualquier parte como producto de la historia humana anterior y de los factores objetivos actuales, puede reflejarse y actuar allí donde éstos últimos no están directamente presentes. Dicho de otro modo: la presencia mediata, para los países atrasados, de las condiciones creadas por el capitalismo mundial, más la presencia de la consciencia revolucionaria (siempre viva, a despecho de los hachazos stalinistas y de la degeneración que han causado en otros) producen en los países débiles, poco desarrollados, las mismas necesidades, y posibilidades de acción en igual sentido que los países de gran industrialización. Cualquier movimiento real de las masas es hoy, ignórenlo o no, un síntoma de la necesidad de revolución comunista. Sin elevarse en los hechos a la consciencia de su verdadera naturaleza, se convierte en juguete de intereses reaccionarios o se anula. Ninguna habilidad táctica de apoyo a los movimientos nacionales podrá sustraerse a tal destino. Por lo demás, recurrir a semejantes habilidades es aceptar que las engañosas nacionalistas heredadas del pasado, arraigadas en el capitalismo, contienen una fuerza subversiva de que carecería la idea de revolución social. De cualquier manera que sea, el enorme desacople del factor subjetivo relativamente a los factores objetivos, de la consciencia del proletariado por relación a la existencia, es decir, a la madurez del mundo exterior para la revolución, no pueden en modo alguno revigorar las antiguas creaciones del sistema capitalista.

Las tres tesis convergen en el mismo punto: el carácter irreal y reaccionario porque innecesario de la lucha nacional.

Así pues, no somos nosotros quienes negamos el derecho de un país cualquiera a la independencia; es el monstruoso poderío del capitalismo mundial. Por otra parte, está presente la posibilidad de pasar a una civilización comunista, en la cual la libertad individual y colectiva reduzcan a nada lo que la independencia nacional ha consentido en sus mejores momentos a un número restringido de países. Creemos haber dicho lo esencial al respecto en el capítulo *Imperialismo e independencia nacional* de *Pro Segundo Manifiesto Comunista*.

Apenas merece decirse que la libertad de hablar y de enseñar la propia lengua debe ser respetada siempre. No es ésa una característica nacional en el verdadero sentido. Y por lo que atañe a los negros de Estados Unidos, es inimaginable que encuentren un tronco cultural propio. ¿Dónde? ¿En África? Se sentirían allí pero establecidos en Alabama. Su cultura es la nuestra y sólo con ella se desarrollará o perecerá. Ese problema negro ha sido creado por el imbécil

desprecio de los blancos y las salvajadas de que se han hecho reos. No existe en países mucho más atrasados, donde los negros han gozado de condiciones semejantes a las de los blancos, buenas o malas, a despecho de que la libertad política general fuese en ellos inferior a la de Estados Unidos.

En algún lugar, Engels expresa la idea de que, ya en su tiempo, los movimientos nacionales constituían una diversión al gran cometido revolucionario cuyo cumplimiento los hará desaparecer. Por nuestra parte, creemos que será imposible desembarazarse, siquiera lentamente, de la venalidad de las relaciones capitalistas y del Estado, si se conserva tras la revolución el revoltijo de naciones. Una nación es algo muy distinto de algunas características físicas, psíquicas o lingüísticas. Estas permanecerán después de la revolución, algunas por siempre. La nación, no, porque no tiene sentido sino como unidad de explotación.

Nota: El trabajo anterior, que reproducimos en el nº 21 de Alarma, fue redactado en contestación a algunos camaradas que sin apoyar los movimientos nacionalistas se preguntaban las razones de su extensión en los últimos años. No hemos añadido aquí sino las dos citas de Marx que van en exergo. de ¡Arriba España!, eco del hitleriano *Deutschland über alles*, no menos que los dos apabullantes de Washington y Moscú. Todos tienen por base la misma estructura económica, que los proyecta en sentido anti-histórico y por lo tanto reaccionario. Por mucho que los pequeños disimulen su identidad retrógrada con grita radicalizante, cuando no con colorete marxista, nada esencial los distingue de los nacionalismos imperialistas.

La prueba práctica está hecha. Ayer, cuando *las izquierdas* se amotinaban en defensa del *heroico Vietnam*, nuestra tendencia denunció la superchería de defensores y defendidos. El gobierno vietnamita está dándonos la razón sin réplica posible en Camboya, en Laos y dentro de sus propias fronteras. Ejemplos de lo mismo abundan. Ahí están China, la India, Indonesia, Libia, Argelia, Marruecos, Etiopía y, excusando alargar la lista, incluso la minúscula Cuba. Todos actúan en pandillajes imperialistas, por cuenta propia algunos, como alquilones del imperialismo protector los más. Mención especial recae en Irán, sobre Jomeini y sus polizontes-mollahs. También ellos hablan de anti-imperialismo y de revolución, pero imponiendo sin disfraz y a discreción de un bestia de pujos proféticos, la bárbara ley coránica.

En esa procesión de ateos y creyentes farisaicos, la ETA es un encapuchado más. No se distingue de la fila ni por los métodos, ni por sus orígenes, ni por sus objetivos. Sus amigos y los amigos de sus amigos bastan para evidenciarla. Como toda la falsa izquierda, la ETA ha apoyado a Jomeini, cuyo despotismo islámico se ejerce, continuando el despotismo del Sha, contra cualquier acción obrera revolucionaria y contra kurdos y azerbaijanos. A su vez, Jomeini recibió con gran pompa a Arafat, poco después agasajado por el gobierno de Madrid, antes acogido en Washington y en las Naciones Unidas. Arafat y su organización (causa nacionalista y métodos terroristas idénticos a los de ETA) recibe toda suerte de apoyo político, armamental y financiero de Libia y Argelia, otros dos amigos de la ETA que sostuvieron a Amin Dada, hicieron la corte a Bokassa y siguen en los mejores términos con Moscú mientras que Madrid se esfuerza en complacerlos, así como a todo el llamado mundo árabe. Recordemos que ésa fue ya la política de Franco, coincidiendo, fuera del terruño con la ETA. La red de compinches de la ETA sucios de infamias no sólo contra la revolución proletaria, sino contra otros nacionalismos, no tendría fin sino enumerando casi todos los Estados o aspirantes a Estado del mundo. Ni más ni menos que cualquiera de ellos, la ETA tiene patria; pero el proletariado revolucionario no la tiene, y quienquiera pretenda dársela lo traiciona. Patria no es el país en que se ha nacido y vivido, sino un territorio dentro del cual se oprime económica y políticamente a la mayoría de la

población y se la condiciona intelectualmente para morir en aras de los privilegiados. El acondicionamiento puede llegar hasta el fanatismo. Por eso puede decirse sin distorsión que la ETA es continuadora del antiguo carlismo, adaptado a los tiempos actuales.

Su origen más inmediato, palpable, no es la opresión y la represión bajo Franco, por mucho que éstas le sirviesen de argumento, sino las repercusiones mundiales de la mano de la contrarrevolución rusa metida en rebatiña inter-imperialista, *enemiga de la revolución proletaria desde sus inicios*, a partir del momento en que accedió al rango de principal rival de EEUU, pero más débil, excitó, subvencionó, armó óy siguió a cuantos nacionalismos le consentían reforzarse sustituyéndose al rival, o simplemente restarle una posición. De ahí la hora de los movimientos llamados de liberación. La ETA, mimetismo regional de ellos, no podía dejar de imitarlos, también, en la búsqueda de protectores solventes y con voz en el guirigay capitalista mundial. ¿Quién no ha oído hace poco, en boca de uno de sus patrióticos héroes, que si se les hiciera necesario recurrirían a ayudas exteriores? El condicional es superfluo excepto para indicar que el recurso sería mayor y más visible, pues los gastos de la ETA se cifran por millonadas en chorro continuo, que de ninguna manera pueden ser obtenidas en su cara patria.

La procedencia social e histórica de la ETA se encuentra en el cambio de la correlación de las fuerzas de clase en escala mundial. Antes de la última guerra, el movimiento revolucionario mantuvo en alto, durante veinte años, la lucha internacionalista de la clase trabajadora, en pro de la supresión de las naciones. Vencida, el capitalismo desencadenó la guerra y afianzó a continuación su dominio. El proletariado como fuerza revolucionaria propia, quedó eliminado durante decenios. Es la condición sine qua non para que entren en juego luchas de nación contra nación, producto directo de la opresión del hombre por el hombre. En efecto, por mucho que esos patriotas atardados de más de un siglo se desgañiten gritando ¡revolución!, les es indispensable que el proletariado no se mueva ni se vea cuál es su causa, para que ellos ocupen la escena. Los creadores de nacioncitas, de naciones y de bloques imperialistas, proceden, sin ninguna excepción, de bajos intereses capitalistas. Lo que reclama la revolución social y el porvenir humano es liquidar las naciones.

En el ámbito político peninsular no menos que en el de la zona vascongada, la ETA es, para el proletariado, un obstáculo orgánico e ideológico suplementario, como si no tuviese ya de sobra con los partidos y sindicatos entrelazados a los franquistas en casaca europea. Por añadidura, cuando la ETA mata, el proletariado y los verdaderos revolucionarios lo pagan en forma de represión acentuada y posibilidades de palabra disminuidas. Lo que ella presenta como actos justicieros, tiene el mismo valor de ajuste de cuentas que las ejecuciones en nombre de Alá y de su apoderado en Irán, Jomeini. En su lucha, el proletariado no necesita disparar por sorpresa sobre generales y policías, ni colocar bombas, muera quien muera. Eso es actuar como general o como policía cuando dicen «salvar el orden». Se comprende en la ETA, puesto que aspira a ser el ejército y la policía de Euskadi. Por ello mismo es incompatible con la disolución de ejércitos, policías y naciones, objetivo de todos los explotados a menos de resignarse a su condición de clase vilipendiada.

En fin, la independencia nacional, ideal de la ETA, es miserable, y por añadidura falso, ignórenlo o no sus escupefuego y destilapatria. Un País Vasco independiente sería dependiente de otras potencias, mucho más de lo que ya lo son España en conjunto, u otras naciones. Porque la economía capitalista actual no consiente otra cosa. Para romper esta dependencia respecto de los fuertes, también política en cuestiones de importancia, hay que romper la dependencia económica de la clase asalariada respecto del capital. Ahí la ETA cae de bruces, en compañía de

los Suárez, González, Carrillo... y de los generales. Como tantos otros falsarios, lo que ella llama revolución es la centralización de la explotación y la opresión de la clase trabajadora en un Estado suyo.

La siniestra engañifa ETA debe terminar pero mediante la actividad independiente, internacionalista, anacional, del proletariado, en manera alguna aliándose a los PC, engañifa más vasta territorialmente.

LOS SINDICATOS CONTRA LA REVOLUCIÓN

«Los métodos de acción sindicales no son la expresión de un consentimiento de mayorías manifestadas por el procedimiento empírico del sufragio universal. La teoría sindical desdeña la opinión de los inconscientes: son cerros humanos que se añaden a la derecha de las unidades conscientes»

(Palabras de Emil Pouget, miembro del Bureau de la C.G.T. francesa, en 1907. Citado por Edouard Villey, en *L'État et le progrès social*, página 88. Presses Universitaires de France. París, 1923)

Prólogo

Este escrito ha sido publicado en condiciones y tiempo muy diferentes de los inicialmente proyectados. Hubiera debido ser una polémica entre los defensores del sindicalismo revolucionario, por una parte, y por otra Benjamín Péret y yo. En 1952, Fontaine, director de *Le Libertaire*, semanario en el que se expresaban al mismo tiempo la C.N.T. y el anarquismo franceses, aceptó que la discusión tuviese lugar en las páginas de aquella publicación, y que la iniciase Benjamín Péret. En segundo lugar contestarían, los anarcosindicalistas y a mí me correspondería la réplica, seguida de una contrarréplica prosindicatos y de un resumen nuestro. La introducción de Benjamín Péret fue, en efecto, publicada, pero del lado adverso no llegó contestación. Ahí quedó por lo tanto, el proyecto inicial⁵.

Luego eventos de la represión me vedaron durante años cualquier contribución, y la salud de Benjamín Péret fue deteriorándose. Poco después de recuperar yo la libertad, moría prematuramente mi amigo e inseparable camarada de lucha sin que consiguiésemos realizar la idea de terminar y publicar juntos el trabajo sobre los sindicatos. Una vez escrito el texto mío, todavía fue necesario esperar sucesos que adwersasen su contenido para que algún editor aceptase llevarlo a librería. Lo permitieron los acontecimientos de Mayo de 1968 en Francia, en cuyo transcurso los sindicatos, los de la C.G.T.-P.C. en delantera, desempeñaron el más asqueroso de los papeles.

El texto de Benjamín Péret va dado aquí en traducción mía, tal cual fue publicado en *Le Libertaire*, por pequeños artículos. No es cuestión de retocarlo, aunque se resienta hoy un tanto por ser introducción a una polémica fallida, envite convincente para anarcosindicalistas. De todos modos, aún aislado sigue siendo válido y un excelente cuadro de la evolución de las organizaciones de defensa obrera hasta la postrera metamorfosis sindical en cercado del capital para acorralamiento de la clase asalariada. El texto mío, redactado por primera vez en francés, lo he reescrito en español, pues me parece absurdo traducirme yo mismo y arriesgado confiar la versión española a un tercero. Ni que decir tiene que considero ésta última más concisa que mi propia redacción francesa. Las ideas son las mismas exactamente, pero van recalcados algunos

⁵ En este tomo se ha recogido únicamente la contribución de Munis. Para conocer la aportación de B.Péret puede consultarse *Los sindicatos contra la revolución*, editado por F.O.R. en 1990.

puntos, en respuesta a ciertas oquedades tocantes a un supuesto carácter reformista de los sindicatos.

Que durante 40 años no hayan existido en España sindicatos del tipo dicho libre u obrero, no es óbice para que en numerosos lugares de trabajo se tenga confirmación de la experiencia europea y mundial desde la post-guerra acá. Al principio, los parciales de los sindicatos en la clandestinidad tenían que hacer coro en la clase obrera. La prohibición de las huelgas y la represión les obligaba a aceptar la iniciativa anónima y las propias asambleas de fábrica en cuanto organismos de decisión. Pero a medida que los obreros iban tomándose el derecho de huelga, mucho antes de que fuese aceptado por decreto o siquiera tolerado, aparecían en funciones los aparatos sindicales «libres», sacando partido de su propia clandestinidad. Les granjeaba ésta la simpatía de los trabajadores en general, y allí donde tenían situados hombres suyos podían aparecer como representantes democráticamente designados por las asambleas.

Por otra parte, y consecuentemente a la espléndida movilización obrera a partir de la primera oleada de huelgas en Asturias, pronto seguida de un estremecimiento general, hasta Cataluña y Andalucía, la ineficacia de los sindicatos falangistas se hacía patente. Eran despreciados en todas partes. A tal respecto es muy elocuente un documento escrito por las compañías mineras. A petición del gobierno, sentaban en él sus desideratas para un fuerte aumento de la producción carbonífera, en previsión del «Plan de Desarrollo». Pedían, claro está, miles de millones de pesetas para modernizar la técnica de extracción, pero señalaban como *problema principal* la pérdida del respeto y la rebeldía de la clase obrera que no hacía el menor caso de los acuerdos firmados en su nombre, tras cualquier conflicto, por la representación de los sindicatos verticales. Y reclamaban sin ambages otro tipo de organización sindical, capaz de hacer respetar sus decisiones a los trabajadores. Todavía más explícitas, las compañías mineras aseguraban al gobierno que sin ésta última condición, ni los miles de millones de pesetas solicitados, ni el más perfecto de los utillajes serían eficaces.

Corroborando tal convicción patronal, un falangista ex-gobernador de Asturias explicaba por la misma época, en un informe a los suyos, que debían prepararse para controlar a la clase obrera, no desde fuera, verticalmente, sino de otro modo, según el ejemplo dado en Argentina por Perón.

A medida que los trabajadores imponían en la mejor de las lizas su derecho a la huelga, los representantes del capital iban percatándose de que les era indispensable tratarla mediante sindicatos «obreros», a la europea, tanto más cuanto que ese «Derecho del hombre» figura entre los requisitos del Mercado Común para abrirle de par en par las puertas a España. Y así empezó a producirse de hecho, en la práctica de las luchas cotidianas, aunque sin estiras y aflojas, una convergencia entre capital y sindicatos clandestinos (CC.OO; U.S.O. U.G.T., sindicatos vascongados, y en zaga C.N.T.). Iría agudizándose y precisándose hasta dar la confluencia actual, que incluye al propio gobierno, y aparece en más de un dominio, como colaboración directa. Es que, durante años la intervención en las huelgas de los representantes sindicales ya semi-clandestinos, ha sido moderadora de las reivindicaciones, limitadora del tiempo de paro, en ciertos casos esquirolantes y siempre contraria a la simultaneidad de la acción en escala nacional. Apenas dejado atrás el decenio anterior, empezó a observarse que doquiera se planteaba un conflicto, las asambleas de fábrica óo de obreros agrícolas en el suró tomaban decisiones más radicales en ausencia que en presencia de hombres de los sindicatos. Y entre todos descollaban por sus trapacerías frenadoras óy siguenó los parciales de Camacho-Carrillo, al unísono con los sindicalistas presignados. Casos se conocen en que forzudos suyos han

apaleado en emboscada a obreros que en asamblea habían denunciado sus arterías. El pluralismo de que hacen alarde deja al descubierto su meollo stalinista en cuanto se les interpone una palabra auténtica. Porque la mente, las costumbres y los intereses de quienes han encajado sin chistar las fechorías del Kremlin contra el proletariado ruso y mundial (y Carrillo las acogió con regocijo de faldero, habiendo sido él personalmente protagonista de algunas) no pueden dejar de acusar su recóndita naturaleza. Sus propias muecas democrático-burguesas rezuman hipocresía.

No sólo ellos, sino también las otras centrales sindicales, se oponen o se opondrán en el futuro inmediato a la soberanía de las asambleas obreras en cada unidad de trabajo. Quieren, les es imprescindible, que la ley les confiera el monopolio de la representación obrera, con sus numerosas y jugosas triquiñuelas complementarias, entre otras la vara alta sobre despidos del trabajo. Ahí, y mucho más allá, va enderazado el prurito sindicalista de cualquier partido, muy especialmente de los que cuentan con larga experiencia en las dos Europas, occidental y oriental, sin olvidar la de Estados Unidos y Japón.

Primera etapa: obtener la exclusiva en la negociación de Convenios colectivos y de los conflictos con el capital, *en nombre* de la clase trabajadora, por el interés de «*la economía nacional*», interés *supremo* se sobreentiende. Toda reivindicación queda por tal modo estrictamente supeditada a la mejor realización del Plan, es una reivindicación para dicho Plan, en modo alguno para la clase trabajadora. Las mejoras que ésta obtenga, si las obtiene, serán a mayor provecho de la economía nacional, o sea de la acumulación ampliada de capital⁶. Los sindicatos aparecen, por consecuencia, no como una representación de la clase obrera, sino como una delegación orgánica y legalizada del capital cerca de sus productores.

Dure lo que dure esa primera etapa óy a estas altura la cuenta no llegará a deceniosó los sindicatos, sus eminencias grises políticas y las propias exigencias económicas-gubernamentales del capital irán condicionando la fusión de sus respectivos soportes orgánicos y humanos, en cuanto copropietarios de un sólo capital nacionalizado. Hace siglos, el comercio de excedentes agrícolas y artesanales dio origen a las primeras inversiones de capital propiamente dicho, en instrumentos de producción de mercancías mediante trabajo asalariado. Así en nuestros días, el comercio de la capacidad de producción obrera en que chalanean los sindicatos, les encamina a la copropiedad del capital allí mismo donde todavía aparentan oponérsele. No se trata de una lucubración, ni de simple hipótesis. La fusión está cumplida en Rusia y países calco, mientras en Europa occidental los sindicatos, con sus mentores tras bambalinas, meten mano en los planes dirigistas, intervienen en los consejos de administración, son accionistas de grandes empresas y poseen en algunos casos capital propio rentablemente invertido; de propina, reciben del Estado y de las empresas una fracción de los beneficios, sin hablar ahora sino de lo grueso. En Washington, el Departamento de Estado tiene montada una sección sindical con abundoso presupuesto, cuyo cometido es formar cuadros sindicales en numerosos países, sin que España sea excepción. Jefe de ella ha sido durante mucho tiempo William Wester, ex-colega de Carrillo y en su tiempo no menos postrado que éste a los pies de Stalin vivo, quede dicho incidentalmente.

⁶ Lo dijo por lo claro Franco en repetidos discursos a raíz de las primeras grandes huelgas: «Queréis ganar más, trabajad más, producid más» y lo proclaman no menos textualmente los dirigistas rusos: «Obtened, por cada rublo invertido, el beneficio mayor posible». Si el beneficio en aumento es de 10, se puede dar medio o uno como incentivo al trabajador.

En supremo esfuerzo para sobrevivirse, todos y cada uno de los estamentos capitalistas tiendan a unirse en el Estado. Mas frente a unos y a otros, sindicatos y partidos coadyuvantes, se yergue en exclusiva y común antítesis la clase obrera en su conjunto. Su absoluta contraposición aparece inmediatamente, a partir del problema más acuciador planteado a la misma: ganar más trabajando menos, mucho menos. Una breve reflexión basta para verlo claro. En efecto, *ganar* más es mero aspecto mercantil de consumir, puesto que el salario raciona a cada obrero en productos y en conocimientos, mientras que *trabajar mucho menos*, anhelo de haraganes según la misma ética mercantil, contiene la latitud de tiempo indispensable para entrar en posesión del mundo exterior y del mundo interior al hombre. Aun bajo esa formulación bastarda del problema, subyace todo un mundo nuevo, toda una civilización tan radicalmente distinta de la actual, que por su propia dinámica la prosecución del empeño óconsumir más trabajando mucho menosó se endereza a establecer *la propiedad privada* en su única fórmula legítima y necesaria, porque humana y verdadera: la de cada persona en el disfrute de cuanto requiere de material y de cultural para poseerse a sí misma. Todo lo imprescindible para dar cima a ese objetivo está presente, y de él mismo se deducen las medidas prácticas de realización: supresión de las ocupaciones parasitarias y de cualquier producción ajena al consumo humano, reducción del tiempo de trabajo al mínimo consentido por la técnica y por el número de personas, enseñanza superior generalizada, desaparición del salario y de la moneda como representación de valores, que entonces no lo serían sino de *USO*.

La persistencia de la actividad sindical, a la inversa, significa la producción y reproducción sin fin del alquiler de la mano de obra, origen y sustento de la venalidad universal de productos... y de hombres. Para un ojo avezado, esa antítesis entre sindicatos y clase obrera ha tenido no pocas manifestaciones en la clandestinidad. Las tendrá, de las más contundentes, en tiempo venidero muy cercano.

Los sindicatos contra la revolución

No puede existir contradicción alguna entre los aspectos económico y político de una concepción revolucionaria, ni siquiera imaginando entre ambos la más neta delimitación orgánica y funcional. Lo mismo vale para cualquier concepción reaccionaria. Por ello, la actual interpretación de sindicatos y partidos políticos, respectivamente organismos económicos y organismos ideológicos, nos da la clave de los unos por los otros, cualquiera de ellos se aborde. Dedúcese tal enunciado de un antiguo e inalterable principio, de sobra adverado por milenaria experiencia, y colegido por la razón: cualquier idea o actividad política se desprende de un substrato económico a cuyo respecto desempeña luego papel director y represivo a la vez. En el curso de este trabajo será examinada la interpenetración de lo económico y de lo político bajo diferentes aspectos, juzgando a los sindicatos, pero sin dejar de poner en escena a sus inspiradores políticos.

Como Benjamín Péret lo ha mostrado en páginas anteriores⁷, los sindicatos aparecieron en cuanto a organismos defensivos de la clase obrera frente a condiciones de trabajo infra-humanas, surgiendo en el medio industrial como prolongación de las antiguas cofradías y corporaciones. Sus aspiraciones quedan desde el primer instante por debajo de las del

⁷ * Hace referencia a los textos escritos por Benjamín Peret que en la edición original componían la primera parte del trabajo. Ver nota 5.

reformismo⁸. Éste, basándose en análisis económicos e ideológicos pretendía demostrar que era posible, gracias a la democracia capitalista, alcanzar el comunismo por evolución legal, sin necesidad de actos revolucionarios, es decir, sin salto en el desarrollo humano. Para los sindicatos no se trata de evolución ni de revolución, menos aún de comunismo. Sus aspiraciones no sobrepasan la obtención de condiciones menos intolerables y humillantes para los trabajadores explotados y el tiempo se ha encargado de probar que no eran éstas menos, sino más rentables para el capital.

A despecho de esa tara, los sindicatos primitivos, aunque no eran organismos revolucionarios, tenían composición y espíritu obreros, eran sanos relativamente a la corrupción y al falso carácter de clase de los sindicatos actuales. De ahí las luchas encarnizadas, a menudo heroicas que consiguieron sostener.

Entre final y principio de siglo apareció el sindicalismo dicho revolucionario, eclecticismo de circunstancias espigado tanto en la concepción marxista y en el pretense apoliticismo anarquista como en la rutina reivindicativa del sindicalismo sin calificativo. El período de mayor influencia y empuje de aquel sindicalismo y el de plena exuberancia del reformismo, coinciden. No hay en ello contradicción irreductible. Contemporáneos, Sorel y Berstein tenían más aspectos comunes que divergentes. Mientras el primero veía en el sindicato la panacea para los problemas del devenir histórico, el otro y con él casi toda la socialdemocracia, la veían en la democracia parlamentaria y hasta en las exigencias de la acumulación del capital (R. Hilferding), venturosa mecánica de una evolución armoniosa y cierta hacia la sociedad comunista. En realidad, el sindicalismo dicho revolucionario y el reformismo estaban sujetos por el mismo lazo a la formidable expansión económica de la burguesía, sólo que ese lazo aparecía sobre todo bajo el aspecto del capital variable, es decir, de la lucha de los trabajadores por mejoras de salario y de condiciones de labor. Era el período en que la burguesía alcanzaba el cénit de sus posibilidades civilizadoras, el que consentía a cuantos actuaban o gesticulaban a su izquierda el máximo de libertad y de vanas ilusiones sin salirse del sistema.

El estallido de la guerra en 1914, nada inesperado sin embargo, colocó bruscamente a cada quien en su sitio. Fue la quiebra vergonzosa y completa del sindicalismo, «revolucionario» o manso, y del reformismo. Desertaron simultáneamente el terreno de clase tomando partido en la guerra imperialista, en lugar de preconizar, contra ella, la lucha internacional del proletariado, la guerra civil. Ni siquiera la C.N.T. española constituye excepción, mal que la neutralidad militar de su país la eximiese de la vileza patriótica y de la barriga en tierra de la C.G.T. francesa. Su quiebra particular fue así diferida ólo veremos más adelante hasta el momento de la revolución proletaria, en 1936-37.

La fuerza numérica y el peso social de los sindicatos han ido creciendo sin cesar desde 1914. Y si la primera ha disminuido mucho en el último decenio, no sólo en Francia, el segundo sigue su aumento, ya directamente determinado por la importancia y la cantidad de los servicios prestados al sistema capitalista. Diríase que la quiebra de 1914 ódesastre para el proletariado fuera indispensable, condición previa de la plenitud sindical. Se comprende, pues hasta entonces el capitalismo temía en ellos una fuerza destructiva por no haber tenido aún ocasión de ver ó

⁸ A menudo, textos de pretensiones revolucionarias aplican la voz *reformismo* a cualquier actividad reivindicativa e incluso a las concesiones consentidas por el capitalismo. Yerro de malas consecuencias. No ha habido otro reformismo que el practicado antaño por la socialdemocracia y teorizado por Berstein, el que contrapone la evolución a la revolución. Los tiempos impiden que haya otro, hoy o en lo sucesivo.

salvo quizás en Inglaterra los servicios que podían prestarle. Pero ya al terminar la primera guerra imperialista mundial, diversas experiencias de «control obrero» (léase sindical) en las fábricas, se saldaron por efectos tan satisfactorios como sorprendentes para los capitalistas. Atenuaban la lucha de los trabajadores, evitaban a menudo conflictos con la empresa, facilitaban las operaciones de la producción y acrecían por consecuencia el rendimiento. Además de defensores de la patria ó esa entidad específicamente capitalista los sindicatos se perfilaban como colaboradores eficaces en la mecánica misma de la explotación. Por otra parte, fue notorio a partir de 1917 el comportamiento antirevolucionario de los sindicatos en Rusia y en Alemania. El todo hizo su fortuna y les abrió horizontes insospechados. Sin embargo, los sindicatos no tomaron su rumbo definitivo y desde entonces inequívoco, sino a partir de 1936-37, años que marcan un jalón importantísimo, y por diversas razones, en la historia del movimiento obrero mundial. En efecto, sobrepasando el límite de los servicios prestados a la burguesía, mostraron aptitudes y proclividades que les permitieron convertirse en uno de los pilares fundamentales de la sociedad de explotación, su devenir comprendido, cualquiera que sea.

La revolución rusa y la revolución española, a veinte años de distancia en el tiempo, fueron el último estremecimiento de una sola ofensiva del proletariado internacional contra el capitalismo, ofensiva puntuada por incesantes ataques en muchos otros países. Durante ese lapso, la burocracia stalinista completaba en Rusia el capitalismo de Estado oficialmente presentado como socialismo, y justo en el momento en que la revolución española entraba en su fase más candente, daba la última mano a su obra asesinando a cuantos comunistas quedaban allí. Los de otros países se vieron sometidos por Moscú y sus secuaces a una campaña de calumnias sin precedente ni por la monstruosidad ni por el volumen. La propia gran prensa de los principales países imperialistas la vio con beneplácito. Comprendía que se trataba de una campaña contra la revolución proletaria, y por añadidura Moscú era ya entonces un aliado envidiable tanto para la Alemania y la Italia fascistas como para los imperialismos democráticos.

Factores organizativos muy importantes de la lucha de clase resultaron así trastocados, otros viciados, mientras que las ideas revolucionarias eran sometidas a una falsificación tan deliberada como machacona, de cuyos resultados destructores todavía no se ha desembarazado el movimiento obrero. En suma, la transformación de la revolución rusa en contrarrevolución y de los partidos llamados comunistas en partidos deliberadamente anti-comunistas cristalizaba en su forma definitiva en los años dichos.

Por ende, si desde mucho tiempo antes la intervención de Moscú en la lucha del proletariado mundial, sus partidos mediante, se había revelado siempre negativo, en España, teniendo ya claro su norte hacia el capitalismo de Estado, el partido de Moscú se reveló la principal fuerza de policía contrarrevolucionaria. Necesidades de conservación obligan. En Julio de 1936, y desde antes se esforzó, en vano por ventura, en impedir la sublevación del proletariado que pulverizó al ejército nacional en casi todo el territorio de la España peninsular. Inmediatamente después urdió en secreto y con armas rusas la destrucción del proletariado victorioso. Sublevado otra vez ese proletariado en Mayo de 1937, entonces contra la política reaccionaria de tal partido, éste lo vence, aunque no en la lucha sino gracias a intervenciones oportunistas, lo desarma, desencadena una represión feroz y aplasta la revolución. Lo que los militares y Franco no consiguieron en Julio de 1936, lo realizó el stalinismo a partir de Mayo de 1937.

Por primera vez fuera de su territorio, Moscú actuaba como fuerza contrarrevolucionaria directa. Hasta hoy no han sido bien evaluadas óni con muchoó todas las profundas consecuencias reaccionarias de ese acontecimiento. Ni siquiera los enemigos del stalinismo se han percatado de ellas. Sin embargo, ahí tienen origen todos los hechos sucesivos de importancia mundial, desde el pacto Hitler-Stalin y la segunda guerra, hasta la política de coexistencia pacífica con su paralelo de guerras pseudo-libertadoras y rebeliones como las de Alemania oriental, Polonia, Hungría, etc. que se sitúan, no en el plano del proletariado español en 1937, sino más atrás de la insurrección de Julio del 36, aunque el stalinismo desempeña en estos casos el papel de militares y fascistas en España. Imre Nagi y los suyos eran respecto de Hungría, en el mejor de los casos, lo que el Frente Popular respecto de España, antes del mes de Julio: subproducto derechista de la tendencia revolucionaria del proletariado.

Es significativo que sea a partir de 1936 cuando los sindicatos desvelan sus características latentes, manifestándose incontestablemente como organismos colaterales del capital. Y que en tal curso acaparen su mayor influencia sindical, nada de más natural. El empirismo económico del capitalismo encuentra en el empirismo de la contrarrevolución rusa una expresión política más dura, que lo inspira y lo completa a la vez. El uno y el otro se confunden y fusionan a la perfección en cuanto se presenta el medio propicio. Y ese medio existe ya en forma más o menos acabada; no es otro que el capitalismo en su actual etapa de concentración, considerando cada país, atrasado o no, no como un caso singular y aislado, sino enclavado en el sistema mundial.

Considérese en primer lugar la zona de Occidente, que tanto alardea de su democracia, y más concretamente del derecho de huelga legislado. En la realidad, y a menudo también en derecho, esa libertad es privativa de los representantes que la ley asigna a los trabajadores: los sindicatos. Cualquier huelga declarada y dirigida por los obreros mismos suscita en contra suya una coalición de Estado y sindicatos empeñados en vencerla o al menos en retrotraerla al redil sindical. La represión de los huelguistas desmandados la aceptan por contrato los sindicatos de varios países, mientras que en todos los casos ellos mismos la practican selectivamente en el trabajo contra los hombres más conscientes y rebeldes. Desde que la huelga revolucionaria francesa de 1936 fue rota por los fieles de Moscú (Thorez: «hay que saber terminar una huelga») unidos a los socialistas (Gobierno de León Blue y policía mandada por funcionarios del Frente Popular), no existe país que no haya visto huelgas llevadas al fracaso por los sindicatos. No conocen otro comportamiento tratándose de huelgas que desbordan los límites económicos y políticos del capitalismo, o que los amenacen siquiera. Así pues, de hecho y en derecho, la huelga está confiscada por los sindicatos, a mayor rendimiento del capital.

Mas eso no es todo. Allende el hecho siempre excepcional de la huelga, en las relaciones cotidianas del trabajo con el capital óforja de la lucha de claseó los sindicatos aparecen, no sólo como amortiguadores entre los dos campos, lo que sólo es posible a costa del trabajo, sino como mensajeros del segundo cerca del primero, y adaptadores del primero al segundo. Todas las manifestaciones naturales de la lucha del trabajo contra el capital, una vez acaparadas por los sindicatos, se vuelcan contra la clase obrera en beneficio del capital.

Basta recordar algunos hechos para que lo dicho resulte aún más innegable. Los comités de fábrica actuales, los delegados del personal, de taller, de profesión, etc. no son la expresión de la libre voluntad de los trabajadores, sino una representación sindical, al margen de cuyo dictado los obreros no tienen el derecho de elegir a quienes les de la gana. Incluso la «libre» elección de «shopstewars» británicos es nula sin el asentimiento de las Trade-Unions. En la mayoría de los

países, el Estado capitalista ha decidido que los sindicatos por él reconocidos representa a la clase obrera, y nada más que a ellos. La clase no tiene pues el derecho de hacerse representar según su voluntad, y aún menos el de crear organizaciones diferentes de los sindicatos para dirigir sus luchas o si es necesario para tratar con patrones y Estado. Derechos de la clase obrera y derechos sindicales son, a todas luces, dos cosas distintas y contradictorias entre sí. De ahí la oposición siempre latente entre los obreros y los comités sindicales en las fábricas, con los delegados «del personal» mismos, oposición que se transforma en querrela en cuanto se presenta un conflicto de envergadura con la empresa, y en choque directo si la lucha se agudiza. En el curso de más de dos decenios, cuantas huelgas han merecido tal nombre hubieron de ser declaradas contra la voluntad sindical y desentendiéndose de los representantes sindicales. Los trabajadores se vieron en la necesidad de elegir ellos mismos comités de huelga. Por añadidura, cada vez que los comités designados en asamblea de fábrica se han dejado influir por los dirigentes sindicales, gana el capital. Ello no impide nunca a los sindicatos cantar victoria. Para ellos hay victoria desde el momento en que recuperan su imperio legal sobre la clase.

Véase ahora los contratos colectivos de trabajo, que fueron concebidos para restringir la arbitrariedad patronal en los múltiples dominios en que puede ejercerse: condiciones ambientales y horario de trabajo, cadencias y productividad por hora, gradación de salarios, empleo y desempleo, libertad política, derecho de palabra y de asambleas en las fábricas, reglamentos interiores de las mismas, etc. En manos de los sindicatos, a los cuales la ley concede también el monopolio de su discusión y firma, los contratos colectivos se han convertido en un temible instrumento de supeditación del proletariado al capital en general, a los sindicatos en particular. Hasta tal punto, que así los sindicatos han llegado a ser *desde hace tiempo*, parcial o totalmente, instrumento de explotación. Son algo anexo a la relación fundamental de la sociedad capitalista, a saber, la relación entre el capital y el trabajo asalariado que lo produce y la valoriza reproduciéndose a sí mismo en cuanto trabajo asalariado. Contrata obrera y despidos, cuando no son dejados a discreción patronal, requieren un refrendo de los sindicatos a menudo utilizado contra los obreros más rebeldes. En otros casos, la sindicación obligatoria para obtener trabajo (closed shop), lejos de garantizar el empleo a quienes lo tienen, otorga a los sindicatos la prerrogativa patronal de adjudicación y de supresión, coerción económica y política reaccionaria en el más alto grado. Se la verá en plena función páginas adelante, al tratar de los sindicatos en zona Oriental.

Los contratos colectivos de trabajo sancionan y multiplican la división de la clase obrera en grupos jerarquizados, rivales entre sí gracias a las diferencias de salario y a los perjuicios tocantes a la categoría y a la función técnica de cada trabajador. Los sindicatos tienen el prurito instintivo de la jerarquización, pues sin ella el proletariado sería un bloque muy sólido frente al capital y no sólo frente a él. La necesidad de desmembrarlo por jerarquías y de alejarlo así de su interés supremo general, es tan absoluta para los sindicatos como para el capital. Durante más de un siglo, el movimiento obrero ha combatido la jerarquización; consiguió disminuir sus bases materiales y destruirla en gran parte como perjuicio en el seno del proletariado. Los sindicatos y sus mentores políticos se han encargado en los últimos decenios de reintroducir el perjuicio y de aumentar el número de categorías. La mayoría de los trabajadores, incluyendo los más desfavorecidos, consideran hoy natural y «justa», la jerarquización. En suma, si la idea originaria de los contratos colectivos era terminar con la arbitrariedad del capital en espera de suprimirlo, hoy constituyen una reglamentación casi perfecta de las exigencias funcionales del sistema. Discutiendo y firmando los contratos colectivos, los sindicatos se comportan como si

fuesen parte integrante de los instrumentos de producción. En algunos países (Estados Unidos, Alemania y otros) determinados sindicatos son importantes accionistas de las compañías que explotan a los obreros y a sus propios sindicatos, hecho que, lejos de prefigurar una sociedad socialista, los transforma en beneficiarios de la explotación, en el doble sentido económico y político del término. Y allí donde todavía no toman parte en la elaboración de los planes de producción, lo reclaman como un honor⁹.

Los lugares de trabajo, en particular las grandes industrias, arena de la lucha de clase, consienten a los obreros más revolucionarios una acción práctica e ideológica constante y de grandes alcances. Pero son los sindicatos los que hoy hacen muy difícil esa acción. Es frecuente que los contratos colectivos estipulen la prohibición en el recinto de trabajo de toda actividad propagandística de reunión y de discusión, lo indispensable a cualquier acción obrera. Pero aún siendo así, hace largos años que sindicatos y dirección patronal se conchaban cada vez que se trata de despedir obreros revolucionarios. Ese papel represivo de los sindicatos, figure o no en los contratos colectivos, es cláusula subrepticamente establecida y practicada. De todos modos, está siempre inscrita en los reglamentos de fábrica. Tanto es así, que aún en el exterior de los lugares de trabajo, en pleno dominio público, son los sindicatos los encargados de echar a los distribuidores de propaganda revolucionaria, vapuleándolos, o bien llamando a la policía. Así los sindicatos ósus mentores políticosó se definen a sí mismos como la policía de las fábricas.

Caso particular, en Italia, donde el stalinismo y sus sindicatos tienen una relación económica muy sólida con el Estado demo-cristiano, han acordado a los patrones el derecho de despedir sin previo aviso ni indemnización a los obreros culpables de distribución de propaganda revolucionaria o de agitación. Otro tanto permiten en Francia la mayoría de los reglamentos internos. La atenuación de la forma no excluye la misma brutalidad de hecho. La prohibición de pensar va tan lejos y es tan evidente, que incluso los trabajadores más rebeldes tienen miedo de expresarse, atascan el freno y dejan hacer. La situación no es mucho mejor en Inglaterra, en Alemania, Estados Unidos, Japón y peor aún en Rusia, países del Este y China, asimilables al caso de España con los sindicatos falangistas. Así pues, gracias a la acción convergente y determinada en el fondo por los mismos intereses reaccionarios del capital y de las centrales sindicales, la clase trabajadora se halla reducida a la clandestinidad en los lugares de trabajo, precisamente allí donde es explotada y va dejando carne y huesos para crear una riqueza mundial ajena que la abruma y la asfixia.

Es indispensable, es cada día más urgente, que el proletariado recupere su libertad política, cosa irrealizable sin echar por la borda la actual legalidad sindical-patronal. La libertad completa de los hombres tocante a las funciones de su propio trabajo contiene en germen la futura democracia revolucionaria y el comunismo. El *comunismo*, proclamémoslo, precisamente porque los llamados hoy partidos comunistas no lo son, y porque el asco que inspiran retrae a menudo a quienes son realmente comunistas de adoptar la designación.

⁹ La fortuna de la Central sindicalista de Alemania federal, la ya famosa D.G.B. llegaba a 2.000 millones de marcos en 1978. Y según la misma fuente, la revista *I.G. Metall*, de la federación metalúrgica, sólo de cotizaciones anuales la central cobró 1.000 millones de marcos. En terrenos e inmuebles posee 500 millones, en acciones y valores mobiliarios diversos, 1.400 millones. El «holding» sindical asciende a 270 millones: bancos, seguros, construcción, turismo, comercio. Las Trade Unions inglesas, estadounidenses y japonesas, nada tienen que envidiar, como poseyentes de capital, a la Central germánica.

En el dominio estrictamente económico, la situación de la clase obrera nunca ha sido peor que en la actualidad. Lo que tanto se ventea en el sentido contrario es vil engañifa publicitaria, por mucho que haya prendido en la clase obrera misma. Considérese la jornada de ocho horas; no existe sino en el papel, cuando hubiera debido ser reemplazada hace tiempo por una jornada de cuatro horas, o menos. En numerosos países, la negativa a trabajar horas suplementarias es causa inmediata de despido y casi siempre de no empleo. En todas partes, la imposición del «salario base» (y la norma), apostá mezquino, más las primas y bonificaciones a la productividad, amén de otras tretas, no sólo obligan al obrero a aceptar «de pleno grado» jornadas de diez, doce horas o más, sino que suprime de hecho el salario cotidiano, semanal o mensual, forzando a aceptar el infame trabajo a destajo. Desde su origen, el movimiento obrero se esforzó en suprimir esa forma de explotación, la más vil de todas, si no la más antigua, que agota físicamente al trabajador y lo embrutece intelectualmente. Había conseguido terminar con el casi en toda Europa. Todavía a finales de la segunda guerra mundial, la mayoría de los obreros tenían por deshonoroso aceptar cualquier destajo. Hoy ha vuelto a ser regla, los obreros lo piden como suplemento indispensable para sobrepasar la miseria del «salario base»; ahora bien esta situación no se debe tanto a la voluntad de los capitalistas como a las trapacerías sindicales. En realidad se tiene ahí una prueba suplementaria de la identidad postrera entre capital y sindicatos.

En el aspecto más profundo de la explotación, el de la productividad por hombre y por hora, el proletariado se ve constreñido a una situación aterradora. La producción que le arranca el capital cada día aumenta prodigiosamente. Las innovaciones técnicas quitan al obrero toda intervención creadora en su trabajo, miden y ritman sus movimientos al segundo o a la fracción de segundo, lo transforman en vivo «órgano de servidumbre» de la máquina, sujeto a la cadencia de los órganos metálicos. En otros casos es la cronometración, repugnante cepo, la que fuerza los hombres a acelerar su trabajo dando mayor rendimiento en la misma unidad de tiempo y sin cambiar de utillaje. En tercer lugar, la disciplina ordenada por los reglamentos en cada establecimiento escatima al minuto el tiempo incluso de las suspensiones obligadas del trabajo, sea para comer, para encender un pitillo o para defecar. La producción arrancada por tales procedimientos a cada hombre va así en aumento, y en la misma proporción su fatiga física y psíquica.

Por tal modo atraillada, el resultado económico para la clase obrera es hoy muy distinto del que exhibe la «sociedad de abundancia». En efecto, la parte del producto total del trabajo que ella recibe en forma de salario (prestaciones incluidas), es muy inferior al que recibía antaño. Ha disminuido pues su consumo comparativamente a la riqueza que existe, creada por ella misma, y por ende ha aumentado en proporción muchísimo mayor el volumen y la capacidad impositiva del capital. Pobreza y riqueza se han extrapolado como nunca, hasta un grado degenerativo insostenible. No hay otros puntos de referencia. Esa gigantesca desproporción en desventaja del proletariado no puede ser disminuida de ningún modo; pero sí puede ser suprimida haciendo que toda la riqueza quede en manos de sus productores.

Tocar ese problema es poner el dedo en la llaga de la sociedad actual, *SUS* sindicatos comprendidos. Y en su seno no existe ni existirá jamás modo alguno de resolverlo. Ello exige trastocar la relación actual entre instrumentos de trabajo y trabajo humano, entre producción y distribución. Para tratarlo como es debido es indispensable, empero, ver previamente los que representan los sindicatos en Rusia, prototipo cuya imitación es obligatoria en todos sus dominios y aún allende, sin excluir el stalinismo mostrenco de China.

Cuanto ha sido dicho respecto a la labor reaccionaria de los sindicatos y al deterioro de la condición proletaria en Occidente, tiene veracidad mayor para el mundo ruso. Desde que el capitalismo de Estado se arrellanó y consolidó allí bajo la égida de Stalin, el viejo mundo burgués se puso a su escala de explotación. De represión policíaca también, pero aquí hay que limitarse a hablar de las relaciones entre el capital y el trabajo, celestinaje sindical mediante.

Si en general, en todas partes y desde hace ya luengos años, los sindicatos constituyen un organismo complementario del capital en el seno de la clase obrera, la contrarrevolución stalinista les reveló su destino intrínseco, dándoles un fuerte y último empujón en Occidente y la condición de objeto exprimible y manipulable de la clase trabajadora, tienen su modelo en la Rusia stalinista. Para ser exactos hay que hablar de interacción entre el viejo capitalismo occidental y el de la contrarrevolución rusa. Ésta extremó los métodos de aquel y aquel copió luego sus innovaciones en la materia. Hoy, los papeles se invierten hasta cierto punto. Los dirigistas rusos vienen a occidente a tomar lecciones de «planificación» eficaz, es decir, de dirigismo capitalista, que no siempre les permiten aplicar los imperativos inmediatos y trascendentales de su origen y de su inmanencia contrarrevolucionaria.

Supresión completa de libertad política y de reunión en el interior y en el exterior de la fábrica; horas suplementarias impuestas por la dirección o forzadas por el miserable salario base de la jornada oficial, multas y medidas disciplinarias a discreción de los mandos; reglamentos interiores cuartelarios; cronometraciones y controles, trabajo a destajo; jerarquización del proletariado por salarios y calificaciones técnicas; contratos colectivos en acentuada ventaja del capital; crecimiento de la productividad en detrimento de los productores; prohibición de huelgas de hecho o en derecho; poderío de los sindicatos sobre la clase obrera otorgado por la ley. Cuanto en Occidente hace de las centrales sindicales instituciones cada día más negativas, tiene su primer modelo en la Rusia de los años 30. Allí se han inspirado para tomar su vuelo capital y sindicatos del mundo entero. Hoy mismo, cuanto refuerza la sujeción económica y política del proletariado conserva allí la delantera, salvo en la China maotsetunesca, que a su vez agrava los métodos de la contrarrevolución stalinista.

Es bien sabido, al menos por los que están al corriente de la verdadera situación en Rusia, que la desigualdad económica entre explotadores y explotados es mayor que en cualquier parte, como también es mayor el número de categorías obreras y las diferencias entre las mismas. La desigualdad entre explotadores y explotados, a la vez causa y efecto del capitalismo, no interesa en este opúsculo sino por relación a la naturaleza y al porvenir de los sindicatos. Baste sentar por el momento que en Rusia como en cualquier otro país plantea la necesidad de acabar con la explotación de los trabajadores por el capital, lo que también es imposible allí sin una insurrección que arrase hasta los cimientos todos los dispositivos gubernamentales, comprendiendo al Partido-Estado y la legislación. La burocracia stalinista sabe más y mejor que la vieja burguesía intensificar la explotación acelerando el ritmo de trabajo e introduciendo en el proletariado la rivalidad de las categorías. Es el recurso tradicional que «estimula» la productividad y del mismo golpe substituye intereses heterogéneos inmediatos al interés general anti-capitalista, lo individual y conservador a la lucha revolucionaria común. En ese como en otros aspectos, los «aparatchniks»¹⁰ los «natchalniks» sindicales y políticos rusos, han dado ciento y raya a los de occidente¹¹.

¹⁰ Respectivamente, hombre del aparato y hombre dominador, mandón, términos popularmente utilizados para designar a todas las criaturas del Estado.

En Rusia, los obreros jefes de equipo sacan de la explotación de sus camaradas de equipo un provecho proporcional a la productividad de éstos. Ven pues aumentar su paga gracias a la explotación de los simples obreros, sintiéndose así empujados a intensificarla.

Los stakhanovistas son pues convertidos en enemigos de sus propios camaradas de trabajo, en forma mucho más inconciliable que en Occidente los contra maestres, cuya paga mejor es fija. No hay nada de asombroso en ello, a menos de ignorar que en Rusia todo ha sido vuelto del revés. Substituida la revolución por la contrarrevolución, una dictadura capitalista dicha del proletariado falaciosamente, presenta óde hecho *imponió* como socialista, las medidas y las ideas más repulsivas del capitalismo tradicional.

La *Ley del Trabajo* aprobada en 1939, decreta: «Las características de la dinámica de los salarios en los países capitalistas es la nivelación de salarios entre obreros especializados y no especializados. En la remuneración del trabajo, la nivelación pequeño burguesa es el peor enemigo del socialismo. Desde hace largos años, el marxismo-leninismo lucha sin tregua contra esa nivelación».

Tantos años, en efecto, cuantos se ha pretendido dar el pego presentando el crecimiento industrial mediante el trabajo asalariado como un hecho socialista y ratificación del marxismo. Por el contrario, el pensamiento revolucionario, muy en particular el de Marx, se fija por objetivo inmediato la abolición de tal clase de trabajo y la nivelación económica de la sociedad en la satisfacción ilimitada de necesidades y aspiraciones individuales, igualdad y libertad supremas indispensables al florecer personal colectivo. Sin aspirar a ellas, sin practicarla, nada revolucionario puede hacerse en la actual encrucijada histórica.

Dejo aquí de lado, deliberadamente, la cuantía y la calidad muy dudosas del crecimiento industrial ruso. Importa más precisar que en los viejos países capitalistas la diferencia de salarios en el seno del proletariado es hecho consumado, resultante directo del mercado entre el capital y la fuerza de trabajo. En Rusia, por el contrario, ha adquirido la validez de un principio, es una ley institucional, y por consecuencia combatirla es un crimen punible por la justicia estatal. La relación tradicional entre capital y trabajo, que la burguesía no supo nunca justificar en cuanto relación social, de hombre a hombre, sino tan sólo por el subterfugio del «derecho sagrado de propiedad», mismo que se vuelve contra ella tan pronto se considera *propiedad*, no los instrumentos de trabajo, sino todo lo necesario a las exigencias materiales y espirituales de quienquiera, dicha relación social ha sido transformada en Rusia en relación natural y definitiva entre capacidades diferentes. Así, a las clases y categorías sociales delimitadas *de hecho* por la riqueza, suceden esas mismas categorías delimitadas *en derecho* por sus capacidades de producción y sus funciones especiales. La delimitación de hecho por la riqueza cobra importancia en lugar de perderla. Peor aún, ahí apunta una justificación biológica de la explotación del hombre por el hombre.

Nótese, además, que los contratos de trabajo impuestos por los sindicatos rusos tienen por principal objeto poner la clase obrera a merced del capital, incluso en lo jurídico, puesto que

¹¹ Durante la luna de miel de las relaciones americano-rusas, hacia el final de la guerra, jefes de los monopolios yankees (entre ellos Jonhston, entonces presidente de la Cámara del Comercio), invitados por Moscú a inspeccionar sus empresas industriales, se hacían lenguas de la «métodos soviéticos» de explotación, que a ellos les impedían aplicar los trabajadores americanos, explicaban a sus interlocutores rusos, que a su vez juzgaban intolerable el impedimento.

«garantizan el cumplimiento y el sobrepase del Plan de producción estatal en cada uno de los establecimientos»¹². Se trata de arrancar a la mano de obra tantos de producción cada vez mayores:

«... Lo principal de las obligaciones contratadas debe ser pedir más a cada obrero. Sin un reforzamiento de la disciplina del trabajo, sin una lucha enérgica contra los transgresores de la disciplina del Estado y del trabajo ótramposos, holgazanesó no puede haber verdadero cumplimiento de las obligaciones establecidas en el contrato colectivo»¹³.

La palabra *contrato* es una marca al hierro candente para cada obrero y para la clase entera. Colectivo o individual, verbal o escrito, «libre» o impuesto sin disimulo, el contrato de trabajo es el garabato legal de su condición de clase esclava, asalariada por el capital. Esa es la definición y los términos mismos de Karl Marx. Bastan de sobra para poner en la picota la superchería de los nuevos explotadores rusos. Ni capital ni salaríato caben en una economía socialista, y por lo tanto el contrato de trabajo, o sea, las condiciones de alquiler de la mano de obra, no pueden realizarse en ella, debido, sencillamente, a la desaparición de las partes contratantes. Los instrumentos de producción dejan de ser capital y la fuerza humana de trabajo pierde su carácter de mercancía en venta. Unidos en una sola entidad económica y social, quedan tan exentos de cualquier obligación contractual como los individuos consigo mismos. El contrato de trabajo ruso se inscribe, por su sola existencia, en los lazos y relaciones sociales características del capitalismo. Pero en sus «innovaciones», particularmente en el odioso papel de comités que los sindicatos desempeñan, se vislumbra el tétrico contorno de una sociedad en degeneración, cuyos déspotas parecen más aptos que quienesquiera otros para quitarle el resuello al proletariado.

En efecto, tales contratos, cuya cláusula principal consiste en sacarle al obrero el mayor rendimiento posible, son elaborados por los sindicatos y tras la formalidad de la aprobación gubernamental ópuesto que inspirados por el gobiernoó, en los sindicatos recae la obligación de estimular el servilismo por la promesa de mejor paga, de amenazar o denunciar a la vindicta de las leyes a los hombres indóciles al cumplimientos de los imperativos de la explotación. La resistencia, no digamos la lucha para ganar más trabajando menos («El derecho a la pereza»), que el movimiento revolucionario mundial ha considerado siempre como un mérito del trabajador y una exigencia del progreso histórico, el gobierno ruso los fustiga con desprecio y los castiga como un crimen, siempre por vía sindical.

Así pues, a ojos del proletariado ruso los sindicatos aparecen como los organismos inmediatamente explotadores y responsables de los servicios característicos de la contrarrevolución. Hay tal cantidad de documentos demostrativos de lo dicho, que llenarían varios volúmenes. Imposible enumerarlos aquí. Pero sí cabe recomendar, a cuantos lo duden,

¹² *Trud*, órgano de los sindicatos, 19 febrero 1947. Citado por S. Schwarz: *Labor in the Soviet Union*: Londres 1953, p 230.

¹³ La revolución de 1917 proyectó y esbozó la desaparición del tabajo asalariado y del capital. Por ello, un crítico reformista de entonces, Zagorsky, definía la economía rusa de la época como «una enorme empresa de beneficencia». A partir de la NEP empieza sin equivocación posible un neto movimiento inverso, que llega a adquirir el carácter de Capitalismo de Estado por virtud de la contrarrevolución stalinista. La sistematización de los contratos colectivos ha sido paralela a la aplicación de los Planes Quinquenales, y la de éstos al reforzamiento del capitalismo estatal, que se pretende definitivo.

comparar textos en mano, los contratos de trabajo rusos, con cualesquiera otros, los de la España franquista incluidos.

Es indudable que una de las grandes debilidades del movimiento revolucionario mundial, causa importante entre otras, de su *exigüedad* presente, reside en no haberse alzado contra tal ignominia. En esta obra basta ampliamente recordar algunos otros rasgos de significación y de alcance no menos reaccionarios. En efecto, las leyes que prohíben a los trabajadores cambiar de patrón sin la autorización previa del patrón mismo (hoy inexistentes en todos los antiguos países capitalistas), que instauran el salario directamente proporcional a la producción de cada obrero, o sea, el trabajo a destajo, sin hablar de las primas por «chivateo» y servilismo; las leyes que castigan mediante multas, suspensión temporal del trabajo, despidos o condena a trabajo forzado los retrasos, las ausencias u otras transgresiones de la «disciplina»; las leyes que transforman en algo honorable y *contante* lo que el pensamiento revolucionario considera avilante y traidor; en suma cuantas leyes constituyen el potro de tortura que destroza el proletariado músculo y mente mucho más que en parte alguna, aparece en el mundo ruso como inspiración y obra de los sindicatos. El poder ruso presenta su imposición policíaca cual si el látigo y la esclavitud fuesen solicitadas y decididos por la clase obrera misma. Por añadidura, los campos de trabajo forzado ó de reeducación, reza el jesuitismo oficialó cementerio de millares y millares de obreros, muy particularmente de los revolucionarios, un procedimiento aposta elegido para rebajar el salario y evitar el paro, son también «instituciones» creadas por iniciativa sindical. Los sindicatos llevan parte en los beneficios, junto con el Estado y el instrumento predilecto de este: la policía.

Podría *argüirse* que los sindicatos, como nadie ignora, no actúan en Rusia por iniciativa propia. No por ello es menos completa su descalificación desde el punto de vista de los asalariados. La experiencia mundial indica, desde fecha lejana, que en su estructura orgánica y en su *función* tocante a la clase obrera, algo pre-existía en ellos de propicio a su transformación en engranajes del más centralizado y el más absoluto de los capitalismo. Sí, los sindicatos rusos obedecen ciegamente las órdenes del gobierno, no son sino despreciable instrumento del mismo; pero los propios dirigentes sindicales integran las más altas jerarquías del Partido y del Estado, y por lo tanto son copropietarios del capital anónimo, al mismo tiempo que dirigentes «obreros». Jamás sindicato patronal alguno imaginó aherrojamiento tan cabal de la clase trabajadora entera.

La función sindical se confunde por completo en Rusia con la función explotadora del capital, sin excluir su aspecto policíaco. El sindicato es al mismo tiempo patrón, contramaestre y gendarme. Representa en cada fábrica, en triunvirato con el director y los técnicos ó todos miembros distinguidos de la célula del Partido y del sindicatoó lo mismo que representaban los consejos confidenciales hitlerianos (Vertraunsrat). La fusión completa del capital y del Estado-Partido suprime la más leve autonomía sindical, desapareciendo por consecuencia incluso la limitada posibilidad de reivindicación dentro del capitalismo, que fue la actividad única de los sindicatos. Para el proletariado ruso no es ya cuestión de aprender esa noción, porque lleva decenios padeciendo sus terribles consecuencias.

En la trayectoria de la sociedad rusa hay una ruptura neta entre el período soviético y el período sindical. Los soviets fueron organismos representativos de los trabajadores, ejecutores de su mandato y de la revolución. Los sindicatos son meros organismos de regimentación, ejecutores de las órdenes de la contrarrevolución. Mientras los soviets iban siendo paralizados, hasta ser disueltos, los sindicatos iban cobrando importancia y prerrogativas. Al mismo tiempo,

la burocracia descubría y afirmaba su naturaleza contrarrevolucionaria. El proletariado fue rechazado y amordazado, a tal punto, que en ninguna otra parte ha sido aherrojado de manera tan absoluta como en Rusia. No son, cierto, los sindicatos por sí solos los que han inspirados la contrarrevolución dándole sus cimientos capitalistas. Una y otros proceden de una mezcolanza de intereses e ideales de origen burgués, escoria de la época zarista y del sistema mundial en el seno de la revolución cuya expresión humana fue la alta burocracia administrativa, técnica y política. Lo que podría llamarse burocracia sindical no constituye allí sector delimitado, sino que procede de estas tres categorías, cada vez más confundidas entre sí. No obstante fueron las circunstancias históricas subsecuentes al fracaso de la revolución comunista¹⁴, las que engendraron empíricamente la forma particular de esa contrarrevolución convirtiendo los sindicatos en parte integrante e inseparable de la casta de omnipotentes capitalista estatales que rige la inmensa sociedad anónima falazmente llamada Unión Soviética.

La interpenetración de los sindicatos y de la contrarrevolución rusa no ha sido impuesta por la última ni debida al acoso. Resultó del devenir espontáneo, enteramente mecánico de sus intrínsecas naturaleza respectivas, aunque el gobierno tuviese que asesinar o «purgar» determinados dirigentes sindicales al mismo tiempo que los antiguos dirigentes revolucionarios. No atacaba en ellos sus funciones sindicales, sino su actitud comunista, real o potencial. En cuanto organismos, por su propia conformación, los sindicatos se ajustaban por entero a las miras específicas y a la rutina funcional de la contrarrevolución. Para percatarse bien de ello, basta escrutar a fondo la noción de sindicato.

Un sindicato cualquiera es inconcebible sin la existencia universal del trabajo asalariado que, a su vez, *presupone* la existencia del capital. Mientras este último conservó el aspecto de los propietarios individuales entre sí enfrentados por la competencia mercantil y gubernamentalmente representados por personas o partidos interpósitos, los sindicatos se hallaron en condiciones de regatear, no más, determinadas cláusulas de la explotación.

Su función consistió pues en negociar y reglamentar la venta de la fuerza del trabajo al capital, dicho por lo claro en hacer más llevadera y rentable la explotación de la clase obrera. Pero dicha función, al principio en aparente contradicción con la burguesía, fue haciéndose indispensable y benéfica para el capital a medida de la concentración del mismo. Se convertía en indispensable factor de estabilidad del sistema, y hasta de salvación en momentos de sacudidas políticas o sociales: rebelión obrera, revoluciones, guerras imperialistas.

De ahí la importancia actual en todas partes, de los sindicatos en cuanto estructuras complementarias de la sociedad actual, y por ende aspecto político de su Estado. La misma función que consintió a los sindicatos lucir su máximo de obrerismo constituía su limitación y señalaba su predestinación reaccionaria. En efecto, su presencia y su vida en cuanto cuerpo orgánico, depende por entero de la dualidad capital-salario. La supresión de ésta los aniquilaría de todo en todo y por siempre; por el contrario, pueden inclinar cuanto se quiera del lado del capital sin destruir dicha dualidad, haciéndose, por el contrario, cada vez más solidarios de su mantenimiento. Así, mientras más gigantesca, completa y anónima es la concentración del capital, más claramente se le yuxtaponen los sindicatos y más descaradamente consideran éstos su cometido como determinado por los grandes intereses «nacionales». Tanto, que incluso los líderes stalinistas, occidentales, esos encomenderos del imperialismo ruso, ponen especial

¹⁴ Véase la elucidación de ese problema en mi opúsculo *Partido-Estado, stalinismo, revolución*. (Publicado en el t. 1 de estas O. C.).

prurito en presentar su política sindical como indispensable a la «salvación nacional». Falaces siempre que se dirigen al proletariado, no mienten en eso, que va dirigido en dirección opuesta: Saben que su único porvenir posible consiste en llegar a ser el último baluarte del capitalismo.

Determinados grupos con más humos que penetración, achacan la evidente incompatibilidad de los sindicatos con la revolución a un carácter reformista que en verdad nunca tuvieron, y por otra parte a la supuesta incapacidad del capitalismo hogareño para hacer concesiones al proletariado. Lejos de ello, la causa es esencial, no contingente. Lo que engendra el carácter reaccionario de la organización sindical no es otra cosa que su propia función organizativa. Obtenga o no determinadas mejoras, está directamente interesada en que el proletariado siga siendo indefinidamente proletariado, fuerza de trabajo asalariado, cuya venta negocia ella. Los sindicatos representan la perennidad de la condición proletaria. Es ese requisito de su existencia actual, al mismo tiempo que preparación en Occidente, de su existencia futura. Ahora bien, representar la perennidad de la condición proletaria conlleva aceptar, y de hecho necesitar también, la perennidad del capital. Los dos factores antitéticos del sistema actual han de conservarse para que el sindicato desempeñe su función, de ahí su profunda naturaleza reaccionaria, independientemente de los vaivenes que modifiquen, para mal, para menos mal o para mejor, la compra-venta de la mano de obra, jugarreta clave del sistema capitalista.

El recorrido de los sindicatos y el del capitalismo individual se funde y confunde en la centralización suprema, estatal, del capital y del poder político. La experiencia rusa precisamente, nos mete por los ojos el dicho recorrido sindical ya cumplido. Allí, los sindicatos no conviven con la burguesía inexistente, ya no son vendedores sino compradores de la fuerza de trabajo obrera, como parte constituyente que son, de la depositaria general del capital, que es el Estado. En suma, su función cerca del capital variable (el proletariado) les ha llevado a la copropiedad indivisa del capital constante. El siervo de ayer se ha transformado en señor, meta anhelada de los sindicatos y sus mentores políticos en el mundo occidental.

Todos los sindicatos del mundo Occidental y «neutro», sin excepción, están en trance de pasar de la «libre» concurrencia entre la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo a la fase de regimentación de la oferta por la demanda, o sea, de la clase obrera por el capital monopolista o estatal, monopolio exclusivo. Por vía directa o indirecta, llevan parte en los beneficios capitalistas, las grandes centrales sindicales en particular, y no sólo a través de las subvenciones dadas por sus respectivos Estados. Las excepciones que podrían existir, sobre todo de pequeños sindicatos autónomos, confirman la regla, y no lo son más que en ese aspecto, pues también ellos viven y se nutren de la contraposición capital-salariado. En los propios países atrasados, los sindicatos desempeñan un papel odioso, ora asaldados por el Estado, ora por la burguesía directamente. No es raro ver sindicatos de un mismo oficio competir sin lacha entre sí ofreciendo más baratos *SUS* obreros a éste o aquel patrón, ni tampoco declarar y mantener una huelga por cuenta de alguna compañía que mientras tanto acapara el mercado de la otra. Por repugnante que sea, ese bandolerismo de baja estofa no se distingue en nada esencial del bandolerismo político-social de los sindicatos europeos, estadounidenses, etc.

En fin, la trayectoria completa de los sindicatos la tenemos en Rusia e hijuelas. Fue cumpliéndose al paso de la metamorfosis contrarrevolucionaria del país, hasta dar en su forma actual: los sindicatos copropietarios del capital, dictando *directamente* en nombre de éste, por lo tanto de sí mismos también, las condiciones en que los trabajadores han de venderle su capacidad creadora. Lo económico y lo político se interpenetran como siempre y han terminado allí por fusionar en el más duro de los absolutismos.

Los ejemplos de un sindicalismo de clase que mentes aturcidas podrían objetar, fueron debidos a la influencia de los revolucionarios, y se sitúan sin excepción, en una época (clausurada por la revolución española) que permitía un juego bastante amplio de la lucha de clases circunscrita en el capitalismo. No obstante, los revolucionarios se vieron siempre mediatizados en los sindicatos, cuando no paralizados, por los elementos meramente sindicalistas. Por otra parte, estaba lejos de verse claro que los sindicatos pasarían, de negociantes de la fuerza del trabajo (capital variable) a la de compradores de la misma, en calidad de co-propietarios del capital constante.

En cuanto a los revolucionarios ósemi-revolucionarios para mayor precisiónó que todavía hoy se obstinan en sacar de los sindicatos algún partido, siquiera táctico y limitado con vistas al devenir socialista, se condenan estúpidamente a la ineficacia, o a algo mucho peor: la traición. Las pasadas batallas del sindicalismo francés, español, italiano, etc. fueron inspiradas por tendencias revolucionarias, marxistas o anarquistas, en momentos del devenir social que todavía velaban su incompatibilidad con el sindicalismo. La C.N.T. española nada habría sido sin la F.A.I. (Federación Anarquista Ibérica), a la cual debe sus mejores batallas, y también su fracaso final en inverecundo acople con el stalinismo. El año 1936 señala la bancarrota del anarcosindicalismo español, bancarrota comparable a la de la C.G.T. francesa en 1914. No sólo se sometió en lo esencial a la política stalinista (siempre calificada por éste mismo de salvación nacional), sino que estableció con la U.G.T. un pacto cuya realización hubiese desembocado en el capitalismo de Estado. De tal caída, el anarcosindicalismo no se repondrá jamás. Las corrientes revolucionarias que atraídas por un prestigio ajado pudieren surgir en su seno, deberán poner rumbo hacia otros horizontes si no quieren castrarse.

La experiencia de las colectividades en España, no es sindicalista sino por sus defectos. Se trató de un impulso irresistible surgido de la espontaneidad histórica óúnica realó en suelta tras el aniquilamiento del ejército nacional a manos del proletariado insurrecto. Sindicatos y partidos se hallaron puestos ante un hecho consumado. Otro tanto puede decirse es gran parte de la insurrección contra los militares el 19 de Julio de 1936, y *enteramente de la insurrección de mayo de 1937 contra el stalinismo*, que marca, hasta la fecha, el peldaño más alto de la lucha del proletariado mundial. Cuando, cumplidos ya los *hechos* revolucionarios principales, los sindicatos intervienen, controlan, administran, el retroceso se insinúa yendo de lo imperceptible a lo innegable. La actividad del proletariado en general, de los revolucionarios en particular, retrocede; es el preludio de la derrota de la revolución, a su vez preludio de la victoria de Franco.

Ni atribuir a los sindicatos contenido revolucionario, ni proponerse sacar de ellos partido táctico alguno, ni crear sindicatos nuevos puede redundar hoy en favor del proletariado. Mediante tales tácticas, nadie conseguirá sino desquiciar el espíritu de los hombres que tengan por misión aplicarlas, si es que no los transforman en obtusos burócratas. Los sindicatos están impregnados de las múltiples y potentes fuerzas coercitivas y deformantes de la sociedad capitalista, cuya erosión bate sin cesar los hombres hasta aniquilar y venalizar su espíritu. Tan lejos están de ser modificables en sentido revolucionario, como cualquier otro estamento de la sociedad de explotación. A imagen de ésta, utilizan la clase trabajadora para sus fines particulares, mientras los hombres jamás hallarán modo de adaptarlos a sus exigencias revolucionarias; sólo pueden destruirlos.

Incluso desde el punto de vista práctico, la tentativa de modificación resulta quimérica. La masa de los trabajadores no está ya en los sindicatos, ni siquiera cuando la sindicación es

impuesta. Lleven o no el carnet en el bolsillo, miran con desconfianza creciente a sus respectivos representantes. En los países de mayor experiencia, los obreros no recurren a los sindicatos sino en caso de violación flagrante de los derechos que la ley capitalista les concede, sin que consigan siempre hacerla respetar. Es una formalidad obligada, semejante a la de dirigirse al comisario de policía en caso de robo. Pero saben que es baldío dirigirse al sindicato para luchar contra las leyes capitalistas, sobre todo contra la más oprimiente de todas ellas, porque no legislada, la ley del valor que origina y perpetúa la explotación y la opresión del proletariado.

De ahí la caída vertical de los efectivos sindicales en los últimos años, doquiera la filiación de ellos no es obligatoria directa o indirectamente. En este último caso, el sindicato es ya parte del capital constante, puesto que sólo con el carnet en el bolsillo puede un obrero encontrar empleo. Disfrutando de una legalidad y de una red burocrática particular, los sindicatos no necesitan de la clase obrera sino como elemento dócil de maniobra, y precisamente a fin de propulsarse en cuanto instituciones legales e indispensables a la sociedad en que vivimos. Su vida cotidiana particular y la de las masas trabajadoras, son por entero diferentes, porque diferentes son también sus móviles respectivos. Por ende cualquier trabajo táctico de oposición en su seno revierte en ventaja sindical, inmediata o mediatamente, por mucho que parezca lo contrario a quienes lo promueven.

La opinión de Lenin y de Trotsky sobre las posibilidades de trabajo revolucionario dentro de los sindicatos, al menos mientras no se constituyesen órganos obreros propios (comités, consejos, soviets), fue también la de la Tercera Internacional, recogida después por la Cuarta. Tal proyecto suponía explícitamente un proletariado inexperimentado, poco o nada organizado anteriormente, henchido de ilusiones y aglutinado en masa tras unos sindicatos, cuyo respeto de la democracia en su seno daría pie a los revolucionarios para hacerse conocer, extender su influencia, seleccionar luchadores, derrocar la burocracia sindical. Además de las *ilusiones* de las masas trabajadoras respecto de sindicatos y organizadores pseudo-revolucionarias en general, era premisa clave de tal táctica, la naturaleza constitutiva *de clase*, si no reformista de las mencionadas organizaciones, que entonces estaban interesadas en que menguara la parte capitalista del producto del trabajo. Era el ala izquierda de un sistema que no había alcanzado (o lo parecía) el tope de su desarrollo social, más allá del cual su crecimiento industrial es socialmente deletéreo. Esos fueron los fundamentos de una táctica que críticos sin calado tildan hoy de leninista haciendo de Lenin cabeza de turco. Ni Lenin ni Trotsky han hecho otra cosa, en efecto, que prolongar y glosar lo hecho y lo dicho por el movimiento revolucionario desde el siglo XIX, y por Marx y Engels en persona, amén de la otra vertiente, la anarquista.

No se trata, en ese dominio, de rechazar un leninismo o un trotskismo porque son mero comodín polémico, sino toda la táctica anterior, incluyendo lo dicho por Marx y por Engels, su fuente teórica. Las condiciones históricas y las condiciones concretas que inspiraron tal táctica han cambiado con la modificación del capitalismo. Son las coordenadas de referencia de la revolución comunista las que se han desplazado, y por lo tanto marchan a contrasentido quienes continúan orientándose por las antiguas coordenadas.

La tendencia italiana de Bordiga, otrora criticada por Lenin como ultraizquierdista, hizo acto de contrición en ese aspecto después de la segunda guerra mundial, y desde entonces presenta la mejor argumentación izquierdista en pro de la actividad intrasindical. En su órgano // *Programa Comunista* (26-5-1960) sentencia: «Puesto que todas las condiciones que

engendraron los organismo sindicales siguen presentes, no se ve cómo negar su funcionalidad *en nuestros días* ». Y remite en consecuencia la desaparición de los sindicatos al momento de la desaparición «de las características específicas de la sociedad burguesa», una vez aplanada «la separación de los productores respecto de los instrumentos de producción».

Se trata de una escapatoria doctoral más bien que de un argumento. Lo que se puede reconocer en ella de veraz, rebota contra la pretensión de cualquier actividad revolucionaria en los sindicatos. En efecto, si se entiende por condiciones que engendraron la compra por los acaparados de los instrumentos de trabajo, de la fuerza humana de riqueza y vida, o, de manera más general, las relaciones sociales propias del capitalismo, entonces se reconoce implícitamente que los sindicatos constituyen un sólo cuerpo orgánico con esas mismas relaciones, de las cuales son mero mecanismo de servidumbre, que *sólo con ellas y para ellas* subsisten. A partir de ahí, una funcionalidad sindical útil a la revolución es tan impensable como si se tratase de la funcionalidad de la bolsa de valores. También en los sindicatos es cuestión de valores, por lo menos, y en espera de intereses de mayor monta, de valores en el terreno de la trata y contrata del trabajo asalariado, no sin relación con dividendos y cotizaciones en bolsa.

Mas a tales condiciones de funcionamiento de los sindicatos es preciso añadir otras, de casualidad más inmediata y netamente delimitadas en el tiempo no menos que en el espacio. El revolucionarismo bordiguista es demasiado conservador para contar con ellas. La invariabilidad del marxismo por él defendida es falsa, pero le sirve como a todas las ortodoxias, para amarrarlo al pasado e innovar sólo en lo indispensable a su retención en el pasado. Así, baja furibundo los ojos ante dos hechos de evidencia abrumadora.

Primero: La antigua positividad de los sindicatos, *lo que en verdad los engendró*, fue el período ascendente de la civilización capitalista cuya libre concurrencia, comprendida la concurrencia en el mercado de la fuerza de trabajo, consintió a la clase trabajadora obtener, siquiera lucha mediante, las mejoras compatibles con el sistema; sin salir pues de su condición de clase atada corto por la presencia de los instrumentos de trabajo como capital.

Segundo: El gigantismo y la concentración del capital en grandes trusts internacionales, o un trust estatal exclusivo de cualquier otro, imponen a los sindicatos, por simple necesidad de conservación, por imperativo funcional, adaptarse a las condiciones del mercado, no ya libre, sino dirigido, despótico, malthusiano incluso. Llegados a tal punto, los sindicatos, se convierten en organismo indispensables a la acumulación ampliada del capital, en espera de ser copartícipes de la misma. Su naturaleza reaccionaria es pues absoluta, no ya tan sólo por relación a las posibilidades históricas, cual en otro tiempo.

Se sigue rigurosamente que las condiciones originarias de los sindicatos han dejado de existir, mientras que han aparecido otras condiciones de su existencia actual y o futura que lo sitúa de lleno en el polo capitalista de la sociedad, frente al polo proletario. Quienes a estas alturas siguen hablando de su doble naturaleza han perdido toda capacidad de interpretación crítica y abismándose, ellos, sí, en la antigua doble naturaleza de los sindicatos.

En fin, la escapatoria consistente en obviar la desaparición de los sindicatos hasta esfumación de los vestigios capitalistas, por tanto hasta la plena floración del comunismo, aventaja la tendencia al capitalismo de Estado, ingénita al sistema. Está implícita en esa concepción misma, puesto que presupone la continuación del trabajo asalariado durante un plazo más o menos largo después de la revolución. Al contrario de lo que Bordiga y tantos otros columbran, la desaparición del proletariado no puede ser asociada a la de toda violencia social;

menos aún la desaparición de los sindicatos, que ha de ser previa a la del proletariado, y una de sus principales condiciones.

La crítica revolucionaria de los sindicatos, a semejanza de la crítica de la sociedad capitalista, desdeña factores contingentes y tácticos, inspirándose únicamente en nociones fundamentales y estratégicas. Hasta el segundo decenio del siglo XX tales factores, aunque esbozados ya, no aparecían con nitidez. Ninguno de los teóricos revolucionarios los ha tenido en cuenta. Ni Lenin ni Trotsky, ni siquiera Gorter, Pannekoek o Korsch. Su izquierda germano-holandesa no rechazaba los sindicatos sino debido a particularidades de la situación en Alemania, sin ver tampoco lo fundamental. Ese fallo general, y conservantismo de los revolucionarios posteriores mediante, ha impedido poner al desnudo la naturaleza de los sindicatos y dejando a éstos vía libre para constituir los potentes aparatos de regimentación del proletariado de que disponen hoy.

La famosa polémica sobre los sindicatos entre Lenin, Trotsky y Tomsy, al principio de la revolución rusa, así como la de Lenin y la Izquierda germano-holandesa, encuentran su resolución, por ninguna de las partes señalada, en la tesis principal aquí sustentada. A saber, que los sindicatos no son en manera alguna una izquierda obrera, o siquiera democrático-burguesa del sistema capitalista, y tampoco una clavija meramente auxiliar del mismo, sino componentes fundamentales de él, *de su relación social capital-salariado*, cuya importancia se agranda y afirma al paso de la acumulación ampliada del capital. Por lo tanto, están indiscutiblemente ligados al devenir totalitario y decadente de la misma. Sindicatos y revolución han venido a ser tan opuestos como explotación y comunismo¹⁵.

Hace un siglo bien largo que Marx reprochaba a los sindicatos restringir sus reivindicaciones a problemas de salario, horas de trabajo etc., ciscándose en cuanto es susceptible de llevar a la abolición del trabajo asalariado, clave de la del capitalismo. Marx sería hoy tachado de pequeño-burgués igualitario por los secuaces de Moscú, y de tarambana ultra-izquierdista por quienes siguen viendo algo positivo en los sindicatos y en sus mangoneadores políticos. Y no contemplaba él dicha abolición en lontananza después de la revolución, sino como su correlativo, y en cuanto motivación de ella, la lucha directa por las diversas medidas que la integran.

En nuestros días, ya se ha visto en el curso de este trabajo, los sindicatos constituyen un baluarte frente la revolución comunista. Su papel en la economía es comparable al de las corporaciones durante la época manufacturera. Con una importante salvedad, sin embargo: mientras estas últimas se revelaron inadaptables a la gran evolución positiva industrial, los sindicatos se amoldaban también a la forma más absoluta de capitalismo la forma estatal ó involución decadenteó, que considerándola conscientemente como la suya, preparan al proletariado para aceptarla como socialismo. Su destino está decidido. Con el capitalismo perecerán o con él llevarán el mundo a la barbarie.

Los sindicatos no sirven ya tan siquiera para mejorar la situación de la clase obrera dentro del capitalismo, pues sus reivindicaciones les son directamente inspiradas por la acumulación ampliada. En rigor, no son tales reivindicaciones, sino acomodos del proletariado a los requerimientos de la economía capitalista. Cada huelga planteada o resuelta por los sindicatos

¹⁵ *L'Usine Nouvelle*, revista del gran capital francés, representaba el éxito del plan de producción, no mucho después de haber sido escrito este texto, por una figura alegórica en que el Estado, la patronal y los sindicatos aparecían sólidamente enlazados.

agrava la sujeción de los trabajadores respecto de la explotación. Así es incluso cuando para cercenar un movimiento amenazador o revolucionario, negocian determinadas concesiones¹⁶. Por sí mismos, sin ninguna intervención sindical, los trabajadores en huelga obtendrían más del capital, y sobre todo sus luchas se transformarían libremente en luchas contra su condición de fuerza de trabajo explotada. A falta de ésta, es evidente, no puede haber emancipación del proletariado ni de la sociedad en general.

Frente a una explotación acentuada por la técnica, las horas extraordinarias, la cronometración, el salario base y los destajos, cuando no por la automatización, es imperativo reivindicar cuanto apunta a la supresión del capitalismo como sistema de producción y de organización social, como tipo de civilización. Todo ello se resume en la supresión del trabajo asalariado, pero se desdobra en diversos aspectos, a cada uno de los cuales precisase ajustar la medida o reclamación correspondiente. La reducción de la jornada de trabajo al mínimo posible por la técnica, la supresión de horas extraordinarias, primas, cronometraciones, sin disminución de ingresos; el trabajo para todos y la incorporación a las actividades indispensables a la producción de cuantos (millones de personas) desempeñan «trabajos» parasitarios, inútiles socialmente, criminales, son aspectos de la lucha contra la esclavitud asalariada, que el proletariado, dueño de economía y poder, debe poner en práctica y desarrollar hasta sus últimas consecuencias, comprendida la enseñanza técnica y superior gratuita y universal. Complemento indispensable de tales reclamaciones debe ser la negativa a realizar cualquier aumento de la productividad débase al esfuerzo humano o a la técnica del que no beneficie integralmente la población trabajadora. Tal aspecto de la supresión del asalariado no sólo comporta un inmenso potencial de movilización contra el capitalismo, sino que prefigura la forma ordenadora de la sociedad postrevolucionaria, hasta el comunismo pleno. Al par de ella se presenta, neta, la necesidad de no dejar piedra sobre piedra de la sociedad de explotación y de organizar la vida humana en forma comunista.

Políticamente, es indispensable imponer la plena libertad en los lugares de trabajo. Hay que rechazar todo reglamento interior no establecido por delegados directos de los obreros y por éstos discutido y aprobado en asamblea. Lo mismo cabe decir para los ritmos de trabajo y para cualquier conflicto actual o futuro. En lo inmediato incluso, y mientras sea indispensable a los trabajadores tratar con el capital, ellos mismos deben decidir del cuando y el como, con exclusión de los sindicatos. Las llamadas huelgas salvajes, únicas que hoy merezca el nombre de huelgas, señalan el camino siempre que no se dejen domar por los sindicatos.

En todos los problemas que conciernen a la clase obrera, la exclusividad sindical representa una intervención exterior, procedente del enemigo de la clase de manera directa o apenas disimulada. Cada obrero debe tener el mismo derecho de intervención, discusión, voto y representación, sin necesidad de filiación sindical u otra. Jamás podrá afirmarse la soberanía de la clase mientras los sindicatos estén de por medio. Su eliminación aparece indispensable al libre ejercicio de la democracia obrera y pre-requisito *sine qua non* de empresas mayores.

¹⁶ En Junio de 1936, en Francia, las 40 horas semanales de trabajo y las vacaciones pagadas fueron decididas para impedir una acción revolucionaria decisiva. En la España roja de 1936-37, el control obrero y la nacionalización sirvieron para expropiar a la clase trabajadora y decapitar la revolución. En Francia otra vez en Mayo 1968, un aumento de los salarios e imposición sindical mediante, desvió a la clase obrera de una reanudación de la actividad productiva determinada por y para sus propias necesidades, es decir socialista. Por segunda vez en un sólo país, los sindicatos y sus dirigentes políticos conseguían retener al proletariado y salvar el capitalismo de una muerte más que posible.

Sobre la base material creada por la expropiación de los apropiadores diversas corrientes políticas podrán competir lealmente por la mayoría, pero ninguna por muy revolucionaria que sea, cualquiera haya sido su papel, se identificará con la revolución y menos con la sociedad post-revolucionaria en plena organización del comunismo. Por el contrario, la gestión sindical de la economía se identificaría con la del Estado y perpetuaría, adentrándolas, todas las lacras de la explotación. No sería diferente del sistema regido por el Partido-Estado en Rusia y demás países imitadores, China y Cuba comprendidas.

Los graves problemas que la situación actual del mundo plantea, desde la hambruna endémica en numerosos países, hasta la amenaza cotidiana de holocausto general, y la dilapidación de riquezas colosales que comporta, son un voto inapelable contra los sindicatos, vale decir, también contra los partidos que los dirigen, los utilizan o piensan utilizarlos. No sólo han impedido ellos que el proletariado los resuelva rebelándose contra el sistema social que los engendra, sino que contribuyen a exacerbarlos junto con las demás instituciones, castas parasitarias y clases dominantes del sistema mundial. Basta verlos repartidos según la línea divisoria de los bloques imperialistas, para no tener dudas sobre su naturaleza esencial. Y bien, para cada uno de esos problemas, que son también los de la abolición del trabajo asalariado, el proletariado debe afrontar una respuesta, una postulación, una consigna. Hacerlo es levantar el estandarte de la rebelión contra sindicatos y partidos pseudo-obreros, contra la sociedad de explotación. Por sí solas, las tres categorías de problemas mencionados prueban a saciedad el papel reaccionario de los sindicatos y la imposibilidad, para la clase trabajadora, de dar un sólo paso adelante sin topar de frente con ellos. Su aptitud (hoy necesidad) para ajustarse al devenir del capitalismo ha sido ignoradas por los teóricos más lúcidos. Con una sola y notable excepción, la de un hombre casi desconocido todavía, Daniel de León, cuyo pensamiento se ha revelado premonitorio. Desde los primeros años del siglo XX, Daniel de León comprendió que sindicatos y partidos dichos obreros celaban una grave amenaza contrarrevolucionaria. La obra que teoriza sucintamente sus observaciones debiera ser mediata por todos los revolucionarios¹⁷.

De León no es uno de los tantos analistas dicharacheros y huecos, que paradean por grupos y partiditos. Sus estudios son impresionantes síntesis históricas, y en su voz resuena la pasión revolucionaria. Basándose en el decurso histórico de la civilización greco-romana, y contemporáneamente en los hechos y fechorías de los sindicatos (Trade-Unions) americanos y británicos con sus mentores laboristas, Daniel de León predice que la victoria de tales organismos asestaría un golpe mortal a la revolución socialista. He aquí algunas de sus palabras:

«Los líderes obreros actuales constituyen una posición encubierta, un punto estratégico y una fuerza que apuntalan el edificio capitalista, y su verdadera naturaleza no puede dejar de producir una desastrosa desmoralización en la clase obrera».

Compara los líderes obreros y *SUS* organizaciones a los Tribunos de la Plebe en la antigua Roma. Así como éstos utilizaron pérfidamente la plebe ó a la cual no pertenecían sino formalmenteó para acceder al rango de la clase patricia y disfrutar de sus derechos sin conceder nunca a las masas desposeídas sino algunas migajas, los líderes obreros modernos y *SUS* organizaciones se sirven del proletariado para consolidar sus posiciones económicas y políticas dentro del sistema de explotación existente:

¹⁷ *Two Pages from Roman History*. I - Preb Leaders and leaders. II - The Warning of the Grachi. New York 1946. (Existe versión española en Muñoz Moya editores con el título *Dos páginas de historia romana*).

«De igual manera que los tribunos de la Plebe, los líderes obreros son hombres «*prácticos*», de lo que envanecen; no albergan «ilusiones», no corren tras el Arco Iris...».

«A semejanza de los Tribunos de la Plebe en Roma, y a menos de hacerles frente (...) los líderes obreros anularán, ciertamente, todas las posibilidades de salvación de esta época; transformarán en lo contrario «*los hechos de mayor energía y alcance*», hasta hacerles perder el nombre de hechos».

La pertinencia de la comparación entre los Tribunos de la Plebe romanos y nuestros burócratas sindicales y políticos cobra todo su valor observando el papel desempeñado en el curso de la historia de Roma por el partido dicho de la Plebe. Surgido en la época de los Tarquinos, en aparente irreductible contradicción con la clase dominante, la de los Patricios, va adquiriendo importancia y conquistando posiciones durante la República. Mas no fue en beneficio de la Plebe, de la masa pobre libre o esclava, sino de los privilegiados y nuevos ricos que la representaban oficialmente y que no entraban en la categoría plebeya sino por atavismo de las leyes. César y Augusto, los fundadores del Imperio, recurren sin lacha a la superchería de decirse originarios o partidarios de la Plebe. Su victoria, punto culminante del partido de los Tribunos de la Plebe, aniquiló por siempre la perspectiva de una revolución social plebeya. Los usurpadores de la representación de los desposeídos y esclavos reemplazaron en general a la antigua clase patricia, y lejos de abrir camino a un tipo superior de sociedad prolongaron la decadencia del mundo antiguo, hasta su descomposición definitiva.

A despecho de las grandes diferencias, tanto estructurales como de cultura y perspectivas posibles, entre la civilización greco-romana y la civilización capitalista, la analogía entre los Tribunos de la Plebe y los líderes dichos obreros en nuestros días es muy estrecha. Díganse éstos comunistas, socialistas o apolíticos, en su fuero interno y por vil interés están colocados al margen del proletariado y contra él. En efecto, a la contradicción principal del capitalismo, a él inmanente, de él inseparable hasta la supresión del sistema, los líderes pseudos-obreros han substituido otra contradicción, no ya inesencial o secundaria, sino mucho peor que eso: una contradicción que el propio capitalismo debe sobrepasar para afirmarse, cuyo sobrepase *convierte en indispensable a esos líderes con sus organizaciones, y excluye* por su propia naturaleza cualquier intervención anti-capitalista de los trabajadores mismos.

Véase la burguesía y el proletariado son el sustento humano, la imagen antropomórfica de la contradicción social entre capital y trabajo asalariado. Esa contradicción es irreductible, salvo por la supresión del capital, hecho que debe suprimir simultáneamente el trabajo asalariado, o sea la explotación. Ahí finiquita el capitalismo y emprende su vuelo la revolución comunista; desde ahí se atalaya el horizonte sin fin de una civilización sin clase ni Estado.

La mente de los presentes líderes obreros, el carácter mismo de sus organizaciones, son de todo en todo incompatibles con la solución de tal conflicto. No se plantean ellos ni se esfuerzan en resolver sino la o las contradicciones implícitas en el devenir funcional del capitalismo. En primer lugar la contradicción entre capitalistas privados o entre trust, que se expresa en la «anarquía» del crecimiento del capital, la concurrencia, las crisis cíclicas de sobreproducción. El todo exige cada día más imperiosamente una reglamentación (plan), desde la mano de obra empleada o en

paro, hasta las inversiones del capital. Ahí está el punto de concordancia y de junción entre los líderes «obreros» y el gran capital, la indispensabilidad de los unos respecto del otro en abstracto, y al cabo, la captura por los líderes «obreros» del capital en un monopolio nacional o multinacional, según su pujanza.

Dicho de otro modo, lo que contemplan y quieren sobrepasar los tales líderes, son las dificultades que el sistema encuentra en su marcha a la suprema concentración, en manera alguna las que el capitalismo opone a la marcha de la humanidad hacia el comunismo. Ahora bien, en la concentración de los instrumentos de producción en un solo monopolio del Estado, califíquese éste cómo se calificare, el factor trabajo, del cual dependen consumo, libertad, cultura, la vida entera de todos los humanos, aparece como un elemento tan sujeto a las exigencias del capital dirigido como el mineral de hierro, el petróleo, el trigo o cualquier materia, prima o elaborada. La explotación de la burguesía y de los trusts no comporta en ese caso la del capital, ni la desaparición del proletariado. El primero se afirma, y reafirma su imperio y su absolutismo político sobre el segundo. Porque el capital es función social, no un propietario. Desencarnándose, haciéndose pura función anónima acabala su opresión del hombre y se atraviesa en su camino con fuerza contrarrevolucionaria nueva y al principio más engañosa. Así la representación puramente antropomórfica del capitalismo (burguesía-asalariados) presta a los líderes políticos y sindicales el enorme servicio de disfrazar la nacionalización del capital privado y de los trusts como supresión del capital en general, y el capitalismo de Estado como socialismo. Tienen consciencia, gracias a la obra de la contrarrevolución stalinista y en buena parte a la de las Trade-Unions yankees y británicas, no sin reflejos en Europa occidental, de que cuanto más completa sea la concentración del capital, mayor será el aumento de los beneficios a embolsar; y su prepotencia política. En cualquier industria nacionalizada los jefes sindicales tienen ya tanta o más importancia que la disposición designada por el Estado¹⁸.

El aspecto más amenazante de tal tendencia de los líderes «obreros», proviene de que coincide por entero con la ley de concentración de capitales congénita al sistema, sin excluir la multiplicación de la violencia policíaca a ella aneja, la ley que llegará a su entero cumplimiento si no la quiebran antes sus víctimas. Pese a todo no son gravemente peligrosos sino por la pasividad y la mistificación del proletariado, a la cual contribuyen cuantos se aferran a nociones añejas. Runroneándolas cual letanía monjil, se esterilizan a sí mismos cuando no arriman el hombro, en la práctica, a la concentración del capital. Incluso aquellos que denunciando los sindicatos como organismos reaccionarios creen poder hacer algo positivo en su seno, tramposan con sus propias ideas. Los resultados que pudieren obtener mediante su «elasticidad» táctica, los recogerán, llegado el momento, no ellos sino los líderes sindicales y políticos. Porque no puede emprenderse nada, absolutamente nada de revolucionario sin hacerles frente en todos los terrenos, ideológico, práctico, táctico y estratégico.

Basta mirar en torno para percatarse de que la necesidad humana de una transformación social completa choca simultáneamente con los líderes «obreros» y el

¹⁸ 1. El verdadero mandamás de las fábricas Renault ódecía Le Monde en un pronto de sinceridad es el líder del sindicato mayoritario, el de la CGT-PC.

capitalismo, y de que a su vez, ese choque ofrece un terreno ilimitado a la actividad revolucionaria. Para nada le sirven a la humanidad la propiedad de Estado ni los planes tecnocráticos de producción, que no pueden ser sino de explotación y de guerra. La crisis que padece la civilización actual no hallará solución mientras la actividad económica entera no vaya orientada, sin venta previa, al consumo de todos, desde lo ramplonamente estomacal, hasta lo científico y lo poético. Sin que todos y cada uno de los individuos estén en condiciones, por el simple hecho de su existencia, de utilizar según su albedrío bienes materiales y espirituales por igual, no podrá surgir otra civilización y actual proseguirá su destructora decadencia. Es el mercado de dichos bienes, la venalidad característica del sistema, lo que origina la insatisfacción de la inmensa mayoría, cercena su relación posible y engendra, por añadidura, el totalitarismo policíaco y cultural que presenciamos. Sólo atacándolo de lleno, la expropiación de la propiedad privada, de trust o estatal, acarreará la desaparición de una clase que no consume ni respira sino a prorrata de su salario.

Así pues, es el polo *trabajo asalariado* el que se precisa suprimir, condición y demostración de la muerte del capitalismo y del desbanque de los explotadores, sean burgueses o burócratas de cualquier especie. Por ende, la planificación económica revolucionaria tiene que establecerse en función de datos no mercantiles ni militares. El verdadero aspecto antropomórfico del problema es la desaparición del trabajador asalariado, que ofrecerá al hombre la posibilidad de regir su propio destino. Substituyéndole la desaparición de la burguesía y de los trusts, los líderes «obreros» sindicales y políticos nos deparan el antropofornismo falso de las religiones, el Plan de Producción en lugar de Dios, hacedor y juez de los hombres, ellos por sacerdotes y esbirros.

Que los obreros expulsen de las fábricas y organizaciones profesionales a los representantes sindicales y los Thorez, los Nenni, los Carrillo y los Reuther actuales o futuros, el Vaticano agazapado tras los sindicatos cristianos, se verán paralizados y puestos en la picota. La clase obrera recuperará su libertad de acción y de pensamiento, hasta encontrarse pronto en condiciones de trastocar de abajo arriba la sociedad. Entonces tomará el vuelo necesario para arrancar la humanidad al lodazal en que patochea.

PARO OBRERO Y SINDICATOS EN EUROPA

(ALARMA, segunda serie, nº 7, mayo 1965)

Desde que el año pasado se inició en Italia una baja cuantiosa de la actividad industrial, la misma mengua ha ido extendiéndose a Francia, y en menor grado a Inglaterra y Alemania. No se trata de una de las conmociones o crisis que en el pasado han sobrecogido periódicamente el capitalismo; dicho con mayor precisión, es un fenómeno de igual naturaleza y consecuencias, pero en pequeñas proporciones y no mundial, sino geográficamente limitado. Se trata de una disminución del ritmo de crecimiento industrial, de lo que los revolucionarios llamamos la acumulación ampliada del capital. Bien entendido, en ninguno de los países citados ha habido

reducción del capital anteriormente acumulado, sino de las inversiones entre los dos últimos balances económicos, o sea, entre la inversión global anterior, la producción mediante la mano de obra explotada, la venta de las mercancías producidas que da por resultado un capital mayor y el *monto* de nuevas inversiones de éste, que cierran cada ciclo económico abriendo otro.

Las repercusiones de ese torpor del capitalismo europeo está sufriendolas el proletariado de diversa manera y desde sus primeras manifestaciones: disminución de paga por disminución de horas de trabajo, despidos, cierre completo de algunas industrias, suspensión temporal del trabajo en otras, y claro está, la estancación de los salarios, recurso omnivalente del capitalismo para todos y cada uno de sus padecimientos. Las estadísticas oficiales, tan parlonas cuando se trata de timar a la gente con los milagros del desarrollo italiano, francés, etc., se muestran ahora renuentes a explicar todas las cifras. Es evidente, sin embargo, que el paro completo o parcial y la disminución de paga por diversos conceptos, afectan a centenares de miles, tal vez millones de trabajadores en los varios países.

Esa situación, frente a la cual la clase obrera debiera revolve enarbolando un programa de medidas socialistas, ofrece por el contrario, ocasión a los sindicatos de apaciguar el proletariado y ofrecerse al capitalismo para facilitarle la superación de *SU CRISIS*. En Inglaterra, los sindicatos constituyen ya, con el gobierno del «socialista» Wilson, el organismo impositivo principal del plan de «austeridad» (entiéndase, de bajos salarios y carestía de la vida), mientras las huelgas declaradas por los obreros sin aprobación sindical son desde hace años ilegales. En Italia y Francia, los sindicatos declaran huelgas de 24 o 48 horas haciendo imposible una lucha por reivindicaciones serias y de tiempo ilimitado. El objeto real de sus vergonzosos procedimientos es hacerse útiles al capitalismo nacional. *L'Unità*, órgano central del stalinismo en Italia, lo dice por lo claro al mismo tiempo que sus colegas franceses acuden a audiencia con de Gaulle: «La Confederazione Generale Italiana del Lavoro está también dispuesta a frenar su propia política reivindicativa para permitir encontrar una salida a la crisis». Y con tal finalidad se declara dispuesta a tomar parte en la programación de trusts y gobierno, como puede verse en la edición de dicho periódico del 10 de marzo. En cuanto a la sindical stalinista francesa, ya ha participado en el plan capitalista junto a las demás centrales.

Es evidente que mientras el proletariado no rompa con los sindicatos, y ante todo con los partidos que los manejan, seguirá siendo carne de explotación. Es obligación de los revolucionarios impulsar al proletariado a esa ruptura, mediante la organización directa, por el proletariado mismo, de las luchas económicas y políticas. En lugar de reivindicaciones defensivas que incluso conseguidas aventajan al capital, hay que poner en juego consignas ofensivas, únicamente aquellas que, aplicadas y desenvueltas, encaminen hacia una economía no capitalista. Por ejemplo: ningún despido, sino incorporación al trabajo de cuantos lo necesiten, con semana laborable de 30 o 35 horas máximo y a partir de ahí disminución proporcional al número de hombres y a la eficacia instrumental; supresión de primas y horas extra, incorporando su importe actual a la paga ordinaria. Frente a la carestía de la vida y a la apabulladora acumulación ampliada del capital, se impone incitar la clase obrera a negarse a todo aumento de la producción cuyo valor no sea íntegramente percibido por ella, proceda de donde procediere. Así mismo, se hace indispensable negar rotundamente al capital la facultad dictatorial que se toma, so capa de organización o de reconversión, de desplazar a su guisa los trabajadores dentro de una empresa o de una industria a otra. Los planes del capital exigen cada día más medidas de ese género, preuncio del trabajo forzado. Lejos de combatirlas, los

sindicatos están pidiendo participar en ellas, ya participan directamente en algunos casos e indirectamente en todos.

En el mencionado último aspecto de la economía mundial se ve con mayor nitidez que en otros hasta qué punto los sindicatos han venido a ser parte integrante de la sociedad actual; dicho con mayor precisión, hasta qué punto son hoy el mecanismo de imposición a la clase obrera de las exigencias de la acumulación ampliada. Resulta cada día más palmario que el poder de los explotadores y los sindicatos constituyen una unidad binaria, cuya base estructural es la unidad binaria elemental capital-salariado. Ahora bien, la sublevación del proletariado contra el capital es ante todo una sublevación contra su propia condición de asalariado. En ese empeño, el sindicato será negado y anulado junto con el capital.

SINDICALERÍAS O LA VOZ DE SU AMO

(ALARMA, segunda serie nº 8, diciembre de 1965)

Sabido es, al menos por las minorías revolucionarias, que las dos grandes formaciones sindicales internacionales hoy existentes ocupan en el mapamundi las mismas posiciones, sobre poco más o menos, que los dos bloques imperialistas. La movilización del proletariado por encima de las patrias, y con mayor razón por encima de las querellas interbloque, les es totalmente ajena, pues la organización sindical se ha convertido en parte adyacente de cada capitalismo nacional, al cual está reciamente amarrada por intereses y por la mentalidad de sus direcciones.

No tiene nada de extraño, en consecuencia, que dentro de cada bloque la central sindical respectiva refleje las contradicciones internas del mismo y se resquebraje o se jaspee con camaleónico mimetismo, siempre a merced de aquéllas. Así, dentro de la Confederación Internacional de Sindicatos libres, la AFL-CIO, sombra del imperialismo yankee, se comporta como primera potencia y actúa en consecuencia, sin contar con los organismos internacionales, mientras otras centrales nacionales procuran servirse de los fondos de la C.I.S.L. de la manera más útil a su propio gobierno o imperialismo subsidiario. Cada uno está atento a la voz de su amo. En consecuencia, la AFL-CIO, por boca de su primer burócrata, Meany, amenaza cerrar el portamonedas y hacer ella de *sus* dólares lo que le pete. Se trata, para la AFL-CIO, de gastar conforme a la política de Washington el tesoro de la C.I.S.L. al cual ella ha contribuido con tres milloncejos de dólares en dos años. Son las maniobras y golpes bajos de la OTAN, a nivel rastacueros.

Sin dar cuenta a nadie más que a Washington, la AFL-CIO gasta muchos millones anuales en promover sindicalmente los intereses de su imperialismo en cuantos países puede. Más de un fajo de billetes se ha perdido tras los Pirineos y seguirán perdiéndose otros para servir de argamasa de futuros sindicatos libres. Pero España es minúscula parte comparada a los manejos sindicales estadounidenses en otras zonas del mundo, particularmente en América Latina y África. La AFL-CIO tiene su State Department privado, que dirige un experto en manejos ocultos, Jay Levestone, furibundo stalinista hace años. En colaboración directa con representantes de su gobierno, ese departamento despliega en América Latina y África una

doble actividad: cerca de los líderes sindicales, maleables como la arcilla, y también fundando establecimientos de enseñanza profesional, no sin catecismo de barras y estrellas.

La Federación Sindical Mundial (FSM), por su parte, vive días aciagos. Son sus sindicatos nacionales más importantes, los de los países en que gobierna el stalinismo, donde la filiación es obligatoria y el papel de los sindicatos forzar al máximo la productividad de los obreros. La lucha de intereses entre Rusia y China, incesante aunque por momentos sea silenciosa, repercute en la FSM con la brutalidad característica del stalinismo. Cada reunión es un altercado entre rusos y chinos, espectáculo poco edificante para las clientelas tan cortejadas del Tercer Mundo. Sin más, China ha dejado de cotizar al fondo internacional y opera por su cuenta, de manera que los líderes sindicales más o menos abocados con su Federación Mundial, en Asia y África sobre todo, se ven agasajados o subvencionados a porfía desde Moscú y desde Pekín. Por añadidura, y aprovechando la trifulca, Rumanía y Cuba hacen pinitos de independencia, mientras las centrales stalinistas italiana y francesa se esfuerzan en obtener permiso para unirse a las otras centrales sindicales del Mercado Común, lo que no va para ellas sin ventajas, incluso económicas.

Mientras tanto, en el terreno vivo de la lucha de clases los sindicatos hacen rendir armas al capitalismo en todas partes. Si en los países del Este aprueban la intensificación de las normas de producción, el alza de los precios y el encadenamiento del obrero a la fábrica, en Inglaterra un congreso de las Trade Unions ha aprobado la política de restricción de salarios para favorecer la capitalización, mientras una conferencia del Labour Party aprobaba la legislación contra las huelgas salvajes, es decir, las declaradas sin autorización sindical. En Alemania, la D.G.B. hace otro tanto sin tomarse siquiera la molestia de poner el problema a debate, al mismo tiempo que las centrales francesas e italianas, stalinistas o no, se ponen a disposición de los dirigistas gubernamentales para facilitar la solución al mal paso que atraviesan los negocios capitalistas.

Ese sindicalismo pseudo libre es el que nos invitan a imitar los grandes partidos españoles que tienen constituida la Alianza Sindical. Todavía una resolución política del reciente congreso de U.G.T. celebrado en Toulouse, propone este objetivo: «...elevar el nivel de vida del pueblo y estimular el progreso hasta colocar nuestro país, por lo menos, al nivel de los países europeos a los que necesariamente habrá de ingresarse desaparecido el régimen totalitario que lo imposibilita» (Le Socialiste, 12-7).

Para ese viaje cualquier alforja vale, incluso la del Opus Dei. No se trata de administrar el capitalismo en sentido occidental como se proponen los partidarios de Alianza Sindical, ni menos en sentido oriental, sino de hacerle morder el polvo, como se hizo en 1936, pero rematándolo esta vez.

DEMAGOGIA UNITARIA Y UNIDAD DE CLASE DEL PROLETARIADO

(ALARMA, segunda serie, nº 18, julio 1971)

Entre los innumerables tópicos manidos que botan y rebotan de una organización a otra, de un texto obrerista al siguiente texto, ninguno engaña tanto como el de la unidad. Oportunistas y fraseólogos, demagogos y burócratas arrellanados en sus enchufes, alquilones y enemigos

apenas encubiertos del proletariado, sírvense del tema como de un recurso seguro para causar efecto y tapar con él lo que les conviene. Y mientras más se trata de grupos de intereses político-sociales adosados al capitalismo, mayor estridencia ponen en acusar a los opositores de escisionistas, autonombrándose ellos campeones de la unidad de la clase obrera.

A la última categoría pertenecen ante todo los partidos stalinistas y *SUS* sindicatos, yéndoles no muy en zaga las Trade Unions de Inglaterra y Estados Unidos, la central sindical alemana, los sindicatos social-demócratas y cristianos en cualquier parte, mentores políticos incluidos. Y bien, la unidad por ellos preconizada tiene significación orgánica y valor social concomitantes con la unidad nacional siempre reclamada y a menudo impuesta por los gobiernos capitalistas. Esta nos da la clave de aquella. Hay pues que definirla.

La unidad nacional no puede existir de hecho sino como ficción, ora inculcada por los infundios característicos de la cultura capitalista, ora conseguida por coerción policíaca. El tema unificador, sea defensa militar, «grandeza de la patria», industrialización o cualquier otro, no es ni será jamás el de todas las clases y orientaciones políticas, sino el de los dominadores exclusivamente. Por mucho que consigan éstos acallar las críticas y paralizar las luchas internas, es por medio de presiones educativas y represivas, por medio de la ignorancia fomentada y del miedo. Los motivos que originan la disparidad de intereses siguen presentes, y, acumulados por la represión misma, listos para estallar a la primera oportunidad. Las tendencias centrífugas perturban la unidad nacional, la ruptura deliberada de la misma pone frente a frente, escuetos e inconciliables, los intereses y tendencias históricas contrapuestos. En suma, la unidad nacional es una expresión de la lucha de clases, pero una expresión de su polo capitalista; la expresión del polo opuesto, el de la lucha de clase del proletariado, no es otro que el desbarate de dicha unidad, hasta supresión del factor o polo que la utiliza.

En ese intento, el proletariado ha de forjar su propia unidad, su propia homogeneidad de clase, que no está dada, cual creen muchos, por el común denominador de la explotación, sino que tiene que elevarse de él hasta el acto que desembarazará de la posibilidad misma de ser explotado. Confinado en su cerco de clase asalariada será siempre juguete fácil del capital. En efecto, cualesquiera concesiones económicas y políticas obtenga, a veces gracias a ellas, continuará agobiado bajo su enorme fardo. Por eso Marx pensaba que el proletariado no se constituiría realmente en clase, sino tomando en sus manos el destino de la sociedad, erigiéndose en clase gobernante. Tanto vale decir que la unidad de clase del proletariado es no sólo requisito de la revolución, sino también el paso decisivo para la desaparición de clases, del propio proletariado por ende.

Consecuentemente, ante cualquier palabrería unitaria los trabajadores deben preguntarse: ¿de qué tipo de unidad se trata? En el decurso de los acontecimientos mundiales abundan, a partir de 1914, ejemplos ilustrativos de lo que es unitarismo demagógico, reaccionario, sin que falten ejemplos de unidad de clase real. La primera suspende, cuando no combate, la lucha de clase del proletariado; la segunda la lleva a su ápice. Conviene pasar algunos en revista.

Al estallar la primera guerra mundial, la Segunda Internacional, que meses antes, en su congreso de Bâle, se había comprometido a combatirla mediante la huelga general y la insurrección en toda Europa, se somete y somete la clase obrera a los imperativos bélicos del capital de cada país. Lo que era proyecto de unidad de clase en la acción revolucionaria internacional, fue bruscamente reducido a palabrería unitaria dentro de la unidad nacional aceptada por las organizaciones políticas y sindicales, por ellas y la policía impuesta a los trabajadores. Quienes no se sometieron, los hombres y grupos internacionalistas, fueron

acusados de divisionismo. Pero fue uno de los grupos que con mayor arrojo y clarividencia *rompieron el unitarismo* socialdemócrata, el de los bolcheviques, el que consiguió, en 1917, restablecer la unidad de clase hasta alcanzar la toma del poder. Así, la demagogia unitaria aparece por primera vez en siglo XX como consecuencia de una traición a las exigencias internacionalistas del proletariado, a su unidad real, y en segundo término como subproducto y auxiliar de la unidad nacional del capitalismo y para el capitalismo.

Es indiferente que ésta última se subdivida en grupos antagónicos por países o alianzas de diversos países en competencia imperialista o en guerra. De igual modo y por razones derivadas, la demagogia unitaria puede dividirse, y de hecho está casi siempre dividida, en grupos sindicales y políticos concurrentes; la unidad que buscan, la que practican por separado o juntos, es invariablemente la que mantiene el proletariado uncido al capital, mientras ellos desempeñan la función de yugo.

Años después y sin cambiar de nombre, los partidos comunistas de la Tercera Internacional (ya stalinistas), sobrepasan muy de largo toda la falacia anterior y todas las infamias cometidas hasta entonces aceptando, como patriotas de choque, los objetivos imperialistas de los gobiernos aliados a Rusia, democráticos o fascistas indistintamente. Las resistencias nacionales, principalmente animadas por ellos, pusieron sobre sus carriles, en Europa occidental, un sistema capitalista que la lucha de las masas contra la guerra hubiera podido y debido aniquilar. En la resistencia se confundían por entero la unidad nacional de los explotadores y el unitarismo reaccionario de los partidos stalinistas. No se trataba ya, cual se obcecaban en decir tantos, de una capitulación ante la burguesía comparable a la de los socialistas en 1914. Quienquiera no vea esa actitud del stalinismo, así como toda su política actual, proceden de una identidad de sistema económico, y por ende *de intereses históricos* entre Rusia y los otros capitalismos, se desarma de antemano frente al enemigo. El astago insolente que es China está comprendido en la misma categoría económica. Dicha identidad de sistema ha sido validada por el entronizamiento, con mares de sangre, de la contrarrevolución capitalista de Estado en Rusia, y revalidada por servicios de la misma al capitalismo mundial tan importantes como la destrucción de la revolución española y de cualquier tentativa revolucionaria posterior, en zona americana tanto como en zona rusa.

A propósito de la revolución española, cuya experiencia es decisiva para conocer al stalinismo, se oye decir frecuentemente que Franco debió la victoria a la división de partidos y sindicatos en la zona roja. Embuste deliberado para borrar responsabilidades. Franco triunfó como consecuencia obligada de la destrucción de la revolución, consumada no por él, sino *gracias a la unión* de todos los partidos y centrales sindicales en torno a la quimérica y reaccionaria idea: «Primero ganar la guerra; después la revolución». Era de origen stalinista y el stalinismo tomó a su cargo, por vocación congénita, la faena represiva. Los propios partidos burgueses anduvieron coleando detrás de él. La unidad de clase se manifestó allí en su mayor amplitud aplastando al ejército nacional el 19 de Julio de 1936; y por segunda vez en la insurrección de Mayo de 1937, dirigida contra la obra destructora de la revolución llevada a cabo por el stalinismo con su Frente Popular.

Está claro que unidades del género stalinista, o simplemente con él, son mortales para el proletariado. Ahora bien, con él, faz política y faz sindical, no cabe otra unidad ni otro frente único que ése. Trátese de un problema político simple o complejo, local o mundial, o bien de reivindicaciones en cualquier sector obrero, él se inspira y no puede inspirarse sino en los intereses capitalistas peculiares que lo engendraron y sin los cuales no subsistiría. Cuanto haga y

diga en sentido democrático o reivindicativo, siempre mezquino, son caracoleos tácticos enderezados a su objetivo totalitario. Nada más torpe, nada más descabellado que acusarlo de oportunismo o de claudicación ante la burguesía. En nuestras latitudes está preparando, por el contrario, la claudicación de la burguesía ante él, según ocurrió en Europa oriental. Su democratismo, e incluso la distancia que a veces toma respecto de los hechos más viles de sus amigos (invasión de Checoslovaquia, represión anti-obrera en Polonia, etc.) meras verbalidades, le son impuestos por su situación en Occidente, donde sus maniobras no pueden acarrear resultados sino a largo plazo y cubriéndose con piel de cordero. También los partidos fascistas, en Italia, en Alemania, en España misma, hablaron en nombre de la democracia y plantearon reivindicaciones obreras, llegando hasta declarar huelgas en su fase de oposición.

Un pensamiento riguroso tiene pues que considerar oportunistas y claudicantes, no los partidos stalinistas, que desempeñan su papel, como cualquier partido capitalista, sino aquellos otros que se proponen llegar con él a la unidad de acción y que la practican aceptando por marco de lucha sus cotos sindicales. Con ellos no hay lugar para la unidad de clase del proletariado; tan sólo para el unitarismo demagógico que amordaza a cada trabajador individualmente y afianza la explotación de la clase.

El carácter capitalista y reaccionario del stalinismo es una de las realidades políticas más importantes de la actualidad, pero una realidad ignorada o negada por casi todas las tendencias obreras dichas izquierdistas. No sabiendo con qué clase de enemigo tienen que habérselas, se han mostrado y continuarán mostrándose inaptas para combatirlo. La apatía del proletariado y su acorralamiento por los aparatos sindicales encuentran explicación sobrada en esa incapacidad.

El cometido más urgente de una organización revolucionaria consiste en *romper la unidad* que sindicatos y stalinismo preconizan e imponen amparados por la ley capitalista, a veces por la policía también. Es parte de la unidad nacional capitalista en tiempos de paz. Y semejante cometido no cambia por el hecho de que el stalinismo sea, en determinados lugares, una organización de importancia numérica secundaria (Inglaterra, Estados Unidos, Bélgica, Alemania Federal, Japón) o ilegal y perseguida (España, Grecia, Indonesia, y algunos países de América del Sur); no cambia, tan sólo se matiza. Entre sindicatos y partidos pseudo-obreros no stalinistas y stalinistas, la diferencia está dada por el origen de unos y otros y por sus lazos actuales. Aquellos tienen su base material en las relaciones de producción capitalistas, según han ido involucionando hasta la tecnocracia, de la cual son el órgano dirigista asignado a la clase trabajadora; estos otros tiene sus raíces en la contrarrevolución rusa, con ella están indisolublemente comprometidos, y calcarla es su desideratum. La pertenencia al mundo capitalista es una y la misma en ambos casos, sin otra contradicción que la inherente al sistema mundial de explotación. Este se encuentra dividido en grupos de potencias que lejos de destruir su homogeneidad capitalista la ratifican por sus guerras locales, por su rivalidad en todas partes, por la amenaza de guerra mundial. Así, tampoco la separación en centrales sindicales y partidos pseudo-obreros adictos a uno u otro bloque rompe su unidad capitalista esencial. Únicamente cabe, frente a unos y otros, modular argumentos y pasos tácticos; el objetivo estratégico permanece invariable. Incluso en casos extremos como el de España o el de Grecia, donde sindicadores stalinistas y no stalinistas son mantenidos a raya por el poder existente, se les ve cortar invariablemente el paso a cualquier desarrollo revolucionario y ofrecerse sin recato como futuros encuadradores de los asalariados, para mayor abundancia de la plusvalía, sin que esté excluido el designio de arrimar el hombro a sus metrópolis imperialistas respectivas. Romper la

unidad que ellos proyectan imponer en sucesión de Franco y Papadopoulos, constituirá el primer paso del proletariado camino a su revolución.

Hay que proseguir machaconamente la demostración, pues por los tiempos que corren quienes pretenden estar en vanguardia llevan 30 años de retraso, la mente congelada. La unidad capitalista del mundo ha recibido confirmaciones tan incontestables como la lucha contra la revolución española en 1936-1939, llevada convergentemente, aunque con métodos diversos, por el imperialismo occidental, el ruso y por las potencias fascistas; el aplastamiento de la revolución griega en 1944 por Inglaterra y Rusia en conciliábulo; el robustecimiento del capitalismo en Francia e Italia gracias en primer lugar a las centrales sindicales y partidos pro-rusos; la instalación, en Europa Oriental, con el consentimiento y la ayuda de Estados Unidos, de regímenes modelo *moscovita*; la nerónica represión, por el Kremlin y sus rúgulos, de cuantas tentativas insurreccionales, o siquiera de rebeldía, se han presentado en Europa Oriental; represión siempre respetada por el imperialismo del dólar; en fin y sin traer a cuento sino lo muy grueso, el exterminio de más de un millón bengalís (y continua la matanza), en el cual colaboran con armas Rusia, China, Estados Unidos y otros, y asintiendo desvergonzadamente, sus respectivos mercenarios y secuaces, hasta los frentes de «liberación» de aquí o de acullá sin contar los vociferantes cuanto huecos grupos pro-chinos.

Pasando de lo concreto a lo general, de los efectos a las causas, la unidad capitalista que circunscribe a Oriente y a Occidente está dada por su común explotación del trabajo asalariado, y por el reparto de esa misma explotación en escala internacional. De ahí emana la coexistencia pacífica y la guerra fría con sus focos de guerras locales, unos activos, otros extintos, terceros en fase de rescaldamiento. Es el anverso y el reverso de toda competencia inter-imperialista, sin que hayan cambiado más que los señuelos propagandísticos. Carecen de rigor quienes no sacan de las causas generales todas las consecuencias que se derivan, y por ello se sitúan, quieranlo que no, más o menos al margen de la actividad revolucionaria.

La más importante de dichas consecuencias consiste en que los sindicatos y los partidos obreros forman ellos mismos parte inseparable, orgánica e ideológicamente, del capitalismo mundial. De él viven, con él morirán. No empiecen órepitámoslo las filiações de bloque, ni que algunos simulen independencia. Esa disonancia corrobora, por su naturaleza misma, su común pertenencia al mundo de la explotación, además de que la hemos visto transformarse decenas de veces en concordancia, sino en fusión, en cuanto surge un acto de unidad revolucionaria del proletariado.

En la actualidad, tales prácticas de unitarismo reaccionario entre partidos y sindicatos son incesantes, abarcan todas las ramas de la producción, la política diaria y son muy premeditadas, a imitación del dirigismo capitalista en cuyo ámbito prosperan aquellos. La multiplicación de las huelgas llamadas salvajes representan una ruptura empírica del unitarismo demagógico, ruptura que no saben interpretar ni apoyar como sería necesario los propios grupos izquierdistas que la aplauden. Son los únicos paros que en verdad merecen hoy el nombre de huelgas. Los patrocinados por los sindicatos no son otra cosa que movimientos de balanceo indispensables para reajustar la clase obrera a los requerimientos de la acumulación de capital; hablando sin medias lenguas, se trata de actos de esquirolaje organizado, tanto si se considera el carácter miserable y jerarquizado de las demandas, como la limitación en el tiempo de los mismos. En cuanto algunos de ellos rebasa el límite de las 24 o las 48 horas, los sindicatos se desviven por terminarlo a favor de la menor «concesión» patronal. Y así, de cada pseudo-huelga, haya o no convenio intersindical, la clase trabajadora sale más desmoralizada, más desorientada y más

alejada de su unidad revolucionaria; por el contrario, los sindicatos van haciéndose, al mismo paso, cada día más indispensables a «la economía nacional».

Es que el círculo de la acumulación ampliada del capital (el llamado, con expresión tortuosa, «taux de croissance») tiene apresados a los sindicatos con sus partidos, no a regañadientes, por cierto. Alzarse contra él constituye para ellos sacrilegio, pues lejos de tener, cual aseguran izquierdistas livianos, una doble naturaleza a la vez obrera y burguesa, se consideran a sí mismos como los futuros depositarios y administradores del capital nacionalizado, mientras que hoy son su brazo ejecutor legal... y estipendiado. Tampoco tienen otro porvenir que ese, salvo su destrucción por la clase obrera en lucha. El Estado y las organizaciones patronales son más lúcidos que los izquierdistas¹⁹.

La unidad de la clase obrera no puede hacerse de cualquier modo ni con quienquiera, aunque toda ella estuviese comprendida en una sola organización. No se trata de un problema orgánico, ni de acuerdos prácticos de lucha entre diversas corrientes, sino de un gran problema de concordancia entre la acción *subjetiva* de la clase, o siquiera de una parte de la misma, y las máximas posibilidades revolucionarias, *objetivas*, en cada momento y lugar. Cuando la técnica moderna ha rebasado holgadamente lo necesario para que la sociedad se adentre aceleradamente en el comunismo, la unidad de la clase, *su personalidad como tal*, tan sólo puede alcanzarse mediante luchas enderezadas sin tapujos contra la sociedad de explotación²⁰. Trátese de horas de trabajo, de condiciones y reglas del mismo, de paga (o sea de consumo), de organización general de producción o de la dirección política de la sociedad, la concordancia unitaria entre posibilidades y acción de la clase ha de producirse combatiendo por el máximo, vale decir por la gestión, en todos los dominios, de la clase obrera rumbo al comunismo.

Toda consigna no enderezada en tal sentido testimonia de un acatamiento de las condiciones de pervivencia del capitalismo. Antaño, la causa de ese acontecimiento era el vigor del sistema en desarrollo, causa objetiva pues. Aun así, Marx advirtió que el proletariado cometería un error fatal concediendo demasiada importancia a la lucha por reivindicaciones dentro del capitalismo. En la actualidad no existe otra causa de acatamiento que *subjetiva*. Ha sido inducido a la clase obrera por el predominio político y sindical del stalinismo en primer término, en segundo por la molición socialdemócrata acomodándose a una sociedad decadente. Pero, de las condiciones objetivas y subjetivas de un capitalismo artificialmente mantenido en vida gracias a un boca a boca recíproco entre Oriente y Occidente, pugna por surgir un nuevo subjetivismo en armonía con las grandiosas y hasta ahora inaprovechadas posibilidades de transformación radical de la sociedad.

El constituirá la unidad de la clase, que ha de ser redondamente revolucionaria o de lo contrario tendrá un carácter negativo, si no funesto. La unidad de la clase hay que forjarla mediante grupos de obreros revolucionarios en las fábricas, que luchen y orienten a sus camaradas de trabajo en pro de las reivindicaciones máximas, siempre al margen de los sindicatos y *abiertamente* contra ellos. Ni más ni menos que el Estado, los órganos capitalistas para la venta del trabajo asalariado que son los sindicatos, tampoco pueden ser utilizados para

¹⁹ Una revista del gran capital francés, *L'Usine Nouvelle*, representaba el éxito del VI Plan de producción en forma de tres personajes cogidos del brazo y satisfechos: el Estado flanqueado por la patronal y los sindicatos.

²⁰ 2. Véanse las medidas concretas propuestas en *Pro Segundo Manifiesto Comunista*. Incluido en el tomo II de las O.C. de Munis, *Teoría y práctica de la lucha de clases*, p. 17. Muñoz Moya Editores, Sevilla, 2001.

abatir el capitalismo. Y quienes, diciéndose anti-stalinistas y revolucionarios, se agitan queriendo «implantarse en la clase obrera» a través de los sindicatos o proponen una central única, disparan contra sí mismos y contra la futura unidad revolucionaria del proletariado.

Verdad es que ellos prefieren amodorrarse con rezos de Lenin y de Trotsky antes que señalar un error por éstos cometido o que descubrir lo que no vieron o no podían ver. Viven teóricamente enclaustrados en la táctica de la revolución rusa, que el *Programa de Transición* sistematiza por primera vez. Su conservantismo a prueba de denegaciones estrepitosas inflingidas por la historia reciente, es ajeno al pensamiento revolucionario; apenas si es reformista.

SINDICATOS Y REFORMISMO

(ALARMA, n° 2, 2ª serie, n° 26 y 27, 1973)

Judith Allen

Las conclusiones políticas del opúsculo de Munis²¹ constituyen una denuncia clara de quienes pretenden aún que los sindicatos sirven o pueden servir los intereses del proletariado, sea ahora o después de la revolución. Directa o indirectamente los sindicatos han venido a integrarse en el mecanismo del Estado burgués y tan sólo sirven para encuadrar y controlar a los obreros material e ideológicamente. El trabajo de Munis señala los factores negativos inherentes al sindicalismo, y documenta la transformación de los sindicatos en instrumento de la burguesía a medida que la experiencia de los obreros en diferentes países contrapone sus necesidades de clase a la muralla de la ñlegalidadñ institucionalizada en los sindicatos, que no controlan ni pueden controlar los trabajadores.

Pero si buscamos un análisis desarrollado de los *motivos* de la transformación histórica de los sindicatos, el trabajo sólo ofrece una base imprecisa. Munis reconoce que los cambios en la lucha de clases remontan en definitiva a cambios en el desarrollo del sistema capitalista mismo. Afirma que durante el período ascensional del capitalismo como sistema, los sindicatos eran reformistas en cuanto luchaban por ciertas mejoras de la condición obrera en el contexto del mercado abierto, regido por el libre cambio. Pero al advenimiento del capitalismo monopolista y del capitalismo de Estado, los sindicatos desempeñan inevitablemente un papel reaccionario, porque el mercado se transforma en un medio despótico, dirigido. Así, según Munis, los sindicatos no pueden ser considerados hoy como parte de un movimiento ñreformistañ. Aunque su transformación en fuerza reaccionaria alcanzó su más neta expresión ñdurante las últimas décadasñ, Munis sitúa la transformación de la C.G.T. francesa en 1914 (con su participación en la primera guerra mundial) mientras que considera a la CNT española como instrumento de la clase obrera hasta 1936. Hay incoherencia en ese argumento, y la ausencia de un análisis teórico desarrollado puede socavar la fuerza de las importantes conclusiones prácticas y políticas del opúsculo. Un análisis marxista del problema sindical debe saber ligar ese aspecto de la lucha

²¹ Este artículo es crítica de ñLes syndicats contre la revolutionñ, por B. Peret y G. Munis. La parte escrita por el segundo fue publicada en inglés, al mismo tiempo que la crítica de Judith Allen, en INTERNATIONALISM, n° 3, revista de un grupo de igual nombre editada en Nueva York. Cual fue convenido con uno de los responsables de esa revista, ALARMA publica la crítica y enseguida la palabra de Munis. No tenemos sino que disculparnos por el retraso enteramente ajeno a nuestra voluntad, como la publicación de este número doble.

obrero a la totalidad del capitalismo contemporáneo y a las tareas planteadas hoy a la clase obrera. Un criterio meramente empírico de los sindicatos deja al movimiento indefenso ante los oportunistas, que alimentan la vaga ñesperanzañ de que un día los sindicatos ñrecuperarán su antiguo espírituñ, cuando ño síñ los obreros los recuperenñ. Un análisis errado de las causas de la transformación definitiva de los sindicatos no puede sino sembrar la confusión tocante a la orientación de la actividad obrera hoy. Puesto que el análisis de Munis deja algunos vacíos al respecto, se hace necesaria una explicación más completa.

Las bases fundamentales del sindicalismo moderno aparecieron en todos los países industrializados como respuesta de la clase obrera a las condiciones del capitalismo en el siglo XIX. En cuanto categoría económica dentro del capitalismo, la clase obrera buscaba mejorar sus condiciones de vida y de trabajo mediante una lucha colectiva que contribuyó al desarrollo y a la madurez de su consciencia como clase explotada. El capitalismo continuaba ampliando su capacidad industrial y conquistando mercados. Por lo tanto, el reformismo tenía una base material concreta en la capacidad del capitalismo para conceder a la clase obrera ventajas siempre crecientes, en proporción relativa al incremento de la capacidad productiva. El movimiento sindicalista estaba fundamentalmente consagrado a fines reformistas y mientras el capitalismo seguía siendo capaz de conceder reformas, las ideas revolucionarias quedaban en minoría²².

El reformismo era el centro de convergencia esencial de todo un programa de la clase obrera en el siglo XIX, que abarcaba la participación en los parlamentos burgueses, alianzas con la burguesía ñliberalñ contra los elementos feudales subsistentes, así como la actividad sindical en la esfera económica. En su versión más negativa, desentendiéndose de toda crítica fundamental de la sociedad capitalista como un todo, el reformismo condujo al abandono completo de la posición de clase y a admitir la creencia en la ñevoluciónñ pacífica del capitalismo al socialismo.

El marxismo reconocía la legitimidad de la lucha reformista en el marco de un sistema capitalista cuyas contradicciones internas no alcanzaban todavía el punto crítico. Pero incluso durante el período anterior a la primera guerra mundial, el ala izquierda de la socialdemocracia previno reiteradamente contra la confusión del objetivo reformista con el objetivo revolucionario. Lenin se alzaba contra el economismo vulgar, mientras Rosa Luxemburg señalaba enérgicamente el peligroso factor subyacente en la complaciente táctica reformista de los socialdemócratas alemanes y franceses. Con el desencadenamiento de la primera guerra imperialista mundial, toda el ala izquierda de la Segunda Internacional fue unánime afirmando que se iniciaba un nuevo período de guerras y revoluciones que desmoronaba el programa reformista y con él la socialdemocracia.

La guerra fue la expresión violenta y cruda de la crisis del sistema capitalista. A medida que disminuían las posibilidades de abrir nuevos mercados, las crisis capitalistas cíclicas, de sobreproducción, se convertían en crisis permanente de un sistema obligado a nutrirse de su

²² Los revolucionarios que intentaban impregnar los sindicatos de contenido revolucionario explícito quedaban encerrados en el dilema de incluir sólo a la minoría revolucionaria consciente y por tanto ser ineficaces en la obtención de reformas durables de importancia, o bien ceder por completo a la presión de la ideología reformista. Los sindicatos revolucionarios fueron un paso transitorio, una tentativa de combinar el reformismo con el objetivo revolucionario. El sindicalismo revolucionario y el anarcosindicalismo fueron creados por un movimiento proletario todavía sin madurez. La degeneración de tal ideología puede ser observada desde 1914 acá, después de la experiencia de los soviets.

propia destrucción en gran escala. La era de la movilización militar en masa, de enormes gastos armamentales, de la estatización de la economía, del corto respiro de la supuesta prosperidad mientras las contradicciones internas del capitalismo preparan nuevas y más destructivas crisis y guerras, esta era de decadencia del sistema, marca el término de la aptitud capitalista para conceder a la clase obrera importantes y durables reformas, marca el principio de un período de convulsiones sociales.

Los sindicatos quedaron indeleblemente marcados por la ideología del período reformista. Su meta no menos que su forma orgánica, dejaron de ser adecuadas a las necesidades de la lucha de la clase obrera. Y aparecieron nuevas formas de auto-organización proletaria, capaces de responder a las necesidades de un período de lucha revolucionaria: los soviets o consejos obreros. En 1919, cumbre de la actividad revolucionaria, el primer congreso de la Tercera Internacional reconocía la necesidad de ahincar la importancia de los Consejos obreros: «La catástrofe de la guerra imperialista ha barrido todas las victorias de los sindicatos y de las luchas proletarias... Los viejos sindicatos y partidos políticos se han revelado incapaces de comprender y mucho más de resolver, los problemas planteados por el nuevo período. El proletariado ha creado un nuevo tipo de organización que abarca a todos los obreros, independientemente de la profesión o del grado de desarrollo político, una forma flexible, capaz de incesante renovación, de incesante ensanchamiento... Esa irremplazable organización de autogobierno proletario, en lucha por el poder y conquistándolo al fin, ha sido puesta a prueba de experiencia en muchos países; constituye la más poderosa arma del proletariado y de su victoria en nuestro tiempo» (Manifiesto de la Internacional comunista. 1919. En *Les quatre premiers congrès de l'Internationale Communiste*. Reimpresión. Maspero, París, 1970, pág. 19).

Pero la incapacidad para llevar el período revolucionario hasta su término victorioso repercutió en inmadurez ideológica y en regresión política subsecuente dentro de la Tercera Internacional. Poco a poco, resurgieron las viejas nociones reformistas: «conquistar» los sindicatos, unión con los líderes «rehabilitados» de la socialdemocracia, participación en las asambleas legislativas burguesas. Los dirigentes bolcheviques respaldaron cada vez más la idea de una «infiltración» en los viejos sindicatos, que suponían ofrecerles la oportunidad de «tocar las masas». Mas, tocar las masas a través de instituciones burguesas comporta el peligrosísimo resultado de reforzar el poder que dichas instituciones ejercen sobre la clase obrera. El opúsculo de Munis tiende a minimizar la responsabilidad de Lenin y de Trotsky en esa táctica oportunista. Munis afirma que la naturaleza reaccionaria de los sindicatos no estaba entonces bien clara. Pero no era ese el caso: los datos fundamentales del problema sindical estaban todos presentes y Munis desestima la importante contribución al problema del movimiento comunista de izquierda. La izquierda de la Tercera Internacional (el KAPD y Gorter en Alemania, Pankhurst en Inglaterra, Pennekoek en Holanda) se opusieron vehementemente a la táctica oportunista afirmando que mientras la vanguardia revolucionaria obrera trataba de poner en pie nuevas formas de lucha (comités de fábrica, consejos obreros, movimiento de shop stewards)²³, las directivas de la Internacional servían sólo para dificultar su tarea. Los comunistas de izquierda sostenían que la táctica oportunista desorientaría cualquier consciencia revolucionaria, sin conseguir jamás su mítica infiltración de la corrompida forma orgánica sindical. Durante cincuenta años, los ideólogos leninistas han seguido manteniendo «el aspecto potencialmente

²³ Shop Stewards: delegados obreros en Inglaterra designados por votación democrática, pero sujetos al consenso sindical (Nota del traductor).

positivo de la utilización de los sindicatos para constituir una base revolucionaria. Pero está claro que lo que ha sido utilizado es el movimiento obrero.

El sindicalismo correspondía a un período particular de luchas obreras. Su forma estaba determinada por su contenido reformista. Los sindicatos agrupaban sólo una minoría de la clase obrera, justo lo necesario para permitir hacer presión sobre la clase capitalista. Los sindicatos organizaban a los obreros según el modelo del sistema capitalista mismo: según oficios, empleos, aptitudes, sectores industriales. Los sindicatos fueron burocratizándose a medida que el capitalismo se hacía más complejo. Las relaciones jerárquicas se convirtieron en norma a medida que los sindicatos penetraban en el terreno de la legalidad burguesa. Las reclamaciones económicas fueron la preocupación exclusiva de los sindicatos y la visión política del sistema quedó relegada a un sector diferente: los partidos políticos. Pero, mientras el reformismo fue una perspectiva válida, los sindicatos seguían desempeñando un papel en la mejoría de la situación obrera.

Pero siendo el reformismo una ilusión en el período de crisis permanente, el papel de los sindicatos convirtiéndose en el de movilizar a la clase obrera tras de la burguesía, en la paz como en la guerra. Garantizan la subordinación de las demandas obreras al criterio capitalista de aumento de la productividad y de competencia comercial. A un sistema en peligro, los sindicatos le aseguran la canalización mansa de cualquier descontento peligroso que amenace derrocarlo. Los sindicatos se han convertido en pilares fundamentales de la perduración del capitalismo. Quienes hablan de los buenos tiempos de antaño, de la CIO por ejemplo, rememoran una aplastante derrota. La CIO fue el mecanismo perfecto concebido y auspiciado por Roosevelt y sus colaboradores obreros para asegurar la canalización de los obreros, descontentos durante la crisis, y a despecho de las valerosas luchas de los obreros de base, su victoria fue una ilusión.

La CIO emprendió, entre otras tareas, la de introducir la aceleración de cadencias y otras formas de racionalización en el proceso productivo (incremento del porcentaje de explotación de los obreros); ayudó a introducir las horas extra obligatorias (aumento de la jornada de trabajo) y a facilitar el despido obrero en masa. Pero la verdadera naturaleza de la pretendida victoria, en nada se ve tan bien como en los millones de obreros muertos y heridos a quienes los sindicatos contribuyeron a movilizar durante la segunda guerra imperialista mundial. Raras personas han expresado mejor y más entusiastamente el papel desempeñado por la CIO como agente directo del capitalismo en la prosecución de la guerra imperialista, como William Z. Foster, líder del Partido Comunista:

Los obreros deben ponerse a la cabeza y aceptar de grado todos los sacrificios necesarios para llevar adelante la guerra; deben hacer de la defensa de la nación en esta crisis el supremo Norte de todas sus actividades...

La responsabilidad de desarrollar al máximo la actividad bélica de la clase obrera no es de aquellas que los sindicatos pueden asumir o rechazar, según lo consideren conveniente. Se trata de un *imperativo* categórico que la historia les dicta. El cumplimiento de esa gran tarea, es imperativo no sólo para la realización del mayor esfuerzo de guerra posible, sino también para la prosperidad y el progreso de los sindicatos mismos. En este período crucial, estando en juego la vida misma de nuestra nación, el movimiento sindical puede crecer y fortalecerse vigorosamente, únicamente si sus dirigentes tienen consciencia clara de su responsabilidad histórica como organizadores de la clase obrera para la guerra.

Independientemente de su pasado, el porvenir de los sindicatos es la misma tumba que los diversos mecanismos de represión perfeccionados por el Estado capitalista.

Por contraste, los consejos obreros no son una organización permanente que pretendan representar a la clase obrera en todos los tiempos. Aparecen sólo en período de lucha revolucionaria y desaparecen con la derrota. Su forma la determinan las tareas de la revolución proletaria misma. Los consejos obreros reúnen a todos los obreros sin distinción de sector industrial o de categoría de trabajo. Históricamente fueron organizados en la forma democrática de más largo alcance: delegados electos y revocables en los lugares de trabajo y responsables ante las asambleas obreras. Aunque los consejos obreros tienen su origen en los centros de producción, conjugan la meta política y la económica y combinan las funciones legislativa y ejecutiva. El porvenir de los consejos obreros consiste en reagrupar a la clase obrera, enfrentarse con el capital y servir de base a la dictadura del proletariado.

Los consejos obreros señalan la culminación de un largo período de conflictos de clase. En la medida en que hoy la clase obrera intenta librarse del agañotamiento sindical surgen nuevas formas de lucha, precursoras de la aparición de los consejos. Las huelgas salvajes se han convertido en un fenómeno internacional durante los últimos años²⁴. A pesar de que muchos movimientos salvajes han tenido hasta ahora objetivos limitados, algunas luchas han llevado a un enfrentamiento directo con el orden social. La auto-organización de los obreros al margen de la estructura sindical es el *sine qua non* de la lucha de clases hoy; es el único camino abierto a la defensa de las posiciones de clase.

Contrariamente a la aserción de Munis, que los sindicatos han abandonado su función reformista y adoptado una posición reaccionaria, es el propio reformismo el que se ha convertido en reaccionario, en medio del capitalismo actual. El programa reformista entero ha dejado de ser válido y sólo puede servir como diversión, para arrastrar los obreros tras las ilusiones que protegen los intereses de la clase capitalista. Que Munis no ha asimilado por completo la futilidad de las formulaciones reformistas, lo demuestran sus proposiciones tocantes a demandas transitorias. Las reclamaciones de reducción de la jornada de trabajo a 5 o 6 horas sin disminución de paga, de negarse a todo incremento de la productividad que no redunde en beneficio de la clase obrera, de libertad completa en los lugares de trabajo, son simplemente utópicas en el seno del capitalismo, como reconocerá indudablemente el propio Munis. Esa clase de demandas puede servir como punto de partida para determinadas luchas obreras, pero únicamente en la medida en que las luchas obreras las sobrepasen desafiando las bases fundamentales del sistema evitarán tales consignas el caer en descarado reformismo. Munis parece rechazar el sindicalismo sin rechazar por completo su contenido: reformismo hueco, incluso no limitándose a simples demandas de salario. Prolongado fuera de las estructuras sindicales, el reformismo puede ser un grave obstáculo al desarrollo ulterior del movimiento de huelgas salvajes. Una consciencia parcial cuajada en programas y consignas de transición es el

²⁴ Ejemplo de la fuerza potencial de las huelgas salvajes o extra-oficiales, lo dio este verano la ola de huelgas en Inglaterra. Los obreros de las principales industrias abandonaron el trabajo en huelga de solidaridad, no sindical, mostrando neto contenido de clase y político. El descontento generalizado de los obreros británicos, abrumados por el paro en una economía estancada, han hecho de Inglaterra uno de los países de Europa de más huelgas, y la devaluación creciente de la libra contribuirá a empeorar el nivel de vida obrero. La combatividad y la solidaridad de la clase obrera es la única respuesta positiva a las condiciones de crisis. El consejo sindical se vio obligado a secundar el movimiento para conservar su posición; su táctica consistía en cortar el paso a un movimiento nacional y en favorecer las reclamaciones de sectores específicos de la clase obrera, a fin de prevenir cualquier movimiento generalizado. El Partido Laborista fue un brazo leal, empujaba al arreglo, al mismo tiempo que procuraba utilizar las huelgas como pieza suplementaria en su plan electoral contra los Tories oponiéndose a la ley sobre las relaciones industriales, ley que él mismo preparó.

instrumento más fácilmente cooptable por la burguesía. Reclamaciones utópicas no pueden movilizar a la clase obrera sobre una base de clase, en particular siendo postuladas por revolucionarios cuyos análisis demuestran su futilidad.

En el trabajo de Munis tales reclamaciones aparecen como mero *non sequitor* a la lógica de los argumentos. Pero para la izquierda, y en particular para los trotskistas, esa clase de reclamaciones constituyen la base del programa que ofrecen. El trotskismo en todas sus variantes continua la farsa de actuar como director de orquesta que conduce a la clase obrera en campaña en campaña de ñagitaciónö. No sólo muestra un desprecio supremo por la clase obrera, que ñtiene que hacer su propia experienciaö como un niño, sino que contribuye a reducir su consciencia a un nivel más bajo, a fin de poder ñdirigirlaö. Los izquierdistas impacientados por las dificultades de abrir paso a la revolución, desilusionados por el supuesto hecho de que ñnada quedaö después de las huelgas salvajes, buscan la comodidad en algunas consignas reformistas de inmediato efecto. Lo único que queda cuando una lucha salvaje se eclipsa provisionalmente, es la consciencia clara de los objetivos y las necesidades de la lucha de clases: la única arma de que dispone la clase obrera para guiar su acción en el futuro, en medio de la crisis capitalista.

Hoy, los sindicatos y el reformismo en general marcan las fronteras de clase. La única clase a que sirve una rehabilitación y un reforzamiento del sindicalismo es la burguesía.

LÍO TEÓRICO Y NETITUD REVOLUCIONARIA (Contestación al artículo anterior)

(ALARMA, 2ª serie, nº 26 y 27, 1973)

El artículo que acaba de leerse no es una crítica a la obrita ñLos sindicatos contra la revoluciónö. A lo sumo, arguye lo que puede sobre lo que la autora cree haber entendido de su lectura y de otras ideas de antiguo definidas por el movimiento revolucionario. Por lo tanto, la contestación es superflua desde el punto de vista teórico. Bastaría consignar: *no se refiere a lo escrito*, para que cualquier lector atento verificase, cotejando los textos respectivos, que no existe correspondencia entre lo criticado y la supuesta crítica. Hay que replicar, empero, no sólo procurando eliminar sorderas en la discusión, sino poniendo también en claro algunos puntos más que turbios en lo expuesto por la camarada Judith Allen.

La camarada ha emprendido su crítica porque en el trabajo mío no encuentra ñun análisis desarrollado de los motivos de la transformación histórica de los sindicatosö, ñapenas una base imprecisaö. Mejor que una crítica, quiere presentar ñuna explicación más completaö, sin ñempirismosö, ni ñyerros sobre las causas de la transformación definitiva de los sindicatosö. Lo primero pues es localizar esa explicación. Empieza así, párrafo tercero: ñLas bases fundamentales del sindicalismo moderno aparecieron en todos los países industrializados como respuesta de la clase obrera a las condiciones del capitalismo en el siglo XIXö. Cierto, pero eso está mucho mejor expuesto y razonado en la parte del libro escrita por Benjamin Péret (no publicada por *Internationalism*) y nada tiene que ver con lo que se discute. Enseguida añade la camarada Allen ñPor lo tanto, el reformismo tenía una base material concreta en la capacidad del capitalismo para conceder a la clase obrera ventajas crecientes, en proporción relativa al incremento de la capacidad productiva. El movimiento sindicalista estaba fundamentalmente

consagrado a fines reformistas, y mientras el capitalismo seguía siendo capaz de conceder reformas, las ideas revolucionarias quedaban en minoría.

Discúlpeme la camarada Allen la brusquedad con que me veo obligado a decirle que eso no es un comienzo de explicación, sino la introducción a un lío teórico. Además de ella, hay numerosos revolucionarios para quienes concesiones del capitalismo al proletariado y reformismo son una y la misma cosa. Que se tomen el trabajo de leer y releer *Reforma o revolución*, de Rosa Luxemburg. Cuando un revolucionario utiliza la voz *reformismo*, no debe hacerlo sino en la acepción que adquirió con Berstein, Hilferding y compañía, a saber, pretensa posibilidad, para la clase trabajadora, de modificar evolutiva y legalmente la estructura capitalista, hasta desembocar en el socialismo. El capitalismo no es ni ha sido jamás reformista, cual asume la camarada Allen. Su aptitud para transformarse y para hacer concesiones al proletariado, cualesquiera fueren, es congénita al sistema, está inscrita en la relación social capital-salariado. Consúltese ese pobre e ignorado Karl Marx. Con el empleo que la camarada Allen y tantos otros hacen del término, habría que considerar reformista cualquier mejora consentida por el capital, de grado o por fuerza, el propio capitalista como sistema sería o habría sido un sistema reformista en el sentido estricto, el de Berstein. Y persiguiendo hasta sus confines la lógica en movimiento de dicha identificación, en el reformismo quedan prendidos, siquiera sea por inadvertencia, cuantos la incorporan a sus nociones. En apoyo de lo dicho, reléase lo escrito con tan profundizador propósito por la camarada de *Internationalism*: *Contrariamente a la aseveración de Munis, que los sindicatos han abandonado su función reformista adoptando una posición reaccionaria, es el propio reformismo el que se ha convertido en reaccionario en medio del capitalismo actual. El programa reformista entero ha dejado de ser válido y sólo puede servir como diversión...ö, etc. (párrafo 14).*

Se ha convertido en reaccionario, ha dejado de ser válido, el programa reformista. Luego fue válido y no reaccionario en concepto de nuestra o nuestros críticos. Hay pues en ellos proclividad reformista retroactiva, susceptible de convertirse en activa y actual, si por cualquier razón se convenciesen de que el capitalismo hogañero sí consigue hacer concesiones a sus explotados. A eso lleva la mezcolanza teórica inadmisible entre mejoras de la clase obrera dentro del capitalismo y concepción reformista de la lucha obrera. Esta última no era el peor aspecto del reformismo, sino su único aspecto, y ni ella ni las concesiones al proletariado tuvieron nunca el carácter necesario para todo el siglo pasado que les atribuye Judith Allen, menos significación revolucionaria. Mal pueden, por consecuencia, haberlo perdido. Tampoco podían los sindicatos abandonar una posición reformista que nunca fue la suya, contrariamente a la opinión que me imputa la camarada referida. Así está dicho más de una vez en *Los sindicatos contra la revolución*, a comenzar por el texto de Péret.

Según dicha concepción, el reformismo es toda una época del capitalismo y del movimiento obrero en su seno, tan insoslayable, que las ideas revolucionarias quedaban en minoría. ¿Cómo explicar entonces que a pesar de todo se tratase de una minoría mucho más fuerte, en número y en calidad, que los malos grupos en que viven confinadas, y a las veces raquitizadas, en nuestra época, cuando la necesidad de revolución es mucho más perentoria? Ese hecho innegable contradice la interpretación del capitalismo-reformismo que la camarada Allen se ha elaborado. Su aparente misterio estriba, dígolo resumiendo al máximo, en que durante la oleada revolucionaria anterior, primera tentativa de revolución mundial, el proletariado fue vencido por las que seguían pareciendo sus propias organizaciones, en primer término por la Tercera Internacional al servicio de la contrarrevolución stalinista rusa, en manera alguna por la

burguesía. Fraguando en capitalismo de Estado, la consolidación de la contrarrevolución rusa repercutió en consolidación del sistema mundial, le consintió su crecimiento post-bélico, y de propina reblandeció el pensamiento de gran parte de los revolucionarios. Ahí tienen su origen los peores aspectos de la actualidad en cada país e internacionalmente. Pero aquí me limito a consignar que a cada derrota de la revolución el capitalismo hallará un respiro y un crecimiento económico, sin nada que ver ya con su viabilidad como sistema.

El argumento más fuerte que añade la camarada Allen a su incongruente definición, helo aquí: ¿A medida que disminuían las posibilidades de abrir nuevos mercados, las crisis capitalistas cíclicas, de sobreproducción, se convertían en crisis permanente de un sistema obligado a nutrirse de su propia destrucción en gran escala. La era de la movilización militar en masa, de los gastos armamentales enormes, de la estatización de la economía, del corto respiro de la supuesta prosperidad mientras las contradicciones internas del capitalismo preparan nuevas y más destructivas crisis y guerras, esta era de decadencia del sistema, marca el término de la aptitud capitalista para conceder a la clase obrera importantes y durables reformas, marca el principio de un período de convulsiones sociales (párrafo 6). Y en el párrafo 10, la conclusión: ¿Pero siendo el reformismo una ilusión en el período de crisis permanente, el papel de los sindicatos convirtiéndose en movilizar a la clase obrera tras la burguesía, en la paz como en la guerra. Ellos garantizan la subordinación de las demandas obreras al criterio capitalista de aumento de la productividad y de la canalización mansa de cualquier descontento peligroso que amenace derrocarlo. Los sindicatos se han convertido en un pilar fundamental de la perduración del capitalismo.

Con eso está terminada la prometida ¿explicación más completa, sin ¿empirismos, de la naturaleza de los sindicatos. No hay otro análisis. El resto del artículo ¿y en buena parte también eso es mera descripción de acontecimientos o de hechos consumados, puestos a contribución con desigual tino. Y bien, casi todo lo citado de la camarada Allen es erróneo, y lo acertado carece de base teórica o no hace al caso para lo que se discute. A fin de verlo más claro hay que reducir:

1. Los sindicatos siguen siendo reformistas; no han cambiado.
2. Lo que ha cambiado es el reformismo, válido en otro tiempo, ahora no válido y reaccionario.
3. Es reaccionario porque el capitalismo ya no puede consentir mejoras durables al proletariado, supuesta su carencia actual de bases económicas reformistas.
4. En fin, el papel reaccionario de los sindicatos limítase a enganchar el proletariado al carro de la burguesía y a sacarla de malos trances (el texto dice ¿garantizar, ¿asegurarle a la burguesía, imprecisión terminológica que rebasa el pensamiento de la autora).

Lo anterior da, para comenzar, este contrasentido: ausencia de base económica reformista, pero continuidad reformista de los sindicatos. Se ha leído: los sindicatos ¿garantizan la subordinación de las demandas obreras al criterio capitalista de aumento de la productividad y competencia. Es decir que el reformismo, según la mixtura embutida en la palabra por la camarada, sigue existiendo y manifestándose económicamente en las demandas sindicales. Además, no advierte la camarada que el aumento de la productividad ha sido *siempre* la condición previa o la consecuencia inmediata de las concesiones materiales obtenidas por los asalariados. Nada se demuestra pues con tal hecho, que no argumento.

En segundo término, el reformismo verdadero nunca fue válido y siempre fue reaccionario por relación a necesidades y posibilidades del proletariado. Hace tiempo que dejó de existir, habiendo reconocido los descendientes de sus representantes no ser otra cosa que buenos administradores de los negocios capitalistas (Leon Blum) y declarándose al fin compatibles con el sistema, parte de él (social-democracia alemana, italiana, sueca, laborismo británico). Carece sencillamente de sentido, por no decir algo peor, hablar hoy de reformismo, aplíquese a los sindicatos, a los partidos dichos socialistas o a los stalinistas.

Por consecuencia, para quienes concuerden con la camarada Allen, la prueba del carácter reaccionario de los sindicatos reposa única, exclusivamente, en la imposibilidad de arrancar al capitalismo mejoras estables. Ahora bien, eso es un simple aserto a contrastar con la realidad, no una demostración, y menos un análisis teórico.

Yo no voy a afirmar o a negar aquí su exactitud, porque lo uno o lo otro *es indiferente* para el problema discutido. La incompatibilidad absoluta de los sindicatos con la revolución no procede de la contingencia de unas mejoras inalcanzables en el seno del capitalismo, como las uvas para el zorro de la fábula. Aun en el caso contrario, permanece la incompatibilidad y también el carácter reaccionario de tal organización. Lo que engendra dicho carácter es esencial, no accidental, es intrínseco y no extrínseco a los sindicatos; no es otra cosa que *su propia función reivindicativa*. Están directamente interesados en que haya algo que reivindicar, cosa imposible sin que el proletariado siga siendo indefinidamente proletariado, fuerza de trabajo asalariada; los sindicatos representan la perennidad de la condición proletaria, vender la fuerza de trabajo a sus compradores es condición de su existencia actual, al mismo tiempo que prepara su existencia futura, se verá a continuación. Representar la perennidad de la condición proletaria conlleva aceptar, si no representar también, la perennidad del capital. Los dos factores antitéticos del sistema han de conservarse para que el sindicato realice su función. De ahí su profunda naturaleza reaccionaria, independientemente de los vaivenes que modifiquen, para mal, para menos mal o para mejor, la compraventa de la mano de obra, jugarreta clave del sistema. Al margen de ese análisis, o con cualquier otro errado, se puede, o a lo sumo, constatar lo que son en la práctica los sindicatos, pero no descubrir el por qué, lo indispensable para derrocar su imperio.

No más allá de una constatación fue la izquierda comunista alemana, cuyo acierto en ese aspecto respecto a Lenin y Trotsky está reconocido en los sindicatos contra la revolución, al contrario de lo que me reprocha Judith Allen. Constatación y no más es también la de dicha camarada, sin que tenga ella la disculpa de los comunistas de izquierda alemanes, en cuyo tiempo (1918-23) la enemiga de los sindicatos a la revolución (ya vista en 1917 durante la revolución rusa) semejaba una simple capitulación *ante la burguesía*, un adaptarse a sus intereses. La verdadera naturaleza de los sindicatos aparecía entonces tan imprecisa, sí, que incluso algunos comunistas de izquierda alemanes, emigrados a Estados Unidos, ingresaron en la I.W.W., la organización anarcosindicalista tan poderosa entonces.

En repetir dicha constatación consiste el bagaje anti-sindical de quienes concuerdan con el anterior artículo. Y la constatación, deducciones tácticas aparte, no se distingue en nada importante de la apreciación bolchevique, que luego hizo suya la IV Internacional. Ahora bien, que los sindicatos sean incompatibles con la revolución es tan sólo una consecuencia, y no la más importante, de su propia actividad como organismos. La venta de la fuerza de trabajo obrera, que es su especificismo, hace de ellos uno de los estamentos del sistema, de él inseparable y con él modificable. Pero la trabazón de los sindicatos con el mundo de la explotación es

mucho más trascendente y peligrosa que sus más sucias cochabanzas con la burguesía y sus gobiernos. Estas últimas preparan día a día, en nuestras latitudes, otra función venidera, en parte a ciegas, en parte deliberadamente, bajo el impulso de la ley de concentración de capitales, mas no sin inspiración concreta de lo que ya acontece en buena parte del mundo. En efecto, ¿a qué burguesía viven sometidos los sindicatos de los países en que economía y poder político se hallan reunidos por entero en el Estado? Sencillamente, en ellos los sindicatos ya no son vendedores, sino *compradores* de la fuerza de trabajo proletaria, como parte de la depositaría general del capital que es el Estado. El siervo se ha transformado en señor. Su función cerca del capital variable les ha llevado a la copropiedad indivisa del capital constante. El recorrido del capitalismo individual y el de los sindicatos se funden y confunden en la centralización suprema de la economía y del poder político.

Todo lo anterior está mejor desarrollado en el opúsculo que nos ocupa, òLos sindicatos contra la revoluciónö. Si alguien lo duda, que lea o relea ese trabajo, en particular sus últimas páginas, pues yo no tengo intención de extenderme aquí dando citas de mí mismo. Me basta lo expuesto para decir a la camarada Allen: he ahí la perspectiva mundial en movimiento, de los sindicatos como parte del capitalismo en cuanto sistema. En ella debe cimentarse la táctica y la estrategia de los revolucionarios, no en las rutinarias, muy incompletas y a veces demagógicas acusaciones de sometimiento a la burguesía.

Por añadidura, ni siquiera es serio denunciar los sindicatos por no ser capaces de obtener unas mejoras que de antemano, por principio óen realidad por artículo de feó se declaran inalcanzables. La renuencia o la diligencia sindical en la obtención de mejoras, proviene de la ausencia o la presencia, en cada instante, de factores muy varios, desde la depresión o la presión del proletariado, hasta las incidencias políticas nacionales y las relaciones inter-imperialistas. Verdad que el ideal de los sindicatos es hoy no reivindicar sino aquello que está a punto de ser concedido por el capital, a mayor generalización, lo que encaja en la programación dirigista. No obstante, negarles toda otra posibilidad de obnubilación es propio de quienes no perciben que precisamente por ser parte integrante del mundo capitalista, los sindicatos y sus mentores políticos pueden ir tan lejos como necesite éste en cuestión de concesiones. Serán el canal de las mismas, y llegado el caso podrían forzarlas. Por ende, su puesta en acusación por los revolucionarios debe basarse en que, reivindiquen lo que reivindiquen, obtengan lo que obtengan, hacen cada día más pesado el imperio del capital sobre el trabajo. El problema de la clase trabajadora está en ponerse en condiciones de no tener que reivindicar nada, y en lo más inmediato, en alejar de sus relaciones con el capital a esos agentes del mercado del trabajo que son los sindicatos.

Y bien, es la mencionada naturaleza de los sindicatos, de futuros copropietarios del capital y compradores de la fuerza de trabajo, la que no se podía ver claro durante el decenio 20; tan poco claro, que nadie la previó. La cronología de la lucha de clases, es decir, de la historia, se nos impone. No se puede reprochar sin ligereza a Lenin y a Trotsky el no haber comprendido un fenómeno todavía mal perfilado. ¿Cuántos lo han asimilado hoy, incluso entre los nuestros? Fue necesario el fracaso de la revolución, su metamorfosis en contrarrevolución, para que el capitalismo en Rusia, cerrada la perspectiva de desarrollo de la propiedad privada, burguesa, se adentrara en una acumulación estatal, y para que los sindicatos, a su vez, dejasen al descubierto todo su contenido y apareciesen, por así decirlo, de cuerpo entero.

Ese proceso es el de la degeneración del sistema capitalista en su conjunto y por lo tanto es rectilíneo. Tiene lugar con altibajos en el tiempo y sobre todo en el espacio, es decir, en los

diferentes países. Si a la camarada Allen le parece incongruente que yo señale la transformación de la CNT española en 1936-38, dos decenios después de que el sindicalismo europeo se sumase al sanguinario patriotismo burgués, que se queje del proceso histórico mismo; yo no lo fabrico. En cambio, la CNT cayó de golpe en el capitalismo de Estado, mediante el Pacto CNT-UGT, sin pasar por la degradante defensa nacional, como todo el sindicalismo de los beligerantes en 1914-18. Sólo cabe añadir, para evitar una visión unilateral a quienes no han leído el opúsculo de que se trata en esta discusión, que los sindicatos son también, digan lo que digan sus estatutos, entidades políticas dominadas por partidos y tendencias más o menos percatadas de su pertenencia al mundo del capital. Por ello mismo, una tendencia revolucionaria debe mostrarse hoy tan incompatible con los sindicatos y sus mentores políticos como lo son éstos con la revolución social.

Ahora cedo una vez más la palabra a Judith Allen:

«Que Munis no ha asimilado por completo la futilidad de las formulaciones reformistas, lo demuestran sus proposiciones tocante a demandas transitorias. Las reclamaciones de reducción de jornada de trabajo a 5 o 6 horas sin disminución de paga, de negarse a todo incremento de la productividad que no redunde en beneficio de la clase obrera, de libertad completa en los lugares de trabajo, son simplemente utópicas en el seno del capitalismo, como reconocerá indudablemente el propio Munis. (...) Munis parece rechazar el sindicalismo sin rechazar por completo su contenido: reformismo huero, incluso no limitándose a simples demandas de salarios. Prolongado fuera de las estructuras sindicales, el reformismo puede ser un grave obstáculo al desarrollo ulterior de huelgas salvajes. Una consciencia parcial cuajada en programas y consignas de transición es el instrumento más fácilmente cooptable por la burguesía. Reclamaciones utópicas no pueden movilizar a la clase obrera sobre una base de clase en particular siendo postuladas por revolucionarios cuyos análisis demuestran su futilidad». «En el trabajo de Munis, tales reclamaciones aparecen como mero *non sequitor* a la lógica de los argumentos».

El rigor terminológico es a todas luces parte constituyente del rigor teórico. Sin él no puede tener lugar una discusión seria, porque una misma palabra designa ideas diferentes para los interlocutores; menos aún puede hacerse, sin él, un análisis inequívoco de cualquier problema. Ya se ha visto al principio de esta réplica que la terminología de la camarada Allen es tan borrosa, que desliza tres nociones diferentes dentro del término, *reformismo*: las reivindicaciones salariales, las concesiones del capitalismo y el verdadero reformismo. En la última cita abunda todavía añadiendo otras dos nociones, el «Programa de transición» y reclamaciones como las nuestras. Cinco nociones distintas en un solo reformismo *inexistente* hoy en parte alguna del mundo. Eso es echar vocablos-exorcismo unos encima de otros, caigan como caigan.

Lo primero a responder a nuestra amable crítica es que Munis está lejos de reconocer que las consignas por ella citadas sean utópicas en el seno del capitalismo. Han sido formuladas a sabiendas de que, en determinadas condiciones, sí podrían realizarse dentro del actual sistema; sabiendo, por añadidura, que en otras condiciones también podrían ser utilizadas con miras contrarrevolucionarias. No hay truco que nos ponga a salvo de esas trampas, porque nada, absolutamente nada está a cubierto de utilización aviesa. No ya las huelgas salvajes, repetidamente utilizadas con fines sindicales y hasta stalinistas, ni siquiera las consignas de revolución comunista y abolición del trabajo asalariado, no digamos la de consejos obreros en que con tantos otros la camarada Allen ve un talismán. En cambio, como realizaciones de la revolución en pleno ímpetu, las consignas referidas abordan, junto con otras

no citadas, la abolición de trabajo asalariado por los asalariados mismos. En tal dirección apuntan. Pero sin duda es pertinente recordar aquí a Marx, vista la parte de hagiología que aparece como residuo en tantas consciencias revolucionarias. ¿No ha repetido él que la solución al problema de la clase obrera tiene que empezar por la disminución importante de la jornada de trabajo? ¿No ha machacado a saciedad que el capitalismo es, ante todo, la extracción de plusvalía? Y los aumentos de salarios que el capitalismo otorga, por vía sindical o por su propio querer, ¿no proceden de un aumento del producto de cada trabajador, a quien se le da como incentivo una minúscula parte de su propio producto adicional?

Con la ideación de la camarada Allen ó que no le es privativa, repitámoslo reformistas son también las huelgas salvajes y cualesquiera de sus peticiones, y reformista sería la propia reivindicación de libertad de los huelguistas perseguidos. No caen en cuenta que incluso una modesta reivindicación de salario ó pronto nula, si no antes de obtenida ó tiene significación diametralmente opuesta según sea obtenida por la representación sindicalo-capitalista o por huelga salvaje no devuelta al redil sindical. La importancia de estos movimientos reside, mucho más que en sus reclamaciones, en que contribuyen a romper el grillete sindical y a restituir al proletariado su acometividad potencialmente invencible. Más vale hoy la derrota de una huelga antisindical que cualquier victoria impartida por los sindicatos. Ésta tapona el camino a luchas revolucionarias, aquella lo va jalonando y consiente a los trabajadores una experiencia propia.

La creencia de que el capitalismo nada puede crear ni conceder una vez alcanzada su fase decadente, asunción clave de la crítica anterior, viene rodando de texto en texto, desde los de Lenin y Trotsky hasta los de *Internationalism* y otros grupos afines o adversos, los trotskistas actuales englobados. Y desde entonces, una y otra vez los hechos han demostrado lo contrario. Pareció verdad durante algún tiempo, en el intervalo de las guerras imperialistas, pero esta segunda post-guerra ha presenciado un auge enorme del capital y por consecuencia del capital variable, o sea de la masa salarial. Ha habido aumento del consumo de cada obrero, al mismo tiempo que una pauperización tremenda relativamente a la totalidad de la riqueza social. Negar lo primero es pseudomaterialismo, es acomodar los hechos a una idea, que se revela así prejuicio. Pero quienes continúan erre que erre proclamando esa negación, lo hacen porque no comprenden que pueda haber sublevación del proletariado y revolución, sino por una catástrofe económica que produzca *necesariamente* la consciencia revolucionaria en millones y millones de trabajadores hambrientos. Contemplan la revolución como resultado del no funcionamiento del sistema, en lugar de verla como respuesta a *su* funcionamiento, dicho con mayor exactitud, a la exorbitancia de sus características funcionales. Debido a ello, no porque sea incapaz de mantener en su actual nivel la esclavitud salarial, el capitalismo es ya un tipo de civilización nocivo y atentatorio al devenir inmediato de la humanidad. La decadencia se manifiesta en que sus virtudes de ayer se convierten, tanto como sus defectos, en otras tantas llagas purulentas que reclaman el hierro cauterizante de la acción proletaria.

Somos los revolucionarios los primeros en tener que adquirir consciencia de ese hecho, a fin de hacer frente al capitalismo, sus sindicatos comprendidos, con soluciones de clase, es decir, tendentes a la desaparición de las clases, para cada problema y para el conjunto de ellos. Es lo que persiguen las demandas citadas por la camarada Allen y otras resumidas así: poder, armas, economía al proletariado. No obstante, importa reiterarlo, ni aún mediante eso quedaremos a cubierto de utilidades dolosas (vulgo de mala leche) ni de retorsiones contrarrevolucionarias anteriores o posteriores a la toma del poder por el proletariado. Para ponernos a salvo, es menester que la producción de mercancías sea substituida por la producción de bienes

consumibles por quienes los necesitan, sin compra ni venta. Si la camarada Allen o quienquiera están en el secreto de algún otro remedio, tengan a bien revelárnoslo. Se trataría, puede asegurarse, de magia, no de conocimiento teórico.

En cuanto a concesiones posibles por parte del capitalismo, basta haber visto, o conocer en detalle, un proceso revolucionario, para saber que pueden ir siempre muy lejos. En el porvenir, aprovechando su experiencia y las ñfaces humanasö de tanto pseudocomunista y pseudosocialista, se hallará en condiciones de ceder aún más terreno llegado el caso, con miras a recuperarlo luego con creces. Nada más elemental en la lucha de clases.

Repita ahora si lo cree indispensable la camarada Allen, que las referidas consignas son un *non sequitor* a los análisis de que se desprenden. Por mi parte, yo arrojé la pluma.

CLASE REVOLUCIONARIA, ORGANIZACIÓN POLÍTICA, DICTADURA DEL PROLETARIADO

(ALARMA, n° 24, 2° trimestre de 1973)

¿La teoría revolucionaria, ¿debe ser introducida en la clase obrera desde el exterior, cual decía Lenin, o bien ha de proceder del seno mismo de la clase? Ni lo uno ni lo otro en sentido íntegro, o bien lo uno y lo otro a la vez, pero en sentido muy diferente al que le atribuyen los partidarios de ambas interpretaciones. No se trata de tesis propiamente hablando, sino de maneras de ver algo que se ha producido por acumulación de múltiples factores sociales. La querrela parece absurda, pues hace un siglo largo que se habla de revolución proletaria y nadie ignora que la idea de ella y cuanto es teoría comunista no han sido descubiertas por la clase trabajadora. Pero pierde todo absurdo en cuanto se trata de determinar las relaciones entre revolución y organización desde cualquier situación presente hasta la dictadura del proletariado.

La burguesía generó su propia teoría revolucionaria porque mucho antes de apoderarse de todo el Estado era ya una clase poseyente y en general más culta que la nobleza de la monarquía absoluta. Por el contrario, el proletariado no es ni será jamás clase poseyente, y para estar embebido de cultura necesita dejar de ser proletariado. No obstante, preguntarse si el conjunto de la teoría comunista con su correspondiente praxis debe o no proceder de los asalariados es despropósito mayor que preguntarse si la química, la física, la genética, la automoción, la cibernética, etc., han de ser o no otras tantas creaciones proletarias. Sencillamente, ninguna de las ciencias habría adquirido su actual desarrollo sin la presencia de la clase trabajadora, más precisamente dicho, sin la enorme riqueza que su posición social la obliga a crear como riqueza ajena. Aunque por el momento todas y cada una de las ciencias sean utilizadas para atarla más corto, el desarrollo de las mismas no podrá ser ni óptimo ni plenamente científico sino a través del proletariado en el comunismo. Existe pues una relación palpable entre el proletariado y las ciencias, por mucho que él las ignore, y la relación se convertirá en posesión a partir de la supresión del capitalismo.

Mucho más estrecha es la relación entre el proletariado y la teoría revolucionaria, sin que importe el margen de error posible en ésta, pues es simultáneamente margen de rectificación y de desarrollo. Más que de relación debe hablarse de compenetración. No aparece, en efecto, como un saber del capital cuyo perfeccionamiento objetivo reclama a la postre volverse contra él, caso de las ciencias, y de sus aplicaciones técnicas, sino que se yergue desde el principio, insurgente, contra la sociedad fundada en el capital y en el salarido, y va enriqueciéndose a través de las luchas del proletariado contra el capital. La condición que en la actual sociedad padece la clase obrera, es lo que provoca directamente la aparición de la teoría revolucionaria. Sin el desarrollo anterior de la filosofía, de las ciencias humanas, de las ciencias exactas y de la propia sociedad capitalista, eso habría sido imposible. Pero hubiese resultado por completo impensable sin las luchas y acometidas insurreccionales de los trabajadores, desde las más remotas hasta la *Conjuración de Los Iguales* de Babeuf, rebeliones como la de Lyon en 1830 y la insurrección del proletariado campando por sus respetos en casi toda Europa a partir de 1848. El entrelace de los factores materiales, intelectuales y humanos dados por el rotar histórico, con la actividad pasional, subjetiva, pero no menos dada como factor de la historia, de los trabajadores, arrojó por fruto la teoría revolucionaria. Hay pues en ella al mismo tiempo exterioridad e interioridad al proletariado, pero aquello mismo que se presenta como exterior, no

ya los hombres procedentes de otras clases, sino el saber, cualquier saber, representa también su interioridad en devenir.

En razón de la inexistencia de su existencia en el mundo industrial hogañero, el proletariado es la anti-clase por antonomasia, cifra del comunismo. Mas esa *latencia* comunista deja sobre todo ver, mientras no se manifiesta en actos, la estricta dependencia económica y cultural de la clase respecto del capitalismo. Tal dependencia veda a la mayoría de los asalariados el conocimiento teórico, sin el cual jamás habría revolución. Las excepciones individuales que en cualquier momento pudiere haber escapan, por serlo, a la condición general, como también escapan a la condición de la burguesía los revolucionarios de ella procedentes. En uno y otro caso no puede tratarse sino de minorías. Y así aparece desde el principio una distinción entre la clase revolucionaria y los revolucionarios. Hasta tal punto, que aún si imaginásemos procedentes del proletariado a todos los revolucionarios pasados, presentes y futuros, seguirían apareciendo distintos de la clase revolucionaria; mientras ésta misma no pase de lo potencial a lo dinámico, de su latencia comunista a la transformación comunista de la sociedad. Y en épocas dominadas por la reacción como la que vivimos desde 1937, cuando toda suerte de estafadores y cómitres del proletariado se fingen comunistas, la barrera entre clase y revolucionarios se hace punto menos que infranqueable, hasta el desgaste de la situación.

La afirmación de Lenin en *¿Qué hacer?* es una simplificación de otra simplificación de Kautsky en *Las tres fuentes del marxismo*. La mente más erudita que dialéctica de ese teórico socialdemócrata le llevaba a ver el pensamiento revolucionario como una destilación pura de las ciencias y de la filosofía, aplicable luego al movimiento obrero. Con mayor tino, Rosa Luxemburgo aseveraba que Marx no había esperado a escribir *El Capital* para convertirse en comunista, sino que lo capacitó para escribirlo el hecho de ser comunista. Así es, en efecto; la existencia de las luchas obreras y en su seno la existencia de revolucionarios era la condición primordial de la utilización de ciencias y filosofía para elaborar la teoría revolucionaria. La distinción entre clase revolucionaria y revolucionarios es impuesta por el capitalismo, que la agranda en épocas de quietud. Pero negar su existencia es igual que negar la posibilidad de la revolución y confiar el porvenir al automatismo económico-social, revierte a evolucionismo.

Lo anterior permite abordar el problema de la conexión entre clase y revolucionarios, entre revolución y organización, entre partido y dictadura del proletariado, no en abstracto, imaginando condiciones ideales, sino en concreto, a partir de la situación de hecho existente y de la experiencia, que no dependen de querer alguno.

El simplismo de la interpretación citada de Lenin no es el único origen de su centralismo democrático, que tanto ha dado que hablar hasta hoy. A ella se suma la idea táctica de responder a la disciplina y a la centralización impuestas a la clase obrera en las fábricas, por una centralización y una disciplina paralelas, pero de signo contrario. Pasaba por alto sin darse cuenta que la acción revolucionaria de la clase va enderezada a abatir las formas de organización y de obediencia inseparables del sistema. Además, queda en esa idea un relente de aquella otra sobre la utilización revolucionaria del Estado actual, desechada desde la Commune. Intervino también, en tercer lugar, el trabajo político ilegal dentro de la Rusia zarista, que excluía en la mayoría de los casos discusiones y decisiones democráticas. La dirección se veía en la práctica investida de poderes aún más amplios que los que el centralismo democrático le otorgaba. Lo mismo ocurrirá, por la fuerza de la realidad represiva, en cualquier situación de ilegalidad. No obstante, el centralismo democrático no era un expediente que respondiese a una

situación pasajera. Pretendía ser, en condiciones normales, la forma mejor de organización de los revolucionarios y de su vinculación con la clase trabajadora.

Experiencia mediante, los poderes otorgados a la dirección central, siquiera fuera entre congreso y congreso, se revelarían a la postre despóticos y uno de los instrumentos más hirientes de la contrarrevolución en Rusia. Las críticas tocantes a él formuladas en su tiempo por Rosa Luxemburgo y por Trotsky han tenido la más trágica de las confirmaciones. Y no fue error leve del segundo haber adherido al centralismo democrático y mantenido la adhesión aún después de instaurado el stalinismo. Se dio cuenta de ello poco tiempo antes de morir asesinado, puesto que sintió la necesidad de recordar, aprobándola, su primera y enérgica oposición. No obstante, ha sido sin consecuencias para cuanto sigue diciéndose trotskismo. Más inclinado a desaprender que a aprender, en ese como en otros aspectos, continúa viendo en el centralismo democrático un talismán organizativo y lo utiliza a menudo como una maza.

Es superfluo considerar aquí el periodo que inaugura la contrarrevolución stalinista, porque ya no se trata de centralismo democrático ni de concepción alguna de la relación entre clase y partido, sino de afianzar la burocracia en sus nuevas posiciones económicas y políticas. Por consecuencia, la brutal y reaccionaria dictadura todavía imperante en Rusia no interesa en esta investigación sino en la medida en que el centralismo democrático contribuyó a su eclosión.

El partido bolchevique no identificó nunca dictadura del proletariado y dictadura de partido. El sonsonete ñuna sola clase un solo partidoñ, fue un ardid de la contrarrevolución. En cambio, todavía el decreto que prohibía incluso las fracciones dentro del partido bolchevique, redactado por Lenin, tenía cuidado de advertir que la medida no era un principio revolucionario, sino un simple avío de urgencia y provisional, para salir de un aprieto. Cruelísimo sarcasmo hoy, tal precaución; pero eso no le impedirá ser un testimonio importante contra la concepción del partido único, cualquier sesgo adopte. No obstante, los bolcheviques nunca tuvieron una concepción inequívoca de la relación entre clase revolucionaria y revolucionarios y tendieron pronto, en el actuar cotidiano, a ocupar como partido el lugar del proletariado. Al clausurarse el X Congreso, en 1921, la substitución era ya más completa de lo que creían Lenin, Trotsky y los mejores militantes, tanto en la dirección como en la base. La base bolchevique misma era suplantada por la dirección y ésta lo sería pronto por la Secretaría de Organización, donde se emboscaba Stalin. Secretaría que irradiaba e imponía centralismo cada vez menos democrático.

Es en ese proceso en el que el centralismo bolchevique desempeña un papel nefasto. Gracias a los poderes que estatutariamente confería a la dirección, el secretario organizativo estuvo en condiciones, mediante simples ukases secretariales, de desembarazarse de hombres y de comités molestos, substituirlos por adictos suyos, fabricarse mayorías a discreción, aislar y privar de recursos de oposición a los más destacados dirigentes, a comenzar por Trotsky; en condiciones de asegurarse, en una palabra, la dirección exclusiva, vitalicia y tan absoluta, que sobrepasa con creces la de los peores déspotas del pasado.

La ausencia de una concepción clara y certera de la unidad dialéctica proletariado-partido revolucionario, cegó a los mejores bolcheviques impidiéndoles ver de donde provenía la contrarrevolución, e impidiéndoles reaccionar en consecuencia. Así, al caer Lenin en cuenta de que Stalin era un bestia desleal muy peligroso, y de que la contraposición política entre él y Trotsky amenazaba cortar el partido en dos, su principal preocupación es evitar la ruptura y recomienda como remedio (*Testamento político*) aumentar el número de miembros del Comité Central. Tenemos ahora suficiente perspectiva histórica para afirmar que la escisión habría sido, a lo sumo, un mal menor. En efecto, aunque seguramente no hubiese enderezado el

rumbo de la revolución, habría forzado a los contrarrevolucionarios a salir de su madriguera burocrática y a mostrarse a plena luz. Desde bastante antes, es hoy evidente, no había otro recurso que hacer llamamiento a la base contra la dirección y al proletariado contra el partido bolchevique. Ya en la insurrección de Kronstadt vieron los dirigentes una grave amenaza para la revolución en lo que sólo era un tropiezo y una advertencia, sin que percibieran, en cambio, cómo la contrarrevolución estaba incubando en su propio partido y que la represión de los insurrectos la favorecía. Y así, todavía al constituirse la Oposición de Izquierda, Trotsky y los suyos se abstienen de recurrir a la clase obrera contra un partido que ellos mismos tenían por degenerado. Es que en forma subrepticia, sin teoría neta, la suplantación de la clase revolucionaria por el partido había dejado poso en todas las mentes. Por tal camino pudo pasarse, sin aparente solución de continuidad, del centralismo democrático al centralismo más policíaco y reaccionario de todos los tiempos.

Lo dicho antes tocante a Kronstadt vale, en menor grado, para las otras oposiciones soviéticas, entendiéndose por tales las que habían propugnado el poder de los soviets. Un régimen proletario tiene que saber tratar los problemas internos a la clase de diferente manera que los bolcheviques, aún tratándose de desviaciones derechistas de algunos de sus sectores. Si la clase en su conjunto no es capaz de sobreponerse a ellas en el seno de los órganos de poder, las imposiciones de los revolucionarios gobernantes tampoco lo conseguirán. Queriendo desempeñar el cometido de la clase revolucionaria, se erigen en poder independiente de ella y aquello mismo que pretendían combatir se les infiltra en sus propios organismos como una invasión de termitas. Porque en momentos de revolución nada existe tan acomodadizo y farisaico como mentalidades burguesas en busca de arrellanamiento. Y no son, ciertamente, atributo exclusivo de los burgueses.

No obstante, ninguna de las oposiciones soviéticas que los bolcheviques encontraron merece aprobación política, salvo por la reivindicación de la libertad en los soviets. No tenían visión siquiera nebulosa de lo que habría de ser la revolución en Rusia y menos internacionalmente. A su vez, la Oposición Obrera que tanto zalamean hoy algunos grupos, era en realidad una oposición de la burocracia sindical, lo que transparece en su programa. Kollontai y otros de sus líderes hallaron enseguida su lugar en la contrarrevolución. Pero en el maremagnum reinante entonces, no pocos revolucionarios alarmados se acogieron a ella. Irían pronto a morir en Siberia en compañía de los de la Oposición de Trotsky.

Antes de continuar adelante, se impone intercalar una reflexión internacionalista. Es difícil de creer que la revolución rusa hubiera podido ser salvada una vez que la NEP dio rienda suelta a las relaciones mercantiles. Pero sí hubiera podido ser salvada la revolución mundial, que continuó rondando de un país a otro hasta la España de 1936-37. Si el proletariado mundial hubiese presenciado inequívocamente el fin de la revolución rusa, habría vuelto la espalda a Moscú y a sus partidos, ya dispuestos a maniatarlo en todas partes, y nuevas organizaciones revolucionarias habrían surgido con facilidad. Mas faltó en Rusia algo semejante al 9 Thermidor francés, cuando, al día siguiente de destituido el Comité de Salud Pública, las cabezas de sus componentes rodaban al cesto de la guillotina y con ellas la revolución. No fue, por cierto, el miedo a la muerte por parte de los enemigos del stalinismo lo que les vedó hacer algo que marcara esa solución de continuidad innegable para quienquiera y salvadora para la revolución internacional; sí, la identificación de hecho entre dictadura de clase y dictadura de partido. Cincuenta años de catastróficas derrotas proletarias y de una prostitución ideológica que todavía continua pringando las consciencias tienen su origen en esa falla.

Nada de lo dicho obsta para negar categóricamente que la contrarrevolución estuviese prefigurada en el centralismo democrático o que la engendrara la extrema aplicación del mismo con la supresión de los partidos y de las fracciones. Los hechos se han encargado de demostrar que tales medidas no prestaron servicio a la revolución sino a sus enemigos. Ahora bien, la contrarrevolución no puede en ningún caso prosperar sin bases económicas y sociales. Ellas le dan su primer impulso, ensanchándose a medida que progresa, y con tal finalidad utiliza cuanto esté a su alcance para utilizar. Es ya decir que la contrarrevolución fue originada por *el capital*, mas no retrocediendo a los burgueses, sino centralizándolo a discreción del Estado. La indeterminación característica de la revolución rusa, ni burguesa ni comunista, la hacía depender por entero del paso de su primera fase democrática (anti-feudal) a la fase comunista en que instrumentos de producción, producción y distribución recaen colectivamente en la clase trabajadora. Lejos de alcanzar esa fase, la revolución retrocede oficialmente con la NEP y se desarma entregándose al Estado, que iba a disponer a su guisa de la plusvalía existente y de la futura. La idea de retirada estratégica de Lenin: un capitalismo de Estado regido por la democracia soviética en espera de la revolución europea, no tuvo ni podía tener siquiera un comienzo de aplicación. Todo capitalismo es obligatoriamente administrado por quienes colectan la plusvalía. En este caso no sólo la burocracia que proliferaba desde los comités locales hasta el Kremlin, sino también traficantes en nuevas y buenas migas con la burocracia gracias a la NEP, burgueses en ansias de buen vivir, técnicos e intelectuales que habían boicoteado la revolución y hasta aristócratas en humilde reverencia ante los advenedizos encumbrados. Tal fue la base social de la contrarrevolución.

Por otra parte, si la burguesía se había mostrado incapaz de hacer *su* revolución y de extender *su* sistema en Rusia, no se debía únicamente a la amenaza comunista representada por el proletariado, sino también a que el desarrollo del capital privado estaba ya superado por la concentración en grandes trusts internacionales y en el Estado. La contrarrevolución stalinista descubrió empíricamente que la forma capitalista estatal era la más eficiente, tanto para alejar la revolución comunista como para competir con el capitalismo internacional. Aquello mismo que consintió la toma del poder por el proletariado en un país atrasado, plagado de anacronismos económicos, sociales, religiosos, etc., permitió luego a la contrarrevolución concentrar el capital hasta el grado máximo consentido por el sistema capitalista en su conjunto. Produjéronse allí dos movimientos dialécticos de sentido opuesto, uno hacia la revolución comunista pasando por la revolución democrática hecha por el proletariado, el otro hacia el capitalismo de Estado, prescindiendo de la propiedad individual. En política se quedó la revolución; política necesitó ser sólo la contrarrevolución, más no por ello menos sanguinaria.

Y, otra vez en el terreno económico, jugó contra el proletariado y contra los revolucionarios la identificación entre clase y partido, a la cual añadióse luego la equiparación entre propiedad socialista y propiedad estatal, ya mera falsificación. En consecuencia, son a desechar los métodos orgánicos del bolchevismo y cualquier substitución de la clase revolucionaria por una o varias organizaciones combinadas. Con todo, la más rica enseñanza que revolución y contrarrevolución en Rusia nos ofrecen, es la imposibilidad de hacer una revolución en dos tiempos, democrático-burgués el primero y el segundo socialista. El capitalismo se abrirá brecha siempre, si desde el principio no se le seca su manantial: la producción y la distribución fundadas en el trabajo asalariado. Sin partir de ahí, la revolución permanente es tan calenturienta quimera como la permanencia de la revolución. Lo que debe contar para cada proletariado es el nivel industrial del mundo, no el de *su* nación únicamente.

De mal en peor, el centralismo democrático se convierte casi en un vaho de juristas burgueses a ojos del centralismo orgánico de la tendencia inspirada por Bordiga. Su simple formulación indica que el término "democrático" ha sido proscrito con cajas destempladas, dejando como único domiciliario de la concepción el centralismo. La otra palabra, *orgánico*, no añade nada, sino que redundante. Unida a la primera no significa más que centralismo centralista. Es eso, en efecto, lo que quiere significar dicha tendencia, que se deleita retensando los errores del bolchevismo y enarbolándolos como panacea revolucionaria. En la democracia ve un estorbo para la revolución y para el proletariado, porque ¿acaso la validez revolucionaria de una teoría o medida concreta puede ser decidida por mayoría de votos? He ahí un descubrimiento del bordiguismo. Nadie, en efecto, puede responder sí a perogrullada semejante. Pero hacer de ella la base de una concepción orgánica, es afirmar implícitamente que esa validez sí puede y debe ser decidida por minoría, con o sin voto. El bordiguismo evade el problema garantizándonos sin pestañear que "si las directivas dadas son justas no puede haber conflicto entre la base y la dirección". Por algo se trata de un centralismo *orgánico*, es decir, de una relación entre base y centro del partido, entre proletariado y partido, entre gobernados y gobernantes después de la revolución, que se regula a sí misma, como un metabolismo corporal. He ahí otro descubrimiento bordiguista que permite a sus fieles el más altanero y huero desprecio de una democracia que con tales trabamolleras creen haber superado científicamente.

Por el contrario, salta al entendimiento que sí puede haber conflicto con directivas justas, y lo contrario, no haberlo con directivas erradas. Pero la clase obrera, los órganos de poder, el partido, son vistos por el centralismo orgánico como una colmena donde, salvo accidente secundario, todo marcha a la perfección con tal que la repartición hormonal entre las hembras obreras, los zánganos y el centro de la colmena, la reina, conserve la dosis y la calidad requeridas. En el caso aquí tratado hay que poner, se sobreentiende, en lugar de hormonas, pensamiento revolucionario segregado por el Centro, la dirección del partido. El efecto tiene el mismo valor y la misma inevitabilidad que una reacción química. Esa asimilación de un partido revolucionario y de la clase trabajadora a un organismo o colonia de organismos animales, cae por entero dentro del naturalismo, no de la dialéctica materialista, y si tiene antecedentes filosóficos no es ciertamente en el movimiento revolucionario.

La antigua filosofía china establecía una relación natural o espiritual, pero constante, entre el Imperio y el Emperador (que Mao Tse-tung sigue utilizando por lo bajo) y postulaba la misma unicidad de salud o de degeneración, de eficacia o de torpeza, que convierte en ilusoria y superflua cualquier forma de democracia o de supervisión de dirigentes. Semejante organicismo aplicado a lo que no constituye un complejo fisiológico, es la sabiduría del despotismo oriental. Se encuentra también en la India y tiene todavía destellos en los lazos que durante el Medioevo unían los vasallos al señor. El bordiguismo lo remozca con elixires proletarizantes y economicistas y vuelve a ponérselo ante las narices como si se tratara de un puro efluvio marxista. Y por ahí hasta el delirio.

El bordiguismo tiene méritos incontestables. En primer lugar, haber mantenido durante la guerra una actitud internacionalista. En segundo denunciar siempre al stalinismo sin ninguna contemporización, si bien tratándolo de reformista, lo que no es, y también haber reconocido en Rusia un capitalismo de Estado, aunque sobre esto su análisis deja que desear. No es cuestión de escatimarle ese valor. Pero hay que decirle terminantemente no cuando, a fuerza de engreimiento, se auto-sacraliza. El Partido Histórico de la Revolución, como quien dice los revolucionarios de sangre azul, la flor y nata, los únicos aptos para decir y decidir lo que es y lo

que no es justo en la teoría, y en la práctica... y para imponérselo si un día les cae en la palma de la mano la breva del poder. Porque la dictadura proletaria es en la concepción bordiguista, y no puede ser otra, la ejercida por el partido, cerebro de la clase siquiera por delegación, ya que el partido mismo pende y depende de su Centro, cerebro de cerebros. Así se corona el bordiguismo con su descubrimiento cumbre; él es el partido histórico del proletariado; él ha de desempeñar la dictadura y nadie más que él; la duda misma constituye un atentado oportunista al Partido, por lo tanto al proletariado como clase y a la propia revolución. A fuerza de subjetivizarse como tendencia revolucionaria se sale del marxismo y da de bruces en un pontificalismo redentor. Por tal camino, es sobrado evidente, el proletariado seguiría siendo objeto y no sujeto de la historia, hasta su desaparición en el comunismo que le habría ido deparando filantrópica, graciosamente y quiéralo que no, el partido de marras.

Aun suponiendo que esa u otra organización cualquiera fuese en todo inatacable desde el punto de vista revolucionario, la pretensión seguiría siendo descabellada, y en concreto una vulgar usurpación. Porque el Partido Histórico nunca podrá ser otro que el proletariado mismo en acción revolucionaria. Ninguna organización conseguirá birlar esa función, cual se propone el bordiguismo, sin destruirla, pues lo que conlleva el movimiento de una clase, su devenir, no admite camisolas de fuerzas ni imposiciones partidistas, por muy sabias y quintaesenciadas que fueren. Ese momento es la conquista de la libertad frente a la necesidad, y por consecuencia sólo mediante la libertad del proletariado se realizará la dictadura del proletariado, transición hacia la libertad de todos los humanos. Y ódicho quede, en vano para ellosó que los bordiguistas depongan su ridícula cuanto idealista pretensión de ser los ungidos del cometido revolucionario de las masas trabajadoras. Poniéndonos en lo inverosímil, que llegasen a gobernar, su dictadura empezaría a jugar inmediatamente un papel reaccionario, a despecho de cuanto pudieran hacer antes de positivo. Por fortuna, el peligro apenas existe. Su concepción es repelente, y ellos mismos no cuentan poder hacernos el obsequio de su proletarísima sapiencia gobernante, sino cuando llegue el crujido último del capitalismo, con la caída catastrófica de la tasa de beneficios, es decir, el día que ya no haya negocios capitalistas posibles. Se es o no se es científico.

II

La revolución no es asunto de partido alguno+(Der Revolution ist keine Partei Sache) sentenció Otto Rhüle en su tiempo con la izquierda alemana, y años después lo pormenorizó Pannekoek en el librito *El comunismo de los consejos*. En ellos se invierte la concepción bordiguista del partido en una concepción consejista de no-partido, que hoy retoña aquí y allí en grupos de militantes escaldados por la experiencia rusa, aunque en general sin el acendramiento revolucionario de los consejistas primigenios.

Examinadas con todo rigor, no se trata de dos concepciones diametrales, sino de un mismo planteamiento naturalista que parte, en un caso de la teoría revolucionaria como absoluto histórico encarnado en El Partido, en el otro caso de una virtualidad empírica del proletariado, elevada también a lo absoluto histórico mediante los consejos. La garantía de la revolución comunista está en El Partido o en Los Consejos, según se elija. Y así como el naturalismo de la concepción bordiguista procede de una asimilación de proletariado y partido a un complejo fisiológico, el de la concepción consejista amuralla ese mismo complejo en los lindes de la clase proletaria, con exclusión de todo partido. A ojos de la primera, la democracia es un escarnio, mientras que en su forma obrera o consejista es para la otra el supremo, el exclusivo agente de la revolución y del comunismo.

Una dificultad insuperable de la ideación consejista estriba en que su primera medida tendría que consistir en la prohibición de cualquier partido, decapitando del mismo golpe su famoso agente revolucionario: la democracia obrera. Partido es cualquier agrupación de personas por afinidad de ideas o concepciones teóricas. *Partido político* han sido siempre los anarquistas, muy a despecho de sus denegaciones. Ni los consejistas ni grupo imaginable alguno, provéase de una teoría u otra, constituirá jamás caso aparte. De manera que la concepción de no-partido llevaría a los consejistas a ejercer la dictadura ellos y no el proletariado, a semejanza del bordiguismo que de antemano la reclama para sí.

Antes de situarlo en el estadio post-revolucionario, el proyecto consejista presenta una falla sobrado grave para hacer de él algo inoperante. La aparición de los organismos obreros o consejos tiene que ser, en su visión, muy anterior al momento de la toma del poder político, y han de disfrutar, todavía en el seno de la sociedad capitalista, de condiciones óptimas de libertad durante tiempo indefinido. Sin ella, en efecto, resultaría imposible que por su propia experiencia y deliberación, ajenos a la experiencia pasada y a la teoría de el o los partidos revolucionarios, llegasen los consejos al momento y a la decisión de la toma del poder, no digamos a otras decisiones de mayor calado. Imaginando tal caso posible, la revolución misma se convierte en superflua. La transformación del capitalismo en comunismo sería un proceso reformista, evolutivo y no revolucionario. Tanto más cuanto que el empirismo descubridor de los consejos tendría que continuar hasta la desaparición de las clases y de sus innumerables consecuentes. En nombre de una experiencia que en buena cuenta se limita a ser, mal que bien, la de la revolución y la contrarrevolución rusas, el consejismo arroja por la borda toda la teoría y la experiencia revolucionaria adquiridas en el decurso de siglo y medio, mismas que recogen, siquiera fragmentariamente y con yerros, las tendencias revolucionarias.

Por otra parte, está lejos de ser indudable, y más lejos todavía de ser obligatorio, que los órganos obreros de poder o consejos se organicen antes del aniquilamiento del poder capitalista, por más que las actuales tendencias revolucionarias, demasiado apegadas, pese a todo, al modelo ruso, vivan pendientes de su creación. Una revolución es algo demasiado hondo y proteico para sujetarse a reglas de desenvolvimiento. Es ahí donde aparece la espontaneidad y no en lo que pretende el llamado espontaneismo. En la revolución alemana de 1918-19, donde surgieron los consejos por repercusión de los soviets rusos, quedaron enseguida mediatizados por diversas corrientes pseudo o semi-revolucionarias. En lugar de progresar experimentalmente, retrocedieron hasta anular sus potencialidades revolucionarias. En China, tampoco se sobrepusieron a la orden de disolución girada por Stalin vía Mao Tse-tung y comparsas. En cambio, no existía un solo consejo en la España de 1936, antes de que el proletariado despedazase al ejército nacional y con él todas las estructuras capitalistas. Llamándose comités, aparecieron, no como condición de la acción insurreccional sino como su resultado instantáneo. Durante varios meses fueron ganando localmente prerrogativas económicas y políticas, decayendo luego hasta su extinción, debido a la misma insuficiencia revolucionaria que en los casos citados. El ejemplo de España informa aún mejor que los otros la concepción consejista, pero, por lo que respecta a la aparición de los órganos de poder, tenderá probablemente a repetirse con variantes, cual insinuó en Francia la situación de Mayo de 1968.

En resumen, faltándoles la más certera inspiración revolucionaria, y por lejos que vayan, los consejos u órganos obreros de poder no pasan de ser un episodio importante de la lucha de clases, pero circunscrito en el capitalismo o a él retrollevado, como lo demuestra el caso de

España y el de Rusia mismo, si bien de otra manera éste. Por su propia naturaleza, la existencia de los consejos, y por ende su experiencia, no puede prolongarse mucho tiempo sin alcanzar el primer objetivo revolucionario: arrancar de cuajo el capitalismo. La relación clase-teoría revolucionaria (en su aspecto actuante consejos-partido) no es un injerto artificial de dos factores de origen distinto, sino la manifestación dialéctica, la unidad dual de un solo devenir histórico. Sólo ella abrirá calle, mediante la revolución y el comunismo, a una unidad dialéctica superior, entre la naturaleza y la especie humana.

Puede argüirse con entera razón que son los partidos los culpables del fracaso de los consejos, lo que ilustran los consejistas con estampas de la revolución rusa. Algunas de esas estampas están retocadas, mas ello no quita verdad al hecho de que los bolcheviques, acaparando los soviets, se substituyesen como partido al proletariado y facilitasen la contrarrevolución, aquello mismo que pretendían evitar. Sin considerar aquí lo peculiar de la revolución rusa, el defecto está en la concepción que se hacían los bolcheviques del partido y de los órganos de poder. Ese defecto llama a otra clase de concepción, pero reafirma en lugar de anular la unicidad necesaria entre órganos de poder y partido. Sin las ideas de los bolcheviques sobre la revolución mundial, los soviets no habrían ejercido el poder siquiera un instante. Para bien como para mal, esa relación jugará siempre, porque no existirá jamás práctica revolucionaria duradera sin ideas, ni idea revolucionaria válida sin práctica.

En el consejismo creen sus parciales haber descubierto el remedio infalible contra la burocratización, cual si ese virus no pudiese infectar a los consejos igual que a un partido, a un obrero no menos que un intelectual. La clase como tal está a salvo de burocratización, pero no una parte cualquiera de sus componentes. Abundan los ejemplos. El remedio tiene que atacar las causas, no los efectos. Dondequiera que haya funciones especiales que desempeñar, distintas de las del vivir cotidiano de la mayoría, allí germinará el virus burocrático con tanta mayor facilidad cuanto menor sea la densidad revolucionaria de quienes las desempeñen. Porque la causa última de la burocratización, disposiciones psíquicas comprendidas, está en la satisfacción artificial, de parada, puramente vanidosa, que los hombres buscan para encubrir la ausencia de satisfacción individual verdadera, la carencia de personalidad a que, en general, no pueden escapar en la sociedad de explotación. Es una manifestación de la alienación del hombre y sólo desaparecerá por completo al paso de ésta. Lo importante es que una revolución estructure la sociedad de forma que desaparezca la ley del valor y el Estado. Con la desalienación resultante se esfumarán las estúpidas satisfacciones burocráticas y los graves peligros que conllevan.

Ninguna tendencia consejista, nueva o antigua, parece haberse dado cuenta de que los consejos obreros son una forma de organización pasajera, interina, como la dominación social de la *clase* obrera misma. Si la clase obrera ha de desaparecer, signo único del acceso al comunismo, los consejos u órganos de poder también. De modo que éstos no durarán sino el tiempo que tarde en desaparecer la huella infamante de las clases. En cambio, la agrupación de las personas por tendencias, es decir, *por partidos*, adquirirá mayor importancia y fecundidad gracias a la cultura generalizada que arrumbará la milenaria división del trabajo en intelectual y manual. No se tratará, cierto, de partidos en el sentido actual del vocablo, con intereses materiales opuestos, o simplemente de prestigio, pero sí de grandes grupos de pensamiento, en leal brega por tal o cual solución a tal o cual problema. La sociedad actual estereotipa a los hombres por categorías, mengua, suprime o pervierte la personalidad de casi todos. En cambio, la individuación máxima de cada uno, que irá extendiéndose y afirmándose a medida de la organización del comunismo, pondrá en juego capacidades de elección y de creación en todos

los dominios, de que no dispone hoy nadie. La división y la contienda entre partidos tendrá lugar sin menoscabo material ni moral para ninguno y redundará en beneficio del devenir colectivo. Mucho antes, los consejos se habrán diluido, junto con las clases, en el conglomerado humano.

De los dos términos de la unidad dialéctica: consejos-partido (proletariado-teoría revolucionaria en su forma más general) el uno es precedero, mientras que el otro irá revivificándose y diversificándose en contenido y número, a medida que se profundice y ensanche el conocimiento de la humanidad una, en cuanto término antitético complementario del mundo exterior. Por ello mismo importa superlativamente reafirmar que ningún partido podrá suplantar a los consejos o manejarlos, sin destruirlos y sin destruirse él también como factor revolucionario. Sólo por facilidad de expresión, e incorporando diversos matices en un solo color, cabe hablar de partido en singular, a semejanza del Tercer Estado tomado como partido antes de la revolución francesa. Aunque es de suponer que en algunos casos la revolución sea inspirada principalmente por un solo partido o se identifique con él, ese mismo lleva en su seno el germen de varios otros, cuyos contornos se perfilarán en el período post-revolucionario. Pueden, también, surgir al margen. Fuere lo que fuere, la lucha de tendencias en los órganos obreros de poder debe ser libérrima y estar sujeta a la regla de mayoría. La dictadura de la burguesía sobre la sociedad tuvo su más alta expresión en el ejercicio simultáneo o sucesivo del poder por varios partidos suyos. El proletariado es mucho más homogéneo que la burguesía. Su cohesión material irá en aumento tras la toma del poder, al mismo paso que deje de ser clase, y paralelamente se multiplicarán las posibilidades de tomar iniciativas en el dominio social y en cualquier otro. La pluralidad de partidos le será tanto más propicia cuanto que prefigura la gama infinita del conocimiento desalienado, y que prefigura también la conquista de la libertad frente a la necesidad, dicho quede sin pedir excusas a los detractores de la libertad en nombre de la dictadura de partido. La dictadura del proletariado nada tiene de común, en efecto, con una tiranía individual o colegial. Es una situación social inducida, como la corriente de un circuito eléctrico en otro, por las relaciones de clase anteriores, provisional por consecuencia, y en lugar de excluir la democracia, ha de darle veracidad y amplitud desconocidas antes.

El problema de una posible contrarrevolución no admite solución orgánica ni tampoco moral. Las formas de organización, la honradez y la aptitud de quienes desempeñan funciones dirigentes tendrán siempre gran importancia, pero hace falta ir más allá, hasta un punto en que los defectos organizativos, las taras burocráticas, la ineptitud y el dolo mismo de ciertos personajes no puedan redundar en perjuicio material para unos, ventaja para terceros, y menos en dominio social de unos por otros. El sistema mercantil actual presupone siempre deshonestidad y defectos individuales en proporciones diversas. A medida que se sobrevive va haciendo de ellos condición de poderío y de riqueza. Al fin, sus instituciones y hombres representativos actúan legal o ilegalmente como hampones encumbrados. Eso está haciéndose cada día más evidente y es correlato inseparable del capitalismo. Ahora bien, la revolución no limpiará de golpe las taras y defectos inculcados a los hombres y desde vísperas de su victoria se infiltrarán en ella sujetos calculadores. Esperar otra cosa es idealización torpe. No importa. A la inversa del sistema capitalista, revolución y comunismo reclaman de forma imperativa, sine qua non de su existencia, eliminar de las mentes la hez residual de la estratificación económico-política anterior, le es pues indispensable a la revolución dotarse de relaciones sociales que por su propia función hagan imposible que taras antiguas y burocratismo en general se concreten

en ventajas materiales o privilegios de otro tipo para sus portadores, fuente de contrarrevolución. Y como todo el complejo de relaciones sociales, hasta las científicas y artísticas, reposa sobre la primera de todas y a partir de ella se ramifican y cunde las demás, modificarlas radicalmente es la única prevención frente a cualquier amenaza contrarrevolucionaria. El mercantilismo universal y la corrupción del sistema actual, más de las personas, brotan de la operación inicial de compra de la fuerza de trabajo por un salario; es su relación social básica. Sin suprimirla, ninguna revolución conseguirá desarrollarse y desembocar en el comunismo. Por el contrario, ni burocratismo ni taras de los individuos conseguirán desviarla, dándose por base funcional un trabajo productivo guiado por la satisfacción material, intelectual y psíquica de *cada* persona. Mientras no quede descartada la ley del valor ninguna combinación orgánica (centralismo, federalismo, verticalismo, horizontalismo, consejismo, autonomismo, partidismo) ni la más prístina honradez de los hombres más aptos conseguirán alejar el peligro de marcha atrás.

A tal respecto, cobra importancia grande, ya que no decisiva, definir lo que ha de entenderse por partido revolucionario. Hablar de la revolución y del comunismo para el futuro más o menos remoto, es charlatanería aviesa en unos casos (stalinismo confeso o vergonzante) y en otros atardado conservantismo economista. Aquellos buscan intencionalmente el capitalismo de Estado; los segundos no, pero caerían en él por vicios de concepción y atavismo. Tampoco basta aceptar y propugnar el poder político de los consejos obreros, el armamento de la misma y la estatización de la economía. Hay que afinar aún exigiendo:

a) que el poder de los consejos no sea asimilada al de un partido o al de varios partidos coligados;

b) que el armamento de la clase excluya la formación de ejército o de policía profesionales;

c) que la socialización signifique entrega a la sociedad de los instrumentos de producción, los indirectos y auxiliares incluidos (centros docentes, informativos, etc.), ello por intermedio de la clase trabajadora en su conjunto, y el quebrantamiento inmediato de la ley del valor (intercambio de equivalentes) hasta su desaparición mediata, el todo en contraposición a la propiedad de Estado y a cualquier control obrero o autogestión.

En fin, un partido revolucionario puesto en minoría por otros partidos situados dentro de esos lineamientos generales, debe inclinarse. Por el contrario, debe llamar a las armas contra quienesquiera los conculquen, incluso si tuvieran mayoría, y contra quienes pretendan asumir por su exclusiva cuenta el cometido comunista del proletariado.

No obstante, ni lo dicho ni cualquier otra precaución constituirá garantía cierta frente al peligro contrarrevolucionario, ni aun siquiera el derecho de insurrección bien estatuido. Mientras no decaigan hasta desaparecer las relaciones capitalistas de distribución, que presuponen las de producción, el peligro permanecerá. De ahí que toda revolución venidera deba, ante todo, preocuparse de terminar con el trabajo asalariado, asiento de la demoledora ley económica del valor y de todos los valores morales del capitalismo, amén de sus corruptelas decadentes, estúpidamente presentadas a menudo como revolucionarias.

Resumiendo, la distinción entre clase revolucionaria y revolucionarios, tan visible en épocas de letargia política, empezará a reabsorberse con la revolución e irá disipándose con la actual tria económico-cultural, que es, en último análisis, de donde procede. Mas no serán los revolucionarios, y por ende sus partidos, los que se extinguirán, no, sino la sociedad entera, en posesión de sí misma y por su propio funcionamiento, la que será revolucionaria.

En cuanto a la estructura orgánica particular de un partido revolucionario, no puedo representármela sino inspirada por las tareas post-revolucionarias, tal como quedan expuestas, y de las cuales se desprenden por sí solas las tareas pre-revolucionarias. La estrategia genera la táctica; la finalidad apronta sus propios medios. No es necesario, ni cuadra en este trabajo formular los estatutos de un partido. Pero sí es oportuno establecer algunos puntos importantes, experiencia por consejo.

1. Con excepción de lo que pudiera servir a la represión policíaca, la polémica política o teórica debe de ser pública, no interna y reservada a los afiliados. Aun cuando tenga lugar en boletines especiales, éstos deben ser puestos a disposición de cualquier trabajador, con o sin tendencia. El pensamiento revolucionario no se concilia con ninguna clase de esoterismo, ni siquiera el esoterismo formal de òpara nuestros militantes sóloö.

2. El derecho de fracción debe estar garantizado por las reglas de organización, hasta el límite compatible con los principios de la misma.

3. En todos los organismos electos, las minorías deben estar representadas proporcionalmente, desde el escalón local hasta el mundial cuando lo hubiere.

4. La selección de comités debe hacerse por voto directo hasta el máximo que permitan las posibilidades de relación entre designantes y posibles designados, evitando el nombramiento de un comité restringido por otro u otros comités elegidos por votación directa o de segundo grado.

5. El congreso elige la dirección del partido, y él mismo, si hubiere lugar, una comisión restringida para despachar los asuntos corrientes, pero sin poder de decisión.

6. Ningún comité tendrá la facultad de incorporarse por decisión propia nuevos miembros, siquiera sea provisionalmente, hasta ratificación por los militantes o por sus delegados. Tal derecho, como el de destitución, pertenece constante y exclusivamente a los afiliados.

7. La expulsión de una sección o de una fracción deberá sujetarse a mayoría de dos tercios. La dirección sólo tendrá la facultad de razonar una petición de expulsión. Tratándose de individuos, la dirección tendrá facultad para suspender sus actividades exteriores como miembro del partido, hasta decisión definitiva por las asambleas, pero sin privarlo entre tanto de sus derechos de voz y voto.

8. Como regla general, de donde deben sacarse otras muy concretas, hay que evitar que la dirección esté en condiciones de tomar medidas de organización y actitudes políticas que una vez decididas sean de difícil rectificación; hay que precaverse contra el hecho consumado. No es el paso marcado por el conjunto de los militantes lo que hace la fuerza de un partido revolucionario, sino la común inspiración combativa, política, teórica, filosófica y moral. Ella le dará una cohesión y una fuerza de irradiación inalcanzables mediante cualquier reglamento disciplinario.

9. Debe quedar escrito que el partido es un instrumento y parte de la clase revolucionaria, sin que pueda, en ninguna circunstancia, ocupar su lugar ni desempeñar su cometido. La confianza de la clase hay que ganarla; decretándola se la destruye. Por lo tanto, debe quedar garantizado el derecho de hacer llamamiento de la clase contra el o los partidos, el propio incluido.

Lo que impulsa la clase obrera a la revolución y al comunismo, no son sus conocimientos teóricos, ni una aspiración ideal, sino la necesidad de dejar de ser clase asalariada, clase, sin más. Tal necesidad es cada día más apremiante y palpable, y coincide con un devenir superior de la humanidad. Cuanto le ponga obstáculo es errado, apócrifo, o mucho peor, abyecto disimulo de trepadores... o de encaramados ya.

Si entre esa necesidad revolucionaria de la clase, resumen de su cometido histórico, y los revolucionarios de cualquier procedencia se interponen ideas, tácticas, y estrategias aprendidas, deberán echarlas por la borda para merecer el nombre de revolucionarios.

En la España de 1936, se hizo célebre una frase de Durruti: «Renunciamos a todo menos a la victoria». De ahí partió la resbalada anarquista al lado del stalinismo y sus aliados, que decían: «Primero la guerra, después la revolución». Muy otro habría sido probablemente el desenlace de aquella situación, caso de que los anarquistas hubiesen rectificado su tiro diciendo:

«RENUNCIAMOS A LO QUE SEA, SALVO A LA REVOLUCIÓN Y AL COMUNISMO».

El Estado capitalista habría sido formalmente abolido y el poder hubiese quedado, íntegro, en los Comités-gobierno de la clase trabajadora.

Así hoy, la divisa de cuantos cabe considerar como revolucionarios, a pesar de su conservadurismo de escuela, debe ser:

«RENUNCIAMOS A LO QUE SEA, SALVO A LA REVOLUCIÓN Y A LA SUPRESIÓN DEL TRABAJO ASALARIADO, DINTEL DEL COMUNISMO».

En esa tarea está la junción y la fusión final de la clase y de los revolucionarios. Superar la distinción es sobrepasar la teoría, lo que sólo puede ser hecho transponiéndola en realidad social.

CONSCIENCIA REVOLUCIONARIA Y CLASE PARA SÍ

(ALARMA, segunda serie, nº 31, enero-abril 1976)

Entre todos los grupos que a tuertas o a derechas se tienen por revolucionarios, ningún tópico es tan sobado y resobado como este de la consciencia. Los escritos que tratan de ella como tema conceptual son raros e insatisfactorios²⁵. En cambio, apenas puede leerse una publicación proletarizante que no la invoque, siempre para remitir el hecho revolucionario mismo al momento de su aparición en el proletariado (en francés *toma*, «prise de conscience», casi como la toma de un elixir). Creyendo elevar el tema, algunas de esas publicaciones echan manos de la sustitución dialéctica de la clase trabajadora en sí por *la clase para sí*. Llegan a igual resultado, y por añadidura convierten en un mismo factor clase para sí y consciencia revolucionaria, lo que denota un importante defecto de concepción dialéctica precisamente.

En ese dominio no menos que en otros del pensamiento teórico, confusión y pobreza provienen directa o indirectamente de 40 años de inactividad del proletariado internacional, la cual, a su vez, ha consentido el crecimiento capitalista postbélico. A la inversa, los referidos grupos (trotskistas, bordiguistas, consejistas penitentes en mesiánico engreimiento tipo

²⁵ Ejemplo reciente de vacuidad es el libro *Marxisme et conscience de classe* (Collection 10-18, París 1975). Más de 400 páginas andándose por las ramas, sin entrar en el meollo del sujeto enunciado en el título, ni definir siquiera lo que ha de entenderse por consciencia de clase. El autor, Henri Weber, la confina en el Partido, y el Partido lo da por prefigurado en su Liga Comunista, que no pierde oportunidad de arrodillarse ante el stalinismo. Con señalar que Weber ve en el programa francés un signo de concesión stalino-socialista al proletariado, queda evidenciada la calidad no revolucionaria de su consciencia.

Revolución Internacional, amén de los literatuelos del espectacular «strip-tease» situacionista) toman efectos por causas mientras la causa real del efecto la ignoran de todo en todo. Temiendo abandonar el terreno materialista, se refugian en un materialismo ramplón. A su entender, la somnolencia del proletariado en cuanto clase revolucionaria es consecuencia obligada del crecimiento capitalista, confunden este último con desarrollo del sistema, y por ende se les escapa el por qué de las derrotas anteriores, o bien las achacan a la inmadurez de las condiciones objetivas. Así, la espléndida acometida de la clase trabajadora entre las dos guerras aparece como atolondrada impaciencia suya o de los revolucionarios en su seno, y en todo caso pierde significación. En tal orden de lucubraciones hay quienes clausuran el período revolucionario anterior en 1920 o 22, con la derrota de la revolución en Alemania. Tanto vale decir que no ha existido ofensiva proletaria fuera de Rusia y Alemania. De una manera u otra, todos se inventan una cómoda base material para explicarse el rechazo de la revolución entre guerra y guerra y la ausencia de movimiento insurgente mundial desde la última acá.

Desentendiéndose del aspecto subjetivo de la experiencia anterior, en particular de 1914 a 1934, ese materialismo abdica la dialéctica, incapacitándose así para ver las objetivaciones negativas de aquella, sedimentadas durante decenios. Mal puede, por lo tanto, aprontar la nueva subjetividad requerida para desprenderse de tales objetivaciones y poner a contribución los factores económicos, culturales, psíquicos, científicos, dados, acumulados y reiterados por la historia.

Errando por tal modo en las premisas, se yerra de necesidad, y con agravantes, en las consecuencias. En efecto, las ideas tocantes a los vericuetos o las situaciones que hubieren de permitir a la mentada consciencia deslizarse en los cerebros proletarios, cuando no son evolucionista son milagreras, las unas triviales las otras chuscas. Se quedan dentro de un mecanismo simplista, cuando no obtuso, pero, se sobreentiende, de ínfulas dialécticas y hasta con algún texto de Marx por escapulario. Véase de más cerca.

Entre los milagrosos hay dos categorías; los milagrosos de la crisis de sobreproducción y los de la caída definitiva de la tasa de beneficio del capital. Según los primeros, las condiciones objetivas de la revolución no están dadas mientras el capitalismo crezca, y la clase obrera misma no piensa en ella cuando encuentra el llamado pleno empleo. Los secuaces de tal visión desdeñan, por consecuencia, dirigirse a la clase, viven en círculo de íntimos, destilando su propia pureza. Están al aguardo de su hora, y han localizado su hora en la crisis de sobreproducción, con el paro obrero en escala gigantesca, la quiebra de las más sólidas compañías capitalistas y la baja salarial de los obreros no despedidos. Entonces, el círculo de íntimos se echará a la plaza pública cual consciencia en carne y hueso, y el proletariado irredento la hará suya. No caricaturizo; así se representan la famosa «prise de conscience» los milagrosos al gusto *Revolución Internacional*. Y comparten la *misma idea*, sin otra variante que la actitud cotidiana hasta el momento de la crisis, los diversos conciliábulos trotskistas. Peor, la comparte también el stalinismo, en la medida en que una gran extensión del paro obrero en occidente le permitiría poner en juego el embaucado de presentarse como salvador socialista reclamando la nacionalización generalizada.

Dándose visos científicos, la otra variante milagrera asegura sin pestañear que la adquisición de consciencia por el proletariado, por tanto la posibilidad de revolución misma, llegarán cuando la mengua tendencial de la tasa de beneficios del capital toque su fondo. A fuer de materialistas bastos, sus teóricos, bordiguistas entre otros, tenían que encontrar un motivo económico mayor que vede la continuación del sistema capitalista. Es inapelable que cuando

llegue ese momento, si llega, no quedando un pijatero negocio que hacer, el capitalismo finiquitará. Pero en tal caso finiquitaría como llama que consume todo el oxígeno disponible. Lejos de ser entonces liquidado revolucionariamente, por el paso a un tipo superior de sociedad, con él y en delantera de él irían consumiéndose las condiciones objetivas de la revolución y el propio proletariado como clase revolucionaria. Eso basta para ver claro, sin necesidad de entrar en otros aspectos, que tal categoría de milagreros cae en desvarío aún peor que la primera. Si su ideación se realizase, sería preocupación imperativa general, no la revolución comunista, sino la simple sobrevivencia de los individuos, siquiera como esclavos o nuevos siervos de la gleba.

No existe en la actualidad corriente alguna que conciba evolutivamente el paso del capitalismo al comunismo. Las organizaciones stalinistas y socialistas, de cualquier bordo que sean, hablan, cierto, de ese paso pacífico y legal, pero lo hacen a sabiendas de que se trata, para ellas, de atracar en el capitalismo de Estado. En cuanto visión social, el reformismo se acabó hace sobrados años. Hablar pues de una socialdemocratización del movimiento obrero enturbia todo concepto, impide tener noción exacta del período histórico que vivimos, y desde luego aísla del buen trabajo revolucionario inmediato y futuro. Para colmo, certifica como veraz la demagogia democrático-burguesa del stalinismo. En tal sentido asistimos, por el contrario, a una stalinización del que fue reformismo y hasta de las propias instituciones del capitalismo occidental. Sin embargo, hay un neto relente evolucionista en determinadas nociones tocantes a la formación de la consciencia revolucionaria del proletariado y la constitución de la clase para sí. Aunque no pase de ahí, reblandece la acción combativa de sus adeptos; y la acción es por su propio impulso ciencia y formadora de mayor consciencia.

Dos son también las corrientes principales de ese evolucionismo. Una de ellas cree poder suscitar consciencia en la masa de asalariados poco a poco, mediante peticiones de carácter inmediato, o sea de simples mejoras dentro del capitalismo. Eslabonándolas con radicalismo progresivo, el proletariado pasaría, pretende, de la mentalidad democrático-sindicalista a la mentalidad revolucionaria, de la defensiva a la ofensiva contra el sistema, de clase gobernada a clase gobernante. De ahí se deduce el trabajo fraccional en los sindicatos, o en sindicalismo de pretensiones revolucionarias, el frente único con el stalinismo y el ex-reformismo, la utilización de los parlamentos, así como las consignas: gobierno de los dirigentes de esas organizaciones (falsamente tildado de obrero), control obrero de la producción, nacionalización de la industria y otras por el estilo. Con todo, también ese evolucionismo táctico deposita sus esperanzas en la crisis de sobreproducción. Sin ella no entreve revolución posible, ni por ende aplicación fructuosa de su tacticismo. En el mejor de los casos óy casi todos son peoresó sigue las huellas de los bolcheviques en 1914, cual en su tiempo hizo el *Programa de transición* de la IV Internacional incipiente.

Retraso enorme, pues desde entonces han cambiado profundamente la naturaleza de las grandes organizaciones antes obreras, la experiencia de la lucha de clases mundial y las posibilidades inmediatas de la revolución comunista, mientras el capitalismo, por su parte, se adentra en la forma estatal, signo inequívoco de su reaccionaria decadente nocividad. De ahí que las tendencias en cuestión se sitúen hoy a la derecha de su modelo bolchevique o trotsquista, y mucho más a la derecha de cuanto exige hoy la actividad revolucionaria.

El otro evolucionismo, inconfeso, lo inspira la ya antañona frase de Otto Rühle: «La revolución no es asunto de partido alguno», aberrante deducción de la inapelable sentencia: *La emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos*. Se trata, va sobrentendido, de la tendencia llamada consejista. Su simplismo teórico ha conocido en los

últimos años un rebrote en calidad de reactivo al abrumador paso de la contrarrevolución stalinista, con toda su nefasta obra en Europa y Asia desde antes de la guerra hasta el presente. La contrarrevolución aparece como cosa de un partido; la revolución, por consecuencia, es contemplada como necesariamente antipartido. Y la consciencia revolucionaria resultaría, entonces, de una lenta, progresiva adquisición de la clase en el seno del capitalismo, y hasta de los propios consejos obreros una vez surgidos. Procurando obviar esa dificultad, los consejistas llaman en su auxilio el economismo de la crisis de sobreproducción asociado a un falso espontaneísmo. Acciones espontáneas de la clase obrera debatiéndose contra los efectos catastróficos de la crisis, precipitarían, pretenden, la formación de consciencia y con ella la victoria de la revolución. Encubren así un yerro con otro yerro, pues lo único verdaderamente espontáneo es lo creado por el movimiento histórico en cuanto condiciones sociales y en cuanto ocasiones concretas de luchas. Ni la clase obrera ni los revolucionarios tienen posibilidades de elegir unas y otras. Acertar en su interpretación y conseguir utilizarlas, en eso consiste el cometido de los revolucionarios y con ellos de su clase. En cuanto a las llamadas acciones espontáneas de la clase obrera, parten, todas, de una iniciativa, por desconocida que sea, de lo contrario no podrían producirse. Son pues acciones volitivas en un terreno muy propicio, por lo general ignorado. Sin él, imposible provocarlas. Negarse a crear un partido que se esfuerce en interpretar atinadamente la espontaneidad dada por el devenir, es reducir al mínimo la volición, el empuje combativo del proletariado, cuando no desanjarlo.

La emancipación del proletariado como obra del proletariado mismo *presupone su constitución en partido* y es imposibilidad absoluta sin tal constitución. Pero ésta misma no será jamás una unidad maciza, cerrada, sino necesariamente compuesta, abierta a la rosa de los vientos revolucionarios. De lo contrario no se trataría del proletariado constituido en partido, sino un partido constituido en proletariado o sea de una usurpación. Lo compuesto de ese proletariado erigido en partido irá, va ya bajo su condición actual de clase explotada, desde la pasividad indiferente a cualquier acción, hasta la acción y el conocimiento máximos asequibles, pasando por todas las graduaciones imaginables. La exaltación originada por la victoria obrera reducirá a poco el peso muerto de los pasivos, enardecerá, por el contrario, a la gran mayoría, y sobre todo suscitará a medida de su propia consolidación capacidades y opiniones revolucionarias insospechadas, susceptibles de cuajar en otros tantos centros de agrupación, sin perder la unidad revolucionaria general. Evitando de entrar aquí en más amplio análisis por estar fuera de lugar, de ahí depende en buena parte el cumplimiento de la revolución hasta el comunismo, ya que de garantías es quimérico hablar. Es inimaginable un tipo de organización social postrevolucionaria que no recele, al principio sobre todo, peligros mortales, en la medida en que una fracción de la clase obrera pretendiere, con cualquier argumento, desviar el resultado del trabajo colectivo a aplicaciones que conserven o extiendan, en lugar de aplanar, las diferencias económicas del capitalismo. Una nueva categoría de explotadores reaparecería en ella.

Más o menos acusado, el evolucionismo en cuanto a la formación de consciencia no ha sido, en verdad, infrecuente excepción en la historia del movimiento revolucionario. Más debido al barullo introducido en teoría por la falaz publicidad de la contrarrevolución stalinista, a sus repercusiones tanto en la clase como en sus mejores grupos, el hecho es hoy mucho más extenso y grave.

Dos teóricos que en su tiempo prestaron en sus respectivos países señalados servicios a la contrarrevolución stalinista, influyen todavía a hombres que prescindiendo de su patrocinio

mejorarían sin duda alguna sus concepciones. Se trata de Lukács y de Gramsci, que no superan el economismo y caen en tal suerte de evolucionismo. Aquellos mismos que hoy hablan de la consciencia revolucionaria en tercera persona (la del proletariado), y de la propia en primera persona (la consciencia de cada grupo teorizante), andan diversamente fallos al respecto.

Muy diferente por su posición como militantes es el caso de Gorter, Rühle, Pannekoek y la vieja izquierda germano-holandesa en general. No obstante, sus concepciones sobre la formación de la consciencia revolucionaria y sobre la edificación de la sociedad comunista requerirían para realizarse, particularmente en el último, tiempo indefinido de progresiva acumulación. Suponen libertad y cultura crecientes para la clase obrera dentro del capitalismo, al revés de lo que ocurre. Por ello su influencia actual en ese dominio es disolvente.

La acumulación y la centralización ampliadas del capitalismo arrecian en proporción a sí mismas la sujeción material y cultural del proletariado. No dejan lugar, por lo tanto, para un gradualismo cualquiera en la formación de consciencia. Tampoco puede aparecer bruscamente, como consciencia revolucionaria neta en la clase entera o siquiera en la mayoría de sus componentes. El disparate mayor, sin embargo, cómico infantilismo materialista, es hablar de una formación científica de la consciencia. A ella quedaría reducida toda la teoría revolucionaria si tal posibilidad existiese y sin fracaso alguno posible, la victoria estaría matemáticamente asegurada en el instante histórico òxö en que la ciencia alcanzase su objeto formador. Sólo que no se trataría entonces de una sociedad humana sino de un agregado inorgánico, a lo sumo de una termitera.

Nuestro comunismo es científico porque no saca de la imaginación los factores económicos, culturales e incluso psíquicos de su propia hechura en el devenir humano. Los descubre en la sociedad presente y en las exigencias de cada persona, cuya satisfacción le permiten lo anteriormente adquirido puesto a su servicio. Dicho de otro modo, los descubre en el antagonismo de la organización industrial con el trabajo asalariado, que acentúa la esclavitud del hombre, cuando aquella le consiente plena libertad haciendo saltar sus cerrojos capitalistas. Pero el antagonismo no encontrará jamás desenlace automático favorable al proletariado, o siquiera inevitable en el tiempo. Seis decenios rebasados hace que la posibilidad está presente y que el antagonismo fundamental se agrava. Durante tanto tiempo, la consciencia revolucionaria no ha seguido, ni mucho menos, una progresión ascendente. Era menos intenso 40 a 60 años atrás, momentos en que la consciencia del proletariado en cuanto clase mundial y sus hechos tuvieron clara expresión. Desde entonces, ese antagonismo que permite y requiere la revolución comunista se ha acentuado en grado sumo, los signos de putrefacción de sistema se multiplican, mientras la consciencia y los hechos del proletariado han resbalado al punto más bajo desde 1948 acá.

Que la consciencia de clase conoce altos y bajos es mera constatación, están siempre relacionados con los avatares de la lucha viva. Pero el bajón que hemos presenciado desde la revolución española hasta la fecha no tiene precedente por su duración, ni por la importancia de los daños causados. Es que la más desalentadora de las derrotas no es la ocurrida en combate frontal, sino la que ha sido infringida por la felonía de supuestos amigos. Y un vistazo a los acontecimientos desde 1914, basta para convencerse de que el proletariado no ha sido vencido en país alguno por la burguesía, su enemigo secular bien identificado, sino por las organizaciones políticas y sindicales llamadas socialistas, anarquistas o comunistas. Puntualizando, a éstas últimas óen puridad stalinistasó ha correspondido el papel principal de la faena a partir de 1923. Asumían así el propósito de la vieja reacción, pero con características

nuevas, no burguesas, sino capitalistas de Estado, y por ello susceptible de contraponerse a la burguesía y sus monopolios hasta absorberlos de grado o por fuerza, pero agudizando hasta el paroxismo los rasgos negativos del capitalismo en general. Al mismo paso, la falsificación de las nociones revolucionarias ha ido tan lejos, que el capitalismo estatal es presentado y pensado como economía socialista en casi todo el mundo.

Como resultado de ese proceso negativo, el proletariado de Europa occidental caía presa del capital, vía representantes políticos y sindicales de la contrarrevolución rusa, al tiempo que en Europa oriental quedaba apabullado por la férrea dictadura de ésta misma. Y en todos los continentes, la mendacidad ideológica ha llegado hasta atribuir a los movimientos nacionalistas naturaleza radicalmente opuesta a la que tienen, pues desde el más hasta el menos corrupto de ellos, todos son una anacrónica y reaccionaria supervivencia del pasado, juguete venal de las grandes potencias.

Mientras tanto ninguna tendencia se destacaba que pusiese sin mitigaciones el dedo en la llaga y comprendiese que la posibilidad de revolución comunista seguía presente, sin necesidad de crisis mercantil ni de mayor crecimiento capitalista. A la objetivación reaccionaria de las antiguas organizaciones obreras se yuxtapuso así la carencia de subjetividad revolucionaria válida por parte de los grupos y tendencias más sanos. Resultante: el proletariado mundial, cercado por la criminal rivalidad inter-imperialista, permanencia inerte, dejando juego libre a todos sus enemigos, vieja y nueva reacción en colaboración-rivalidad. Tan larga ausencia de acometividad ha dado pie a determinados intérpretes para hablar, ora de una integración del proletariado al capitalismo, contrasentido estúpido, ora de la prosperidad del capital como causa directa y suficiente de aquella inercia.

Es incontestable que la consciencia de la clase históricamente revolucionaria está por debajo del nivel adquirido entre las dos guerras, a despecho de los signos de nueva rebeldía surgentes aquí y allá. Y no sólo la de ella, sino también, acentuándola la de los grupos revolucionarios, o sea, de aquellos que cabe considerar, mal que bien, como el sector más alerta de la clase. Repetición de nociones muertas, embrollo y pobreza de concepto, ausencia de visión global del pasado y por tanto del porvenir inmediato también, son el lote general de esos grupos. Otros, de pretensiones más hueras que consistentes, pseudos-innovadores con antiguallas olvidadas, están en verdad más fuera que dentro de la clase revolucionaria. Unos y otros creen, sin excepción conocida, que la pasividad del proletariado reside en el «pleno empleo», o en lo que llaman, acomodándose a la terminología dirigista, «sociedad de la abundancia». Es un vicio economista atávico que les lleva a manifestarse, quieranlo que no, como sujeto de la historia de naturaleza enteramente diferente a la del proletariado. A su entender la clase no puede sentirse impedida a la lucha decisiva sino forzada por una necesidad material directa, cuando, en crisis de sobreproducción, el capital arroje al hambre 30, 60, 100 millones de obreros, o bien después de otros tantos millones de muertos en la tercera guerra mundial. En cambio, todos ellos han adquirido su grado particular de consciencia óvalidez real salvada aquí al margen de esa necesidad material, por conocimiento intelectual e incluso al margen de cualquier experiencia propia, pues ninguno de ellos ha tenido ocasión de vivirla. Por consecuencia, la clase obrera y los dichos grupos aparecen como determinaciones y sujetos diferentes del devenir humano.

Ese es su defecto más general engendrador de otros, y lo que, cualquiera sea su importancia numérica y su propio querer, hace de ellos sectas, cada una enquistada en cuatro ideas cojas cuando no falsas, y sobre todo en sus risibles jactancias pretendiendo dar cuenta de un pasado mal o muy parcialmente comprendido, dándose en tal traza a sí mismo como esencia del

presente y del futuro, casi por las claras como punto de arranque ó año 16 de una nueva era, esos arbitristas modernos tachan de ideología cuanto sale de su propia ideación del actuar revolucionario. Y así, entre la Tierra prometida de la «clase para sí» y el cenizo «ideología», mero *vade retro Satanás*, la flaqueza y la incongruencia teórica de unos y otros toca un límite allende el cual no se ve nada. No caen en cuenta de que son, por sus fallos, en unos casos producto indirecto, en otros víctimas de la corrupción de las nociones revolucionarias imperantes durante largos decenios.

Una referencia elemental se impone aquí. Entre lo que Marx llamaba ideologías y lo que designan con la misma palabra dichos grupos, no existe *ninguna relación*. Para Marx se trataba de ocurrencias sistematizadas, más bien que de ideas, y no deducidas de la realidad social dada en continuo devenir, sino inventadas como *doctrinas* de salvación para el proletariado y para la humanidad. Marx adoptaba el comportamiento de hombre de ciencias que estudia los materiales de su disciplina, intuiciones propias comprendidas, antes de enunciar ideas al respecto. Veía claro que las ideas revolucionarias no podían ser una pasión del cerebro, sino el cerebro mismo de la pasión humana. Para los inventores de ideas se trataba, al contrario, de mera pasión cerebral de credos redentores sin fundamento en la realidad objetiva de la sociedad. En tal sentido, las ideologías han dejado de existir. Incluso hablar de una ideología burguesa o stalinista, no digamos socialdemócrata, es descabellado. Se trata de engaños intencionales y sobrado evidentes, aunque todavía impuestas a grandes masas. En cambio los utilizadores actuales del término recurren a él prejuiciosamente y rehuyendo especificar, previo estudio de las condiciones existentes, las tareas revolucionarias concretas de la clase, por ende las suyas propias. Enarbolan en cambio panaceas: revolución social, o abolición de trabajo asalariado, cuando no del trabajo escueto. Adoptan, por lo tanto, escapatorias y actitudes más o menos marginales, abandonando la realidad viviente y cotidianamente vivida. Quiéranlo que no, en poco o en mucho, participan pues de lo que Marx llamaba ideologías.

A un nivel político mejor del proletariado entre guerra y guerra, correspondía una calidad teórica de los revolucionarios superior a la actual, sin hablar aquí de otros aspectos concomitantes. Y a su vez, nivel político y calidad teórica campeaban en un terreno de clase por lo general sano y optimista, todavía poco hollado por la perversión que el stalinismo y sus aliados han vertido a raudales, sobre todo desde el momento más candente de la revolución española, 1936-1937, hasta la fecha. Entre esos tres factores, a saber, nivel político de la clase, calidad teórica del sector revolucionario y sano optimismo de su ámbito, se da una interrelación muy evidente, sin que sea posible acordar a cualquiera de ellos la primicia en la aparición o reaparición de consciencia revolucionaria entre la mayoría de los trabajadores. De seguro que un realce de cualquiera de los tres acarreará tras él el de los otros dos. La validez teórica es importantísima a la larga, como lo es también, en lo inmediato, para la formación de organizaciones aptas. No obstante, ni la mejor de éstas conseguirá introducir consciencia en la clase revolucionaria. En tal empeño, la escuela del proletariado no será jamás la reflexión teórica, ni la experiencia acumulada y bien interpretada, sino conquista de sus propias realizaciones *en plena* lucha. La existencia va por delante de la consciencia; el hecho revolucionario precede al conocimiento del mismo para la abrumadora mayoría de sus protagonistas. Lo que la clase obrera en su conjunto, o uno de sus sectores, piensa de cualquier lucha en juego, se queda muy por debajo de lo que la lucha misma realiza o podría realizar. El contenido latente rebasa con creces el contenido aparente. Sólo cuando el primero adquiere cuerpo aparece la consciencia revolucionaria del hecho mismo consciencia concreta, no

teorizada por la clase, pero si conversión de la teoría revolucionaria en realización, o nueva condensación de la experiencia en teoría. Así ha ocurrido invariablemente desde 1848 y la Comuna de París hasta la revolución española. Resulta por consecuencia imposible trazar un plan, siquiera muy aproximativo de desarrollo de la consciencia revolucionaria. Es el número de obreros conscientes dentro de la clase el que sí puede y debe aumentar y esa es incumbencia principalísima de los revolucionarios organizados. La consciencia de la clase obrera entera irá abriéndose camino en la medida en que los avatares de la lucha, que no dejarán de presentarse, la lleven a destrozarse en la práctica las nociones que el capitalismo le inculca y las cadenas que las organizaciones políticas y sindicales del mismo le tienen echadas encima.

Llegada esa tesitura, la concepción revolucionaria *concreta*, puesta en línea de combate por minorías de la clase, desempeñara un papel catalizador importantísimo. No gracias a cualquier planteamiento progresivo, sino al contrario, por su aptitud para favorecer y llevar al máximo esas situaciones bruscas. Ahora bien, por muy allá que vaya, tal consciencia seguirá siendo parcial, vaga para la mayoría, por lo tanto susceptible de ser adulterada y manipulada hasta desbaratarla. Resulta, en efecto, infantil, por no decir esperanza idealista, creer que con el acto revolucionario supremo la consciencia revolucionaria y la clase para sí quedarán plenamente realizadas. «La clase para sí» es más bien alegoría militante que la representación de una situación venidera. La burguesía hizo su revolución para sí, y para sí organizó la sociedad entera. Imposible ser clase para sí sin oprimir a otras clases. Nuestra revolución es un acto de la clase trabajadora en completo, pero no para sí estrictamente, pues por ser la clase comunista por antonomasia, negando las demás clases se niega a sí misma. Deberá paralizar a sus enemigos, pero ni necesita ni puede explotarlos. Por lo tanto, no hay otro òpara síò que el fugaz instante de la revolución, a partir del cual la clase obrera empezará a disolverse en el todo social rehecho, a menos de recaer en la condición de clase explotada *para el sí de otros*. En cuanto el para sí revolucionario se afirma y se confirma, desaparece el proletariado (negación de la negación) y con él las demás clases y estratos. Queda abierto el horizonte al individuo, libre de coacciones y de contrahechuras más o menos degenerativas, único cimiento posible de una sociedad humana homogénea. Y hegemonía no significa uniforme sino al contrario, la máxima diversidad de sus componentes individuales, permitida por la desaparición de todos los antagonismos materiales entre grupos y personas.

A la inversa, la consciencia revolucionaria en su sentido cabal no hace más que entrar en su fase formativa con el ataque al capitalismo y la constitución del proletariado en clase gobernante. Lo componen, con el acto revolucionario, también, el proceso subsiguiente de transformación de la sociedad hasta la eliminación de los vestigios mismos de las clases. El primero será siempre, más que una volición general de la clase, un hecho consumado en el fragor de la lucha, a partir del cual la consciencia revolucionaria irá afirmándose en profundidad, extensión y calidad al mismo paso que, en la práctica, la sociedad comunista. La plenitud de la consciencia no puede dimanar sino de su propio encarnarse en la estructura de la nueva civilización y en la mente de cada persona. Es el descubrimiento del hombre por el hombre mismo, al fin posible.

Eso en cuanto a la consciencia revolucionaria propiamente dicha y generalizada, cuya existencia, suponiéndola posible en medio del mundo actual, convertiría la transformación comunista en todos los continentes en un candoroso juego de niños. Tocante a la otra, la inicial pero indispensable para dar muerte al capitalismo, depende hoy en suprema medida de los revolucionarios todos y en particular del afianzarse de los obreros revolucionarios en la mayoría de

la clase. En su defecto, cualquier acto subversivo de ésta se resolverá en fin de cuentas en contra suya. Lo hemos presenciado en diversas ocasiones, la última en Polonia. Lo determinante será la conjunción del ímpetu subversivo de la clase con la subversión teórica y práctica de su sector revolucionario. Y la teoría comprende pasado y futuro inmediato enlazados por nuestra acción presente.

La consciencia de los revolucionarios, es, por consecuencia, la que primeramente tiene que situarse a la altura de las posibilidades ofrecidas espontáneamente por la historia. Tan grandiosas, tan ilimitadas son éstas a despecho de impresiones superficiales, que apremian cada año más cuajar en revolución. Más los revolucionarios han estado y continúan estando en zaga de las posibilidades. Piden a las condiciones históricas que les ponga entre las manos una situación revolucionaria, cuando en realidad tienen ante sí, con creces, cuanto se requiere para suscitarla... excepto su propia subjetividad. De ahí que los aparatos políticos-sindicales obreros, hoy pilares del capitalismo, sigan imponiéndose, aunque han perdido todo influjo veraz en la mente de los trabajadores. Destrozar el imperio de esos aparatos debe ser la primera de las pugnas para dejar libre curso a la revolución. Hay que ir derecho a la clase obrera e incitarla contra ellos sin tapujos ni vociferaciones de hueca resonancia radical, sino con proposiciones de lucha enderezada a la destrucción de tales aparatos, requisito paralelo a la destrucción del capitalismo. La consciencia revolucionaria no se esconde esotéricamente; dice su verdad profana y profanante, y su vigor apasionado elimina la estridencia.

Postular la revolución comunista, incluso flanqueada por la abolición del trabajo asalariado, no pasa de ser noción borrosa, aún suponiéndola óesperanza vana en el mundo presenteó compartida por la mayoría. Porque la eliminación del salaríato en cuanto objetivo directo una vez arrancado el poder al capital, está lejos de ser un acto único, cual la abolición de las leyes del mismo o el desmantelamiento de su armatoste estatal. Se descompone o subdivide en una serie de medidas, de cuyos efectos inmediatos y mediatos resultará la dicha eliminación, estructura social básica de la sociedad comunista. Las principales medidas, las más transcendentales se desprenden de la situación actual de la clase, de sus posibilidades máximas en contraste con un capitalismo apabullador y decadente, ya sin derecho a la existencia. ¿Donde, en qué sino en la formulación y defensa de las mismas *cerca del proletariado* puede aparecer la consciencia de una organización revolucionaria? Se condenan al bullicio inocuo, cuando no al charlatanismo, las tendencias que rehuyen hacerlo, cualquiera sea su cuantía numérica.

Sin entrar en detalles aquí superfluos, véase «Las tareas de nuestra época», en *Pro Segundo Manifiesto Comunista*. El programa mínimo de finales y principios de siglo estaba intencionalmente limitado en el seno del capitalismo, al aguardo de condiciones para acometer el programa máximo de la revolución. El *Programa de Transición* fundamento de la IV Internacional, quería fundir en uno sólo el máximo y el mínimo, pasando por la nacionalización, error cuyo origen se encuentra en Marx y Engels, aunque todavía sin las implicaciones reaccionarias después reveladas. En fin, *las tareas de nuestra época* jalonan sin discontinuidad el acceso del proletariado a clase dominante y su propia desaparición, con las demás clases en la sociedad comunista. El impulso combativo del proletariado provendrá de reclamaciones que lo pongan en situación de no tener en lo sucesivo necesidad de reclamar nada, porque dispondrá de todo. Hay que hacer palpable la inmediatez de esa posibilidad para que la consciencia de la clase que insurja por la revolución y del mismo golpe haga saltar en añicos los aparatos políticos-sindicales que la estrangulan. En suma, la motivación *material* de la liquidación del capitalismo está dando por la ya desgarradora contradicción entre él y la

libertad del género humano. Empieza ésta en la del proletariado y abarca desde el consumo alible hasta el cultural en sus múltiples y más espirituales facetas. Y riámonos de quienes esperan la crisis de sobreproducción, la caída catastrófica de la tasa de beneficios, la tercera guerra mundial, o no se sabe qué espíritu Santo preñador de conciencias.

Bien propagado, semejante programa tendrá grandes repercusiones en lo inmediato y aún mayores en lontananza. Pero en la corrupta situación que vivimos está lejos de bastar para abrir el cauce torrencial necesario. La Primera Internacional (Asociación Internacional de Trabajadores) creció vertiginosamente apenas fundada, porque presentaba ideas limpias, a un proletariado sin influjos ponzoñosos, virgen. Todavía la Internacional Comunista encontraba un medio obrero poco pulido por la social-democracia, enemigo del proletariado mucho menos dañino que los de hoy. En nuestros días, los revolucionarios topamos con dificultades inmediatas tremendas, dimanantes del saldo negativo del período anterior, que ha instalado a organizaciones y sujetos que continúan diciéndose comunistas o socialistas en la mismísima estructura económico-policíaca del sistema capitalista. Tanto por sus intereses poderosamente constituidos en escala mundial como por reaccionario cálculo, sus partidos y sindicatos son acicate del capitalismo estatal allí mismo donde todavía no les pertenece el poder supremo. Y lo que es mucho peor, malean de mil modos el entendimiento de la clase obrera y prostituyen hasta la noción de comunismo. El antiguo reformismo era democrático burgués y colaboracionista; ellos preconizan en realidad la entrega total, indefensa de la clase obrera al Estado omnicapitalista. Bajo su mando el resto, «eurocomunismo», «pluralismo», «parlamentarismo», etc., es hipocresía táctica, burda ficción puesta de manifiesto en cuanto aparece una iniciativa revolucionaria de la clase obrera. Por lo tanto, conocer y saber explicar el por qué, el cómo y hasta el cuando se han producido cambios tan importantes y amenazadores relativamente a la situación entre las dos guerras, será no menos determinante que el programa de lucha para el porvenir inmediato. Se hace pues indispensable un conocimiento crítico certero de los principales avatares históricos a partir de 1914. Ahí *empieza*, para los núcleos de espíritu revolucionario, la consciencia que los capacitará para ser, en medio de la clase, fermento de subversión comunista.

No obstante, ni en el mejor de tales grupos, por muchos obreros que individualmente se le afilien, conseguirá despertar consciencia en la mayoría del proletariado mediante simple aleccionamiento. Lo prohíben innumerables trabas de la sociedad actual que sólo desaparecerán con ella. Pero cualquier conflicto con el capital, aunque empiece por simple mejora de salario, es susceptible de abocar a una lucha que sobrepasa de largo las reivindicaciones iniciales. Lo mismo puede ocurrir en una región, una rama industrial o un país entero. Lo latente tenderá siempre a manifestarse atropellando lo aparente; es la verdad frente a la ficción, el porvenir volviendo la espalda al pasado. Si al llegar un momento así continúan dominando los actuales falsarios político-sindicales, todo volverá atrás. Al revés, si por lo menos una minoría les sale al paso, poniéndolos en la picota y formulando revolucionariamente la lucha en marcha, la consciencia de la clase habrá dado un paso adelante propiciador de acciones mayores, por muy local que fuera. La combatividad de la clase mana irresistiblemente, explosiva en determinados momentos, de su propio trasfondo histórico. Se cristaliza en hechos que sólo después son pensados por ella y le dan base y energía para ulteriores avances. Procede pues, en los hechos como en la consciencia, por saltos en el desarrollo, la continuidad de cuyo discontinuo ha de asegurarla su sector deliberadamente revolucionario. La propia victoria decisiva será para la mayoría de la clase una realización antes que una intención consumada. No en balde es la clase

revolucionaria forjada por la historia a despecho de la opresión y el dirigismo intelectual que acompañan su vida cotidiana. Por lo mismo, en los núcleos obreros revolucionarios recae, mucho más que desde hace 150 años, un cometido en fin de cuentas determinante. De ellos depende que la revolución salga avante o naufrague por segunda vez.

Desde Babeuf y Marx hasta nosotros, la consciencia revolucionaria es el rayo de luz creado por el choque entre la explotación y los explotados, es la subjetividad humana en rebelión contra una objetividad que pervierte y niega esa misma subjetividad, sin la cual el hombre no es hombre sino cosa. O nuestra subjetividad acomoda el mundo exterior a sus requerimientos óno puede haber otrosó o se somete, esclavuna, a la nauseabunda objetividad existente.

El hecho objetivo engendra la palabra que lo nombra y lo hace comprensible, operación objetiva; sin nuestra palabra, la posibilidad de revolución se esfumará cual si nunca hubiese estado presente. Y fallando su sector más subjetivamente revolucionario, la clase obrera marraría entonces el golpe que acabaría por siempre con el achicamiento del hombre porque explotado y la prostitución de otros hombres porque explotadores.

ACENDREMOS CAMARADAS

(ALARMA, nº 30, finales 1975)

La primera calidad del ser revolucionario consiste en adoptar posiciones políticas netas y defenderlas sin medias lenguas. Eso, lo mismo en el batallar directo, cerca del proletariado, que en contrastada discusión con terceros, grupos o personas. Los camaradas a quienes nos dirigimos en premiosa demanda de acendramiento, no son individuos dispersos en la clase obrera, ni indeterminados. Militan en grupos varios, autónomos entre sí, y su determinación política, si bien vaporosa en determinados aspectos, es lo bastante precisa en otros aspectos importantes para reclamar clarificación teórica completa, hasta la convergencia orgánica.

Cada uno de los grupos referidos tiene sus militantes, sus publicaciones, sus actividades, y hasta sus particularismos, a defecto de armazón teórico y bien delimitado. El todo dentro de un giro estanco que no es simple ardid de clandestinidad, sino tapia política más bien artificial. En semejantes condiciones, ni que decir tiene, la capacidad de propagación, de convicción, de lucha, y hasta el nivel ideológico menguan sobremana, mientras se multiplica el desperdicio de energías y de recursos económicos.

No seremos nosotros quienes escatimemos valía revolucionaria a tales grupos. Al contrario. Dado el luengo periodo de oscurantismo católico-fascista, de engañifas no menos oscurantistas propaladas en la clandestinidad so capa de antifranquismo, sin olvidar las infiltraciones de ocurrencias ultima moda en el extranjero, su aparición ha sido un hecho de mucha importancia, nuncio de luchas obreras de gran envergadura, cualquier rumbo tomen en fin de cuentas tales grupos.

Su propia autonomía a medida de su constitución representaba una garantía, por ser al mismo tiempo ruptura deliberada con la organizaciones del antiguo frente popular y con sus adláteres hoy: populistas del FRAP, pro-chinos, sindicalistas y trotskistas de cualquier retinte.

Los grupos aquí atañidos (nos abstenemos de nombrarlos, pero ellos saben a cuales nos dirigimos y a cuales no), dieron el paso de ruptura con éxito para su propia formación y la de los

trabajadores con ellos relacionados. El camino así recorrido, sus propias adquisiciones, y por encima de todo las exigencias del período de descomposición del régimen que ya vivimos, les coloca ahora ante la obligación de superar esa etapa, a menos de recocerse cada uno en su propio caldo autónomo y de perder incluso lo adquirido. La revolución, cuyos aldabonazos están oyéndose ya, no es diversión de cenáculos ni de individuos, tampoco podio de campeonato. Es el juego mas apasionante y decisivo de la humanidad. Hay que entrar a él de cabeza y sin sombra de autobombo, siempre orgullo y amor propio fatuos, por carencia de orgullo y amor propio veros.

La nueva etapa a cubrir es la constitución de una organización revolucionaria, todas las autonomías en fusión. Al solo enunciado de esa palabra se crispan no pocos camaradas, lo sabemos. Razón de más para ponerla en delantera y cortar el paso a todo equívoco. El estado natural del agua no es el hirviendo, según piensan los gatos escaldados; tampoco la obra natural de una organización es el ahogo de sus hombres y la contrarrevolución en perspectiva, según creen fútiles intérpretes del drama ruso. Si el proletariado como clase es el partido de la revolución comunista, jamás actuará como tal sino conglomerando a sus componentes más activos y concedores. Un partido revolucionario no es otra cosa que eso. Es parte destacada de la clase en búsqueda de un movimiento generalizado de la misma, a la vez batalla practica y teórica que cristalizará en la revolución.

La espontaneidad del devenir histórico, única real, ofrece las condiciones indispensables para ella, pero el hecho grandioso de su realización exige un grado de consciencia tanto más penetrante cuanto más complicada es la situación política, caso actual en España y en todos los países.

Para ser consecuentes consigo mismos, los adversarios de la organización en partido debieran prohibirse cualquier exteriorización práctica, oral, o escrita, que no sea estrictamente individual.

La concordancia entre dos, diez o cien personas es ya un partido o un núcleo de partido. Lo es también cualquier grupo de los dichos consejistas, quiéralo que no. Analizado a fondo, el consejismo es un economismo apolítico con otro nombre, tan ilusorio como el apolitismo ácrata. A semejanza de este último, se desmiente de continuo a sí mismo, porque le es imposible actuar sino concertadamente, igual que un partido. Por añadidura, en lugar de evitar o disminuir siquiera el peligro de degeneración, le da facilidades. En efecto, la única fuente posible de degeneración está en la estructura social; localizándola en un partido, el consejismo se desentiende de las causas para no ver otra cosa que sus efectos²⁶.

No es cuestión, ni mucho menos, de forzar la unidad, ni de pasar por alto nada de lo negativo en la experiencia de los partidos anteriores, desde la Primera Internacional hasta la Cuarta, en primer término la experiencia de los bolcheviques hasta la contrarrevolución stalinista. Una unidad orgánica sobre bases laxas se revelaría no menos inconsistente y perniciosa que el actual salpicado de autonomías. Por el contrario, se trata de sacar todas las repercusiones positivas que para nosotros se desprenden de lo negativo anterior. Mas como ese negativo está estrechamente ligado a la evolución y a la *involución* del sistema capitalista, la concreción teórica en un

²⁶ Véase sobre tal problema *Clase revolucionaria, organización política, dictadura del proletariado* incluido aquí en pág. 117.

partido revolucionario adquirirá así, y solo así, una coherencia y un potencial de acción subversiva en máxima consonancia con el cometido histórico, ya *inmediato*, del proletariado.

En suma, la teoría revolucionaria tiene que haber asimilado las lecciones negativas, aún mejor que las positivas, de sesenta años de luchas obreras, y hasta el por qué de la larga ausencia de luchas revolucionarias después de la última guerra; tiene que rectificar sin mitigaciones lo sobrepasado y lo errado en las nociones teóricas anteriores y que proyectar en cosecuencia su desdoblamiento combativo. Pero nada de eso es hacedero sin empezar por desprenderse del perjuicio antipartido o consejista. La teoría revolucionaria persigue una transformación social que suprimirá la clase obrera también, y con ella *sus* consejos, salta a la mente. En cambio, esa transformación no suprimirá la teoría, sino que por el contrario le conferirá dimensión humana generalizada, abriéndole dominios vastísimos, insospechados, infinitos. La validez comunista de la teoría revolucionaria hoy, su absorción por el todo social mañana, le consienten enmendarse y ampliarse sin cesar. Es la expresión más límpida del ser humano en posesión de sí mismo. Proletariado y teoría revolucionaria son respectivamente cifra de emancipación económica y de emancipación intelectual; juntos, cifra de desalienación. ¡Entonces, camaradas!

El verdadero problema empieza en el contenido teórico de la unidad orgánica a efectuar. Indicamos a continuación sus lineamientos principales a criterio nuestro.

Todos ellos están englobados en el internacionalismo. Su abandono, en 1914, por la Segunda Internacional en beneficio de la defensa patriótica (capitalista, no puede ser otra) fue un gran descalabro para el proletariado. Puesto de nuevo en marcha por la revolución rusa, origina la primera oleada revolucionaria mundial, que va siendo contenida en un país tras otro hasta ser vencida en España. Causa directa de esa eliminación del proletariado como clase en lucha, fue la traición al internacionalismo por la III Internacional, traición que provenía de los intereses del capitalismo estatal erigido en Rusia e hipócritamente etiquetado socialista.

El internacionalismo nos da pues la clave para comprender todos los problemas y para adoptar en conclusión las nociones teóricas necesarias a la próxima ofensiva del proletariado.

Él permite deslindar méritos y errores de la revolución rusa, comprender su marcha atrás hasta la contrarrevolución stalinista, el papel reaccionario mundial de la misma a través de sus partidos, la derrota de la revolución española, la victoria de Franco y su duración en el poder, la guerra de 1939-45, las resistencias nacional-imperialistas y todas las guerras o movimientos nacionales posteriores de *igual naturaleza*, la conversión de los que fueron partidos comunistas en partidos anti-comunistas, el crecimiento industrial degenerativo tanto en Occidente como en Rusia, China y países atrasados, el largo marasmo del proletariado desde la guerra acá y la importancia reaccionaria creciente de los sindicatos; permite comprender igualmente la actual estupidez retrógrada del trotskismo, y hasta los primitivismos, charlatanerías, yerros teóricos o indigencias de numerosos grupos mas postineros que llanamente revolucionarios.

Por otra parte, rebasando con mucho la situación de guerra imperialista generalizada o regionalizada, el internacionalismo nos da también la clave de la táctica y la estrategia a adoptar en la lucha del proletariado contra el capitalismo, lucha que se cisca en las fronteras y que no puede ser sino mundial, empiece donde empezare. Mundial en lo geográfico, mundial por su contenido concreto, reivindicativo. Nos veremos así abocados a hacer frente a todos y cada uno de los regímenes políticos del capital (el de España, el de Estados Unidos, el de Rusia o el de cualquier Angola), con las soluciones que la revolución comunista apronta a los diversos

aspectos de la explotación del hombre por el hombre. Imposible entrar en el detalle en esta proposición, si bien por nuestra parte no estamos horrorizados de ideas a tal respecto.

Tocante a la estructura orgánica a adoptar una vez concordantes los diversos grupos en los principios teóricos de su unificación, las dificultades, estamos seguros, serán poca monta, al contrario de lo que sospecha el prejuicio antipartido. El doble error de los bolcheviques en tal dominio, a saber centralismo democrático y sustitución de la dictadura de partido a la dictadura del proletariado, debe servir de escarmiento. Y aún más allá; habrá que excluir cuanto otorgue a la dirección elegida facultad de poner la organización, y con ella la clase entera, ante hechos consumados, políticos u organizativos. Pero hay que esquivar también la simplona equivocación de identificar bolchevismo y stalinismo. Debe quedar bien sentado, en cambio, que contra la posibilidad de degeneración no existe truco o garantía orgánica imaginable, pero sí, una garantía social: la desaparición del trabajo asalariado, con su séquito de clases y de vestigios de Estado. Y la desaparición del trabajo asalariado es la de la ley del valor. A menos de consumarla, cualquier revolución degenerará en su contrario, por muchas garantías democráticas que ofrezcan partidos obreros, consejos y disposiciones legales. Pues si la revolución y la dictadura del proletariado son inseparables de la democracia obrera, ésta por sí sola está lejos de poder realizar la una y concretizar la otra. El reino de la libertad no sucederá al de la necesidad mientras no quede afianzado en relaciones sociales excluyentes del valor.

Una organización revolucionaria debe sacar las reglas de su funcionamiento de las necesidades de su actividad práctica y teórica cerca de la clase, lo que impone una selección de personas por su concordancia y por su consagración a la lucha del proletariado. Pero pretender estatuir reglas de antemano es infantilismo inoperante. En cambio, de un acuerdo sobre la interpretación del pasado y sobre las tareas venideras se desgajarán de por sí formas orgánicas y reglas de funcionamiento. A ello pues, si no queremos ser aplastados por el peso del aparato de funcionarios, que será también aparato policiaco del stalinismo.

FUCILAZOS SOBRE EL ESTADO

(EL ARMA DE LA CRÍTICA, n° 3, diciembre 1988 y ALARMA n° 26, mayo 1990)

Pocos temas han suscitado una literatura tan vasta y tan farragosa como el tema del Estado. Durante el siglo pasado y principios del actual, no se cuentan los libros y librotos titulados *Teoría general del Estado*, o algo semejante, a menudo seguida, un poco a la manera kantiana, de una *Teoría particular*. No se distinguen unas de otras sino por el espíritu liberal o reaccionario que las anima. Hubo también, entre las dos guerras, teorías fascistas del Estado. Todas, sin excepción de las más liberales, si bien cada una a su manera, hacían del Estado la representación natural y suprema de la sociedad. Ninguna admitía la división social en clases ricas y pobres como fundamento principal y razón de ser del Estado. Asimismo, ignoraban o pasaban por alto que el derecho ha sido siempre el derecho del más fuerte, algo impuesto, no una justicia inmanente. Michelet que lo admitía sin ambages, es mucho más profundo que todos esos teorizantes y filósofos del derecho o del Estado.

Poco o nada se puede sacar en claro de esa balumba enorme de escritos. Los autores que consiguen decir algo de interés al respecto, tal Herman Heller en su *Teoría del Estado*, se

inspiran en Marx y Engels, pero sin aceptar sus conclusiones. Los mejores se quedan en Hegel. Tocante al *El individuo contra el Estado*, de Spencer, trátase sobre todo de un alegato de burgueses ufanos de prosperidad frente a su propio Estado; apenas sobrepasa la oposición fiscal de cada uno de ellos respecto de su representación colectiva. Se sitúa en aquella línea sociológica que convierte al individuo en lo opuesto de la sociedad y a la inversa, no sin mutilación de aquél en aras de ésta. Semejante orientación, teóricamente admitida o no, se prolonga hasta nuestros días. Es práctica común a todos los Estados actuales sin excepción: los de Derecho y los despóticos o totalitarios en general. Lo único que cambia es la intensidad de la violencia descargada sobre los individuos y la cantidad de sangre vertida. Porque óquede sentado desde ahoraó, aquello de que el capitalismo es individualista constituye una falsedad tanto más enorme cuanto que generalmente admitida de derecha a izquierda.

El capitalismo fabrica los hombres y su psicología en series, como cortados a troquel. Un alto funcionario, sea político, administrativo o sindical, y otro alto funcionario, un burgués y otro burgués, un sabio y otro sabio, un obrero y otro obrero, un polizone y otro polizone, un estafador y otro estafador tienen psicologías semejantes, desindividualizadas, corporativas. Nadie, ni los mas favorecidos por el saber o por su género de actividad en concordancia con sus anhelos, tiene ni puede tener individualidad plena. El individualismo es un fruto por venir y necesita previamente el comunismo en el dominio material. No hay en ello paradoja sino para quienes se niegan a ver que el florecimiento del espíritu de cada uno requiere la plenitud material para todos.

Por mucho que se indague, no se descubren sino dos maneras de considerar el Estado en general y cada una de sus fases en el tiempo y en el espacio actual. Ora como ente social perenne e imprescindible cualesquiera sean sus avatares y metamorfosis, ora como organismo no social, sino de opresión social, sin que toda otra función que pudiere desempeñar deje de llevar la mácula indeleble de su función principal, de su ser social opresor, por serle ajena.

Sin temor a gritas de sociólogos, politólogos y filósofos nuevos o menos nuevos, se me impone afirmar de entrada y sin más, que la primera concepción ha sido satisfactoriamente refutada desde el siglo pasado y sigue estándolo en sus variantes modernas. No me refiero sólo a la refutación por los teóricos del movimiento revolucionario, sino también a la de mil y un luchador obreros por su actuar mismo, y ante todo a la refutación que desde entonces acá suministra el acaecer histórico. Por lo tanto, aquí trataré de la segunda, si bien con las alusiones pertinentes a la otra.

Es frecuente en la actualidad desentenderse de los orígenes del Estado, cual si se tratara de un problema inextricable o falso, de un enigma sin clave o de un asunto sin trascendencia para tratar del Estado. Por otra parte, más de un erudito cree que el Estado propiamente dicho comienza en nuestra era, más o menos cuando Maquiavelo forja la designación que se ha hecho universal. Según eso, los poderes dominantes en la antigüedad, Summer, Babilonia, Egipto, China, Creta, Grecia, Roma, etc., o los de México y Perú, no tienen la calidad de Estados. Con la misma lógica podría decirse que la esclavitud empieza cuando los esclavos que la han marcado con el nombre de su raza empezaron a ser reducidos a ella en masa. Por esa cuenta de relente hegeliano, la aparición del Estado en los albores del capitalismo viene a introducir una ordenación social superior, una relación legal entre los diversos fragmentos e intereses de cada nación, que representa una meta de la evolución humana. En realidad, se vislumbra tras de ella, desde el ñcontrato socialö, hasta el ñconsensoö de tantos sociólogos, políticos politicastroos modernos. Quede ahí el asunto hasta llegar más adelante.

A mi entender, tachar de falso el problema de los orígenes, o siquiera darle de lado, revierte a negar intencional o involuntariamente la posibilidad de desaparición del Estado. Ciertamente, nadie demostrará con hechos fehacientes, irrefutables, donde, cuando, cómo surgió el primer atisbo de Estado. No obstante, el desarrollo tan desigual de la humanidad en los cinco continentes ofrece abundantes hechos, no ya para colegir dicho origen, el cómo de su formación, sino para adquirir la certidumbre de él. Un libro nada breve podría llenarse con sólo enumerar los casos de Estados cuya aparición es observable desde la época de los descubrimientos geográficos hasta la pretendida descolonización, recienteísima.

En primer lugar, las minuciosas descripciones de todos o casi todos los pueblos primitivos²⁷ por los etnólogos, constituyen un material tan precioso como persuasivo, cuando no probante. Desde Alaska a la Patagonia, desde el Atlas al Cabo, desde los Dardanelos hasta Kamchatka y Japón, así como en el inmenso piélago de Oceanía, entre todos los pueblos primitivos, con raras excepciones de algunos que moran muy aislados, rige esta regla de conducta de los Dinks africanos: "Tiene derecho a tomar quien dispone de fuerza para hacerlo; tiene derecho a conservar quien es capaz de ello"²⁸. Idéntica sigue siendo la conducta real de los Estados mejor institucionalizados. El "no robarás y no matarás", que Moisés anduvo muy tarde en descubrir, no se ha referido nunca, como todavía ocurre hoy en tiempo de guerra, sino a los del propio grupo, tribu, nación, o pongamos bloque militar. Los de otros grupos y tribus eran por descontado enemigos. Nada tiene de extraño que el nombre con que se designan a sí mismos tantos grupos primitivos signifique *hombre*, por oposición a los exteriores, hombres malos o feroces en el mejor de los casos, a menudo *diablos*, palabra que probablemente no significó al principio sino *extraño*, por oposición a *nuestro*. En dicha regla moral está contenida la historia entera de la humanidad, la aparición del Estado, y en su abolición reside el porvenir sin Estado.

La lectura de los libros de etnología se hace aburrida a fuerza de presentar el mismo cuadro con variantes secundarias. Trátase de poblaciones sin Estado, incluso de comunismo primitivo, sedentarias y agrícolas o nómadas en horda. Todas tienen un jefe de guerra, flanqueado o no por un consejo de ancianos o por un brujo. No tienen gobierno propiamente dicho, pero el jefe de guerra adquiere importancia, autoridad con cualquier acción de ataque o de defensa, a menudo también botín cuando un asalto ha sido fructuoso. Allí donde los grupos o poblados no viven demasiado aislados, las hostilidades son permanentes, incluso entre grupos desprendidos del mismo tronco ancestral. Aunque no se trate de guerra en el sentido propio, las correrías o asaltos para adquirir bienes eran mortíferas y a veces ruinosas para los vencidos comparativamente al número de habitantes y a sus enseres. El odio a poblaciones y hombres extraños llevaba por corolario la *libertad*, el deber mismo de saquearlos, matarlos, comérselos o reducirlos a la esclavitud. Una población o tribu próspera debíalo a su buena fortuna en las correrías de saqueo, y por consecuencia era apta para reproducirse en mayor número y aumentar su capacidad de ataque. No conseguían subsistir a la larga sino los grupos cuyo balance entre lo perdido en los asaltos sufridos y lo ganado mediante los asaltos dados era positivo, o por lo menos no demasiado ruinoso. Todavía estamos ahí con las balanzas del comercio exterior, pues el

²⁷ No quiero incurrir en el prejuicio terminológico de etnólogos y sociólogos actuales, que evitan hablar de pueblos primitivos o ponen el término entre comillas por no ofender a los aludidos. Entre el antropólogo y el comunante de cualquier religión hay, cierto, comunidad esencial, pero escójase, o póngase antropófago entrecomillado.

²⁸ Recogida por Cummins en "The Bahr-el-Ghazal Dinks" *Journal of Anthropological Institut* (Inglaterra) XXXIV, pag. 155.

comercio mundial es la última reminiscencia de la enemiga primitiva de cada grupo humano frente a los demás. Que cada grupo tuviese una producción propia, por caza y espiga o por cultivo, no quita validez a lo dicho sino que la refuerza.

El botín arramplado a los grupos extraños podía ser distribuido a partes iguales o correspondientes a las necesidades de cada uno de los guerreros victoriosos, o bien retenido en almacén comunal a fines de distribución equitativa posterior. La equidad entre los componentes del grupo, jefe guerrero y brujo o ancianos detentadores de la tradición comprendidos, podía ser perfecta. El caso es que el grupo como un todo vivía y se reproducía, en parte si no en todo, a costa de otros grupos. Al mismo paso, la importancia del jefe de guerra y sus acólitos iba destacándose y substantivándose, en proporción a la amplitud y a los resultados materiales de las correrías contra los grupos extraños, o bien en proporción al éxito de la defensa del propio grupo. Son conocidos centenares de casos en que el jefe de guerra, el brujo, los depositarios de la tradición tribal, se reservan la parte leonina del botín, o bien se convierten en sus administradores. Al principio, el poder del jefe cesaba al cesar la guerra, pero tuvo siempre una inclinación neta a transformarse en poder de tiempo de paz, cuando no en dictadura.

Supervivientes de los grupos vencidos se refugiaban en montañas, lugares áridos o bosques impenetrables. Pero su nivel de vida, sus conocimientos y sus posibilidades de reproducción menguaban. Eso ha podido ser constatado en innumerables lugares del Globo a partir del siglo XVI. Los indios Guayaki del Paraguay, recientemente estudiados por Pierre Clastres son uno de los casos más palmarios y trágicos. Antiguos agricultores según ciertos indicios, han vuelto a la caza, la espiga y el canibalismo; se extinguen por sí solos y los restantes van siendo exterminados por los colonos blancos. Las exigencias de la hostilidad entre los diversos grupos humanos, ataque y defensa por igual, constituyen por sí solas un germen de diferenciación categorial entre grupos, y en el seno de cada grupo mismo, tangible en proporción al volumen demográfico, a su vez dependiente de la capacidad de ataque y de defensa.

No podían sustraerse a ese imperativo de la ajeneidad multirrecíproca sino los grupos suficientemente alejados de otros para no sufrir sus asaltos y cuya capacidad de subsistencia y reproducción estuviesen lo bastante aseguradas para prescindir de esquilmar a su vez. Pero estos mismos se veían atacados tarde o temprano, originándose en ellos idéntico proceso de diferenciación interna. Esos hechos no admiten lugar a duda hoy. Y la conclusión que de ellos se desprende es de una evidencia más que lógica, observable en múltiples ocasiones y lugares desde hace cuatro siglos: doquier un grupo humano ha adquirido suficiente extensión numérica y capacidad militar, ha sometido a otros grupos, ya reduciéndolos a esclavitud, ya por tributo, ya imponiéndoselos como capa social dominante. El jefe de una tribu invasora se convertía en cabeza de un cuerpo social jerarquizado y los componentes de su etnia se instalaban en calidad de aristocracia. Así diciendo, me limito a transcribir casi textualmente lo investigado por buen acopio de antropólogos y etnólogos, corroborado en época histórica y en un plano social superior por centenares de invasiones que han hecho del conquistador la clase social rica y gobernante.

Mucho antes de llegar a ser Estado de Derecho, el Estado lo es de hecho, por imposición militar. Mal que pese a las interpretaciones psicológicas inspiradas en el porvenir de una ilusión (Freud), Estado y religión, la creencia en Dios por ende, aparecen como hechos coercitivos y nada aceptados de grado, bastante antes de que elaborasen la idea de sí mismos e incluso sus propias reglas coercitivas. No hay tal necesidad humana de protección de Padre Eterno, sino sumisión forzada, inescapable, resignada a partir de cierta importancia geográfica,

demográfica y temporal. No menos disparatado es ver en el juego el germen formador del Estado, y en la guerra primitiva un mero contender lúdico, cual hace Huizinga en su *homo Ludens (El juego y la cultura)*. Los casos de simulacro bélico conocidos, son una confirmación de alianza entre antiguos enemigos, o bien de la subordinación del vencido resultante de batallas anteriores, nada ficticias, a la manera de los raptos simulados de mujeres. Resulta siniestro equívoco confundir el juego de la lucha a muerte con el juego como actividad espontánea de aprendizaje y de creación de valores culturales. Huizinga no trata, en cambio, del juego del espíritu, interior a cada uno, entre todos importante. Si según vieja tradición Zeus juega a los dados, sus contrincantes son otros holgachones de su laña. Hizo falta la rebelión de Prometeo para que algo tocara en participación al común de los hombres.

En Sumer, los Patesi o jefes gobernantes son conquistadores, jefes de guerra que legislan, quizás por primera vez en la historia, las condiciones de explotación y de dominación de los vencidos. He ahí el Derecho en escena (Ver Jacques Pirenne: *La civilisation sumerienne*). En Egipto, la época faraónica acusa una ruptura neta con la época anterior. Nada confirma la suposición de un desenvolvimiento autónomo, evolutivo desde la época Naga, anterior al IV milenio, a la faraónica (*Egipte avant les Pyramides*, edición de los Museos nacionales franceses, 1973). En China, aparece el organismo coercitivo como saldo de la lucha por la hegemonía frente a clanes de un mismo origen, continuada por la lucha entre coaliciones de tribus. En Bután, los monasterios fortaleza eran hasta hace poco graneros y centros gubernamentales. En la India, la penetración aria sometió a cuantos poderes nacientes existían más o menos organizados y les impone el sistema de castas que todavía hoy apesga abrumadoramente sobre todo el país, a despecho de la reciente abolición legal. Quienquiera sabe que en el Nuevo Mundo incas y aztecas eran castas de invasores. Respecto a los tan preciados Mayas, uno de los especialistas más duchos, Thomson, cree que llegaron al país en calidad de conquistadores, doblegando a la población aborigen (a suponer que lo fuera). La aparición de las ciudades-Estado griegas después de las sucesivas invasiones de aqueos, helenos, dorios, está en el dintel de la época histórica. En fin, tocante a Roma, nadie, ni siquiera Mommsen, ha hablado hasta la fecha más claro que Montesquieu en *Considerations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*: «Poblado sin comercio y sin artes, el único medio de enriquecerse era el pillaje. Una vez puesta disciplina en la manera de pillar los particulares, Roma impuso a los vencidos la obligación de suministrar a sus guerreros paga, cereales y equipo».

La lectura de documentos archivados permite a quienes lo deseen informarse de cómo se constituía el Estado en América a seguidas de la conquista. Una tropa de guerreros españoles nunca muy numerosa, hacía junta y fundaba municipios en nombre de la Corona, según las reglas vigentes en España, levantaba el acta correspondiente y nombraba el consistorio. El procedimiento era el mismo tratándose de lugares antes pertenecientes a un Estado indígena o de nueva fundación en despoblado. Era un Estado de los españoles y para la explotación española de los vencidos, al que sólo posteriormente tuvieron acceso algunas categorías altas de indios, es decir de los conquistadores previos. Nada diferente sino por el sistema económico y político impuesto, de lo acaecido seis mil años atrás o antes en Sumer, Egipto y Asia. Si en los dominios españoles no se ponía el sol, los déspotas y reyes de tan lejanas fechas se proclamaban «señores de los cuatro puntos cardinales». Mucho más real, siempre en la misma dirección y postrer episodio de ese avatar humano, es el «leadership» mundial estadounidense. También emergió de las dos guerras más mortíferas en la existencia del hombre de Cromagnon... y sin

otro rival susceptible de ser considerado tal que la zona rusa del mundo, potencia resultante de la suma de una contrarrevolución y de la guerra imperialista última.

Que la primera forma organizada, duradera de Estado haya surgido de la guerra, más concretamente, de la estabilización y reglamentación del dominio de los grupos vencidos por los vencedores, ha sido dicho hace tiempo. Está ya insinuado en *La ideología alemana* y expuesto en *El origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*. Ha venido a ser al fin verdad axiomática para numerosos antropólogos, sociólogos y etnólogos, como lo constata con gran profusión de citas Maurice R. Davie, en *La guerre dans les sociétés primitives, son rôle et son évolution*, Ed. Payot 1931.

Se puede y se debe, empero, ir más atrás en el tiempo y en las condiciones de vida humanas generadoras del Estado. Visto el cuadro universal de combate y pillaje de cada etnia o grupo de población frente a las demás, lo que llamo yo ajeneidad multirrecíproca, se impone la convicción de que semejante rebatiña no sólo prefigura el Estado, sino que es ya la materialidad esencial del mismo en cuanto explotación, sujeción social o aplastamiento físico de los débiles por los fuertes. Por mucho que un grupo, una tribu o federación de tribus hayan vivido durante cualquier tiempo ignorando dentro de sí la explotación, en comunidad vera, sin Estado pues, fungían como coercitivas explotadoras y para-estatales frente a las tribus enemigas. Igual da que los papeles se invirtieran. Para que el Estado fuese un hecho permanente, estratificado en clases de arriba abajo, con una legalidad, no hizo falta más que la convivencia de los vencedores y de los vencidos en el mismo territorio. Lo que antes era ocasional, botín de correría o de guerra formal, se hizo fruto continuo mucho más abundoso, derecho legal de los vencedores a apropiarse bienes y productos del trabajo de los vencidos. El desarrollo de la capacidad de producción, a saber, del *consumo* para una minoría, empezó en el saqueo, y se implantó con la utilización ininterrumpida de los vencidos como instrumento de producción adicional, a partir de ahí se infiere sin dificultad toda la historia estatal de la humanidad, hasta la fecha, y hasta cualquier fecha venidera en que perdure el Estado. Eso está preñado de significación con vistas a la muerte del mismo.

Pierre Clastres (*La société contre l'État*) ha creído ver el designio intuitivo, si no la voluntad deliberada de impedir la aparición del Estado en determinadas tribus sudamericanas, Tupi-Guaraní en primer término. Traslada a ellas la afirmación gratuita de Bakunin tocante a los pueblos eslavos, considerados por él inocentes de proclividad dominadora, o sea estatal, a la inversa de los pueblos germanos. No cabe en este artículo refutar la filosofía del jeferío indio, sustento tan frágil del razonamiento de Clastres que él mismo suministra abundante materia en contra²⁹. Ninguno de los grupos de población por él idealizados escapa a las características aquí definidas, a esa ajeneidad multirrecíproca que en todas partes y siempre ha hecho de cada uno de ellos saqueadores de otros y a la larga, cuando no a la corta, posible dominador permanente o dominado, según las contingencias. ¿La sociedad contra el Estado? Sí, pero asunto revolucionario de hoy, imposible en el pretérito, porque sólo en la sociedad actual el peso de los factores de unidad humana mundial supera, con creces ya, a los factores ancestrales de división, hostilidad y robo, cuya herencia está materializada en el Estado y se vierte en mares de sangre durante las guerras internacionales.

²⁹ Título del último capítulo del libro de Clastres. Será discutido en una obra sobre el Estado de que estos fucilazos constituyen breve guión.

Las incontables metamorfosis y aspectos que se le conocen al Estado aún dentro de una misma categoría varían al infinito, puede decirse, sin que ninguna pierda el denominador común original: gendarme y legislador de privilegios materiales, políticos y culturales impuestos por la fuerza bruta. Que tal fuerza fuese en sus orígenes ofensiva o defensiva nada importa, ni tampoco hace al caso para lo tratado aquí. En el sistema actual aparece velada por el hecho mismo de su funcionamiento económico, que obliga los unos a ser productores de una plusvalía enorme, a fin de que otros disfruten de ella y la administren a su guisa. La fuerza bruta está establecida como forma orgánica de la sociedad. Quienes niegan ese papel del Estado en general, o siquiera del actual Estado democrático y de Derecho sin farsa, son téticos pesimistas aunque no hablen en ellos el interés. Dan como fatalidad o ley de la Naturaleza la explotación y las clases, con todos sus arrastres nefastos, degradantes para el individuo y para la sociedad.

Precisamente, la metamorfosis del Estado que nuestro tiempo presencia está llevando al paroxismo dichas consecuencias. Resume desde la primera a la última sus metamorfosis y modificaciones de clase anteriores, de que no trataré en este artículo. En su relación esencial con la sociedad, representa un tope, un no más allá, el cumplimiento exhaustivo de un ciclo histórico humano de cinco, seis o siete mil años. Un jefe prestigioso entre los primitivos era el que había dirigido saqueos fructuosos, matado, dado a comer a los suyos, o hecho prisioneros mayor número de hombres de otros grupos. Su palabra o la de un congénere era la verdad legendaria, incontestable, y sólo contradicha por imposición de la verdad de otro grupo. A partir de cierto nivel de prosperidad, la muerte del jefe causaba a menudo el asesinato ritual de sus allegados o sirvientes, que le acompañaban a la tumba. Los potentados del siglo XX, sean burgueses o altos burócratas, son enterrados solos, pero antes han chupado en forma de plusvalía salud y vidas humanas en el área mundial, y dado muerte, en guerra, a millones y millones de personas. Y si ya no comen carne humana, la devoran en forma de trabajo asalariado, vomitan inversiones, como sus semejantes vomitaban manjares en los banquetes romanos, y vuelven a devorar músculo y tuétano bajo el aspecto de beneficios, de crecimiento industrial y de poder. Formas y proporciones han cambiado mucho; el contenido no. Todavía está perfeccionándose en ese sentido, pero resulta imposible imaginar que el Estado descubra otra fase más opresiva. Una cosa me parece cierta, sin embargo: si se le deja llegar a la perfección, la humanidad no volverá a levantar cabeza durante siglos.

En cuanto organismo capitalista, el Estado aparece en el Medievo, con las costumbres y formas de derecho de las ciudades mercantiles, sustraídas al derecho feudal. Su multiplicación, fortalecimiento y su unidad en torno a la monarquía fue de par con el aumento y predominio de la riqueza mueble y semoviente frente a la riqueza fundiaria, sabido es. Menos connotado es el hecho singular de la presencia, dentro del mismo territorio y durante largo tiempo, de dos sistemas de clase y de dos derechos: en los feudos y en los burgos. Si bien al principio hubo lucha, incluso enfrentamiento militar de las ciudades con los nobles que pretendían avasallarlas, los burgueses citados aprendieron pronto a comprar de mano a mano la tolerancia de los señores feudales, hecho que después utilizaría la monarquía absoluta mediante el impuesto que eximía a nobleza y clero, más las rentas y dones graciosamente concedidos a los mismos. Mucho antes de sublevarse contra esa situación, la riqueza de la nueva clase dominante era muy superior a la de la vieja corrompida nobleza. En Francia, la eliminación de ésta, radical porque revolucionaria, constituye un ejemplo único en la historia de la ascensión del capitalismo. En todos los demás países europeos, las revoluciones o tentativos de revoluciones burguesas sirvieron, sobre todo, para que nobleza e iglesia abandonasen la explotación feudal adoptando la forma capitalista,

mucho más rentable. Debido a ello el Código napoleónico se convirtió, por excelencia, en la ley de la propiedad burguesa y fundamento de su Estado.

El caso de la generalización del capitalismo en Rusia, no sale de la regla sino para recaer en ella con agravantes importantísimos. Su capitalismo es una variante del antiguo en consonancia con su obra reaccionaria peculiar y con el período ya decadente del sistema en escala mundial. La generalización del capitalismo adopta allí la forma estatal, única que le consentía la revolución de 1917, a menos de imposición militar exterior. Era también la más adecuada al grado de concentración alcanzado por el capitalismo internacionalmente. Se introduce pues en calidad de reacción al reclamo comunista de Octubre. Los restos de nobleza y burguesía dejados por éste, reaparecen luego en calidad de funcionarios del Estado, de colaboradores o de familiares de funcionarios. Base, estructural y superestructura política se funden y confunden.

La conocida sucesión de sistemas en Europa: esclavitud, feudalismo, capitalismo, acusa una relación continua entre el hombre y la naturaleza grabada por la explotación del hombre por el hombre. Es pues una relación indirecta y por lo tanto falsa. Nada importa que la implantación de los dos primeros sistemas fuese desigual territorialmente, ni por el momento, que el modo de relación social o de explotación del hombre difiera en los tres casos. Más importante resulta que entre la tendencia unificadora ó universalista, diría un filósofo de la historia ó de la civilización greco-romana y de la capitalista, el feudalismo parece una quebradura en múltiples trozos, un particularismo de campanario y bravucón señorial, una vuelta atrás y un período de magma socio-cultural, en cuyo ámbito iría fraguando el tercer sistema. Es como si el mundo greco-romano, asenderado a partir de cierto siglo en dirección sin salida posible, hubiese entrado en la desagregación feudal de que surgiría andando el tiempo otro tipo de sociedad. No hay teleología en eso, puesto que los tipos sociales, como las especies del reino orgánico, pueden evolucionar o mutar en sentido no viable. El feudalismo germinó en el mundo greco-romano. Las invasiones bárbaras le dieron su aspecto final, no sin haber intentado antes, en balde, gobernar el Imperio. La dispersión en millares de focos de la violencia opresora característica del Estado arreció en lugar de debilitar su arbitrariedad. Y la relación con la naturaleza se hizo todavía más falsa y ruin.

Ha sido dicho y demostrado a saciedad que el sistema capitalista se caracteriza por la propiedad privada de instrumentos de producción importantes, que engendran la mercancía-hombre mediante el trabajo asalariado, y a partir de ella la producción general de bienes ó y de mentes ó como mercancías. El Estado correspondiente, sin ser órgano directo y servil de los capitalistas, vigilaba la buena marcha del todo y era también propiedad burguesa por el hecho palmario, no legislado, de que sólo burgueses o sirvientes suyos tenían posibilidad de acceder a los puestos dirigentes, con sufragio universal y constitución o sin ellos. De todas formas, la esclavitud del trabajo asalariado que el capitalismo introduce y generaliza, primero en Europa y en todas partes luego, es menos inhumana que cualquier otra forma de esclavitud anterior. Lo que más importa, abre horizontes insospechados en otro tiempo. Correspondientemente, el Estado capitalista democrático permite libertades, mezquinas y engañosas a imagen de su sistema sí, pero que ningún otro tipo pasado de sociedad alcanzó, ni siquiera Atenas para los habitantes libres. Por primera vez aparece la posibilidad de establecer una relación directa, verídica, entre el hombre y la naturaleza. *De Hammurabi a Rockefeller*, se titula un libro de Laffon-Montels (Payot 1938) en que puede observarse una tendencia siempre fallida hacia la aparición del capitalismo, desde los tiempos babilónicos. Esta vez, ahí lo tenemos, aplastante

ya. Al mismo respecto, consúltese la importante obra de Rostovzef sobre la historia económica y social del mundo greco-romano.

Nada corrobora la estrecha relación entre la base económica de un sistema y su dispositivo estatal tan cabalmente como la evolución del capitalismo. Dada la relación social que la alimenta (capital-salariado) la sociedad en que vivimos no podía desarrollarse sino por el aumento del capital, por una parte, y de los hombre asalariados por otra. Así, hasta la concentración del capital en grandes compañías monopolísticas. Al mismo paso, el Estado centralizaba sus funciones, metía mano en la economía y arreciaba descarada o subrepticamente su represión política, ya directamente apuntada a los revolucionarios. Es también el momento en que el capitalismo invade toda la redondez de la Tierra introduciendo la mercancía, la producción de mercancías y Estados o regímenes políticos correspondientes. Las diferencias de niveles no tienen mayor importancia que las diferencias existentes intrafronteras de cualquier país industrializado.

Son esas hoy verdades de Perogrullo, cuyo esquema recuerdo sólo para la coherencia del conjunto. Lo importante, lo nuevo para la concepción del Estado con su sistema básico, empieza una vez dejado atrás dicho estadio. El fin del mismo y el comienzo del actual no tienen lindero temporal preciso, pero se ha hecho muy evidente una vez bien adentrados en él, después de la última guerra mundial. El aumento del capital y de la producción con trabajo asalariado cobra a partir de ahí caracteres negativos ausentes en estadios anteriores. De progresivo, el capitalismo pasa a ser regresivo, incluso en aquellas zonas del mundo en que su implantación es rudimentaria. En efecto, si no se quiere vaciar de significación la idea de progreso o desarrollo de un tipo de civilización, impónese determinar el máximo que es susceptible de ofrecer a los hombres. El criterio ha de ser objetivo, reside en el sistema mismo, no en sus percances, ni en afirmación subjetiva alguna, si bien lo subjetivo, cuando llega a ser del dominio casi general, constituye la determinación última, para mejorar... y para empeorar también.

Hay que puntualizar, en primer lugar, qué entiendo por desarrollo de un tipo de civilización: no su extensión ni su crecimiento económico de por sí, sino una extensión y un crecimiento que mejoran la situación material, cultural y política de la población en general; dicho de otro modo, que atenúa lo intrínseco negativo del sistema propiciando involuntariamente su sobrepase. Ha de tratarse de un desarrollo social en tantos aspectos cuantos la sociedad contiene, y siempre referidos al hombre, metro único posible. El límite máximo del mismo está alcanzado desde el instante en que los principales factores de su propio devenir (económico, cultural, volitivo) consienten el salto a un tipo social superior, pasando de la evolución a la revolución. En ese sentido hablaba Marx del capitalismo como sistema provisional, de transición a una sociedad comunista.

Que semejante máximo ha sido alcanzado tiempo atrás, no pueden dudarlo sino quienes hacen del crecimiento industrial y de los conocimientos científicos el criterio principal, cuando no único del desarrollo capitalista. Los conocimientos técnicos y científicos, las aplicaciones de los mismos ya realizadas, sin hablar de las posibles, bastan para suprimir mundialmente las diferencias económicas en pocos años, reducir a menos de la mitad el tiempo de trabajo, elevando al par el nivel medio general allende el mejor de hoy. En lugar de eso, técnica y ciencia están siendo utilizadas a contrasentido, o sea, para perpetuar los desniveles existentes en todos los dominios, empeorar apostando la calidad de los productos, los de muerte exceptuados, para prostituir la cultura y las consciencias individuales (televisión, radio, prensa, fichaje electrónico de la población, enseñanza orientada o coactiva). El desarrollo social aportado por el

capitalismo ha tomado pues rumbo opuesto. El crecimiento industrial repercute negativamente en la vida cotidiana por sus caracteres propios, mucho más allá de poluciones y daños. Acogota cada día más al hombre, y por lo tanto es reaccionario. Por si no fuere suficiente, el dispositivo bélico revienta todos los límites imaginables en cuanto a negatividad. Tildarlo también de reaccionario resulta vacuo. ¿Cómo calificar, en efecto, una utilización de la ciencia que permite a los altos jefes del sistema desintegrar todo organismo viviente mediante la simple presión de un dedo igual que se aplasta a una hormiga? Incluso criminal, asesino, humanicida, resultan leves e insignificativos. No obstante, éste último término sugiere un parangón muy elocuente. La decadencia de cuantas civilizaciones anteriores fueron incapaces de engendrar otra superior una vez recorrido su margen de desarrollo, las descomponían paulatinamente, pero no les consentía impedir rebrotes civilizadores a la larga o en otras zonas. Solo el saber sometido al capitalismo, *a su Estado*, desemboca, no ya en su descomposición decadente, iniciada hace decenios, sino en el exterminio de la vida, a menos de revolución comunista. En todo caso, basta que esa posibilidad esté presente, lo que es innegable, para concluir: la civilización capitalista ha rebasado con creces su margen de desarrollo; darle muerte revolucionariamente constituye la única salida física y cultural posible para la sociedad mundial y para cada uno de sus componentes individuales, o será un alto civilizador por excelencia. Lo que ha entrado en putrefacción es lo esencial del sistema, la producción mediante capital y salario. Pero el epicentro de él y de su putrefacción es el Estado.

En la etapa que vivimos, Occidente y Oriente por igual, resulta mucho más propio hablar del Estado capitalista y su sistema, que del sistema capitalista y su Estado. En efecto, el Estado rige, domina a su albedrío la sociedad. No topa por el momento con otro límite que el figurado, pero no desvanecido, de un futuro movimiento proletario insurgente. Los regateos entre los diferentes sectores que integran el sistema, partidos «obreros» y sindicatos inclusive, lejos de ser siquiera contrapeso al despotismo estatal, lo canalizan por su propia oposición mendaz y adormecen al proletariado. Por añadidura, se saben herederos de monopolios y policía, lo que informa su conducta.

La autonomía relativa que caracterizaba otrora al capital privado respecto del Estado y al Estado respecto de los capitales privados, queda borrada desde la última guerra acá. El Estado ha venido a ser el maestro de ceremonias incontestable en todos los dominios de la óde suó sociedad, designio económico, político, legislativo, judicial, informativo y desinformativo, y dominio bélico por igual. El Leviatán tan venteado y tan temido no es para mañana; está ejerciendo su función destructiva y canibálica ante nuestros propios ojos. Por tal sesgo, el Estado actual resume en sí todas las lacras de la historia humana: la ajeneidad multirrecíproca y el saqueo entre hordas, tribus y clanes, la antropofagia alimenticia y ritual, los despotismos asiáticos, africanos y los precolombinos del Nuevo Mundo, la esclavitud de las viejas civilizaciones mediterráneas, la servidumbre feudal, más las propias formas económicas y represivas del capitalismo naciente y floreciente.

No aludo al Estado de cualquier nación particular, sino al de todas sin distinción de solercia económica, técnica, policíaca, etc. Los nuevos países «independientes» reproducen, agravados casi siempre, el totalitarismo y la corrupción de las metrópolis, como engendro que son de su tipo social, ya senecto. Por ende, se puede y se debe hablar de un Estado mundial, pero a la inversa de Henri Lefebvre. Embrollón como un teólogo y escurridizo como cualquier stalinista contrito, Lefebvre encuentra en el Estado mundial moderno una tendencia «al modo de

existencia metafísico» y localiza en la obra de Stalin, o sea en el Estado ruso «una revolución hecha por arriba» (en *L'État dans le monde moderne*, Ed. 10-18, 1976).

La obra de Stalin tiene una importancia grande, incluso muy grande, pero precisamente como obra contrarrevolucionaria por los cuatro costados. Sin ella es difícil imaginar cómo el sistema mundial habría conseguido hacer frente, hasta desbaratarla, a la ofensiva revolucionaria del proletariado entre las dos guerras imperialistas, desencadenar la segunda, y pasivizar al proletariado ¡durante 40 años largos!

El encadenamiento de sucesos que va de la contrarrevolución stalinista en Rusia a la derrota de la revolución internacional, de ésta a la guerra de 1939-45 y la prolongada inercia de la clase obrera, explica por entero la fétida situación actual, crecimiento industrial teratológico y totalitarización del Estado comprendidos. La interpretación teórica del Estado no puede hacerse aislando la entidad estatal, sino considerando el acaecer histórico cuyos resultados se imprimen en la entidad. De lo contrario se cae en desvarío idealista, o bien, caso el más frecuente hoy, en una despreciable exculpación de actitudes personales en medio del acaecer histórico, que pone la teoría al servicio individual del escritor. Y bien, la obra del Estado ruso, que es no sólo la de Stalin, sino la de toda la casta burocrática stalinista intra y extrafronteras rusas, representa una adaptación de intereses contrarrevolucionarios anteriores y posteriores a 1917, del grado de centralización económica y de resignación del proletariado requerido en la escala mundial para cualquier crecimiento capitalista importante, no menos que para mantener a flote el sistema. A través de la propiedad privada nada importante podía hacerse. La contrarrevolución puso el capitalismo ruso al día con los métodos del capitalismo más concentrado en Occidente, incluso sobrepasándolos, pericia técnica y administrativa aparte. En el hecho de que la producción de capital, a mayor abundancia su concentración, estuviese, desde el decenio 20 por lo menos, en contradicción con el desarrollo humano y con las simples potencialidades no-capitalistas de ciencia y técnica, reside la enormidad retrógrada del stalinismo y su identidad social con las antiguas potencias. Las derivaciones negativas de ese evento no se sitúan todas en el pasado; otras no menos graves nos amagan, no sólo por la presencia de los renegados del stalinismo (más o menos falsos sin excepción, e inducidos por el «informe Khrutchev»), sino debido a la nueva apertura reaccionaria ofrecida por el régimen ruso al mundo entero.

Así como el nivel de concentración del capitalismo por los años de la revolución rusa transmitió, acentuada, su forma económica a la contrarrevolución, ésta, a su vez, inspiró el dirigismo occidental y en lo político su totalitarismo de Partido-Estado es recogido por casi todos los países dichos nuevos, mientras en los democráticos de antiguo institucionalizados, mil manejos en la sombra siguen vaciando de contenido la democracia burguesa, de suyo pobre. Mas sin duda alguna, la peor de las repercusiones de la obra del Estado stalinista es la falsificación de la idea misma de socialismo. La suplanta hoy en todas partes, salvo para minorías exiguas, la noción de Estado capitalista único. Tras el cebo de la expropiación de monopolios y burgueses se proyecta el monopolio de Partido-Estado. La relación capital-salariado inseparable del sistema, se hace entonces mil veces más insufrible y la decadencia social descendería peldaños tal vez decisivos. Es indiferente en el fondo que ocurra con partido único o con el pretense pluralismo, maniobra táctica y estribillo publicitario antes que nada. La concentración del capital reclamará siempre un totalitarismo política proporcional a sí misma.

Resumiendo, entre la concentración del capital en Occidente por su propia recurrencia de reproducción ampliada, en Oriente por urgencias contrarrevolucionarias, y en las ex-colonias por encadenamiento a los Grandes y por mimetismo demagógico, nos encontramos frente a un

Estado que conoce, cierto, diferencias territoriales (no digo nacionales porque en gran número de casos la nación ha sido o está siendo impuesta) según antecedentes históricos, pero cuya función principal, todas las demás subordinadas, consiste en forzar la reproducción ampliada del capital, o sea un tipo de asociación humana caduco y enteramente pernicioso a estas fechas.

El análisis del Estado moderno admite prolijidad sin fin, tome en cuenta o no lo anterior. En este artículo no debo extenderme más. Está indicado lo suficiente para transponer la linde del análisis y tratar del aniquilamiento del Estado existente, sin dejar de él piedra sobre piedra.

Para tal empeño, que ha sido el del movimiento revolucionario desde sus inicios, los abogados tradicionales del Estado, como representante inmortal de la sociedad cuentan poco como obstáculo teórico, cualquiera sea su saber; menos aún cuentan en la práctica de la lucha de clases. Me limito a citar, en espera de refutación pausada, *Vivre sans État?* de Jean-William Lapierre (Ed. Esprit-Seuill 1977). Contestando al libro citado de Pierre Clastres (*La société contre l'État*), el señor «agrégé» de filosofía escribe:

«¿Dónde, cómo estarán realizadas las condiciones de una sociedad sin Estado, siquiera sea a la larga? Una economía de abundancia y una sociedad de ocios con una población estabilizada por la limitación de los nacimientos, un modo de organización y de regulación sociales que abola todo deseo de innovación en los grupos sociales, es acaso un porvenir posible para la especie humana?» (pág. 360)

Y, el languidecimiento del poder «no puede esperarse sino de la extinción de la capacidad humana de innovar, de un agotamiento de la imaginación gracias al triunfo del hábito o del reflejo condicionado, de un golpe paralizador asestado a la historia» (pág. 371).

Los argumentos apenas se han afinado desde la época en que Spencer sentenciaba: «cualquier socialismo comporta la esclavitud» (*All socialism involvest slavery*). Siguen emparentados con los de Berdiaef, que contraponía a la parálisis de la historia por el socialismo un noble cumplimiento de la historia por la vuelta de Cristo, si no por la «resurrección de la carne». Las variaciones sobre el mismo tema fluyen de la mente de numerosos eruditos en todos los países. La suerte todos los sucesores de Spencer consiste en que los llamados países socialistas les dan colmadamente la razón. Incluso los neofascistas encontrarán en ellos materia que les consienta parafrasear la patochada de Hitler en *Mein Kampf*: «el marxismo es la magia negra». Ni siquiera los más apegados a la seriedad científica declaran sin embages, aunque muchos lo saben o lo sospechan, que los tales países son al socialismo lo que un defoliante es a la vegetación. Violencia represiva, ahogo de toda libertad, mentira sistemática y premeditada, no desaparecerán en ellos sino previo desmantelamiento del Estado, y su Estado no puede ser analizado sino como caso particular de los Estados occidentales.

A las condiciones de desaparición por que pregunta Lapierre me referiré al final de estos fucilazos. Mientras tanto, obsérvese cómo el profesor considera implícitamente, siguiendo las huellas de Lévi-Strauss en *Race et Histoire*, que el actual mosaico abigarrado de la humanidad y de la sociedad capitalista favorece el deseo de innovar y por consecuencia el progreso histórico. A imitación de tantos otros a quienes *SUS OCÍOS* les han permitido ser lo que son, se desentiende de una evidencia abrumadora por su extensión demográfica, no menos que por la grave privación mental que comporta para centenares y centenares de millones de personas incluso en los países más cultos. A saber, la prohibición de innovar y de saber mismo, por decreto de sus condiciones de existencia, el más draconiano e inviolable de todos los decretos posibles. El golpe paralizador asestado a la historia, es una constante desde milenios atrás, pues la mayoría de los vivientes han sido puestos al margen de ella, siempre producidos y

reproducidos como objeto sufriente del devenir, por y para la minoría gobernante y culta, que opera como sujeto; sujeto bastardo por lo tanto. Dan de ello fe, tantas civilizaciones descompuestas por decadencia o destruidas, incapaces de dar nacimiento a nada mejor. Agotamiento de la imaginación no lo habrá jamás, a menos de consunción física de la especie o vuelta a la animalidad, pero el acogotamiento de la imaginación es fenómeno de intensidad variable, y constante, en sociedades de clase y Estado, mismas en que la imaginación de numerosos hombres sabientes ve un peligro mortal en la ruptura del acogotamiento.

Según Lévi-Strauss y Lapierre, entre otros, la dialéctica de la historia requiere la diversidad de grupos culturales humanos y de grupos sociales, eufemismo que designa la clase, y a países ricos y pobres. Fuera de ello no ven sino mediocridad lisa, cerebros sin impulsos ni anhelos, a fuerza de sentirse materialmente ahítos. Ahora bien, una de las tragedias del recorrido humano, consiste precisamente en que la cultura ha tenido por órganos de conocimiento y expresión gente ahíta, sin grandes preocupaciones materiales o totalmente libre de ellas, gracias al trabajo ajeno. Liberar a todos los hombres de ese fardo embrutecedor no puede acarrear su despersonalización, puesto que despersonalizados están, en grados diferentes, desde tiempo inmemorial. Por el contrario, no se vislumbra otro medio para que cada hombre descubra sus capacidades óptimas.

Hasta ahora el juego dialéctico entre el mundo exterior (el cosmos) y el hombre ha llevado por traba la lucha a muerte entre los hombres. Mientras no se despliegue directamente, sin ese degradante impuesto de sangre, ignorancia, explotación, represión..., las facultades potenciales de la inmensa mayoría permanecerán herméticamente encerradas en el subconsciente.

Eso sentado, la peor categoría de enemigos de la desaparición del Estado, es aquella que la admite de labios afuera, remitiendo el hecho a un tiempo mítico y haciendo del Estado, durante todo el interregno indefinido, propietario, amo, señor de todo y organizador del comunismo. Es mucho más peligrosa que la otra categoría, no por su saber, indigente, sino por su hacer con premeditada falsía, y antes que nada por las posiciones organizativas que ocupa en el seno del capitalismo mundial, como parte de él. Sindicatos, ricos y oficializados, partidos «comunistas», «socialistas», países poblados por más de 1.500 millones de habitantes y despotizados por Estados policíacos, les pertenecen. Su propaganda es comparable, por su volumen y machaconeo, a la publicidad de los monopolios internacionales más fuertes. La superchería es tan monstruosa que ninguna otra anterior puede parangonársele.

Si el Estado capitalista condensa en sí toda la violencia estatal y paraestatal, desde la protohistoria para acá, el Estado de los países aludidos recoge, agigantadas, todas las bestialidades, faenas sucias y crímenes peculiares del Estado burgués desde su primer día. Su fusión con el sistema económico estructural es indubitable y estrecha como en ningún otro país. En ellos no queda intersticio entre la producción capitalista y el Estado. Este aparece sin rodeo, sin velo interpósito alguno, directamente, como producto y como órgano ejecutor del sistema económico al mismo tiempo. La relación cíclica mundial: capital-salariado-capital acrecentado, tiene allí, en un extremo el Estado como postor del capital, y en el otro extremo el mismo Estado como colector del capital acrecentado por la plusvalía. En medio, la clase obrera estrujada. Inútilmente se buscará un esquema capitalista más neto ni una correspondencia más cabal entre estructura social y superestructura política.

Que semejante Estado haya surgido después de una revolución de vultros comunistas, es problema que sólo tangencialmente cabe tratar aquí. El debilitamiento y la muerte del Estado después de 1.917 no podía producirse sin pasar de la revolución democrática o permanente a la

revolución socialista. La contrarrevolución bajo forma no burguesa, pero no menos, sino más capitalista, irrumpió antes, destruyendo del mismo golpe el objetivo comunista y la revolución democrática. Por primera vez presenciamos una contrarrevolución y un acrecentamiento del capital sin clase burguesa. El hecho nos ha enseñado que si todo sistema burgués es capitalista, no todo capitalismo es burgués. Enseñanza preñada de significación para comprender la decadencia del sistema mundialmente considerado. Por otra parte, permite, aprehendiendo atinadamente las medidas y errores de los bolcheviques que facilitaron el reflujó contrarrevolucionario, discernir mucho mejor que antes las condiciones que presidirán a la muerte del Estado.

El Estado ruso es el primer dispensador de falsedades tocantes a su propia naturaleza y a la del Estado en general. Se trata, en todas las versiones, de mentecateces indignas de ser tomadas en cuenta, salvo porque son propalados en todas las lenguas, están infiltradas en el seso de la mayoría de los intelectuales, y porque sirven para oprimir a cuantos viven bajo su férula. En el decenio 30, al ser promulgada la constitución de Stalin óen realidad de Bukharinó preparándose ya entre bambalinas los grandes procesos falsificados de Moscú, Molotov servía al mundo como teoría que el Estado ya no subsistía en Rusia sino para la represión de los ladrones y otros malhechores, sin ninguna función de clase. Acto seguido, el exterminio físico se abatiría sobre los hombres de 1.917 y millones más, no sin ayuda de los ladrones y malhechores. El Kremlin vuelve después a definirse como dictadura del proletariado, al tiempo que perecían en sus campos de trabajo forzado o por pistoletazo en la nuca, 20, 30, 40 millones de proletarios, y que miles de intelectuales y técnicos eran reducidos a parias. Mientras más bestial se hacía el Estado y más pesada era la esclavitud del proletariado, mayor empeño ponía el Kremlin en vocear mundialmente su falsificación por todos los medios publicitarios y concursionarios. La última de sus supercherías, «el Estado del pueblo entero» en un «socialismo avanzado» (Constitución de Brejnev) es más retardaria que las antiguas teorías jurídicas de Estado. Y vistas las enormes diferencias económicas, políticas, culturales, albergadas en la palabra *pueblo*, se emparenta con la definición del hitleriano Schmidt, para quien lo político, dominio privilegiado del Estado, reside en la noción «enemigo-amigo», definida por el Estado mismo.

Todo se explica en realidad a ras del suelo. «El pueblo entero» en cuestión como en otro registro la «convivencia pacífica» y los «nuevos caminos al socialismo» (origen: el notorio criminal Stalin en persona) son fórmulas modosas, adaptadas a la mentalidad de tecnócratas, intelectuales de izquierda, y burguesía mustia, llamados (por Moscú) a encarnar futuros Estados satélites «del pueblo entero». La razón última de semejantes vaciedades no es otra que la potencia militar de Rusia y su bloque.

El stalinismo mostrenco del Estado chino es un calco del ruso con reminiscencias del Imperio Celeste. Cabe recordarlo sobre todo porque su colaboración-alianza con Estados Unidos y Japón aporta inapelable prueba de la existencia de un Estado mundial esencialmente uniforme de alianzas militares y cometidos económicos intercambiables. El «tigre de papel» de que hablara Mao Tse-Tung se ha convertido en la zarpa acerada, salvaguarda de la China «socialista», frente a la Rusia «socialista».

Por su parte, a los stalinistas vergonzantes de Europa occidental, continúen o no en sus partidos, el fardo nada liviano de su propio pasado les veda de antemano decir nada serio sobre el Estado en general o sobre el Estado ruso en particular. Hay que echarles un fugaz vistazo. Los italianos, primeros «pluralistas», y también, los que más millones y privilegios reciben de su capitalismo nacional, escriben en *Il marxismo e lo Stato* que las obras de Marx contienen una

teoría general del Estado que debiera ser desarrollada. Con la misma gratuidad han pretendido otros que contiene en germen la bestialidad stalinista. Para quiénes hablan así, el Estado es eterno, puede ser transformado, suprimido no. Hace muchos años, en verdad, que el partido de Togliatti y Berlinguer considera las empresas del Estado italiano como focos de socialismo, concorde con su proyecto estatal-capitalista. En Francia, Elleinstein aligera como tantos otros sus cargos de conciencia postulando un socialismo democrático y proponiendo considerar el Estado ruso «como producto de la historia», como quien considera que un becerro es parido por la vaca. Su colega y filósofo, Althusser, lleva su esfuerzo pensante hasta ver en la obra de Stalin el resultado de un «error economista». El argumento vale tanto como el demonológico «culto de la personalidad». Carrillo y su séquito, los terceros en ansias (aparentes) de purificación de los pecados, baladran más, pero como todos los que se prostergaron ante Stalin y sus sucesores, están por ese solo hecho, amén de otros suyos, moral e intelectualmente incapacitados para descubrir la verdad y proclamarla. Sin considerar el Estado ruso y la obra de Stalin como resultado de una contrarrevolución que salvó también al capitalismo occidental, cuanto se diga es engañifa. Por eso el stalinismo sobrevive a la muerte de Stalin y pervivirá mientras dure su obra. Está presente en las mismísimas veleidades democráticas de los disidentes. Sus críticas, como ayer la denuncia de Khrutchev, no pasan de ser críticas stalinistas del stalinismo. Tomando por sinceras las palabras de los «pluralistas», su desideratum sería un capitalismo de Estado a la moscovita, adecentado con la hoja de parra occidental.

Un libro reciente de Nicos Poulantzas *L'État. Le pouvoir et le socialisme* (ed. PUF, 1.978) deja ver sin quererlo el influjo nefasto del stalinismo allende la filiación al mismo. Poulantzas se atreve a hablar de la desaparición del Estado, pero en tal lejanía que la suprime como proyecto concreto de inmediata actualidad post-revolucionaria. De hecho suprime también la revolución, substituyéndola por «el camino democrático al socialismo», y entiende por socialismo la propiedad de Estado flanqueada por la autogestión. Se trata, para Poulantzas, de modificar paulatinamente el Estado actual, en manera alguna de desmantelarlo, gracias a los focos de autogestión y otras posiciones que iría ocupando la clase obrera. Se sitúa a la derecha del reformismo austromarxista de la primera postguerra y le es muy inferior en argumentación teórica.

Todos los autores nombrados, más otros que señalaré en un trabajo más amplio escriben en el aire, a menudo con un dejo académico poco atrayente, exhibiendo copiosa bibliografía, pero siempre al margen de la experiencia práctica, es decir, de los altibajos, victorias parciales y descalabros del proletariado mundial, como si no hubiesen existido. De la propia experiencia rusa sacan únicamente conclusiones negativas, tranquilizadoras para el capital, anestésicas para la clase obrera.

Ahora bien, desde 1.914, Primera Guerra Mundial, hasta hoy, esa experiencia es riquísima y permite desgajar de ella elementos importantes con vistas a la desaparición post-revolucionaria del Estado.

La necesidad de aniquilar el Estado capitalista, clara enseñanza de la *Commune*, ha ido agudizándose en proporción al agigantamiento político-militar de aquél y a la extrema concentración del capital. La experiencia de la revolución rusa, veinte años después la de la revolución en España, consiente a la teoría un importante progreso, a saber, que el organismo de fuerza o Estado resultante de la revolución proletaria no puede convertirse en proletario de la economía sin verter pronto en la contrarrevolución. En Rusia, ésta encontró la facilidad de la propiedad acaparada por el Estado y la extenuación de la clase obrera. En España no fue así,

pero los organismos coercitivos del antiguo Estado, reconstituidos subrepticamente (por el partido de Moscú y con armas de Moscú, quede dicho de pasada) consiguieron desarmar al proletariado y expropiarlo acto seguido mediante la nacionalización. Ello, gracias a circunstancias políticas cuyo análisis está desplazado aquí. La propiedad de Estado supuso también la contrarrevolución en toda la zona roja, y dio por resultado último la victoria de Franco. Las dos experiencias son irrecusables.

En sus orígenes, el Estado fue resultado del saqueo y la explotación sistematizados, no su creador; la desaparición de éstos tampoco será creación suya sino resultado directo de ella. Postular un Estado organizador del socialismo, cualquier base social se le confiera, es propósito no ya negativo u oportunista sino, vista la experiencia, reaccionario de todo en todo. Es ello tanto más evidente cuanto que la capacidad productiva realizada y potencial, la de la ciencia moderna, puede abocar en poco tiempo a la desaparición de las clases económicas. Basta quitar de en medio el estorbo paralizador y corruptor que es la explotación. Ese «basta quitar de en medio» abarca, claro está, más allá de la burguesía, monopolios y Estado actual, cuantos organismos paraestatales, leyes, etc., vigilan, regulan la explotación o la secundan so color de *consenso*, negociación y otros pactos tácitos o expresos más o menos retrohistóricos. Destartalarlos es el aspecto negativo de la revolución ónegativo de lo anterioró condición para que se dispare hacia adelante el aspecto positivo. Así como la violencia y el saqueo entre los primitivos se institucionalizó al fin en Estado, las consecuencias últimas de tal violencia, el monstruoso Estado moderno y el saqueo regulado por la relación social capital-salariado, requerirán también violencia para liquidarlas. Tal es el cometido de la dictadura del proletariado, sinónimo exacto de revolución comunista. El penoso camino andado desde la salvaje ajeneidad multirrecíproca hasta la ajeneidad de la lucha de clases, el imperialismo y los armamentos termonucleares, desembocará por tal camino en una humanidad sin avideces contrapuestas ni conflictos, libre.

A menos de dejarse llevar por torpes prejuicios terminológicos, o de caer en la trampa del «camino democrático», se impone reconocer que la revolución social es impositiva como una rebelión victoriosa cualquiera. La humanidad no ha conocido otra cosa que regímenes dictatoriales.

Las propias comunidades primitivas tuvieron que pagar tributo a los despotismos que con esa condición las toleraban en su seno. La democracia burguesa ha sido la menos brutal de las dictaduras, si bien se basa ella misma en el absolutismo del capital sobre el trabajo. A diferencia de ellas, la imposición revolucionaria acaba con el yugo dictatorial milenario para fundar una libertad a la medida de cualquier hombre, no de minorías mangoneadoras.

En *La société contre l'État*, Clastres toma camino errado creyendo ver en ciertos grupos primitivos un cierto rechazo de Estado, cual si tuviesen la premonición de su carácter opresivo. Por ello, Lapierre da fácil cuenta de su argumentación señalando que las sociedades primitivas y el Estado tienen estrecha dimensión y han permanecido inmóviles o retrocedido durante muchos siglos. No obstante, la argumentación de Lapierre es incompleta y por otra parte ajustada a su creencia en la imposibilidad de suprimir el Estado en sociedades altamente desarrolladas.

Clastres no ha reparado en la importancia económica y opresiva de las correrías de rapiña entre primitivos. Por eso no elucida el por qué de la aparición del Estado, y entrevé el cómo de su desaparición futura. El título de su libro es engañoso, porque se refiere a los primitivos y al pasado, no a la sociedad coetánea. Por su parte, Lapierre no concede a la inexistencia del Estado entre los primitivos otra significación que la de causa y demostración de su propio primitivismo.

La idea de desaparición del Estado moderno le parece una irrealizable visión de soñadores. Pero los argumentos que aporta hacen del ensueño una pesadilla. Importa volver a citarlo, a fin de responder a su pregunta sobre las condiciones de desaparición, que no son las que él refuta en Clastres, sino las que tenemos a la vista todos los días. He aquí sus palabras:

«El languidecimiento de toda formación política especializada, el advenimiento de nuevas sociedades sin Estado no cabe esperarlo sino de un golpe paralizador asestado a la historia y de una evolución regresiva de la especie humana hacia su atomización en pequeñas sociedades cerradas y homeostáticas».

Asegurándonos que en tal caso moriría la inventiva del hombre, concluye que toda «conducta desviante quedaría definitivamente inhibida por la impronta de hábitos buenos. El conformismo social ya no podría ser roto» (págs. 365-371 de *Vivre sans État?*).

En primer lugar, de ahí se infiere que en las sociedades con Estado, la nuestra privilegiadamente incluida, no se producen evoluciones regresivas o sólo limitadas en el tiempo y en gravedad; que la inteligencia humana encuentre en ellas terreno fértil; que bajo la autoridad del Estado el hombre es o tiende a ser inconformista y «last but not least», que el golpe inmovilizador de la historia vendría de la desaparición de todo cuerpo político especializado.

Diríase que Lapierre no ha oído hablar de los incontables retrocesos impuestos a la historia desde que historia hay, ni siquiera del último, que inicia la decadencia de la civilización greco-romana y dura hasta los siglos XII o XIII. Todos han sido presididos por el reforzamiento del Estado o cuerpo especializado, no por su desaparición. En la actualidad misma, quien quiera puede observar diversos signos de decadencia, todos favorecidos, cuando no creados por el Estado. Otro tanto referente al conformismo. ¿Quién más que ese cuerpo político superlativamente especializado lo necesita como condición de vida? Mírese donde y a lo que se quiera; el Estado auspicia, fabrica el conformismo por múltiples medios: coercitivos, propagandísticos, culturales y venales. Tanto, que en gran número de casos los propios innovadores le rinden tributo, mucho o poco. Peor, cualquier innovación que extralimite las conveniencias del sistema es rechazada, sin reparar en medios. Por añadidura, desde centenares o millares de silos, el asesinato acecha a la humanidad día y noche, minuto a minuto. Y los que saben, en lugar de salir iracundos a la calle para impedirlo, prosiguen mansamente sus estudios «innovadores». Los físicos, matemáticos, ingeniero etc., que inventan o fabrican las armas termonucleares y otras, ¿no son también «*innovadores*» conformistas y venales hasta lo nauseabundo?

Con todo, el colmo es que se nos hable de un peligro de degeneración mental, si no física, del hombre como resultado de la inexistencia del Estado, ese organismo que lleva ya decenios frenando el devenir sin reparar en hecatombe, por guerras y por represiones. A Lapierre, que interroga cuándo y cómo se darán las condiciones de la desaparición hay que constestarle: en nuestro tiempo, ya, porque lo reclaman factores muy netos:

1.- La prepotencia irrestricta, monstruosa del Estado mismo. Puede permitirse lo que le dé la gana, cubierto o no por sus leyes, y a menos de desmantelarlo acendrará su proceso despótico y terminará desencadenando el exterminio desde silos y submarinos. Tan innegable es esa situación, que todo individuo u organización tiene hoy el deber moral y político de llamar a la destrucción del Estado. Prescindiendo del socorrido tribunal de la historia, ante cualquier otro aparecería como acusado y criminal el Estado, no sus denunciadores. No está desplazado recordar que se atribuye a Einstein, no obstante su responsabilidad en la fabricación de la

primera bomba atómica, esta ocurrencia: «Si la primera guerra es atómica, la guerra que pudiere venir después será con arco y flecha».

2.- La producción de bienes de consumo, alibles, de uso en la vida corriente o de utillaje industrial, no alcanza sino un monto y perfección exiguos debido a su forma mercantil, a la compraventa de todo impuesto por los beneficios de capital y Estado. Los mismos beneficios son la razón de los armamentos (más de 400.000 millones de dólares por año), de los productos de baja calidad intencional, de la corrupción, de la polución y de múltiples daños más. La indigencia extrema, el esqueletismo y la muerte por subalimentación se abate sobre más de 1.000 millones de personas, lo que no podría ocurrir con una producción para el consumo, no para la venta.

No se saldrá de ahí mientras la demanda de productos esté medida por la capacidad de compra. Aunque se llegase a mejorar, los desniveles seguirían siendo enormes y no menos perjudiciales.

3.- Las propias millonadas de hombres que trabajan en la producción de los países industrializados viven expuestos al paro y con empleo en un ciclo diario agotador; carecen de oficio y de posibilidades de adquirir conocimientos, tanto por falta de tiempo libre como por imposición económica (salario) y por conveniencias gubernamentales. Insudan durante ocho o diez horas de trabajo mientras la ciencia, cuya aplicación plena y realmente científica la prohíben los beneficios del capital también, está en condiciones de reducir a poco el tiempo de trabajo socialmente necesario, con rendimiento cualitativo y cuantitativo muy superiores.

4.- La milenaria separación entre hombres cultos e incultos, entre trabajo manual e intelectual, resulta a esta fecha un absurdo tan flagrante como hacer el viaje de Europa a China de carabanserrallo en carabanserrallo. El saber intelectual puede ser impartido a todos caso de supresión de Estado y capital, sin otro límite que los anhelos de cada uno, mientras que el saber hacer manual podría recuperar, sin estar nadie condenado a él, sus capacidades perdidas. El tiempo para organizarlo no cuenta como impedimento. El hecho es que cultura, ciencia, investigaciones, van prostituyéndose al servicio directo o indirecto del Estado, degradan sus propias condiciones y las de la sociedad en general. Son factor objetivo de decadencia, mientras que sus posibilidades irrealizadas son los elementos subjetivos de la misma, lo que suavizando la verdad se llama hoy malestar social. Así la alienación va adquiriendo aspectos de modorra intelectual y de perversión en los círculos dirigentes, desde los hombres de Estado hasta los líderes sindicales.

Puede argüirse, cierto, que desde 1.936-37 el proletariado no da signo cierto de querer rebelarse contra su condición arremetiendo contra Estado y capitalismo. No lo dará mientras continúe apresado por organizaciones políticas y sindicales que en nombre del socialismo, del marxismo o de la simple mejoría dentro del sistema, le vacían la cabeza y remachan su encadenamiento salarial. No obsta para que la necesidad ronde en torno nuestro y continúe haciéndose patente. Un brusco sobresalto insurgente puede iniciar en cualquier momento un período revolucionario nuevo. La probabilidad irá en aumento, no con el paro obrero o con crisis capitalista real, sino a medida que va siendo de dominio común toda la horrenda verdad sobre Rusia e imitadores y la falsía inveterada de los partidos occidentales correspondientes.

Prevenir la reaparición de un orden burocrático después de una futura revolución es preocupación muy frecuente en la actualidad, no sin razón. Mas las medidas recomendadas (consejos obreros sin partidos políticos, democracia de partidos obreros en el seno de los consejos, revocación a voluntad de delegados y comités) no tienen con el propósito sino una

relación secundaria o ninguna relación. Precauciones de forma jamás se bastarán para impedir un retroceso, que sólo podría ser burocrático y capitalista de Estado. Será menester que en el funcionamiento del sistema social naciente algo impida la vuelta atrás. Ese algo no puede ser nada distinto de la ruptura radical de la relación social capital-salariado, que arroja la plusvalía o explotación, sustento del sistema actual, vale decir del Estado. El monto ingente de lo que constituye hoy la plusvalía, abandonado a cualquier organismo particular postrevolucionario haría de él el foco de la contrarrevolución. Tampoco es cuestión de confiar su administración a los trabajadores por unidades o por ramas de producción, que sería la mejor de las versiones autogetonarias. Introduciría una rivalidad funesta entre grupos y repercutiría en la explotación por los más fuertes.

El burocratismo y otros males incrustados en las mentes y en la realidad social no podrán evitarse por completo en ningún caso. Pero sí puede impedirse que redunden en dominio y explotación de unos por otros, en espera de que se generalice una mentalidad nueva con el afianzamiento del comunismo. La clave no es otra que la relación entre el hombre y la naturaleza, entre instrumentos de trabajo y trabajo, entre producción y consumo. Todo ello presupone la supresión de la ley del valor. A menos de implantar esa nueva relación ya comunista, la contrarrevolución encontrará manera de trepar, hágase lo que se haga, y reaparecería un Estado aún más destructor que el anterior.

Sólo en escala nacional, en espera de disolver la nación en el continente y los continentes en el mundo, podrá ser asignado el producto excedente del trabajo (por relación al ciclo anterior) con vistas a la desaparición de las clases, entre el aumento inmediato del consumo y la creación de nuevos instrumentos de producción y cultura. La desaparición del proletariado es la única prueba fehaciente de la desaparición de las clases y de toda coerción social.

Desde la horda y la tribu primitiva al acecho de otras hordas y otras tribus, hasta los Estados ultracentralizados actuales al acecho de beneficios en el mundo y a partir de sus connacionales, las rupturas de continuidad sobrevenidas, tanto en el método del saqueo como en el de opresión política, no lo son sino relativamente a lo anterior. Por relación al hombre en cuanto especie despojada de particularidades de tribu, nación, raza, hay ininterrupción, o si se quiere cuadrar con los conocimientos físicos, un continuo-discontinuo. Pero éste mismo es de especie opuesta al continuo-discontinuo que representará la ruptura definitiva con la sucesión de sistemas de dominio. Con él, lo discontinuo rompe también con lo continuo anterior e inaugura un complejo humano superior, oposición directa y complemento del cosmos.

La Ciotat, agosto 1978.